

EL TEJIDO DE LA MEMORIA

50 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO EN CHILE



fcfm

FACULTAD DE CIENCIAS
FÍSICAS Y MATEMÁTICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE

Escuela de Ingeniería y Ciencias
Estudios Transversales en
Humanidades para las
Ingenierías y Ciencias (ETHICS)

LETAS
DE
CHILE

© EL TEJIDO DE LA MEMORIA
50 AÑOS
DEL GOLPE DE ESTADO
EN CHILE

Registro de Propiedad Intelectual N° 2024-A-7971

Compiladores:

Eduardo Contreras Villablanca
Josefina Muñoz Valenzuela
María Torres Valenzuela

Imagen de portada

Arpillera elaborada por Gloria Muñoz, arpillerista de Lo Hermida, en 1974.

Diseño y diagramación:

Marcos Andrés Pérez F.

Santiago de Chile, julio de 2024.

- Estudios Transversales en Humanidades para las Ingenierías y Ciencias (ETHICS), Escuela de Ingeniería y Ciencias, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad de Chile.

EL TEJIDO DE LA MEMORIA

50 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO EN CHILE

Compiladores:

Eduardo Contreras, Josefina Muñoz, María Torres

Edición:

ETHICS y LETRAS DE CHILE

ÍNDICE

Prólogo	13
<i>Nostalgias del 11. La radio del DGF - MET</i>	17
Patricio Aceituno Gutiérrez.	
<i>A cien metros del sillón presidencial</i>	20
Domingo Antonio Aravena Vergara.	
<i>Los inconclusos (fragmento de la novela homónima)</i>	24
Gabriela Aguilera Valdivia.	
<i>Fragmento de la novela Invisible, viendo caer la nieve</i>	26
Alejandra Basualto Percy.	
1973	28
Juvencio Concha Gálvez.	
<i>Una pequeña historia en la vida de mi padre</i>	44
Guillermo Condemarín Bustos.	
<i>El golpe de 1973 y el año 1985. Recuerdos y un microcuento</i>	48
<i>Mosaicos por la memoria</i>	52
Eduardo Contreras Villablanca.	
<i>Recuerdos del 11 de septiembre de 1973</i>	54
Patricio Cordero Simunovic.	
<i>Bambi Blue</i>	62
Ana María Devaud Oberreuter.	
<i>Mil días en el corazón</i>	70
<i>Créditos de una película</i>	75
Felipe de la Parra Vial.	

<i>Póngale otro</i>	76
Ana María del Río.	
<i>Jugarse la muerte</i>	86
Lilian Elphick.	
<i>Chaqueta azul de mezclilla</i>	88
Martín Faunes Amigo.	
<i>Mi 11 de septiembre</i>	92
<i>El paso por los estadios</i>	96
Gabriel Fierro Cereño.	
<i>Fragmentos de un caleidoscopio</i>	101
Juan José Flores Cárcamo.	
<i>Mi paso por las cárceles de la dictadura. En los años oscuros</i>	104
José Gallegos Sepúlveda.	
<i>Gritos desde las murallas</i>	109
Myriam García.	
<i>Gente como uno</i>	111
Juan Carlos González.	
<i>Conversación en un bar</i>	116
Rubén González Lefno.	
<i>A 50 años del golpe</i>	120
Luis Guajardo.	
<i>María Inés</i>	129
Carla Hermann Avigliano.	
<i>Memoria</i>	131
Patricio Jorquera Encina.	
<i>El martes nos devolvimos del colegio</i>	140
<i>Exactos aniversarios con sus días y sus noches exactas</i>	142
María Soledad Madariaga Cuneo.	

<i>La realidad partida en dos</i>	144
Dilcia Mendoza Videla.	
<i>Realismo surrealista</i>	149
Reinaldo Mendoza Videla.	
<i>Mi existencia en 1976</i>	154
Marcela Molina.	
<i>Mampato en la hoguera</i>	159
Sergio Moya Herrera.	
<i>El tiempo del ogro</i>	164
<i>El hombre de las gafas enormes</i>	168
Diego Muñoz Valenzuela.	
<i>Antes y después del 11 de septiembre de 1973</i>	173
Josefina Muñoz Valenzuela.	
<i>Terror verdadero</i>	181
<i>Un regalo muy especial</i>	184
Cecilia Ostornol Almarza.	
<i>Exilio forzado y pérdida de 20 años de enseñanza de geología, contribuciones científicas e investigación: el caso del profesor Luis Aguirre Le Bert, el Edmundo Dantés de la Geología</i>	187
Edmundo Polanco Valenzuela.	
<i>Ahí, detrás de los barrotes</i>	191
<i>El último combate</i>	196
Ronnie Ramírez García.	
<i>Memorias de infancia de la mano de una dictadura</i>	201
Lorena Riquelme Pino.	
<i>¡Habla, conchetumadre!</i>	203
<i>El arroz con huevo más exquisito de mi vida</i>	208
Igor Rosenmann Becerra.	
<i>El verdugo</i>	213
Alexander Santander Olate.	

<i>Fin del verano</i>	215
Paula Santibáñez Viani.	
<i>Dudú</i>	219
<i>La compañera</i>	227
Mariana Schkolnik.	
<i>Remembranzas a medio siglo del golpe</i>	235
Rodolfo Schmal Simón.	
<i>El jueves 13 en el pensionado de ingeniería</i>	245
Ricardo Serrano Muñoz.	
<i>Columpios (una historia real)</i>	256
Cecilia Soto López.	
<i>La dictadura en los ojos y el sentido de un niño</i>	260
<i>Resabios de la dictadura</i>	263
Marcelo Soto Barba.	
<i>A 50 años del golpe, un relato sincrónico</i>	266
Max Valdés Avilés.	
<i>¿Y qué será de Turides?</i>	276
Tomás Vargas.	
<i>La luna no se bañó aquella noche en el río Calle Calle</i>	280
Ramón Vergara Gallegos.	
<i>A 50 años del golpe: agradecimientos y homenaje al coraje</i>	285
Carlos Vignolo Friz.	
Autores	294

*Dedicado a las y los compatriotas
que sufrieron violaciones a sus derechos humanos
debido al golpe de Estado de 1973.*

*Agradecemos a la familia de Gloria Gallardo,
a su hija Rosario y a Cindy, su nieta, arpilleristas de Lo Hermida,
quienes con sus manos, su fortaleza y su alegría
lograron colorear los años más oscuros de nuestra historia
y reúnen día a día la memoria colectiva
para construir un país mejor.*

*Agradecemos a todas las personas
que nos han compartido sus relatos,
a Letras de Chile y a ETHICS,
de la FCFM de la Universidad de Chile.*

Prólogo

En 2023 la Corporación Letras de Chile se propuso la tarea de abordar el contexto de la conmemoración de los cincuenta años del golpe de Estado cívico militar, invitando a quienes lo vivieron y sufrieron de diversas maneras, a enviar sus testimonios y creaciones con el objetivo de reunir sus voces en una publicación que sirviera como acto de recuperación y valoración de la memoria histórica de ese hecho tan determinante en las vidas de tantos ciudadanos y ciudadanas de Chile.

En este propósito de crear un espacio de encuentro de aquellas voces, que refieren vivencias cotidianas que habitualmente no llegan a ser conocidas en el espacio público, Letras de Chile se encontró con el área de Estudios Transversales en Humanidades para las Ingenierías y Ciencias, ETHICS, de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, área que en este mismo contexto hizo una invitación similar dirigida a las personas que integran la comunidad de Beauchef. El común interés de ambas instituciones ha dado lugar a esta publicación que, sin duda, posibilita el surgimiento de recuerdos que por fin pueden ser contados y, cincuenta años después, nos permite leer y conocer otros aspectos, vivencias y experiencias de aquella época aciaga de la historia nacional. Oportunidad que no es poca cosa, si el aprendizaje consiste en no repetir o reiterar formas de relacionarnos que dividen la sociedad entre amigos y enemigos y subsumen las discrepancias y legítimas diferencias en este binomio.

Se trata de un hecho histórico inédito de la vida nacional y su aparición avasallante dejó marcas indelebles en las vidas individuales y anónimas de millones de compatriotas y, por cierto, en la

misma sociedad. De la elección del presidente socialista Salvador Allende Gossens, que llega al poder mediante una votación democrática, pasando por los mil días de la Unidad Popular y el inicio de un proceso cuyo objetivo consistía en crear las condiciones que darían lugar a la igualdad social y a mejorar la calidad de vida de la sociedad chilena, proceso interrumpido por la brutalidad del golpe de Estado, se desprenden las pasiones, las esperanzas y los temores que marcaron la memoria de varias generaciones.

La experiencia histórica surgida de aquella época se vuelve lenguaje, lectura y escritura. Por medio de las palabras hemos querido recordar y homenajear el inevitable sufrimiento que provocó el fin del sueño de una sociedad más justa y solidaria, a la vez que ese momento pletórico de esperanzas que confió en que un mundo mejor es posible, en el que primen la igualdad y la inclusión, donde las ideas diferentes aporten al crecimiento y entendimiento común.

Conviven aquí textos inéditos y publicados, escritos en un tiempo inmediato al golpe civil-militar o en el tiempo brumoso del recuerdo, de estos cincuenta años de historia chilena vivida bajo aquel signo. En ese arco el ahora del relato nos conduce indefectiblemente a situarnos en un ángulo, una esquina desde la cual podemos observar y entender la dictadura de casi veinte años en la que Chile estuvo sumido.

En este conjunto se encuentran testimonios o ensayos breves, como los de Patricio Aceituno, Domingo Aravena, Juvencio Concha, Guillermo Condemarín, Patricio Cordero, Gabriel Fierro, José Gallegos, Carla Hermann, Patricio Jorquera, Dilcia Mendoza, Edmundo Polanco, Rodolfo Schmal, Ricardo Serrano y Carlos Vignolo, entre otros; y textos literarios (cuentos, relatos, extractos de novelas y poemas), como los de Gabriela Aguilera, Alejandra Basualto, Ana María Devaud, Felipe de la Parra, Ana María del Río, Martín Faunes, Rubén González, Cecilia Ostornol, Ronnie Ramírez, Alexander Santander, Mariana Schkolnik, Max Valdés y Tomás Vargas, entre otros. Independientemente del género, todos ellos se

enriquecen mutuamente al reunirse en este volumen que los engarza y que nos hace evidente la necesidad y la riqueza de conservar nuestra memoria histórica como parte de la construcción de una sociedad que se debe a sí misma espacios cada vez más amplios de acción democrática y, por ello, formas más efectivas de valoración de las diferencias, cualquiera sea el ámbito en el que estas surgen y se producen. Creemos que este es el real valor del texto que tienen en sus manos: las tareas del presente, las deudas que el trauma histórico a veces oculta y sobre las que es necesario volver para saldarlas, porque nuestro compromiso es con el futuro, precisamente en la medida en que estamos dispuestos a escuchar el pasado.

Eduardo Contreras Villablanca,
Josefina Muñoz Valenzuela,
María Torres Valenzuela.
Equipo.
ETHICS - LETRAS DE CHILE

Nostalgias del 11. La radio del DGF - ME

Patricio Aceituno Gutiérrez

En la vida en la universidad uno va acumulando recuerdos de espacios, personas, momentos y cosas varias que, en definitiva, definen y marcan las rutas de cada uno en la institución. En mi caso personal, una fuente de recuerdos es esta vieja radio marca Telefunken, que ha permanecido en mi oficina de la Sección Meteorología del Departamento de Geofísica (DGF) desde que llegué a trabajar allí en 1971, como ayudante de investigación de José Rutllant, quien me acogió en su oficina junto a otro ayudante. En ese entonces tener

una oficina como ocupante único era un privilegio que no todos los académicos podían disfrutar.

El origen de esta radio no lo tengo claro, pero versiones orales dan cuenta de su permanencia en la base antártica Gabriel González Videla, donde algunos geofísicos y meteo-



Fotografía de la colección del autor.

rólogos vinculados al DGF trabajaron en la década del 1960 en un periodo cuando la base era administrada por la Universidad de Chile.

Luego de esa experiencia antártica la radio terminó en la oficina de José Rutllant, y de esa forma fue parte de mi paisaje diario desde que comencé a trabajar en la universidad. De ese tiempo recuerdo que la radio se mantenía encendida todo el día. Por razones de seguridad, el último que se iba por la tarde desconectaba la energía eléctrica de todo el piso, y el primero que llegaba en la mañana, la reconectaba, lo cual hacía innecesario encender la radio. Esta se mantenía sintonizada en una emisora de música selecta (radio Andrés Bello), de acuerdo con el gusto del dueño de la oficina. Ocasionalmente, por una razón práctica – averiguar la hora – se sintonizaba radio Cronos, que la anunciaba con intervalos de un minuto, rellenando con avisos comerciales entre medio.

Cuando José Rutllant partió a realizar sus estudios de doctorado en la Universidad de Wisconsin, heredé la oficina y la radio, transformándome con el tiempo en el custodio de ese recuerdo histórico. Allí permanece hasta hoy, ocupando orgullosamente un espacio reservado a libros y apuntes, habiendo experimentando en todos estos años solo una mudanza, el 2004, desde el tercer piso del edificio en Blanco Encalada 2085, junto al casino, al cuarto piso del edificio de Ingeniería Civil – Geofísica.

Pero el recuerdo más significativo, de penosa nostalgia, que ese aparato representa para mí es su compañía como fuente de información el 11 de septiembre de 1973. Tenía ese día una clase a primera hora en alguna de las salas que existían en el tercer o cuarto piso de la Torre Central. Había llegado más temprano que de costumbre, y era el único en la sala. De pronto escuché gritos fuera de la sala. ¡Golpe de Estado!... ¡Golpe de Estado!... gritaba alguien que bajaba corriendo por la escala... Mi reacción instantánea fue correr hacia mi oficina al otro lado de la calle, y allí estaban todos quienes habían alcanzado a llegar, reunidos en torno a esta radio, escuchando los bandos militares y las emisiones de algunas radios que aún se mantenían al aire... Nos quedamos congregados en silencio... en

esa radio escuchamos las últimas palabras del Presidente Allende... desde la ventana de esa oficina vimos el bombardeo de La Moneda. Por entonces no había edificios altos en el entorno, de modo que desde ese lugar se divisaban los edificios del barrio cívico frente al palacio. Se distinguía con claridad la estela que dejaban los misiles antes de su impacto... se divisaba el humo de las explosiones antes de escuchar el ruido, que de acuerdo a la distancia tardaba unos 5 segundos en llegar. Todo era muy irreal. Recuerdo que Germán Auseré, un joven español originario de Huesca, que trabajaba como analista en el Servicio Sismológico, no pudo contener la emoción cuando comenzó el bombardeo. Recordaba a su padre, que durante la guerra civil española escapó desde la zona nacionalista para refugiarse en la zona republicana. Al volver a su lugar de origen un tiempo después, pensando que ya su vida no corría peligro, fue apresado y fusilado... Aquí pasará lo mismo, repetía...

Los días siguientes esa vieja radio a tubos nos siguió trayendo malas noticias, hasta que un día se rompió la piola que activa el sistema sintonizador y dejó de funcionar. Nunca la reparé, pero creo que, si lo hiciera y la encendiera, luego de un minuto que tarda el sistema en activarse, volvería a la vida recogiendo las señales radiales de onda larga. Mientras tanto, me basta que haya sido una fiel compañera, depositaria de recuerdos de esos momentos trágicos.

Septiembre 2018

A cien metros del sillón presidencial

Domingo Antonio Aravena Vergara¹

Era enero de 1974 trabajaba instalando máquinas de aire acondicionado para SINDELEN que estaba en calle Amunátegui. A la una y media partíamos a almorzar al mercado entre las calles San Martín y Amunátegui por la Alameda con dos ayudantes y mi compadre López. Los almuerzos eran abundantes, cazuelas de cerdo, prietas con puré, y lo mejor de todo, el postre, melón tuna ahuecado con la fruta flotando en vino blanco heladito.

Aún sin terminar nuestros platos vimos estacionar en la entrada del mercado, un auto oscuro y grande. Luego escuchamos, gritos, ráfagas de metrallera y vimos a la gente corriendo de un lado a otro. Entraron unos uniformados botando al suelo, caldos, cubiertos, mesas y sillas. Nos pusimos de pie calmando a las cocineras y al par de clientas que estaban cerca.

–Ustedes hueones, salgan a la calle ahora.

El que habló era el paco más alto y corpulento de los seis que ingresaron. Nos hablaba a nosotros.

–Mi cabo –dije–, nosotros entramos a tomar un melón con vino no más. Somos trabajadores, tenemos que volver a la pega.

–Cállate, mierda. Qué trabajadores ni nada. Son todos unos upelientos, desde afuera se siente el olor a la mierda que tienen los cinco en la cabeza.

¹ Domingo Aravena Vergara falleció el año 2019. El relato testimonial que sigue fue aportado por su hija, Cecilia Aravena Zúñiga.

A golpes y culatazos nos subieron al auto, a la dueña de la cocinería, a mi amigo López, al ayudante Pino, a otro cliente y a mí. El más joven de mis ayudantes había ido al baño, lo que fue un alivio porque era su primer mes de trabajo y el hijo mayor de una vecina. A patadas y garabatos nos metieron al Pino, al cliente y a mí en el portamaletas del Ford. Partieron rápido y dieron hartas vueltas por el centro.

—No sé si saben algo, no sé quiénes son, pero nieguen todo o no saldrán con vida de esta— dijo el cliente, encima de nosotros en el portamaletas. Apenas podíamos respirar.

Cuando el auto se detuvo nos sacaron a golpes y dijeron que el cliente se llamaba Pancho, estudiaba medicina y que era un dirigente del MIR y todos nosotros parte del mismo grupo. Estábamos reunidos en la cocinería para ponernos de acuerdo en la forma en que sacaríamos del país a otros miristas.

Vendados y semidesnudos nos hicieron acostar en un pasillo de baldosas frías, con las manos atadas a la espalda. Olía a humedad y encierro. Parecía un sótano.

—Se me quedan todas las mierdas bien calladas. Si escucho cualquier ruido, vengo y disparo, ¿oyeron conchasdesumadre?

En las madrugadas nos sacaban diciéndonos, “te toca Pancho”; todos éramos lo mismo, “ratas miristas” y “basura de Chile”, desnudos nos tiraban agua sucia para luego subirnos a un somier metálico atracado a una pared. Nos ponían corriente en los testículos y en las axilas. Siempre con los ojos vendados. El cuerpo saltaba con los golpes de corriente, pero si te movías hacia la orilla te pegaban con unos palos gruesos.

—¿Quiénes son tus jefes?, ¿quién les manda la plata?, ¿a quiénes quieren sacar del país?— nos repetían.

—Capitán— dije, asegurándome de subirle el rango al paco—, yo solo entré a ese lugar a tomarme un melón con vino, soy un trabajador, jefe de familia. Tengo seis hijos, el menor nació hace un mes.

–Putá, el *hueón* insistente. Melón con vino te vamos a poner a *voh*.

Eran del OS7, formada un poco después del golpe, conocida con el nombre de “Séptima Sección de Investigaciones Especiales”, dependiente en ese entonces del Departamento de Orden y Seguridad.

–Este fue boxeador, hay que tener cuidado con él– decían y se cagaban de la risa–. *¿Sabí algo mierda? ¿Qué sabí hueón?*– preguntaban empujándome hacia la pared.

Supe que estábamos cerca de La Moneda porque en la Intendencia de Santiago había un reloj que daba las medias horas y ese estaba en calle Morandé con Moneda. Era el edificio que Carlos Ibáñez del Campo adquirió para que fuera la sede de la Intendencia. Veía en mi cabeza el pórtico de ingreso, con sus dos columnas y, rematando la fachada, la cúpula del campanario con el reloj. Debíamos estar en el estacionamiento debajo de la manzana que formaban las calles Moneda, Teatinos, Agustinas y Morandé.

Al séptimo día nos devolvieron nuestra ropa y nos subieron a un auto en las mismas condiciones en que nos trajeron. Perdí la cuenta de cuántos días estuvimos detenidos, porque no veíamos la luz del día. Solo supe que debía ser un par de semanas al menos, porque mi ropa me colgaba, al menos bajé unos diez kilos.

Pude ver, a pesar de las huinchas de embalaje, bajamos por la Alameda hacia el poniente, doblamos por calle Ecuador. Nos dejaron camino al antiguo aeropuerto Pudahuel.

–Al primer huevón que levante la cabeza se la volamos– gritaron y nos dejaron metidos en una zanja. Esperamos hasta dejar de escuchar el motor del Ford.

A medio vestir cada uno partió por distintos rumbos. Mi ayudante Pino y yo nos fuimos al sindicato de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado (ETC), donde ambos estábamos afiliados y que estuvo activa entre 1953 y 1981. A Pancho nunca más lo vi. López y la dueña de la cocinería partieron al mercado.

Me botaron 11 piezas dentales.

Conté todo esto a la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, conocida como Comisión Valech. Más de 35.000 personas presentaron su testimonio.

Los inconclusos (fragmento de la novela homónima)

Gabriela Aguilera Valdivia

Daniel se reúne con otros compañeros en la sede del partido. En cuanto oscurece, se ponen los overoles y salen a la calle cargando los tarros de pintura. Entre bromas, suben al camión que toma por la Alameda para dirigirse hacia el sur de la ciudad.

Daniel apoya los brazos en la baranda del camión y siente cómo la tibia brisa estival lo despeina. Sonríe, feliz.

Cuando el camión pasa un poco más allá de la Plaza Baquedano, desde el segundo piso de una de las casas resuenan disparos que silban sobre las cabezas de los muchachos del camión. “¡Muéranse, upelientos de mierda!”, escucha que gritan. “¡Devuelvan el país, maricones!”.

Daniel se agazapa, cubriéndose tras las barandas de madera del camión. “Son los fascistas de Patria y Libertad”, susurra una muchacha, junto a él. Daniel recuerda el último enfrentamiento que tuvieron con ellos. Aún le duele el hombro en el que recibió un golpe de linchaco. Se levanta y grita por encima de la baranda del camión: “¡Momios conchasdesumadre!”.

Los disparos se van haciendo lejanos y Daniel vuelve a su lugar, al lado de la muchacha que ahora fuma como si nada hubiera pasado.

Cuando llegan al último puente del río Mapocho, todos se bajan y descargan los tarros de pintura. Blanco sobre el muro de piedra y cantera, filetes negros, colores en palomas y banderas. Y en el transcurso de la jornada de aquellos brigadistas, pintores de calle, surge en el muro la luz de un sol que empieza a despuntar.

Enero, 1972

Fragmento de la novela
Invisible, viendo caer la nieve

Alejandra Basualto Pearcy

El centro de Santiago apareció súbitamente despoblado. Era la mañana del martes 11 de septiembre de 1973. Muchos oficinistas permanecían en casa, expectantes ante la radio encendida. Los días anteriores habían sido de mucha efervescencia política y las noticias sonaban cada vez más alarmantes. Los ciudadanos se habían acostumbrado a seguir los acontecimientos minuto a minuto por las emisoras de radio y la televisión.

De pronto la voz del locutor pareció alterada, su tono cauto comenzó a descontrolarse, cada vez más alto hasta volverse atiplado. Se le rompe la voz: "Militares avanzan hacia La Moneda. Aviones de combate cruzan el cielo" y el ruido ensordecedor que proviene del parlante del aparato, ahora cae también del cielo, se cuela por la ventana y rompe la mañana primaveral en pedazos disímiles. Toda la ciudad parece enmudecer a pesar del estruendo. Los automovilistas dan la vuelta y corren a sus hogares. Luego, la voz del presidente, grave, quebrada, decidida, se despide del país. Aviones. Aviones. Y más fuego. El sol ha sido rasguñado y manchones de nubes delatan apenas el atropello. Rostros desconocidos en la televisión anuncian bandos, proyectan desolación a través de lo que no muestran las cámaras. ¡Imposible! Nadie va a creerlo jamás.

“Lleven a los niños al patio interior”.

“Que nadie se asome a las ventanas”.

“Esto es una pesadilla”.

“Mamá ¿por qué tantos aviones?”

“Mamá, hoy no tengo que ir al colegio ¿cierto?”

Santiago, 2012

1973

Juvencio Concha Gálvez

El 11 de septiembre de 1973 llegué temprano a mi trabajo en la Universidad Técnica del Estado, donde supe por una radio a pilas de los verdaderos alcances de las alarmantes noticias que había escuchado temprano mientras tomaba desayuno. Un alzamiento militar, al parecer, estaba triunfando a lo largo de todo el país. Entre las personas que permanecíamos pegados al receptor, recuerdo especialmente a Víctor Jara que había ido esa mañana al Departamento de Extensión y Comunicaciones a programar con nosotros nuevas actuaciones en poblaciones, teatros y centros culturales. Fue ahí, en esa estrecha oficina, que escuchamos el último discurso de Salvador Allende.

A medida que transcurría la mañana, las radios democráticas fueron siendo silenciadas. Durante la madrugada la radio de la UTE fue asaltada y destruida en un acto que se nos representó como uno más de los cometidos por Patria y Libertad. Cerca de las 11 de la mañana salimos a la calle con unos amigos encaminándonos por Avenida Ecuador hasta la Alameda. En ese lugar, frente a la Estación Central, el aspecto era indescriptible. Camiones con soldadesca pasaban raudos Alameda abajo y tropas estacionadas en las calles obligaban a cerrar el comercio e instaban a la gente a dirigirse a sus casas. Toda esa muchedumbre que habitualmente circula por el sector huía en todas direcciones implorando a los conductores de buses y a los automovilistas ser conducidos a otros lugares. Todo el

mundo parecía acordarse de los momentos vividos durante el tanquetazo, cuando el regimiento blindado se desparramó por las calles con sus tanques dejando una estela de muertos, heridos y automóviles aplastados. Ante la incierta aventura de cruzar Santiago en esas condiciones para regresar a nuestros hogares en una ciudad sin locomoción y ocupada militar y policialmente, consideramos que era mejor quedarse al amparo de los muros de la Universidad en espera de que pasara el cuartelazo.

Los dos casinos con que contaba la Universidad Técnica casi no dieron abasto para atender ese día a una cantidad inusitada de comensales. Hubo que organizar tres turnos para ir a almorzar y reducir las raciones a un tercio. La mía fue una pequeña porción de ensalada de betarraga y un cuarto de marraqueta. Durante el segundo turno con su bandeja frente al mesón, divisé recibiendo su porción de ensalada al rector Enrique Kirberg. A estas alturas del día, ya todos sabíamos que se trataba de un golpe de Estado, y conjeturábamos sobre el por qué, habiendo tanta tropa rodeando la Universidad, estas no habían entrado todavía.

Un compañero lleno de candor arguyó que los retenía el respeto a la autonomía universitaria. Otro explicó que a los militares, seres en su mayoría muy incultos, se les haría muy penoso tener que explicar el motivo de su visita.

Lo cierto fue que durante ese día nos remitimos a escuchar los cañonazos y el tableteo de las ametralladoras que resonaban siniestramente en esa ciudad muerta. A media tarde presenciamos cómo algunos aviones bombardeaban el palacio de La Moneda y las inmensas columnas de humo que surgían hacia el oriente. Esa tarde una fina llovizna cayó sobre Santiago, el cielo se encapotó y se puso negro.

Como no había más remedio que pasar la noche encerrados, elegimos lugares grandes y ventilados. Un grupo se quedó en la casa Central y el resto en la Escuela de Artes y Oficios. En este último

recinto, permanecemos entre otros con el cineasta Hugo Araya, al que le decían el Salvaje por la portentosa cantidad de pelos que tenía en la cara, dejando a la vista solo la nariz.

Recuerdo un hecho amargo: en una tertulia sostenida al anochecer del día 11, Víctor Jara anunció que iba a hacer un número, aplaudimos y esperamos. Se apoyó de espaldas a la pesada mesa de consejo y echando un dedo adelante comenzó a cantar “La bala se dispara, ya se dispara, se disparó...”. Lo que había comenzado con una sonrisa terminó con un gesto agrio y enmudeció. Por triste ironía fue el último verso de una canción que salió de sus labios (al menos todavía en libertad).

Sentadas en algunas sillas las mujeres y en el suelo los hombres, esperamos la llegada de la noche. Algún rato después algunas diligentes compañeras aparecieron con algunos tiestos con café y pan. Fue el último bocado en libertad.

Aproximadamente a las 22 horas escuchamos el primer disparo y luego un intenso fuego de ametralladoras y cañonazos que impactaban en los poderosos muros de la Escuela de Artes y Oficios. Algunos proyectiles pasaban silbando a través de las ventanas, lo que nos obligó a tendernos en el piso y a parapetarnos detrás de mesas y armarios. Los sitiadores disparaban desde los edificios de la Villa Portales, estratégicamente colocados. El cañoneo no fue permanente, había momentos en que se hacía el silencio, intervalos que nosotros aprovechábamos para salir gateando de nuestros parapetos y averiguar si alguien había resultado herido. Nos contábamos y solicitábamos prudencia a las personas demasiado confiadas que levantaban exageradamente la cabeza.

Amaneciendo el día 12 se reanudó la balacera, y esta vez, como los gopistas tenían cierta visibilidad, dieron en el blanco. Una muchacha joven recibió un impacto en la mandíbula, volándole una parte. Hugo Araya recibió un balazo en el abdomen. Ante la absoluta imposibilidad de hacer nada por ellos, decidimos levantar bandera blanca para terminar con la balacera y sacar a estas personas para

que recibieran atención médica. Con la camisa de un compañero arriba de un palo que se hizo circular de mano en mano para que fuera vista entre los intersticios de las murallas por la soldadesca, nosotros intentábamos lograr una pronta invasión para salvar la vida de estos compañeros. Pero la bandera blanca fue recibida por ráfagas de ametralladora y el compañero Hugo Araya falleció; la muchacha logró sobrevivir.

Cerca de las siete de la mañana, después de un contundente cañoneo, se hizo nuevamente el silencio y las valientes tropas sitiadoras hicieron su entrada al recinto. Estábamos en la sala de profesores de la Escuela de Artes y Oficios, cuando fuertes culatazos destrozaron las mamparas y la soldadesca irrumpió escopetas en mano lanzando gritos histéricos y palabrotas. Manos arriba fuimos saliendo mientras recibíamos culatazos y patadas por todo el cuerpo. Una vez en el patio las mujeres fueron separadas y llevadas a otra parte. A nosotros nos tendieron en el suelo con las manos en la nuca y los pies cruzados en una cancha de básquetbol. Esta posición es muy incómoda, incluso para ser sufrida por pocos minutos, ya que obliga a mantener la cara en el suelo. Además, se comienzan a acalambrar las piernas y los brazos. Aquella mañana por añadidura, apareció un sol esplendoroso. Cerca de medio día nos pusieron en pie, en grupos de 10 con las manos en alto y las piernas abiertas para ser registrados sistemáticamente. El registro fue tan acucioso que nada de lo que había en los bolsillos se salvó; cuando pudimos conversar con relativa tranquilidad hicimos rápidos balances de nuestras pérdidas y constatamos que habían desaparecido relojes, anillos, dinero, encendedores, llaveros, etc.... y hasta pañuelos. Según supimos más tarde, todo lo robado pasaba a constituir el botín de guerra, ya que nosotros éramos considerados en ese momento prisioneros de guerra. Ante el reclamo interpuesto por un compañero por la pérdida de sus cosas, apelando a la Convención de Ginebra sobre el trato a los prisioneros de guerra, recibió como respuesta un sonoro culatazo en las costillas.

De ese patio fuimos llevados a una cancha de básquetbol y obligados a permanecer de pie durante tres horas con las manos en la nuca. El calor a esa hora se había hecho muy intenso por el sol y la refracción de las baldosas. Afortunadamente, entre nuestros captores había algunos con características humanas, que se condolieron de algunas situaciones y trajeron en sus cascos agua para beber. Sobre la situación de las mujeres estábamos totalmente en blanco. Sabíamos que habían sido llevadas a otro recinto, pero desconocíamos el trato a que fueron sometidas. En nuestra difícil situación, moviendo la boca apenas para no ser vistos ni escuchados, intercambiamos opiniones sobre la suerte de las compañeras y la que nos tocaría correr a nosotros.

Recordamos sumariamente el franquismo español, el nazismo y la situación de los perseguidos por las dictaduras del continente. Todos teníamos muy frescas en la memoria la situación existente en Brasil y Uruguay, países con los cuales habíamos realizado actos de solidaridad innumerables veces. A pesar del negro panorama que se nos presentaba por delante, se mantuvo siempre una actitud digna y serena.

De la cancha de pelota fuimos trasladados en autobuses hasta el Estadio Chile. Íbamos 4 por cada asiento, arrodillados en el suelo y con la cabeza sobre el asiento. En el pasillo, en hileras de tres, los de los costados mirando hacia adentro. Frente al pasaje Politeama fuimos recibidos por fuerzas de carabineros que se ubicaron a ambos lados. Fuimos formados en largas filas y obligados a trotar marcando el paso. ¡Sácale trote, sácale trote! eran las órdenes dadas por los oficiales a los pacos rasos. Al ritmo de los culatazos, las patadas y los insultos, debimos trotar por espacio de tres horas.

Una vez dentro del largo pasillo de entrada se nos ordenó detener el trote y pasar uno a uno frente a una mesa donde se nos preguntó el nombre y la dirección. Debimos dejar, además, el carné de identidad. En un borde del pasillo estaba tirado un hombre gordo que

era golpeado salvajemente por una patota de oficiales de ejército. A partir de este día 12 pasé a ser por largos meses prisionero de guerra, preso político y varias otras denominaciones que fueron cambiando con el tiempo. Cuando nos hicieron sentar en las tribunas, el estadio estaba casi lleno de compañeros traídos desde todas las instituciones cercanas a la Estación Central de Ferrocarriles: obreros, estudiantes, profesores, empleados, artistas, profesionales. Todos sentados escultóricamente, alumbrados por potentísimos reflectores. Un coronel se dirigió a nosotros por un atronador altoparlante:

—Frente a ustedes he colocado tres ametralladoras, las mismas que Hitler llamó la sierra humana, y ahora, desgraciados, al primero que se mueva o haga un movimiento que mis hombres consideren sospechoso, daré la orden de que no quede ni un huevón vivo.

Frente a nosotros estaban ubicadas tres de esas ametralladoras con dos servidores cada una. Por el lado de nuestra galería estaban las otras tres que apuntaban hacia el frente. Esa noche debimos dormir sentados en esos estrechos asientos, sin abrigo y sin haber recibido alimento alguno, con los reflectores apuntando hacia nuestras caras. De pronto, en la mitad de la noche, mientras dormíamos agotados por el ejercicio del trote, sentimos un grito:

—¡Viva la Unidad Popular, mueran los gorilas fascistas!

Y un obrero se lanzó desde la galería, cayendo entre los asientos de tribuna. El ruido de su caída nos espantó el sueño por completo. Se hicieron algunos disparos al techo y el atronador altoparlante resopló anunciando que se dispararía sin misericordia sobre cualquiera que se moviese. Rápidamente un pelotón se acercó al caído, que aún vivía, y un teniente le disparó un tiro en la cabeza. Los que estábamos más cercanos pudimos ver, de reojo, cómo pedazos de cerebro, sangre y cuero cabelludo se adhirieron a los respaldos de los asientos. Luego fue cogido por los pies y arrastrado hasta que desapareció detrás de un muro.

A la mañana siguiente fuimos autorizados para ir a los servicios higiénicos, pero solamente para cumplir con las funciones más elementales, ya que de las llaves no salía ni una sola gota de agua. De las tazas tampoco. De regreso al asiento, observamos un muchacho de no más de 15 años que se había levantado murmurando palabras incoherentes, con la cabeza gacha, como si estuviera mareado. No atinábamos a comprender la necesidad de mantener semejante preso de guerra, por su edad y por la evidencia de golpes que mostraba en su rostro. El niño se acercó a un soldado para decir algo, pero este le disparó un tiro en el abdomen que lo dobló por algunos segundos. Enseguida, un eficaz culatazo en la frente lo lanzó de espaldas. Fue también cogido por los pies y llevado quizás dónde.

Informado el coronel de lo que acababa de suceder, se subió arriba de una banqueta y desenfundando su pistola se puso a disparar hacia las murallas y al techo, mientras gritaba que a todos nos pasaría lo mismo si “andábamos con cuestiones raras”. Cerca de las diez de la noche del día 13, un sujeto aparentemente con el grado de capitán nos habló por los micrófonos anunciándonos que nos preparáramos para recibir un refrigerio, que tomáramos en cuenta la existencia del plan zeta, que la muerte de Allende debía ser aleccionadora para nosotros, y que por lo tanto consideráramos el gesto que ellos iban a tener. Se nos repartió un brebaje color café y medio pan que solo algunos alcanzaron a recibir. Como no habíamos probado bocado desde hacía mucho tiempo, recibimos la pócima con gran satisfacción. El líquido era malísimo, pero estaba caliente.

A las doce de la noche, en las tribunas del frente, un hombre se levantó de su asiento y gritó:

—¡Asesinos, asesinos! Un pelotón lo rodeó inmediatamente, propinándole golpes que lo hicieron caer al suelo. Un teniente se acercó raudamente, y tomando el fusil Mauser de un soldado, descargó en la cabeza del hombre caído un feroz culatazo. La madera de la culata se quebró. El teniente y sus hombres se quedaron

esperando el resultado y el hombre se movió, agitó los brazos y gritó nuevamente:

—¡Mátenme, asesinos! El teniente desenfundó su pistola y disparó dos tiros sobre la cabeza del hombre.

El aspecto que el Estadio Chile había adquirido era siniestro. Las botas de los militares resonaban en los pasillos y el semigrir constante de las ametralladoras nos indicaba a cada momento que algo había cambiado en Chile, que ni en los peores golpes de Estado del continente, el palacio de gobierno había sido bombardeado con el presidente adentro.

Al cantante Víctor Jara lo vi por última vez avanzada la noche del día 13. El día 14 por la mañana ya no estaba en su lugar habitual, en un pasillo, aislado de todos. Según supimos después, fue torturado salvajemente y luego asesinado.

El día 14 por la tarde fuimos trasladados al Estadio Nacional, a nuestro “primer campo deportivo”, uno por asiento, arrodillados en el suelo y con la cabeza contra el asiento, las manos sobre los respaldos.

120 fuimos encerrados en un camarín del lado nororiente, cerca de la puerta de la Maratón. Era el camarín número 6. En los baños salía abundante agua, pero tuvimos que organizar turnos para ir a beber. Tres llaves para 120 personas no eran muchas, tampoco los tres wáteres y los cinco urinarios. Para mantener la organización del recinto, en que todos cabíamos solamente de pie, fue necesario elegir un jefe de camarín (después supimos que en todos los camarines del Estadio, todos atestados, se hizo lo mismo). Había que organizar los turnos y los espacios para dormir en un recinto de 5 metros por 9, sin ventilación y sin luz natural. Realizamos dos turnos: uno desde las 22 horas hasta las 2 de la mañana, y el siguiente, desde las 2 hasta las 6. Mientras un grupo dormía utilizando toda la superficie destinada para esto, más de la mitad del camarín, el resto permanecía de pie hablando en sordina, cabeceando o, sencillamente, “toman-

do caldo de cabeza”, expresión que creo, nació en el Estadio y que después se popularizó. Significa pensar malos augurios, pesimismo absoluto, camino sin salida.

Ese día, hasta que se inició el toque de queda (se cortaba la luz en todos los camarines a las 22 horas), no probamos alimento alguno, salvo el agua que bebíamos ávidamente. Recién al otro día, a las 17 horas, nos dieron nuestra primera comida: una taza de porotos. Una enorme marmita de campaña se estacionó en el túnel frente a nuestro camarín y nos dieron a “carga” un tarro de aluminio, y una frazada de dudosa limpieza. A continuación, en larga fila fuimos extendiendo el tarro para recibir la cucharada de porotos.

Al cabo de una semana de encierro, todos los presos de los camarines de ese lado del Estadio, fuimos obligados a salir al túnel. Nos ubicaron en una inmensa fila contra la muralla y un individuo encapuchado fue mirándonos a la cara uno a uno e indicando de vez en cuando a algún compañero, el que debía salir aparte. Seis fuimos seleccionados por el encapuchado. Nos sacaron hasta la pista de cenizas y ahí permanecimos apuntados por las ametralladoras de dos soldados. No sabíamos la razón de haber sido elegidos por el encapuchado; no teníamos vínculo entre nosotros; no sabíamos tampoco quién pudiera ser el encapuchado. Era un hombre de civil con una frazada gris como las nuestras en la cabeza, y a la que le habían abierto dos hoyos.

Vigilados en forma exagerada, lo que no dejaba de ser un honor, dimos una semi vuelta olímpica por la pista de cenizas y fuimos introducidos en un baño infecto inundado de agua. Ahí ya se encontraban otros compañeros elegidos por el mismo u otros encapuchados. Un momento después trajeron otro grupo y las cadenas fueron puestas en la puerta de fierro. El agua inundaba completamente el recinto. Nadie sabía o se imaginaba qué pudiera haber habido detrás de todo esto. Les preguntamos a los conscriptos que custodiaban la puerta si sabían quién era el tipo de la capucha, pero se negaron te-

merosamente a abrir la boca. Tenían prohibición absoluta de hablar con los prisioneros. En la tarde nos sacaron a un pasillo y repartieron la consabida taza de porotos. Este momento lo aprovechamos para sentarnos en el suelo.

Desde que nos apresaron, nuestra incomunicación era total, no teníamos la más mínima información de la situación general del país ni de la suerte corrida por los compañeros que habían tenido algún cargo de responsabilidad en el gobierno. Por las palabras de los verdugos del Estadio Chile, suponíamos que la cantidad de muertos era ya grande y que estos seguirían aumentando. Mientras tanto nuestra situación en el baño no era de las más reconfortantes. Pasamos la noche de pie, apoyados contra las murallas con un solo pie, cambiando constantemente de postura, como los queltehes. En este grupo había gente de las más diversas actividades y nunca nos habíamos visto unos con otros. Si la táctica de los fascistas fue infiltrar soplones en el grupo, se pisaron la huasca porque nos dedicamos a contar chistes y, por lo demás, como nadie se conocía con nadie, era muy difícil no sentir desconfianza con la persona que estaba al lado.

Al anochecer del día siguiente nos llevaron a un camarín, el 5 surponiente, debajo de la marquesina. Para nosotros esto era un avance en el nivel de vida porque éramos solo 30 personas. Muy poco duró nuestra holgura, al otro día trajeron un cura del sur, dos norteamericanos, un grupo de uruguayos y un japonés. Fueron recibidos con gran simpatía, adjudicándoseles de inmediato un lugar para dormir. Con la llegada de estos nuevos personajes se entonó la conversación porque todos habían sido detenidos recién y tenían noticias frescas desde afuera.

El cura contó que lo habían traído por etapas, en tren y en camión, y que cada nuevo grupo de soldados que se hacía cargo de él, le propinaba una nueva tanda de patadas e insultos. Refirió que una población de trabajadores de un aserradero fue exterminada casi

totalmente desde helicópteros, y los pocos que lograron fugarse a los cerros fueron perseguidos y asesinados brutalmente. El japonés hablaba un inglés casi tan malo como el nuestro. Era un muchacho de 20 años que había salido a recorrer el mundo a dedo y que apenas tocó suelo chileno fue apresado y enviado al cuartel de investigaciones. Imposibilitados sus captores de comunicarse con él, optaron por torturarlo primero, y luego lo llevaron al Estadio Nacional. Los uruguayos eran refugiados de la dictadura de su país y sus relatos cayeron en el lugar común: la tortura. Los norteamericanos eran miembro del Cuerpo de Paz, y aun cuando mostraron sus credenciales, fueron traídos a empujones y golpes hasta el Estadio. Al día siguiente llegó un grupo cercano a las 50 personas, entre las que venían un cura holandés, un cura francés, un mexicano y un periodista holandés.

Mi encierro en este camarín duró dos semanas en las cuales sólo dos días, y durante una hora, nos sacaron a las graderías, al aire libre. Durante el encierro nos entreteníamos jugando ajedrez fabricado con papelitos; a las damas; a descubrir personajes mediante preguntas y respuestas y a la buena charla. Nuestra dieta mejoró un poco. Desde hacía algunos días nos daban un brebaje color café y media hallulla. Sin embargo, la alimentación no bastaba y todos adelgazamos a ojos vistas. Una de nuestras más recurrentes conversaciones versaba sobre comidas, sobre la preparación de algunos platos, etc.; tal vez influenciados por el distinguido chef internacional, el argentino Luis Font, el tata.

Repetidas veces durante el día llegaban suboficiales y sargentos a preguntarnos quiénes éramos, de dónde veníamos y si habíamos sido interrogados. Ante tales muestras de interés, reaccionábamos pidiendo papel y lápiz para confeccionar listas con los datos exigidos. Un compañero con una nítida letra de imprenta confeccionaba la lista por orden alfabético. La situación de todos los presos era incierta hasta que no se hubiera llevado a cabo el interrogatorio.

Todos deseábamos, por lo tanto, que este tuviera lugar lo más pronto posible. Nadie sabía, eso sí, en qué consistiría tal entrevista y, sobre todo, en qué condiciones.

Un día, sin saber cómo, llegó al camarín un diario de algunos días. En él se anunciaba la muerte de Pablo Neruda en forma muy escueta. Que tras una larga y penosa enfermedad falleció... y nada más. Se inició de inmediato un homenaje consistente en la elaboración de una biografía del poeta, sacada de la memoria de cada uno de nosotros, luego algunas recitaciones... y muchas, muchas conjeturas sobre la verdadera causa de su muerte, a pesar que se sabía que estaba enfermo desde hacía tiempo.

Una mañana temprano un suboficial, leyó una lista y salimos, los nombrados, no más de 10, a formar al corredor. Íbamos a ser interrogados. Fuimos conducidos hasta los comedores del Estadio en donde quedamos en manos de carabineros. Después de una larga espera en que los compañeros ya interrogados iban saliendo cabizbajos de sus interrogatorios, me tocó el turno a mí. Fui introducido a un pequeño cuarto donde era visible una máquina para producir corriente y otros objetos extraños. Sentados frente a una especie de escritorio estaban 2 sujetos de civil de aspecto ordinario y un capitán de carabineros.

Impuestos de que yo era funcionario de la Universidad Técnica, me preguntaron en dónde teníamos escondidas las armas. Como les respondiese que en la Universidad no teníamos armas, se fueron impacientando y uno tomó un palo o fierro rodeado de goma negra, lo que se conoce como laque, y me dio un fuertísimo golpe en la espalda. Yo permanecía de pie mirando hacia la muralla. Insistieron en saber dónde teníamos las armas, pero esta vez no respondí, lo que a la larga resultó peor porque lo tomaron por desprecio o altanería y volvieron a darme con el laque en la espalda, cada vez más cerca del cuello. Con los argumentos más elementales, pero sobre todo con mucha claridad, didácticamente, si pudiéramos decir,

les expliqué que el mismo ejército que entró a la universidad no había encontrado nada a pesar de la búsqueda.

Después de un par de palos más inquirieron si yo iba a las concentraciones a ver al "Bigote", -a algunas- respondí. Tuve que firmar un papel que no me dieron a leer y salí al pasillo en donde estaba el resto de los interrogados. Nos llevaron a las tribunas bajo la marquesina donde permanecimos dos días durmiendo a la intemperie en plena tribuna presidencial. Enrollados en las "frezá", como decían los milicos, nos tendíamos a los pies de los asientos. El frío del amanecer nos calaba hasta los tuétanos, y en la mañana nuestros cabellos y la frazada estaban mojados por la garúa de la noche.

Al segundo día apareció un suboficial con una olla de leche semillena del desayuno de los conscriptos, y nos hizo formar para que cada uno pudiera beber un poco. Este gesto poco usual le provocó serias amonestaciones de sus superiores y tiempo después desapareció del Estadio. Los pecados de este suboficial consistían en que cada vez que podía repartía a los presos que tenía cerca la leche sobrante del rancho de los conscriptos, pan y algunas veces cigarrillos. Ahora cuando recuerdo esto (febrero de 1975), hacía solo seis meses que había salido de la oficina de Chacabuco, lugar donde fui enviado luego de permanecer un poco más de dos meses en el Estadio Nacional; nunca olvidaré a ese suboficial que a riesgo de su vida repartía leche a los presos de guerra. Pero vuelvo al Estadio.

Al parecer, debido a la presión ejercida por nuestros familiares y periodistas extranjeros que a diario se estacionaban en grandes cantidades a las puertas del Estadio, los carceleros se vieron obligados a contratar los servicios de la Cruz Roja Chilena. Mujeres de esta institución se hicieron cargo de la repartición de los paquetes que las familias enviaban a sus presos. La distribución que realizaban estas caritativas damas comenzaba por la tropa y por ellas mismas. Cuando un preso lograba recibir un paquete, por el envoltorio se notaba que había sido despojado de gran parte de su contenido. Así,

estas damiselas se aficionaron rápidamente a los chocolates y a las galletas Tritón. La soldadesca, desde Espinoza hasta el último conscripto fumaron gratis durante dos meses y se aprovisionaron de todos los elementos de aseo, ropa, etc. enviados a los presos. Conversando tiempo después con mi familia me preguntaron si había recibido los paquetes. Me habían enviado muchos paquetes y yo solo había recibido uno, casi vacío. Se nos sometió al más sucio y cobarde despojo.

Los domingos, un individuo que se hacía llamar “el padre Juan” y que se presentaba vestido de sacerdote, decía misa con un marcado acento extranjero, desde la tribuna presidencial ayudado por un micrófono. En su primer sermón agradeció al cielo la obra bienhechora de los militares al dejar limpio el país del marxismo. Nos anunció que rogaba por nuestra salvación, y con una desfachatez de alto coturno, nos pidió que oráramos por la bienaventuranza de nuestros gobernantes.

Pero los micrófonos del Estadio no los ocupaba solamente aquel individuo, también los miembros de las fuerzas armadas y sujetos de civil hacían llamados al “círculo negro” o “punto negro”, como lo denominaban. Era una señalización para las competencias atléticas. Consistía en un fierro incrustado en un pedestal de concreto que culminaba en un círculo de metal pintado de negro. Estaba ubicado frente al foso de arena del salto largo. Por ese lugar pasaron muchos que después fueron a dar directamente al hospital de campaña, si quedaban vivos, o al río Mapocho o a la fosa común. El Cardenal Raúl Silva Henríquez ocupó también los micrófonos para dar una palabra de aliento a los miles de presos que allí estábamos. Una vez también, un gringo ya mayor preguntó si alguno de nosotros conocía a su hijo que se encontraba en el Estadio, dio sus señas particulares y su nombre, que no recuerdo. Ahora pienso que pudo haber sido uno de aquellos dos yanquis del Cuerpo de Paz que estuvieron en el camarín 5 surponiente y que nunca más volví a ver.

Casi a diario dejaban gente en libertad. Un mayor se instalaba en el sector de las galerías norte, donde ubicaban a la gente que ya había sido interrogada y les leía una lista. Comenzaba de esta manera: “El siguiente personal se prepara para ser enviado a sus casas”-. A medida que las personas iban siendo nombradas, debían decir “firme mi mayor”, por ningún motivo presente o el “eeja”, tan típico de nuestros hombres de campo. Estas personas eran llevadas en filas de a cuatro hasta un lugar interior donde se les tomaba una fotografía de frente y de perfil. Luego eran sacadas de la pista de ceniza para que nosotros las viéramos, y salían por la puerta presidencial. A medida que iban pasando lanzaban hacia las tribunas las “herencias”: cosas de las cuales se podían desprender y que serían útiles a los que nos quedábamos. De esta manera volaban por los aires pedazos de pan, trozos de chocolates, envoltorios con galletas, gorros y hasta chombas. A medida que iban desapareciendo, todo el Estadio interpretaba la canción “Libre”, conocida a través de un cantante español: “Libre como el ave que escapó de su prisión y puede al fin volar...”.

Después de dos días de permanecer a la intemperie, nos llevaron a la galería norte. En este lugar por no haber camarines ni escotillas debimos tendernos en el suelo de los pasillos entre mesones y congeladoras de cerveza. A través de los boquerones que dan a Avenida Grecia se colaba el viento helado escapando hacia las graderías por las anchas arcadas de acceso. La falta de alimentación adecuada nos hacía sentir un frío redoblado. Durante la noche, metidos como cuchufliés en nuestras frazadas, teniendo las duras, frías e inmundas baldosas como colchón, sentíamos el taconear de las botas por el lado de nuestras cabezas. Durante la noche, un joven compañero, con los labios morados por el frío, comenzó a comer pasta de dientes que sepa Dios de dónde habría sacado. Pero esto era habitual, en las graderías algunos devoraban la yerba que crecía entre medio de los asientos.

1984, releo estos papeles amarillos cuyo relato dejé tan abruptamente.

En noviembre de 1973 fuimos sacados de nuestros encierros y llevados al aeródromo militar de El Bosque. En un Douglas DC 6 arribamos a Antofagasta y en una “liebre” de la FACH llegamos a inaugurar el campamento de prisioneros de Chacabuco. Pero este es ya otro cuento.

Una pequeña historia en la vida de mi padre

Guillermo Condemarín Bustos

A mediados del mes de agosto de este año, 2023, entregué a nombre de mi padre, Guillermo Condemarín Grimberg, 40 libros de las Obras Completas de Lenin; en esa ocasión me preguntaron del porqué de la decisión de mi padre para rescatarlos, y la explicación es larga, no está demás hacer un poco de historia.

Esta colección de libros, las tuvimos en nuestras manos desde que el Departamento de Estudios Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas fue desalojado de la casona de Avenida República 475, a comienzos del año 1977.

Mi padre nació en Iquique y fue el mayor de los 7 hijos de un matrimonio dispar, ella hija de un potentado, dueño de la mina de plata Huantajaya, y él obrero fundidor de la empresa de ferrocarriles inglesa y dirigente de una de las Mutuales de Socorros Mutuos que operaron hasta la formación de las Cajas de Seguros Obrero y empleados particulares, que las absorbieron en el año 1924.

Salió de la Escuela Técnica especializado como Secretario y entró a trabajar de asistente en la Intendencia de Tarapacá en el año 1930, donde entregaban la escasa ayuda a los miles de cesantes de las clausuradas salitreras, que tuvieron que emigrar hacia el sur; llegó a ser un experto en demoliciones de las instalaciones industriales de las abandonadas salitreras, primero como empleado y después dueño de su propio destino, como empresario junto a su hermano

Luis; para desarmar requirió tener conocimientos de resistencia de materiales, lo que lo familiarizó con manuales técnicos y la regla de cálculo.

En paralelo a sus trabajos, de muy joven, por la muerte de su padre, se responsabilizó de sus dos hermanas, Mabel y Eliana, esta 25 años menor. Se casó a los 33 años; formaron una familia con 3 hijos, donde siempre los vimos como compañeros de vida, preocupándose en darnos educación y formación profesional; con su hermano Luis se preocuparon de sus 2 hermanas menores que se formaron en el mundo de la Educación, logrando Mabel obtener el premio Nacional de Educación en el 2003, cosa que lamentablemente mi padre no logró disfrutar en vida, dado que nos dejó 5 años antes.

Como empresario, junto con su hermano, instalaron una maestranza en Iquique, que ejecutaba equipos y complementos para las empresas pesqueras que surgieron con fuerza en esta ciudad, lo que lo motivó junto a varios amigos a integrar la Pesquera Alcatraz. Paralelamente, continuaban desarmando ex oficinas salitreras y su interés por los manuales técnicos y la regla de cálculo, convencíendome en primera instancia que fuera Ingeniero Civil, cuando él adquirió el Manual de Ingeniería Hütte; pero curiosamente en su primera página señalaba que también era para el Arquitecto, profesión que tengo.

Como persona, sea como empleado o empresario, nunca lo vimos cambiar de amigos y de trato con sus colaboradores; hombre honesto, donde la lectura era parte importante en su vida; nuestra biblioteca familiar siempre presente con libros desde aventuras de Salgari hasta el Anti Düring de Engel y enciclopedias. Además, llegaban a nuestra casa diarios de Iquique y Santiago, así como revistas semanales, siendo las deportivas exclusivas para mi madre.

Cuando la anchoveta emigró desde las costas de Iquique, sólo sobrevivieron las empresas pesqueras que tenían espalda económica y política, lo que obligó a los hermanos a emigrar a Santiago

con su maestranza, sin deudas; sin embargo, a finales de los años 60, naufragaron en la vorágine de permisos y autorizaciones.

Para el 11 de septiembre de 1973 recién había cumplido 60 años, estaba trabajando en la intervenida Textil Sumar, conociendo directamente el ataque aéreo brutal a esta industria, bajo el supuesto de los “cordones industriales”.

Cesante después del golpe de Estado, por recomendación de sus hermanas menores, entró a trabajar como administrativo en el Departamento de Estudios Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas en el año 1974, en Avenida República 475 de la ciudad de Santiago, en una amplia casona que acomodaba todas las instalaciones que requería: salas de clases, oficinas para profesores y en el subterráneo impresora y las instalaciones de servicio, trabajando con Nelson, Sergio y Fernando, que imprimían a roneo la documentación que se generaba en el DEH.

Trabajar en dicho Departamento, para mi padre que fue empresario por destino, pero que era gozador del desarrollo intelectual, fue un bálsamo que le permitió conocer a destacados escritores y pensadores como: Felipe Alliende, Antonio Arbea, Joaquín Barceló, Cedomil Goic, Mario Góngora, Jorge Guzmán, Álvaro Jara, Enrique Lihn, José Ricardo Morales, Nicanor Parra, Juan de Dios Vial, Jaime Castillo, Patricio Marchant y muchos más, gracias a que el DEH era una isla de pensamiento propio muy ajeno al entorno que la dictadura imponía; eran autónomos de la FCFM y solo dependían a esa fecha de la Vicerrectoría Santiago Occidente de la Universidad de Chile.

Allí, se imprimió el Número 1 *único* de *Manuscritos*, que en el año 1975 se transformó en una leyenda subterránea de la plástica y poesía, vanguardia en el oscurantismo atávico que llevó la dictadura, un grito de esperanza que cobijó por primera vez a Raúl Zurita publicándolo.

Manuscritos fue el pináculo del desarrollo del DEH, fue su gloria e inicio de su muerte; la edición en papel couché en su propia

imprensa, llevó a que se criticara la gestión de Cristián Hunneus, exigiéndole su renuncia por el rector interventor Julio Tapia, que según contaba la leyenda, no cuestionaba su contenido, sino el lujo que representaba el uso de este papel.

A finales de 1976, empezaron a merodear la casona del DEH, unos personajes con zapatos lustrados y brillantes, que no eran reflejo del intelecto, sino de la oscuridad; hasta que un día le dijeron al profesor Felipe Alliende, cuñado de mi padre, “Esta casa es de nosotros”, eran los miembros de avanzada de la Central Nacional de Informaciones, la CNI, la sucesora de la DINA.

En semanas se debió empacar y seleccionar lo que se llevaban a la casa en la segunda cuadra de Avenida Ejército, y los libros de las Obras Completas de Lenin no se llevaban. Allí mi padre decidió rescatarlos para devolverlos en tiempos mejores; él era de pocas palabras, pero muy decidido en sus acciones, moralmente no podía aceptar que un libro se fuera a la hoguera. Pidiéndome que los fuera a buscar, me los entregaron sus ayudantes Sergio y Fernando, envueltos en papel de diario, para guardarlos hasta nuevo aviso.

Mi padre trabajó en el DEH hasta mayo del año 1993. Entrada la democracia le pregunté que cuándo devolveríamos la colección; quedamos a la espera, suponiendo que el Departamento tenía fecha para su muerte no anunciada, pero esperada, y que llegó en los 2000. Sabiendo el interés de ETHICS para recuperar los documentos e historia del DEH, pasaron 46 años de nuestras vidas.

El golpe de 1973 y el año 1985. Recuerdos y un microcuento

Eduardo Contreras Villablanca

Este año 2023 se cumplen cincuenta años del golpe de Estado que interrumpió, por la fuerza de las armas, el gobierno encabezado por el presidente Salvador Allende. Ese acto inaugural de la violación masiva de derechos humanos en Chile, dejó una gran huella de dolor en millones de compatriotas.

Mi familia estuvo muy involucrada en el proceso de cambios que pretendió inaugurar la izquierda chilena con el gobierno de la Unidad Popular. Luego del golpe de Estado viví el exilio, desde 1973 a 1983, y después el Chile de la dictadura, y las luchas por recuperar la democracia, entre 1984 y 1990. Mi generación quedó marcada por esos hechos históricos. Esas vivencias familiares, y las de amigos y conocidos, fueron apareciendo en textos que he escrito.

A fines de 1983, mi madre y yo habíamos regresado del exilio luego de que nos levantaran la “L” que nos impedía regresar. Nunca fui informado del delito que podría haber cometido a los ocho años, que era la edad que tenía al momento de salir de Chile. Mi padre no pudo regresar hasta fines de la dictadura.

Recién llegado, postulé para estudiar ingeniería en la Universidad de Chile, e ingresé en marzo de 1984 como alumno de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. A poco andar me incorporé al trabajo de las Juventudes Comunistas. Fue el año en que el movimiento estudiantil desplazó a la FECECH, la organización estudiantil oficial, designada y proclive al régimen, y recreamos la

histórica FECH. Una de las primeras actividades de la organización estudiantil democrática fue organizar los trabajos voluntarios del verano de 1985. Los trabajos en los que Patricio Manzano perdió la vida.

Patricio Manzano González fue un estudiante de ingeniería, ingresó en nuestra generación. No fuimos amigos, pero lo recuerdo, participando en las asambleas y en las reuniones preparatorias de los trabajos. Marchó al sur junto a cientos de compañeras y compañeros, no pudo regresar a su hogar. Eso inspiró este microcuento, que fue finalista del concurso 180 años en 180 palabras, de la Universidad de Chile.

Su último control

En 1985 saqué un rojo por no presentarme en un control. Iba en segundo año. Fue un bálsamo dentro de mi dolor. No podía soportar que él ya no estuviera con nosotros, que no continuara con sus estudios y su vida. Regresando de vacaciones y de los trabajos voluntarios, varios compañeros salieron a la calle a protestar por su muerte debido a los golpes y la falta de atención médica, en la Primera Comisaría de Carabineros no habían escuchado los ruegos de los estudiantes de medicina que avisaron de su paro cardíaco. No tuve ánimo para salir a las barricadas. Entré a la prueba de Cálculo II, respondí todo en menos de dos horas, y la entregué con su nombre en letras mayúsculas: PATRICIO MANZANO.

El Informe Rettig consigna que Patricio Manzano: “El día 9 de febrero de 1985 falleció a consecuencia de la negligencia de agentes del Estado, los cuales, viéndolo en estado agónico a causa de una insuficiencia cardíaca, no autorizaron la atención médica correspondiente”. Luego vendría la muerte de Fernando Villalón, en 1988, eso solo en nuestra Facultad, ya que muchos otros estudiantes comprometidos cayeron en esos años, víctimas de la barbarie.

Ese año 1985 fue duro, no solo en la FCFM. Solo una muestra más de ello: los tres profesionales comunistas degollados el 29 de marzo de 1985. Me conmovió el destino de los tres, José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino, pero me detendré más en el recuerdo de Manuel Guerrero, ya que me tocó conocer un poco más de él, cuando aún vivía.

Guerrero había sido detenido en Chile por el Comando Conjunto, en los primeros años de la dictadura, fue baleado durante su detención, y luego torturado por más de cinco meses. La dictadura lo liberó finalmente en 1976 y partió a Suecia. En 1979 publicó "Desde el túnel", el libro con su testimonio desgarrador de ese periodo.

Guerrero había vuelto a Chile en 1982, o fines de 1981. A poco de volver en 1983 con mi madre, María Villablanca, ellos se volvieron a encontrar. Por su militancia se habían conocido en al menos una reunión, en el exilio. Ella era profesora de inglés, y comenzó a trabajar en el Colegio Latinoamericano, fueron colegas ahí. Mi madre se refería a él con una mezcla de camaradería y admiración.

Fue muy duro ese día 29 de marzo, ella nos contó primero del baleo al profesor Leopoldo Muñoz, era la noticia con la que había salido del Colegio. Nos quedamos pegados a la radio. En los primeros instantes pareció que eso había sido todo, después nos fuimos enterando de que se habían llevado a Manuel Guerrero y a José Manuel Parada. Hasta que llegó la noticia terrible en la voz de Sergio Campos en la Radio Cooperativa, confirmando el degollamiento de los tres profesionales.

Como muchos, nos volcamos a la calle en los días siguientes. A Blanco Encalada. Pero no hubo protesta que nos permitiera sacarnos de encima la rabia y la impotencia.

Mi madre murió pocos años después, de un cáncer fulminante, en 1989. Por razones distintas, o quizás no tanto, su destino se

unió al de tantos compatriotas de esa época, comprometidos con el retorno a la democracia, que no llegaron a ver el fin de la dictadura.

Dentro del contexto de la tragedia iniciada con el golpe, de alguna manera me reconforta y me enorgullece la labor como abogado de derechos humanos que mi padre, Eduardo Contreras Mella, desarrolló desde su retorno. Él recién pudo regresar en 1989, cuando a los últimos exiliados les sacaron la "L". Desde 1990 se dedicó a la defensa de numerosas víctimas de violaciones de derechos humanos. Trabajando en conjunto con la Asociación de Familiares de Ejecutados Políticos (AFEP), y con el apoyo de estudiantes de derecho de distintas universidades (incluida nuestra Universidad de Chile), coordinó la presentación de mil doscientas querellas. Gracias a estas gestiones, se iniciaron investigaciones a más de ochocientos agentes de la represión. La Corte Suprema ha resuelto alrededor de ciento cincuenta causas, casi la totalidad de ellas con sentencias condenatorias para quienes cometieron crímenes.

Mosaicos por la memoria

Eduardo Contreras Villablanca

Cuento inspirado en el mosaico colectivo

“Memorias de Paine”

–Daniel, no tenemos fotos de tu abuelo– me dijo mamá, la primera vez que pregunté por él–. En esa época no teníamos cómo sacar fotos, y la de su carnet de identidad, se debe haber ido con él. Piensa que era una época en la que no solo no existían los teléfonos celulares, sino que además las cámaras fotográficas eran caras, y pocos acá tenían.

Me había conformado con hacerme una imagen de él a partir de los relatos de mamá y el tío abuelo Carlos, hermano del tata Daniel, a quien debo mi nombre. Hasta que un día, en el colegio, supe de los murales de mosaicos que inauguraron en recuerdo de todos ellos, y fui a conocerlos.

Me gustó ese que dice: “La educación rural...un derecho”. Pero no logré imaginarlo como uno de esos campesinos que aparecen en esa obra, mirando al profesor que enseña algo bajo un cielo azul. Por lo que me han contado, él era más de acción que de letras, se levantaba temprano, y salía a trabajar con sus compañeros, todo por la Reforma Agraria. Quizás podría ser aquel que empuña la azada como quien empuña un fusil, con los grandes ojos mirando al futuro, rodeado de sandías y guitarras.

Caminé en busca de más mosaicos, entonces me detuve, quedé estático un buen rato, mirando esa otra composición: hombres con los ojos vendados, detrás de ellos, algo que podría ser un cielo brumoso, triste. Y uno de los prisioneros destaca, está más cerca y su rostro apunta hacia el espectador. Era él. Tenía que ser él. Me quedaré con esa imagen, ese hombre que de no tener venda estaría mirando de frente a sus captores, sin temor. Mi abuelo Daniel, detenido desaparecido desde 1973.

Recuerdos del 11 de septiembre de 1973²

Patricio Cordero Simunovic

El comienzo del fin

El martes 11 de septiembre de 1973 estaba nublado, yo ya era profesor desde hacía algunos años. Temprano un amigo y colega (Armando Cisternas) de facultad me telefoneó para avisarme que algo feo estaba sucediendo. Nos veríamos en la facultad y si venía un intento de golpe nos la tomaríamos al igual como todo el mundo lo haría en su puesto de trabajo.

El día anterior había estado en una reunión en Conicyt donde se debía discutir la forma de asignar ciertos fondos. Sin embargo, el ambiente era tan tenso ya el día 10, que prácticamente no se habló del tema que nos reunía, sino de la situación política del momento. Ese día también estaba atracando, en Valparaíso, la flota norteamericana de operaciones Unitas.

En esos días solíamos tener, entre mis colegas, conversaciones acaloradas de política, pero todo dentro de un ambiente académico muy civilizado. Tener posiciones muy diferentes no nos impedía almorzar juntos.

² Este texto fue escrito el 11 de septiembre de 2002, a partir de las notas que tomé en aquellos pasados momentos. La memoria tuerce y cambia el orden de las cosas. Espero ser fiel a los hechos que viví.

Camino a la facultad noté que ese martes las calles estaban ligeramente más despejadas de lo usual. Pude estacionar mi citroneta en Avenida Blanco Encalada sin los problemas usuales. El juego de pelota en la cancha transcurría como en cualquier día. Había reuniones de algunos dirigentes locales y se nos pidió que estuviéramos atentos a quiénes estaban dentro del recinto de la facultad. Un par fuimos a hablar con el decano para comunicarle que estábamos iniciando una toma. Lo único que recuerdo de esa reunión fue que nos dijo, "no hagan tal, conozco a los militares y les puede ir muy mal". Luego nos repartimos los edificios para que nos hiciéramos responsables de que estuvieran bien cerrados hacia la calle y de quién estaba en qué lugar.

Esa era la teoría. Ni en nuestras peores pesadillas habíamos imaginado que vendría lo que sucedió en las horas y días siguientes. Había algunas personas que tenían radio portátil y, en lugar de hacer trabajo alguno de vigilancia, todos tratábamos de escuchar lo que estaba ocurriendo. Se hicieron los primeros anuncios de que La Moneda iba a ser bombardeada si no era desalojada. En ese momento no resultaba claro si esas eran meras palabras o amenazas de verdad. También se anunció que a partir del mediodía habría "toque de queda", es decir, prohibición absoluta de circular por las calles. Más tarde la hora de "toque" se movió a las 3 p.m.

Desde lo más alto de Física mirábamos hacia el regimiento Tacna. Sabíamos que estaba herméticamente cerrado y nadie había salido de ahí desde al menos las 9 de la mañana. De vez en cuando se sentían disparos que nos dieron la impresión de venir de su interior. ¿Qué sucedió ahí? Aún no lo sé. Algo semejante parece que ocurría con el regimiento blindado que estaba entre Blanco y la Alameda. Bastante más tarde, sin embargo, comenzaron a salir patrullas armadas, tanques por Blanco hacia el poniente y muchos camiones llenos de soldados, también hacia el poniente. Bajé y moví mi citroneta a la calle Carrera ya que un par de meses antes, en un

levantamiento frustrado, los tanques habían despedazado algunos autos que estaban en el camino.

En esa época no había tantos edificios en nuestro sector de Santiago de modo que, aunque desde el tercer piso de Física no se veía la casa de gobierno, se podían ver todos los edificios más altos circundantes a La Moneda.

Un avión de alas más largas de lo usual sobrevolaba lentamente a baja altura haciendo círculos por sobre la torre de comunicaciones de Santiago (la torre Entel).

De vez en cuando sentíamos disparos desde distintos lados, pero lejanos e, incluso, pudimos distinguir nubecillas que salían tal vez desde las ventanas del Ministerio de Defensa.

Desde el tercer piso de Física pudimos ver los primeros sobrevuelos de los aviones de guerra con sus cohetes. Venían desde el norte, picaban hacia La Moneda y luego tomaban altura nuevamente. Cuando el primer avión soltó su par de cohetes pudimos ver claramente las estelas de humo hacia La Moneda y algunos segundos después los vidrios de nuestras ventanas vibraron. El avión lento de alas largas se había ido. Comenzó a salir humo oscuro que se levantaba lentamente desde la casa de gobierno.

Poco a poco las radios proclives al gobierno comenzaron a cambiar de lado o dejaron de transmitir. Nos vinieron a decir que alguien en la facultad había captado una frecuencia de radio en la que un piloto estaba preguntando por la ubicación de la antena de una radio emisora de la época. Informaba que ya había derribado las antenas tal y tal.

La radio que más estuvo en el aire fue la Magallanes. Allende habló a través de esa emisora. Fueron palabras muy inspiradas y conmovedoras. Claramente dijo, a su manera, que no saldría vivo de La Moneda.

Luego vino el segundo par de cohetes y nuestros vidrios vibraron con mayor intensidad. Eran varios los que en absoluto

silencio mirábamos con incredulidad y zozobra lo que estaba ocurriendo. A mi lado poco a poco varios comenzaron a sollozar.

El tercer par de cohetes produjo una vibración aun mayor. Ciertamente que estaban usando cohetes de distinta capacidad. Al poco rato una columna de humo gris claro se elevaba desde La Moneda a gran velocidad, lo que indicaba temperatura muy alta.

Una joven profesora de química no se pudo sostener en pie y continuó sollozando en el suelo muy pausadamente, hecha un ovillo, como si se estuviera apagando.

¿Qué hacer?

Bajé en busca de alguna indicación. La biblioteca estaba en el segundo piso y un grupo estaba tratando de llevarse nuestra fotocopidora (eran bien pesadas en esa época). Para la resistencia, me decían. Tuve que discutir largo con ellos y, finalmente, me dejaron regresar la máquina a su sitio y cerré lo mejor que pude. Después supe que se llevaron máquinas de escribir, material de escritorio y otras cosas.

Atravesaba el patio cuando se me acercó un pequeño grupo de funcionarios. Me pidieron que les escondiera sus carnets que los acreditaban como miembros del Partido Comunista. Tomé el lote y regresé solo a nuestra biblioteca (siempre he tenido llaves de ella) y busqué un estante donde estaban unos pesados e inútiles informes nucleares gringos de los años 50 que nunca nadie había mirado y, buscando no alterar el polvo que los acompañaba ni dejar huella de movimiento algunos, los coloqué detrás. En la primera oportunidad después del golpe me los pidieron y los arrojaron a una de las muchas misteriosas fogatas que había en los patios.

Hubo más reuniones y se acordó que ante este salvajismo no podíamos suicidarnos. No habría toma. No faltaba mucho para las tres de la tarde en que comenzaría el toque de queda y cada cual debía regresar a casa.

Camino a casa

Se había corrido la voz entre algunos amigos y conocidos que yo andaba en citroneta y se me unieron cuatro pasajeros. Más de los que razonablemente cabían. Blanco Encalada estaba vacía y a lo lejos se escuchaban muchos disparos desde diversas direcciones. Cuando puse el motor en marcha eran las tres en punto.

Uno de mis pasajeros me dijo que iba a Independencia (yo iba en dirección opuesta, hacia Providencia). Transamos en que no saldríamos a la Alameda y me fui por calles, para mi desconocidas, de nuestro sector sur hasta que calculamos que estábamos frente a Independencia y ahí lo dejé.

Luego regresamos hacia el oriente y cuando estábamos a muy pocas cuadras de la facultad, en la calle Copiapó, nos paró una patrulla militar. Mientras el cabo nos daba a gritos instrucciones de salir con las manos en alto, los conscriptos a su mando miraban para todos lados entre curiosos y nerviosos. Al parecer éramos su primera oportunidad de ser parte del golpe. Al darse cuenta de la distracción de sus pelados, con energía los conminó a apuntarnos y ahí estuvieron ellos con sus largas y viejas armas dirigidas a nosotros, mientras éramos puestos contra una pared, apoyados con las manos en alto, las piernas abiertas y los pies distantes de la pared. Nos registraron el cuerpo, los bolsillos y la citroneta toda. Tratamos de ser muy neutros en nuestras reacciones. Cinco cuadras más allá otra patrulla e igual procedimiento. Lo que pude notar esta vez fue que algunos de los conscriptos estaban muy nerviosos y con cara de culpa. Los cabos al mando, en cambio, se mostraban duros y brutales, ¿era una máscara? A partir de entonces evité toda calle de importancia y tan pronto veía una patrulla doblaba en la primera esquina y me alejaba.

Cuando ya había dejado a todo el mundo y doblé desde Eliodoro Yáñez a Pedro de Valdivia hacia el sur vi, a cierta distancia, a muchos milicos y dos camiones atravesados deteniendo todo paso.

Un oficial me hizo señas para que fuera a detenerme a donde él estaba, mientras otros uniformados me apuntaban desde la distancia. Mi calle estaba media cuadra antes de llegar a ellos y doblé, tan rápido como pude, me bajé y me sumergí en mi edificio. Estaba en casa.

La tarde y la noche

Vivía en un tercer piso con una muy amplia vista hacia el poniente. Tomé mi mapa de Santiago, lo clavé en la mesa de comer en el punto donde se ubicaba mi edificio y lo roté alineándolo con la cumbre del San Cristóbal. De ese modo sabía que lo tenía perfectamente bien orientado. Así es como pude estimar, por ejemplo, que los aviones que estaban picando y disparando, lo hacían contra sitios que estaban en la zona sur de Vicuña Mackenna (que llamaban el cordón industrial en aquella época). Eran aviones más anticuados y pequeños que los que había visto sobre La Moneda. No había estelas de cohetes, de modo que sospecho que disparaban con ametralladoras de ala. Había ruido de disparos desde diversas direcciones y también se escuchaba una que otra explosión más fuerte de vez en cuando.

En algún momento de la noche comenzó una balacera que, por su intensidad y cercanía, pensé que era en la base de mi propio edificio. Solo cuando me acerqué muy agachado a la ventana pude darme cuenta que estaban muy cerca, pero al sur de mi edificio. Posiblemente era en una residencia que tenía la embajada de Cuba, en una pequeña calle lateral. Era allí donde, a mi llegada, había visto esos camiones atravesados.

Esa noche fui despertado por los gritos de mis vecinos, un matrimonio de periodistas de la agencia soviética de noticias TASS. Se los estaban llevando. Tenían un niño y lo que ella más gritaba era algo sobre su niño. A través de la pared común podía sentir carreras y un mueble pesado que se volcó.

Regreso al trabajo

El miércoles 12 había un cielo azul profundo, lo que me afectó mucho. Hubiese querido que estuviese más nublado que el día anterior. Ningún humano estaba permitido en las calles. Toque de queda de día completo. El primer día que se pudo salir a la calle (¿el 14?) solo se permitió circular por unas tres horas. En la puerta de mi departamento se apareció Marvin, un gringo que estaba en nuestro Departamento de Física. Venía a saber cómo estaba yo. Marvin era el típico hippy gringo (y físico), desgarrado, mal vestido, con melena y una desordenada y larga barba. Pues ese día estaba con el pelo y barba cuidadosamente recortados, terno azul y corbata. Él era parte de un grupo de gringos que habían venido a vivir el socialismo a la chilena. Usando el teléfono aún no había logrado retomar contacto con casi ninguno de su grupo. No tuvimos mucho rato para conversar, pero fue muy refrescante verlo. Me pareció muy tranquilo.

No sé qué día posterior supe por la radio que nuestra facultad iniciaba actividades. Dicen que fue la primera unidad académica del país que lo hacía. Un par de personas me llamaron preguntándome con muchísimo temor qué debían hacer, que eran de militancia política conocida y que los tomarían presos tan pronto llegaran al trabajo. Ya se sabía de miles de detenidos por todos lados. Les aseguré que si los querían tomar los iban a detener en cualquier lado, en particular en su casa, y que lo mejor era presentarse al trabajo. Les ofrecí que se vinieran conmigo, lo que hicimos. Nadie de la naciente dictadura los esperaba.

Me encerré en mi oficina tratando de concentrarme en mi trabajo. Nuestra secretaria me dijo que había retirado de mi oficina una serie de recortes de prensa que yo tenía. Los había arrojado a una de las hogueras. Angélica vino a preguntarme cómo estaba y solo logré decirle que los bidones de agua destilada de su laboratorio ahora tenían agua potable, porque pensé que los necesitaríamos para una larga toma.

El ambiente que percibí en mi entorno en esos primeros días en la facultad fue discreto. No supe de celebraciones ni persecuciones internas. Creo que dominó el respeto. Posiblemente influyó, sobre los que habían estado deseando un cambio brusco, que no se pudieron sentir identificados con los métodos brutales y sanguinarios que estaban usando los militares. Es cierto que hubo fiscales (eso fue en diciembre) que nos interrogaron a todos los que habíamos permanecido hasta último momento en la facultad el día del golpe, pero supongo que eso fue una imposición de más arriba y la investigación, hasta donde yo sé, no produjo resultados.

Yo sabía lo muy asustados que estaban muchos acá adentro, de modo que cuando se me notificó que había un libro donde se debía indicar la suma que se donaba para la “reconstrucción nacional” corrí escaleras abajo para estar entre los primeros y en forma muy destacada frente a mi nombre escribí “cero”.

En los primeros días de reinicio del trabajo Marvin venía todo el tiempo a mi oficina y me contaba que aún no lograba ubicar a todos sus amigos, que con los que había encontrado incluso habían estado en hospitales y la morgue. La última vez que lo vi entró a mi oficina con un semblante muy gris. Temblaba de pies a cabeza. Habían finalmente encontrado los cuerpos de dos de sus amigos en la morgue y cuando fueron a informar a su embajada, les dijeron que no esperaran protección alguna y que se fueran del país lo antes posible. Me dejó de regalo una hermosa brújula que usaba cuando hacía montañismo.

Bambi Blue

Ana María Devaud Oberreuter

Por fin había terminado la misa del Gallo, con el eterno sermón del cura Luigi, en el que aseguraba que dios no podía estar más contento con la nueva y honorable junta militar. La cercanía de Luigi con el todopoderoso era tan convincente, que cualquiera podía imaginarse largas conversaciones regadas de divino vino, en las que el omnipotente le informaba al cura la planificación minuciosa de los próximos años.

Después de la misa todos regresaban a celebrar y a sacudirse, como perros mojados, la mochila de culpas y pecados que Luigi había cargado sobre sus conciencias.

Esa noche, una vecina al cruzar la plaza se fijó que en una banca había un regalo. El paquete tenía una cinta roja y una tarjeta con la firma del sargento Ramón Martínez, pero sin dedicatoria alguna. Por supuesto, la vecina sabía donde vivía la familia Martínez y, rápidamente fue a la casa para entregárselo a Adelita, la mujer de Ramón, que a esas alturas de la noche ya había adelantado varios brindis con aguardiente. Adelita, debido a la borrachera, se lo pasó a sus hijos. Felices, los mellizos tomaron la caja peleándose por abrirla hasta romperla, dejando al descubierto un sostén y un calzón rojo de nylon. Tambaleante, Adelita recogió las prendas para mirarlas con detalle, y supo que eso no era para ella. Cayó en el sillón, mientras su mente se convertía en un carrusel donde volaba Ramón, el sostén,

un calzón rojo, la cara de Max, la pobre Dulce esperando la bici. ¿Dónde se habrá ido el Ramón?

A medida que el reloj engullía los minutos, la ausencia de Ramón se ensanchaba plagada de especulaciones que iban apagando cualquier ilusión de fiesta. Finalmente, la angustia disipó la conciencia brumosa de Adelita y partió con sus dos hijos a preguntar al regimiento.

Nadie tenía la más mínima noción, o eso dijeron, de por qué Ramón había desaparecido sin dejar rastro. Solo uno, Willy, su amigo entrañable y dueño de la cantina, sabía lo que había ocurrido realmente.

Al volver a casa, esa triste noche de Navidad, Adelita mandó a sus hijos a dormir y volvió a mirar el regalo de Ramón; en realidad no le sorprendía. Se sirvió un vaso de aguardiente y recordó el gusto de su marido por las “niñas” de la Casa Fucsia, sobre todo por una: Bambi, a la que había sacado del prostíbulo instalándola en una semiderruida casa de adobe, que también servía de local para una pequeña imprenta. Ramón no tenía mucha educación formal, pero era un gran lector que siempre soñó con escribir, como nunca pudo, le gustaba verse rodeado de libros, más bien de letras. Era un secreto a voces que él y la Bambi, cada uno con su especialidad, mantenían esa imprenta de donde salía un diario local, con las peripecias y chismes de la semana. Es cierto, Adelita pasó un tiempo lloriqueando por los rincones, pero luego, luego, el humillante hecho se convirtió en un alivio, un signo de liberación para ella y su amante: el alcohol.

Unos días después, Adelita se encontró con Bambi en el bar de Willy y le entregó el regalo a su verdadera destinataria, con la esperanza de conseguir alguna información de su marido.

—Gracias, Adelita— le respondió Bambi y se pusieron a conversar. Bambi tampoco tenía idea de nada, eso le dijo, y terminaron a risotada limpia tomándose unas cañas de vino. Después, Bambi se sacó la chauchera del escote para pagar y se fue con su solera casi transparente, su pelo rojo desafiando al viento y balanceando sus

caderas al compás de las miradas del pueblo. Adelita se quedó en el bar, chapoteando en su pantano de alcohol, que ahora más que nunca le servía para hundirse.

El mal tiempo pasó y al fin, como siempre, todos se acostumbraron.

El hijo de Adelita se fue al internado, con la ayuda de Willy y el cura Luigi que le consiguió una beca en un internado de Santiago. Adelita, ante tantas ausencias, sufrió una especie de colapso y todo el día hablaba con Ramón, le servía comida y lo invitaba al bar. Dulce, su hija, la cuidó un tiempo, hasta que también se fue a buscar fortuna.

—Sargento Ramón Martínez, la patria lo requiere.

—¡A su orden, mi teniente Schuster!

—La honorable Junta de Gobierno ha tomado las riendas de este país y usted ha sido elegido para cumplir una delicada misión, que le agradecerán las futuras generaciones.

—Sí, mi teniente.

—He averiguado que aparte de tener una impecable trayectoria, es usted un destacado miembro de esta comunidad.

—¡Gracias, mi teniente!

—Sargento, la patria necesita acabar con el cáncer marxista ¡que pulula y socava los cimientos de nuestra nación! Y usted será mi mejor aliado.

—¡Sí, mi teniente! ¿Qué debo hacer?

—Sargento Martínez, quiero una lista de nombres, antes del viernes. ¡Necesito saber quiénes son los sediciosos!

—¡Sí, mi teniente! Mi teniente, me permite una pregunta.

—Sí, Martínez.

—¿Y cómo lo hacemos?

—En la procesión de Viernes Santo, haremos la redada. Ese día, gracias a usted, ya tendremos la lista de subversivos, con el favor de dios.

—¡Sí, mi teniente! ¡Permiso para retirarme!

–Antes de retirarse, siéntese, necesito pedirle un pequeño favor.

–Sí... teniente, ¿qué sería?

–Bueno...estoy recién llegado al pueblo y... verá, me gustaría tener... amigas.

–¿Amigas? ¡Ah, amigas! Mire, lo único que hay por estos lados es la Casa Fucsia.

–¿Habría algo más... discreto?

–No, que yo sepa, no...

Después de esa conversación, Ramón Martínez permaneció en silencio todo el día, ni siquiera la borrachera de su mujer, el futuro de su hijo Max, que tanto le preocupaba, el llanto de su hija, o los ronroneos de Bambi, lo sacaron de su perplejidad. La noche no fue el límite. En la tinieblas del duermevela, sus ojos se pegaron al techo, mientras su mente proyectaba los presentimientos más escabrosos.

El primero en enterarse de la conversación de Ramón con el teniente Schuster, más conocido como Chuky, fue quien podría haber sido el primero de la lista o su peor enemigo: Willy, el dueño del bar, un marxista leninista consumado, en realidad, su amigo y confidente, con quien debatió por años sobre la existencia de dios y de Marx.

–Dígame, Willy ¿usted cree que yo podría denunciar a los que he visto crecer conmigo?

–Claro que no, Ramón. ¿Y qué hacemos? Son tantos acá. Está el Palomino, el Cardo Muñoz, ¡La Quintrala Mardones!, que es más roja que el pipeño. Y yo, poh compadre.

–Pensemos, pensemos, Willy. Nos queda poco tiempo, un mes a lo sumo.

–Pero usted se va a arriesgar mucho, compadre.

Ramón y Willy se quedaron en silencio, mirando el fondo grueso de sus vasos de vidrio.

Ese día Ramón debía decidir entre la vida, vida o la muerte, muerte. Adelita, sin entender nada, hasta muchos años después,

fue testigo de ese extraño momento entre los amigos. Los dos se quedaron en silencio, sin mirarse, como si estuvieran soñando con los ojos abiertos o se les hubiese escapado el alma a un lugar lejano. Juntos, trazaron un plan del que nunca se supo, hasta ahora...

Años después...

–Don Willy, le llegó carta...

–Trae remitente de Mendoza, don Willy– le dijo y agregó en tono burlesco– de Bambi Blue.

Claro, nadie se acordaba de quién era Bambi Blue. Willy, emocionado, leyó la carta de la mujer y conmovido recordó este ir y venir al rescate de tantos.

Willy dejó de leer la carta cuando vio venir a Adelita, ya muy anciana. Dejó el papel a un lado y la ayudó a sentarse en una silla. Había llegado en el momento preciso para contarle la verdad y darle una noticia.

–¡Willy, qué me está diciendo!

–Sí, Adelita, así fue como entre Ramón y yo alcanzamos a salvar a veinte personas, amigos, conocidos. No a todos... Ramón sufrió mucho, porque aun poniendo en riesgo su propia vida, tuvo que presenciar cosas, hechos... Muchas veces llegó al bar a llorar, sin decir nada, solo llorar.

–¿Entonces, por eso desapareció gente del pueblo?

–Sí.

–Los milicos decían que los pescarían, pero nunca más se supo.

–Así es. Para no despertar sospechas, Ramón decía que sí a todo.

–Sí poh, cómo no.

–Un día, el Chuky mandó a uno de sus ayudantes a la imprenta de la Bambi, que ya había hecho algunos trabajos de propaganda “y otros” para los milicos. Agreguemos a eso que al ayudante del Chuky le encantaba la Bambi. Entonces, el pelao,

confiado en su poder seductor sobre esta pelirroja despampanante, le encargó una misión de suma confianza.

—Sí, era bien bonita la Bambi... Hasta puso al Pinochet en un afiche en la imprenta.

—... Claro. Agarraron tanta confianza, que le pidieron a ella hacer los sellos de salvoconducto del regimiento. Esos sellos de goma que servían para timbrar todos los permisos en los toque de queda, para salir o entrar de la zona y para todo tipo de trámites. Entonces, la Bambi, nada de tonta, se guardó algunos sellos.

—Mire, le voy a mostrar algo. Venga conmigo.

Adelita sigue a Willy, que primero baja las cortinas metálicas del negocio. Luego, se dirige al bar y aprieta un botón debajo del mesón, al instante empieza a crujir un panel de madera donde se encuentra pintada una copia burda de la Maja Desnuda.

¡Voilà! Es la puerta de entrada a una habitación. Al fondo, en la pared, un afiche gigante de “Lo que el viento se llevó”; debajo del afiche, una cama con respaldo de terciopelo rojo, sus respectivos veladores y en otro rincón un pequeño refrigerador. Adelita mira todo, incrédula e impresionada.

—Oye Willy sabí, siempre corrieron rumores que tú teníai un cuarto secreto pa’ llevar a...

—Si sé, que mi negocio no solo era el bar...

—Sí...

—Eso fue el rumor que echamos a correr para no despertar sospechas, pero en realidad lo que teníamos era una especie de cuartel para salvar compañeros. Todo porque un día pasamos un terrible susto. Llegó el Chuky al bar, sin uniforme, casi se me congela el alma, porque adentro ya estaba una de las compañeras que íbamos a sacar.

—¿Y qué hicieron?

—El Chuky empezó a pasearse por todo el bar, mirando, como buscando algo. Después se sentó, me pidió una botella de ron y me

dijo que me sentara con él. Me invitó a hacer un brindis y casi como en un susurro, me dijo que sabía de mi “escondite”. La verdad, en ese momento, se me salía el corazón, me golpeaba tanto en el pecho que creí que el Chuky lo escucharía. Lo único que pensé fue: hasta aquí llegué. Creo que dejé de respirar. Me volvió el aliento cuando el Chuky me confesó que no le gustaba ir a la Casa Fucsia, prefería algo más discreto...

–Qué alivio, compadre.

–Entonces, haciéndome el compinche, le dije que me avisara antes de venir y que le tendría a alguien porque ahora estaba ocupada. De ahí en adelante tuve que arreglar otra pieza y pedirle el favor a alguna de las chiquillas de la Casa Fucsia, para que viniera a prestar sus “servicios”. Como ves, Adelita, tuve que hacer de cabrón.

–¿Y entonces, qué hacían acá en realidad?

–Mira esa caja. Bueno, teníamos unas cajas parecidas a esa. Las arreglábamos por dentro, para hacerlas lo más firmes posible. Y allí embalábamos a los que tenían salir arrancando, les poníamos agua y unos hoyos disimulados. Como Ramón estaba encargado de toda la logística del regimiento, se llevaba estas cajas a pueblos cercanos, con lo más importante: los sellos respectivos y nombres de destinatarios de confianza, desde donde viajaban a la Argentina o a Uruguay.

–Mi Ramón...

–Entonces, le llegó la hora de escapar. Varias veces estuvimos a punto de ser descubiertos.

–¡Pero por qué no me dijo! ¡Por qué no me llevó!

–Porque tuvo que salir de un momento para otro, y no quería ponerlos en riesgo a ustedes. Todo se fue a la cresta, debido a una pésima idea.

–¿Cuál?

–Confesarse con el cura Luigi.

–Pero cómo... me vai a decir que ese cura desgraciao...

–Sí. Tú sabes que Ramón era bien católico y tuvo que ver cosas... que son...

–¿Terribles?

–Así es, fue tanto que creyendo, como huevón, en el secreto de confesión, le contó al cura Luigi que ya no soportaba el horror, y le dijo que él había ayudado a mucha gente.

–¿Pero cómo? ¿A ti no te pasó nada?

–Ramón me dijo que nunca me nombró, ni dijo cuál era el modus operandi, ¡estaba a punto!, cuando notó que el cura empezó a insistir para que le contara detalles. Él empezó a sospechar y no quiso contarle más. Ese mismo día, de casualidad, confirmó su intuición cuando vio al cura conversando con Chuky y supo de inmediato que había sido traicionado.

–¿Eso fue pa la Navidad?

–Sí. A mí me interrogaron, pero como yo le hacía favorcitos al Chuky nunca me tocaron.

–¿Y cómo salió mi Ramón del pueblo?

–De la misma forma como sacábamos a nuestros amigos, embalado en una caja, esta vez enviada por mí.

–¡Willy! ¿Y dónde está Ramón?

–Adelita, ayer recibí una carta de Bambi, ¿se acuerda de ella?

–¡Cómo no me voy a acordar! No me digai que se fue con el Ramón.

–No, la Bambi siguió en la resistencia y supo de la muerte de Ramón en manos de los milicos en Argentina. La tumba de Ramón está en Mendoza. La Bambi vive allá, sabe que tú estás sola y pregunta si quieres ir a vivir con ella...

Molina, diciembre de 1974

Mil días en el corazón

Poemas

Felipe de la Parra Vial

LA ESPADA

Entre la espada y la pared
elegí la espada

la espada de la palabra
la de la imprenta perseguida
la de papel
la de roneo
la de casa en casa
la espada clandestina
la del buzón
la de la noticia de la población
la de hierro castellano

la espada de la libertad.

DUELO

1.

Eligió el día más oscuro
la noche más larga
de luna negra
para partir
lejos
a la estación que nunca llegó

el amor se quedó en el camino
con la puerta abierta
del beso sin olvido

de tanto ser
de nunca
de siempre.

2.

No podías ocultar la tristeza
la huella del sueño
la del alma rota

la tristeza
tu dolor
conmigo
tu dolor

la cicatriz que besaba
a hurtadillas
para que no te dieras cuenta.

3.

Tengo mi voz
por todas las voces
para abrazarte
para vivir.

GERMANIA

Dónde estará Germania
la morena
la compañera que adivinaba
la delgada
la que hacíamos camino por las calles de tierra

un día urgente
trajo la noticia de la ratonera en casa del senador
su voz venía de Marta Ugarte
su voz mi voz
hasta la voz que volaba
así en horas
cruzó el océano
llegó a las radios
y el senador no pudo desaparecer

dónde estará Germania
para decirle mi nombre.

MANIFIESTO

Lo digo
y no lo digo
mi beso imaginado
el abrazo que no abracé
el intento
a medio camino
a media luz
lo digo en voz baja
cobarde
pobre
a mediagua
no lo digo
y parece un susurro
una campana
que tañe por décadas
que anuncia
sorda
el sueño pendiente
la fiesta de caminar por Santiago
lo digo en voz alta
descubierto por el espejo
por mi propio eco
inútil
entre la espada y la pared
ante la evidencia de tu rostro
imborrable
que llevaba en secreto
inventado
oculto
en la primera plana del diario
con tu mirada perdida
envuelta en la vajilla

metida en cajas
de casa en casa
amarilla y rota
 escondida
 clandestina
en penitencia
 te llevaba
y no te llevaba
cada vez que caía detenido
 en la mañana
 qué sentido tenía
 esa hora atrasada
si dormía a tus pies
y no dormía a tus pies
 olvidaba tu nombre
y no olvidaba tu nombre
borraba todo vestigio
y ponía por escrito
 lo que te amaba
 y no te amaba
lo que era capaz
 de vivir
lo que era capaz
 de morir
 lo digo
 y no lo digo
mi declaración enamorada
 que te amaba
 en mala hora
 en el destiempo
en el peor momento
en el justo momento
en la hora presente.

Créditos de una película

Por Orden de Desaparición

Albano Fioraso
Alfonso Chanfreau
María Teresa Eltit
Carlos Lorca
José Weibel
Carlos Vizcarra
Mario Zamorano

Productor Ejecutivo

Manuel Contreras

Director

Augusto Pinochet

Póngale otro

Ana María del Río

Porque fue ahí, después de la reunión de curso, cuando nuestras madres nos dieron permiso para ir al viaje de estudios, que todo comenzó a cambiar.

—Ya están grandecitos—, dijeron ellas, suspirando y haciéndonos cariño en el pelo para el lado que no era.

Juventud divino tesoro, dijeron otras y se les pusieron los ojos brillantes y hablaron de que saldríamos al mundo. Algo les debía haber dicho el Topo, nuestro profesor jefe y profesor de Sociales. La cosa fue que firmaron el permiso.

Por aquella época corrían los vientos de libertad. Era comienzos de septiembre de 1973, el aire comenzaba a entibiarse, campeaban los Beatles con “She”, el “Imagine” de John Lenon, el “Maggie Mae” de Rod Stewart. Corrían ráfagas de libertad que se topaban con los vientos de la ventosa Concepción.

Por esos días, en el colegio Thomas Jefferson School, todos brotábamos. Por dentro y por fuera. Las espinillas hacían erupción y por algunas caras corría la lava.

Pensábamos en mujeres sin desviarnos un punto. Las mujeres de Santiago. Minas. Qué gran tipo el Topo. Nunca se sabría qué tollo les habría metido a las mamás para convencerlas. Pero el permiso estaba dado. Viaje de estudios a Santiago. Un fin de semana largo al comenzar las vacaciones.

Ahí íbamos todos en el tren, excitados hasta el delirio, asomados a las ventanas, aullando. Todos los cueros de Santiago nos esperaban.

El expreso de Concepción no avanzaba nada. Aporreábamos el carro sacando los brazos por la ventana, compañero maquinista, métale chala, queremos llegar, los potos capitalinos nos esperan. Íbamos en vilo, imaginándonos cómo serían. Había potistas y tetistas. Algunos entraban en ebullición al ver un buen culo moviéndose. Otros eran los chupadores. Tetas como peras, como duraznos. Juntas o separadas. Chiquitas o expandidas. Con pezón grande o salido, como botón. Habría para todos los gustos. Todos como tetera, apiñados en el vagón. Las respiraciones sonaban.

—Ya pues, no sean huevones, hagan hueco, quiero estar en esta paja que sea— decía Vincens, el ciego del curso, manoteando y sentándose en medio del grupo apiñado que cuchicheaba en los asientos. Luego sacó el programa —escrito en sus hojas braille—, y comenzó a leer con esa voz de FM que siempre tuvo.

—Nuestra primera parada —anunció—, será en el Museo de Historia Natural de la capital...

—Métnle una toalla en la boca, qué lata— gritaron algunos riendo y una tempestad de chirlos le llegó a Vincens.

—Para que les enseñen ahí a ponerse los condones, imbéciles— gritó este—, porque apuesto a que hay algunos que no saben, ¿o no?

Las carcajadas cesaron bruscamente. Los condones. Nadie sabía ponérselos.

—Yo les enseño, idiotas—. Vincens nos miró sonriendo desde el fondo de sus ojos sin pupila.

Ahí entendimos el “cuídate, lindo” que nos habían susurrado nuestras madres en la Estación, con los labios fruncidos y queriendo decir exactamente esto.

Estaba todo el plan planeado hasta la saciedad. De la Estación iríamos al Hotel Continental, elegido con pinzas por la mamá del

Pelícano, porque era el único hotel que tenía hora de llegada en la noche. Habían dejado órdenes expresas de que NO nos dieran aperitivo en ninguna de las comidas.

El Topo eligió el lugar del almuerzo de llegada. El Café Colonia. Fue un evento orgiástico. Quedamos todos rojos, a punto del derrame. El vino bueno corrió a conciencia.

En los cafés, el Topo se puso de pie aún con el vaso en la mano.

—Ahora jóvenes, al museo de Anatomía—, dijo agitando las entradas al Bim Bam Bum.

—¡Todas las minas para este pechito!— rugió el Pinzón Illanes, golpeándose el tórax, excitadísimo.

Hubo una tempestad de aplausos. El Topo fue canonizado como nuestro mejor profesor de todos los tiempos.

—Jóvenes, terminaremos el día donde La Charito, una picada personal. El que hociconée, la pierde para siempre conmigo, ¿oyeron?

Nos postramos a sus pies, jurándole silencio eterno, besándole los zapatos de gamuza.

—Ah, y quiero que me hagan un informe en detalle de algún lugar histórico-cultural de Santiago, hay que llegar al colegio con algo— añadió el Topo.

Se lo prometimos también. Podríamos haber prometido cualquier cosa esa tarde.

En esa época se corría que las mujeres de Santiago te transmitían la gonorrea si uno se acercaba mucho. Y que la sífilis salía de tanto hacerse la paja.

El encargado de comprar los condones había sido el primo militar del Caviedes. Don Nelson, el farmacéutico, se llenó de admiración al oír la cantidad solicitada. Fue a la trastienda y llamó a su mujer.

—Míralo. Es ese. Al que apenas le colorea la barba— susurró.

—¿Cuántos dice que quiere?

–Ciento veinte.

–Pero por Dios, joven– la señora de don Nelson salió del mesón–. ¿Son todos para usted?

–Sí, señora.

–Tenga cuidado, hijo. Mire que puede sufrir un síncope.

No teníamos idea lo que era un síncope. El Tristán de la Fuente dijo que salía en la Odisea.

–Idiota, ese era un cíclope– aclaró Vincens.

–Ya pues, Vincens, ponte uno para que veamos– dijo el colorín Rogers.

El ciego se bajó el pantalón.

–Hay que abrirlo antes, soplando, así, ¿ven?

Limpia y diestramente, sujetó su pirula con sus dedos largos y la goma entró.

Estábamos todos tan frenéticos, que el Topo decidió un pequeño cambio de programa. En vez del paseo por el Museo de Bellas Artes, iríamos al cine a ver “Y Dios creó a la mujer”, la coproducción franco-italiana, con la Brigitte Bardot. Hubo gritos de rra, rra rra, el Topo es el mejor, el mejor, el mejor.

De pronto, nos quedamos mirando a Vincens, que, serio, doblaba su servilleta.

–Qué– dijo él–. ¿Creen que no sé francés?

La película de la B.B. fue gozada, respirada, aullada, humedecida. Desde su asiento, Vincens explicaba el argumento a los demasiado impacientes para leer los subtítulos. El Pinzón Illanes, nuestro crédito sexual, bufaba en la oscuridad, repartiendo saliva y sonidos guturales. Casi nos echan por su culpa. El Topo dormía una siesta etílica en la última fila, la de los atraques.

Más tarde en el Bim Bam Bum quedamos absortos sin poder separar la vista de las tetas de las coristas y de las uñas de sus pies, de color sangriento, que parecían filetear el aire con zarpazos.

Luego nos encaminamos donde la Charo. El momento de la verdad había llegado.

Los peatones raleaban cada vez más. Íbamos por la altura de Brasil con Cienfuegos. No había kioscos. En la puerta de una paquetería se movía epilépticamente, una pierna luminosa.

–Se está acabando la ciudad– dijo el Pinzón Illanes, intranquilo–. ¿Dónde están las minas?

–Aquí es– dijo el Topo, deteniéndose frente a una puerta angosta.

Desde los aleros derruidos, nos miraba una multitud de palomas negras.

En ese momento la puerta pareció inmensa y algo más se abrió con ella.

Desde adentro de la casa salió el olor a recibirnos. Una penumbra, con olor a humo y a cebolla, todo mezclado con un aroma inconfundible a agua de cuba.

Hubo pasos de zapatillas. Apareció la señora Charo desde detrás de una cortina azul.

–Tan temprano que llegaron– dijo.

–Madám– pronunció absurdamente el Topo haciendo una especie de reverencia.

–Me dicen Charito no más– sonrió entonces ella. Tenía un diente de oro más grande que los otros. Y se acercó al Topo, topándolo con el hombro.

–Qué lindos sus niños de Concepción, Toribio– dijo. Ahí supimos por primera vez el nombre del Topo.

–Lindos sus hombrecitos. Porque son hombrecitos, ¿no?– rió. Le temblaba la parte de debajo de los brazos.

–Bueno, ahora lo vamos a ver. En la cancha se ven los gallos –dijo.

No sabíamos por qué pero todos temblamos, agarrados a los condones en los bolsillos, como a un talismán absurdo.

–A ver– golpeó las manos la señora Charo.– Pónganme aquí un par de poncheras, vasos, ya pues, espabilense niñas– ordenó con voz de mando. Luego miró a una.

–Anda a arreglar los baños, me pones doble toalla en las piezas y jabón Camay.

–Jóvenes, quiero que se sientan como en su casa, mejor que en su casa– rió.

La risa de la señora Charo era más temible que su enojo.

–El ponche yo lo preparo clarito para que dure el entusiasmo y no se venga abajo el mástil– decía, manoteando todo el tiempo mientras hablaba y empujando al Topo hacia una de las piezas.

–Tanto tiempo que no venía Toribio, venga a contármelo todo– dijo y cerró la puerta.

Alguien puso música a todo chanco. Una muy curiosa combinación de Lucho Barrios, Beatles y corridos mexicanos que no hemos vuelto a escuchar nunca más.

Una bandada de mujeres nos cayó encima, codeándose, riéndose, con las risas tendidas en un alambre muy alto, miren a ese ruciecito, qué lindo, ese es para mí, salta para allá, patuda, yo lo vi primero.

La voz de trueno de la señora Charo llegó desde el segundo piso.

–Me atienden superior a los jóvenes, mijitas, miren que vienen desde Concepción para vernos. Ya, Leidi y Yenifer, al fondo, para hacer el cuadro plástico, acción, acción, no quiero gente quieta aquí.

Todo el Cuarto Medio D entrando a la adultez a empujones, alrededor de la ponchera, con las mujeres de fuerte aliento, levántandonos el pelo, tomándonos de la barbilla, llevándonos para las piezas de arriba, casi en brazos.

De pronto, hubo un grito. Dos mujeres venían bajando de un ala al Lucho Soria, literalmente colgado de las orejas.

—Este estaba espiando en las piezas de atrás, señora Charo— dijo una.

—Ya— golpeó las manos la señora Charo con su voz atronadora—. Me lo llevan donde la Ana Luisa, entonces.

Todos alargamos el cuello para ver. Pero no vimos nada y el Lucho Soria desapareció en el fondo del pasillo devorado por la presencia voraz y anónima de la Ana Luisa.

Fue una noche oscura, llena de olor a trapos, a agua de cuba y a algo ahumado, una lamparilla de velador, desierta, invadiendo todo con su amarillo tenaz. Una mujer en enaguas, con el borde roto, me desabrochó el pantalón y se puso a manotear un pequeño pescado muerto, diciendo cosas que no he podido olvidar jamás. Tenía la carne inmensa y agotada. Al final, dijo:

—Alcánzame el lavatorio, guachito, ¿quieres?

A la mañana siguiente nos encontramos en la calle. El cielo parecía cielo falso. La madrugada abría el día con su cuchillo de oscuras.

Nos miramos todos. Ojerosos. Despeinados.

El Pinzón Illanes salió tambaleándose, el último.

—Qué tal compadre.

—Me duele mucho— dijo el Pinzón Illanes.

—Mea— dijo el colorín Rogers—. Mea todo lo que puedas. Es desinfectante.

El Pinzón se dio vuelta hacia la pared con una hornacina donde se veía una figura borrosa. De pronto lo vimos caer al suelo, revolcándose y gritando.

—¡Aahhhh!

Entonces se acercó Sanhueza. Tomó al Pinzón Illanes en brazos y lo llevó hasta la farmacia, que todavía tenía la luz prendida. Ahí compró más de veinte metros de gasa y yodo y penicilina y polvos de sulfá y no sé qué más.

—Aguanta, huevón— dijo.

Lo llevamos hacia el Hotel Continental turnándonos para sostenerlo, caminando por las calles desiertas. Santiago parecía una ciudad sin habitantes. A lo lejos se oían sirenas y bocinas.

El Topo llegó al rato, desalado. ¿Qué pasaba? ¿Cómo conchas no le habíamos avisado?

–Yo me encargo, profesor– dijo Sanhueza.

Se veía mayor, de pronto. Lavó al Pinzón en la tina del hotel, sujeto por cuatro a pesar de los mordiscos y las patadas. Le puso el rollo completo de gasa con todo el tarro de sulfa, dejándolo con una especie de momia pequeña entre las piernas. Luego le abrió la boca y le metió una pastilla de penicilina y tres analgésicos.

Poco a poco, el Pinzón comenzó a hablar sin freno, mientras se iba quedando dormido.

–Lo que es yo– dijo–, no lo hago nunca más. Duele como chanco. Y no me importa una chucha decir que esta era la primera vez. Me tocó una vieja con la guata hecha tira y es una buena cagá toda esta cuestión.

En ese momento comenzaron los disparos. Uno entró por la ventana del Hotel Continental y se incrustó en la pared al lado de la cama donde dormían Soria y De la Fuente.

–¡Todos al suelo!– gritó entonces el Topo, empujándonos violentamente y agachándonos las cabezas.

–Qué mierda pasa– dijo Morales, temblando.

–Cómo que qué mierda pasa. ¿Acaso usted no lee los diarios, joven? Esto se veía venir. Se veía venir– dijo el Topo–. Que nadie se mueva ni un milímetro hasta nuevo aviso, ¿entendido?

Y ahí estuvimos una semana en aquella pieza, todos tirados en el suelo, recibiendo telegramas, llamados histéricos de nuestras madres, mi amor, está vivo, gracias a Dios, póngame a su profesor que su papá quiere hablar con él.

Nos llamaban a todos tres veces al día por el teléfono del Hotel.

Estuvimos metidos ahí, en el Hotel Continental, comiendo sándwiches de queso de Caritas, que odiamos hasta el día de hoy, sin poder movernos sino solo centímetros a atisbar por la ventana, viendo pedazos de gente que corría por la Plaza de Armas, grupos de soldados con metralleta, corriendo agachados por entre los árboles, los camiones sin ventanillas, verde oscuro, circulando como inmensos palomos, no se muevan, no se muevan de ahí, decía todo el tiempo el Topo.

Después de dos días, llegó un oficial con un ayudante. Tomaron los nombres completos de todos. El Topo entregó los carnets.

–Usted– dijo el oficial–, viene con nosotros.

El Topo se puso el abrigo, pálido como un muerto y se dirigió a Sanhueza.

–Usted se encarga, Manuel– dijo–. Si no vuelvo, usted es el que manda aquí, ¿me oyó?

Y salió sin mirar hacia atrás.

El Pinzón Illanes se puso a llorar el primero. El resto, disimulando a duras penas el sollozo, pensando en que nos iban a ir matando por turnos.

Hasta que vimos en la puerta al papá del Lucho Soria, que venía con un general.

–Tomen sus cosas y vamos– dijo el papá del Soria.

Nos abalanzamos sobre él, como pollos.

Dos horas después aterrizábamos en Concepción, en un avión militar.

...

–Y ahora, encontrarnos con el Topo de nuevo, ¿no es un milagro, hueón?

–Claro. Milagro. Una corrida de cervezas para todos.

–Quién entiende al ser humano– El Topo toma un trago largo.

–Hay que quitarle el vaso. En un momento más se pondrá a transmitir en estéreo.

- Déjenlo hablar, qué tanto.
- No hay milagros- se aclara la voz el Topo-. Sólo hay coinci...
- ...idencias! -coreamos todos.
- Y lo abrazamos, fuerte, esos golpes de gorila en la espalda.
- Qué increíble, profesor, volver a verlo.
- Póngale piscola, toda la que quiera.
- Sí. Hoy, usted es el rey.

Fin

Santiago, septiembre de 1973

Jugarse la muerte³

Lilian Elphick

Cuando eligieron al presidente Salvador Allende usaba pantalón pata de elefante y poleras bordadas a mano. Para el fatídico día 11, andaba en bicicleta por el barrio y vi pasar los *Hawker Hunter* rumbo a Tomás Moro. Era sólo una adolescente enamorada de un vecino de veinte. Ese día no lo encontré en su casa. Luego, con estado de sitio, no pude volver a la calle. Mi vecino no regresó nunca más. Aún tengo en mi piel memoriona sus ojos aceitunados. Una soledad sin nombre me conmueve, me hiere los pies a cada paso, recordándolo. Años más tarde usaba poncho y calcetines chilotes. Iba al Pedagógico, me enamoré de un dirigente. Cuando hacíamos punto en alguna calle del centro fingíamos ser pololos. A pesar del miedo, nos besábamos hasta que nuestras rodillas tiritaban. Hordas de pacos pasaban a nuestro lado lumeando a nuestros compañeros o empapándolos con el agua sucia del lanza aguas. Luego conocimos la fragilidad de ser amantes, nos jugamos la muerte mientras afuera llovía y alguien silbaba con fondo de extractores de aire.

Es cierto que olvidamos las palabras, no era necesario hablar para tocar te amo, para acariciar te deseo, para rasguñar tú - mi egoísmo más acérrimo. Y el tiempo estuvo en contra. A las siete, dijimos, a las cuatro, a las once, había que programar hasta los más

³ Texto publicado originalmente en el diario iberoamericano *La Insignia*, enero de 2007, y en el libro "Capilar", de Lilian Elphick, 2018.

mínimos segundos, el momento de llegada y el de partida, como si fuera una carrera de relojes y no dos cuerpos entrelazados en la obscena postura del miedo.

Ambos esperamos que uno de los dos llamara, recordando cómo huele la piel después del amor, cómo es un beso hecho de lágrimas, reviviendo el placer de las caricias imperfectas y el horror del adiós en las calles grises.

Y no nos llamamos, no nos buscamos, supimos que era mejor no perturbar la paz del desencuentro y preferir la lucha noble. Quisimos renunciar al amor bravo, al amor que duele, sobre todo en esos momentos en que yo escribía y él miraba a través del velo de la cortina si venían a buscarlo.

En silencio nos extrañamos, buscamos la fotografía que nunca existió, la carta destruida, los panfletos, algo que nos recordara que los amantes eran nosotros mismos y no los otros que creímos ser. En silencio, dejamos que la tarde nos fuera adormeciendo, no supimos cuándo nos convertimos en fantasmas. Así, fuimos más bellos y más fuertes; por la inocencia, nada más que por eso. Rodeados de múltiples sueños continuamos amando, sin darnos cuenta de que lo amado ya no estaba, que otros ojos retuvieron el desencanto de la lejanía. Continuamos deseando, utilizando espejos, máscaras, toda una escenografía bien diseñada para ocultar aquella terrible manera de no estar.

De él guardo un botón de ojales rotos.

Chaqueta azul de mezclilla⁴

Martín Faunes Amigo

Él llevaba una chaqueta de esas que por el tiempo en que éramos estudiantes se conseguían solo si alguien las traía desde algún viaje al extranjero o las compraba en Punta Arenas o Arica que eran para entonces puertos libres. No había otras maneras.

Se veía guapo con su chaqueta, en realidad él era guapo con chaqueta o sin chaqueta. Era además uno de esos tipos interesantes que en las asambleas lograban exponer con claridad esas ideas rebeldes que yo ya había hecho mías. Hago notar, eso sí, que él se distinguía de los otros porque lo que él decía lo decía con una voz profunda y convincente que resultaba inapelable.

Asistió a un recital en que tocamos con unas compañeras como práctica de conjunto. Nosotras conocíamos casi a todos los que venían a escucharnos porque los aficionados a la música docta eran pocos, y como a él no lo había visto antes en nuestro salón y además me lo habían presentado recién en el último fin de semana,

⁴ "Chaqueta azul de mezclilla", que ha sido publicado en varios sitios de la red, así como por Letras de Chile, en la *Revista La Estaca* (2018) y en el libro "Voces verdaderas, ambiguas, equivocadas" (M.Faunes, Cuarto Propio, 2019), está dedicado a Ana María Puga Rojas y a Hernán de la Barra Villarroel, militantes del MIR que fueron asesinados frente al jardín infantil al que pasaron a buscar a su hijo, un niño que felizmente pudo ser sacado del país hacia Venezuela de manera clandestina, donde pudo vivir con el hermano de su padre.

Este cuento está dedicado también a aquella que se quedó con la chaqueta del autor de esta historia y lo transformó después en un bluyin para nuestro hijo.

aluciné pensando en que tal vez había venido sólo para verme, aunque como es obvio no podía estar segura. Cómo saberlo.

Hicimos después una fiesta para celebrar a esa que era nuestra primera actuación más en serio. Fue divertido. Estaban tocando algo de Los Beatles o los Rolling Stone, temas que se bailaban suelto, pero él me apretó contra sí por la cintura y con esa misma voz de las asambleas me susurró al oído algo como un tango. Eso fue con lo que consiguió enamorarme. En realidad yo ya me sentía enamorada.

Días después cuando atravesábamos el parque y empezó a correr un viento algo frío, él como todo un caballero se sacó su chaqueta para abrigarme, pero al despedirnos no me la pidió de vuelta. Esa noche me quise acostar con esa chaqueta suya. Tenía su olor. Me hizo sentir que dormía con su dueño, el de la voz profunda.

Al día siguiente me la puse para ir a la facultad, fui también con ella por toda esa semana. Mis amigas se morían de envidia. Cuando volvimos a vernos me llenó de piropos y frases divertidas, como que con su chaqueta me veía estupenda, la más guapa de todas, y cosas como esas así graciosas, tonterías que a una la hacen feliz, aunque lo mejor fue que no me dejó devolvérsela. Creí por eso que tal vez deseaba regalármela, o si no regalármela, dejarme al menos que la usara cuando yo quisiera, así que como me quedaba algo grande la ajusté para acomodarla a mis medidas. Aproveché de lavarla porque le encontré varias manchas de salpicado de pintura que por suerte salieron. Además, como estaba demasiada azul y algo tiesa, le pasé lija suave para deshilarla y despintarla un poco.

Pasaron un par de semanas en que no se apareció y reconozco que sentí pena, pero entonces, cuando ya no lo esperaba llegó a invitarme a que el próximo fin de semana lo pasáramos en Lolleo en una casa que le habían prestado uno de sus parientes. Por supuesto acepté, y ese viernes partí a encontrarlo, me vestí con una falda cortita y lógicamente con la chaqueta que a él ya no le serviría. Iba contenta aunque empecé a ponerme nerviosa. ¿Y si había sido sólo un préstamo, y si en realidad él no había pensado en regalármela?

Cuando me vio con su chaqueta así ajustada puso cara de entre seriedad y sorpresa. En otras palabras, no era un regalo, pero yo creía eso. Por suerte lo tomó a la risa y me perdonó haciéndome cosquillas. Él siempre me hacía cosquillas.

Nos costó entrar a la casa porque el último terremoto le había desajustado la puerta, tuvimos que abrirla a empujones. Había también mucho polvo de ese que cae de las paredes cuando tiembla. Aunque eso qué podía importarnos, quiso que le modelara así desnuda cubierta sólo con su ex chaqueta de mezclilla. Lo hicimos con ella apenas desabotonada. Fue esa la primera noche que pasamos juntos, cómo podría olvidarla.

Por esos días era todo muy rápido. No sé si eso era bueno o malo, solo digo que las cosas así eran. Nos fuimos a vivir a una casita bastante humilde allá por Cerrillos. Lavábamos a mano en una artesa, no teníamos calefón, tampoco televisión ni estufa, una vecina nos guardaba la comida en su refrigerador. No obstante pese a todo no necesito decir lo felices que éramos. Nuestra felicidad aumentó más todavía cuando quedé embarazada, todo se nos hizo entonces maravilloso, el niño que nació fue también maravilloso. Nuestra felicidad ni siquiera la opacó el peligro que un par de años más tarde empezaríamos a correr a causa de nuestras convicciones y las ideas que compartíamos.

Cosas raras que a las mujeres se nos ocurren cuando estamos nerviosas. Empezaron a caer algunos de nuestros compañeros y debí asumir como contacto para que a la hora y en un lugar convenido alguien aparentando no conocerme me entregara de manera disimulada un paquetito donde venía un poco de dinero y lo que se esperaba que hiciéramos durante los próximos días, hasta ese en que el Nano no llegó.

En medio de esas situaciones, que eran de verdad difíciles y digo por eso esto de las cosas raras que a nosotras se nos ocurren, tal vez para respirar algo que fuera distinto, quise que ese niño nuestro tuviera un bluyín azul, se iba a ver precioso. No lo dudé un segun-

do. Tomé tijeras y con aguja e hilo, ocupando la tela de la chaqueta yo misma se lo hice. No me resultó fácil, las piernas las saqué casi directo cortadas de las mangas, pero lo que me dio más trabajo fue la pretina, tuve que medirla muy bien para aprovechar el botón de bronce incrustado que llevaba. Me quedó perfecto, le hice incluso un marrueco diminuto. Cuando él vio al niño con ese bluyín hecho de su chaqueta casi se vuelve loco, se lo quiso comer a besos. A mí también. Tal vez fue esa la vez en que me embaracé de mi segundo hijo, y vaya en qué circunstancias tan peligrosas ello ocurrió.

Ha pasado tanto tiempo, linda nuestra vida a pesar de todos los peligros que debimos sortear. Mi hija y mis amigas me aconsejaban diciendo que él debía ir vestido con algo oscuro, “con lo más elegante que tenga”. Pero por qué tendría que ser de esa manera, yo me preguntaba si él jamás usó ropa formal ni tampoco nada muy costoso. Eso les expliqué a una por una, aunque pese a ello todas se empeñaban en convencerme de que eso no era lo importante, lo que de verdad importaba era cómo debía ir vestido ahora, así que empezaron a ofrecerme el traje de este o el de este otro. Me decían que estaban casi nuevos porque habían tenido muy poco uso. No se cansaban de repetirme que con un traje elegante él se iba a ver como realmente merecía.

Es que trataban de ayudarme y lo valoro, no obstante, los consejos que me daban parecían reglas que había que respetar de manera obligada y que a mí no me daba ganas de aceptarlas. Las cosas no tenían por qué ser como eran o como se suponía que debían ser. Partí por eso a comprar una chaqueta azul de mezclilla igual a la que él llevaba cuando lo conocí para que con ella puesta cerraran su ataúd.

Mi 11 de septiembre

Gabriel Fierro Cereño

En ese tiempo trabajaba en el Comité Metalmeccánico Liviano de la CORFO. Estábamos a cargo de administrar una treintena de empresas llamadas la “Línea Blanca”. Era mi último año de estudios de Ingeniería Civil Industrial en la Universidad de Chile. Dedicaba una parte de mi tiempo a la Escuela y el resto a contribuir con el gobierno de Allende.

Yo vivía con mis padres en la Avenida Italia. Pero, algunas noches me quedaba en la casa de la calle Sotomayor, que estaba desocupada.

Nuestra oficina estaba en Matías Cousiño, a la salida del edificio Santiago Centro. Ese martes, antes de las 8 a.m. tomé una micro hasta la Plaza Bulnes. Me bajé frente a La Moneda, caminé por la Alameda y atravesé los portales. Estaba todo muy tranquilo.

A eso de las 8:30 ya estaba trabajando, solo todavía, y sonó el teléfono. Levanté el auricular y escuché una voz conocida pero ansiosa. Era la esposa de nuestro jefe que me preguntó por su marido. Ciertamente, le dije que no estaba y que, apenas llegara, le diría que la llamara de vuelta. Ella me escuchó muy tranquila y me preguntó si no sabía que, al parecer, estaba en marcha un golpe militar. Así me enteré de que algo estaba pasando.

Comenzaron a llegar otras personas a la oficina, tratamos de entender la situación e intentamos recibir alguna instrucción de nuestros jefes. No encontramos a nadie. Estábamos en eso cuando entró una bala por una ventana interior que daba hacia el poniente,

en dirección al palacio de gobierno. Allí supimos que debíamos irnos. Obviamente, no teníamos ninguna clase de armas.

Con Marcelo Ringeling bajamos a buscar su citroneta y partimos por la calle Moneda hacia el oriente. Cuando salimos se escuchaba una gran balacera en torno al palacio de gobierno y balas que silbaban por sobre nosotros. Marcelo avanzó zigzagueado lo más rápido que se podía.

Salimos del centro por Carmen, entramos por Avenida Matta hasta la Escuela de Ingeniería y doblamos al sur por Club Hípico. Fuimos a una de las fábricas que eran de nuestra responsabilidad (era una fábrica de compresores de refrigeración que se llamaba CORESA). Intentábamos enterarnos de la situación, pero había unas pocas personas, tampoco tenían más información y seguimos.

Desde allí, nos fuimos a Fensa, que estaba en Maipú. Esta era una fábrica grande (de hecho, tenía dos interventores). En este lugar había mucho movimiento, pero de gente retirándose. Me encontré con dos de mis hermanos, militantes de la Juventud Socialista, justo en el momento en que partían. Volví a verlos 32 días después.

Después de hablar con los encargados, decidimos ir a un lugar donde pudiéramos ayudar. Entre paréntesis, eso era lo que queríamos, pero no sabíamos cómo hacerlo. Nos sentíamos responsables, por lo que no podíamos irnos para la casa.

En esa época, yo era militante de la Juventud Comunista y me había integrado a la célula del partido en la Corfo. En esa célula, la persona más importante era uno de los dos interventores de Fensa. En una reunión, varias semanas antes, esta misma persona hizo el análisis político y nos dijo que el golpe militar era inminente. Después de eso, silencio. No hubo más reuniones ni instrucciones de ningún tipo.

De Fensa fuimos a Mademsa, cerca de la Gran Avenida. Allí, la confusión era mayor. Enseguida, fuimos a la planta de Siam di Tella en Vicuña Mackenna, a unos trescientos metros al sur de Lucchetti.

En Siam estaban casi todos los trabajadores, el administrador de apellido Pincetti y el contador auditor de nuestra oficina. Esta empresa, Siam di Tella, era antigua, había sido creada por un grupo industrial argentino y fue vendida a la CORFO en un proceso normal de negocios.

Allí estaba todo tranquilo y decidimos quedarnos. Desde ese lugar, hablé con mi familia y mi novia, todos estaban muy asustados. Hasta ese momento, ya entrada la tarde, no sabíamos lo que había ocurrido en el palacio de gobierno. Supimos que se había decretado toque de queda y nos quedarnos en Siam hasta el día siguiente.

Durante la tarde, antes del toque de queda, vino la esposa de Marcelo, Susana. Los vi hablar a través de la reja hasta que ella se fue.

Antes del toque de queda, se fueron varias personas. Horas después de iniciado el toque, nuestro contador auditor saltó el muro que daba a la calle detrás de la fábrica. Después supe que llegó bien a su casa.

Al caer la noche, en la radio se podía escuchar emisoras argentinas y uruguayas. En una de ellas, se informó que el presidente Allende había muerto. Esa noche, en una sala a oscuras y solo, lloré como nunca lo había hecho.

El miércoles 12 antes del mediodía llegó un piquete de carabineros con un oficial a revisar la fábrica. Todo muy cordial. Se pasearon por todas partes y, cuando se iban a retirar, llegó un destacamento militar. Estos nos hicieron salir y sentarnos en hileras afuera de la reja. Un oficial del ejército fue observándonos uno a uno. Cuando estaba frente a mí, me hizo levantar e ingresar a la fábrica. Al interior del galpón, me puso un fusil en el pecho y ordenó que le dijera dónde estaban las armas. Mirándolo a los ojos, le respondí que no teníamos armas y que podía revisar lo que quisiera para comprobarlo. Me creyó y comenzamos a volver con el resto del grupo.

Cuando íbamos llegando, se produjo una balacera en el sector de Lucchetti, nos hicieron ponernos boca abajo en el suelo, los militares se fueron y quedaron solo los carabineros. Después de la balacera, fueron trayendo gente de otras fábricas. Al final, nos contaron y resultó que éramos casi 800 personas.

Frente a este grupo, al otro lado de la calle Vicuña Mackenna, trajeron a dos personas jóvenes, vestidos a la moda, con pantalones blancos. Apparently, les dijeron que se fueran. Uno de ellos avanzó y le dispararon. Murió en el acto. En el grupo se escucharon gritos de espanto. El otro, se mantuvo inmóvil frente al carabinero, y este no se atrevió a dispararle.

Posteriormente, llegaron buses de carabineros, nos subieron amontonados y nos llevaron al Estadio Chile.

A la persona que mataron, que yacía en un charco de sangre y que todos pudimos ver cuando subíamos a los buses, la había visto en la Escuela de Ingeniería. Posteriormente, supe que era un estudiante venezolano. En el Hall Sur de Beaucheff hay una placa que lo recuerda.

El paso por los estadios

Gabriel Fierro Cereño

El miércoles 12 por la tarde llegamos al Estadio Chile, nos hicieron bajar del bus y formar una fila en el pasaje por donde se accedía desde la calle Unión Latinoamericana, todos con las manos en lanuca. Entramos y nos sentaron en las graderías del primer piso frente a la cancha. Allí, nos mezclamos con gente que venía de otros lugares. A mi derecha estaba Marcelo y a mi izquierda un estudiante de la Universidad Técnica del Estado. Él me contó que Víctor Jara venía con ellos, pero nunca lo vimos en las graderías. Siguieron trayendo gente, la gran mayoría jóvenes, hasta que se llenaron las graderías y la cancha. En este lugar divisé a mi primo Raúl, que estaba todavía en el colegio.

Un oficial de bigote grueso, que parecía ser el jefe, se paseaba por los pasillos y gritaba arengas como: "Vamos a traer a Altamirano y lo vamos a colgar en este arco". A un grupo de extranjeros que tenían tirados en el piso los llamaba: "La cloaca latinoamericana".

En las galerías de la parte más alta había grupos de militares con ametralladoras de alto calibre apuntándonos todo el tiempo.

Estuvimos allí hasta el sábado en la madrugada. Podíamos ir a los baños, siempre con soldados conscriptos apuntándonos. El viernes a mediodía, o un poco antes, nos dieron un plato de comida.

Una noche, un detenido que estaba en el segundo nivel quiso suicidarse lanzándose al vacío. Cayó sobre asientos desocupados del primer piso y, aparentemente, solo se quebró algunos huesos.

Estuvo mucho rato gritando de dolor. En otra ocasión, hubo un balazo en el pasillo de la derecha, cerca de donde estábamos nosotros. Un muchacho de unos 14 o 15 años, que se hizo amigo de los guardias, por lo que conversaba y se paseaba entre ellos, trató de quitarle el fusil a uno y este le disparó. Lo vi caer y nunca más supimos de él.

Al segundo día, Marcelo se levantó y fue a hablar con un oficial. Después supe que se declaró pariente del general Leigh (el jefe de la Fuerza Aérea) y lo dejaron en una habitación mientras hacían consultas. Durante la madrugada y con toque de queda, llegó otro oficial, lo llevó hasta la puerta del Estadio y lo liberó.

Varias veces, mientras estaba sentado en la gradería, me imaginé al compañero de mi hermano cayendo desde el cielo del Estadio. Eso ocurrió unos años antes, justo cuando iba a iniciar un evento donde iba a hablar Salvador Allende. El compañero salvó su vida porque cayó sobre el escenario.

Después de la medianoche del sábado, nos hicieron subir a unos buses, todos en el piso, y nos llevaron al Estadio Nacional.

Durante los primeros días vivimos en los camarines. Allí me reencontré con la mayoría de los trabajadores de Siam. Teníamos agua y baños, pero éramos más de 100 personas y no había dónde acostarse o siquiera estirarse para dormir.

En más de una ocasión nos hicieron salir a los pasillos y ponernos en hilera con la espalda hacia la pared. Al principio, no sabíamos la razón. Luego, vinieron soldados trayendo una persona cubierta con una manta y aberturas en los ojos. La pasearon delante de nosotros. El encapuchado se paró frente a uno de los nuestros, lo señaló y se lo llevaron. Al terminar, todos de vuelta al camarín.

En los camarines tuvimos mucho tiempo para conversar. Cuando intercambiamos opiniones del porqué del golpe, un dirigente sindical me dijo "Es que Allende no se la jugó suficientemente por los trabajadores".

El día 18 de septiembre, a eso de las 4 de la tarde, nos sacaron del camarín y nos llevaron a la tribuna Andes a tomar aire. Era la primera vez, desde el 12, que salíamos a la luz del sol. El jefe de la patrulla era un cabo de la Escuela de Ingenieros Militares al que conocí cuando hice mi servicio militar. Le hablé y solo lamentó que yo estuviera detenido.

Varios días después nos trasladaron a la galería norte, donde había espacio para caminar, hablar con mucha más gente y salir libremente a las graderías a tomar sol. Cuando salimos al aire vimos que en todos los sectores del Estadio había gente detenida como nosotros y que en la tribuna Pacífico estaba el centro de operaciones de los militares.

Un día empezaron a llamar personas por su nombre completo y les indicaban que debían bajar a la pista de cenizas, caminar y formar una hilera frente a la tribuna. Desde allí, nos enviaban a distintos lugares. A mí, dos veces a retirar paquetes con ropa que enviaron mis padres, dos veces a interrogatorios y una vez para irme a la casa.

La primera vez que me llamaron, a media mañana, fui a una oficina que daba hacia el exterior, donde la Cruz Roja tenía una bodega. Desde allí podíamos ver las rejas y gente al otro lado de la calle. Mientras esperaba que encontraran mi encomienda llegó a mi lado Luis Corvalán hijo, hermano de mi compañera Lily, y nos saludamos. Él estudiaba Agronomía y nos habíamos conocido en la Escuela de Ingeniería. Estábamos en el mismo sector del Estadio. Un día lo llamaron de nuevo y pasó muchas horas fuera. Durante la noche vino una patrulla con uniformes de la fuerza aérea trayendo un bulto que dejaron tirado donde pernoctaba Luis.

La segunda vez, me hicieron subir a la tribuna y sentarme a esperar para ser interrogado. Detrás de los asientos había un espacio amplio con escritorios en torno a los cuales operaban oficiales del ejército muy jóvenes, todos ellos con uniformes nuevos. A mi lado

sentaron una persona que, unos minutos después de llegar, me dijo: "Yo te conozco. Eres compañero de mi hermano Pablo." Era Francisco Justiniano, egresado de la Escuela de Derecho de la UC, quien me contó que la mayoría de los jóvenes oficiales que interrogaban habían sido sus compañeros en la universidad. El interrogatorio fue muy curioso. El interrogador me preguntó qué hacía y por qué estaba detenido. Se lo conté. Enseguida, estuvo tratando de explicarme las razones del golpe militar y de por qué él estaba allí. Una de las cosas que dijo fue que estaban defendiendo la civilización occidental.

La tercera vez, me llamaron para que fuera a retirar un paquete en la Cruz Roja, que ahora estaba instalada en la entrada de la maratón, debajo de la tribuna Andes. Vestida con su bata blanca, su capa azul marino y su gorro típico me encontré de frente con mi profesora de inglés y del taller de primeros auxilios del Liceo Amunátegui. Fui alumno en este colegio público desde cuarto de preparatoria hasta sexto de humanidades. Durante cinco años de la secundaria ella fue nuestra profesora jefa y conoció muy bien a mi familia. Mi madre siempre estuvo en la directiva del centro de padres y los dos hermanos que me siguen también estudiaron en el liceo. Por eso, me causó sorpresa y desilusión cuando, al verme, solo dijo "Lo siento, Gabriel, no puedo hacer nada por ti".

La cuarta vez se repitió el "interrogatorio" y la quinta, un día 12 de octubre, fue para liberarme.

En los 30 días que estuve detenido pude ver y hablar con mucha gente. El profesor Gastón Pesce de Ingeniería Eléctrica, Ángel Parra, el "negro" Valeria, amigo de mis hermanos, Pincetti, el gerente de Siam, y varias otras de las que no guardé los nombres. Como el de un periodista y conductor de programas de televisión y un señor abogado que, según él, trabajaba en la fiscalía de la CAP y no entendía por qué estaba en el Estadio, siendo un abierto partidario del "pronunciamiento militar".

Una visita inesperada, que nos dirigió unas palabras de aliento, fue la del Cardenal Silva Henríquez. En otra ocasión, durante el atardecer, nos hicieron “marchar” hasta el velódromo con militares apostados y apuntándonos en ambos lados del camino. Pasamos la noche allí y de vuelta a la galería norte.

Un episodio inolvidable, que nos subió el ánimo, fue cuando cantamos. Un día tibio de octubre, cuando estábamos tomando sol y conversando, una persona de la galería sur empezó a cantar. Se hizo silencio y todos aplaudimos cuando terminó la canción. Al día siguiente, más o menos a la misma hora, el cantante comenzó: “Pienso que la alambrada solo es un trozo de metal, que nunca te puede detener las ansias de volar.” Poco a poco empezamos a acompañarlo. Y se produjo un momento mágico cuando todos cantamos con el alma: “Libre, como el sol cuando amanece yo soy libre, como el mar. Libre, como el ave que escapó de su prisión y puede al fin volar...”. Después de eso, ya no dejaron cantar a nadie más.

Un día, ya en mi casa, mostraron en la televisión un acto surrealista y grotesco. Nada menos que a los cuatro miembros de la junta militar, con rostros amenazantes y lentes oscuros, marchando juntos al compás de la canción “Libre” de Nino Bravo.

Nunca supe por qué me mandaron para la casa. Pregunté discretamente a los que podrían haberme ayudado y nada. Nadie sabía. Treinta años después, mientras estaba en el descanso de una capacitación a profesionales de una empresa eléctrica, el gerente me pidió que fuéramos a tomar café a su oficina. Allí, me mostró un cuadro que era la foto de un general del ejército vestido de gala con todas sus medallas y su sable. Ricardo, el gerente, con quien fuimos compañeros en el programa de magister en ingeniería, me preguntó si conocía a esa persona. Yo no sabía quién era. Entonces, me dijo: “Es mi padre, ya fallecido. Él te sacó del Estadio”.

Fragmentos de un caleidoscopio

Juan José Flores Cárcamo

Los recuerdos de la niñez intentan escaparse entre los surcos de la mente, optan por salir a la luz después de 50 años, y al igual que los pequeños cristales de colores de un caleidoscopio, comienzan a mostrar esos mundos interiores y exteriores de los que fuimos parte.

Comienzo por evocar esa noche en que escuchamos por la radio al recién electo Presidente Allende, quien acababa de decir: “esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión, más cariño, para hacer cada vez más grande a Chile, y cada vez más justa la vida en nuestra patria”. Papá Nono nos abrazó, puso su mano sobre nuestras cabezas y con un beso nos dio las buenas noches.

Los sueños de esa noche fueron tranquilos y esperanzadores; a través de coloridos afiches hablaban de que “la felicidad de Chile comienza por los niños”, yo era uno de ellos, corría por las calles elevando una cambucha, aprovechando el viento primaveral, mientras mis hermanas soplaban unos coloridos remolinos y trataban de levantar las manos para verlos girar y llenar los rostros de sonrisas tiernas.

Papá era de esos, de los últimos en el escalafón de funcionario público, tenía la oportunidad de terminar sus estudios en la escuela nocturna y le ponía empeño día a día; con los años lo logró.

Mamá con su máquina de coser daba forma a hermosas colchas que con trozos de coloridos géneros cubrían nuestros modestos catres, llenaba de cojines sillas y bancas de rústica madera, coloreaba con restos de esmalte tarros donde florecían geranios, petunias y cuanta planta se podía.

Las paredes de las calles empezaron a hablar con hermosos y grandes murales, donde las palomas extendían sus alas de paz, las flores mostraban pétalos visitados por mariposas, las abejas sonreían revoloteando, anunciando el dulce sabor de la miel. Las banderas con la estrella solitaria se alzaban al viento en cientos de manos, en las poblaciones y en las tomas, y los ojos grandes de mujeres, hombres, jóvenes y niños hablaban de la unión familiar, del proletariado que se iluminaba en los colores florecientes, así como brillan esos trocitos de vidrio cuando ponemos el caleidoscopio tratando que lleguen los rayos y la luz del sol por ese pequeño tubo mágico.

Y la leche fue primordial, sentir y saborear ese medio litro de leche, fortaleció el cuerpo, la mente, la capacidad de estudio, estar sano y disfrutar el aire libre. Los libros abrieron sus hojas para crecer en sabiduría desde una pequeña cuncuna que traía cuentos para los mas chicos hasta minilibros que convocaban a los grandes clásicos de la literatura universal, sus portadas con un círculo donde las ilustraciones anunciaban fugazmente el contenido dejando a la imaginación esos mundos en prosas, que fueron “la luz del saber”. Quimantú, en palabras de nuestro pueblo mapuche.

Sentir cerca al Presidente, porque era un compañero, sí, tal como los que tenía en la escuela, ese que comparte contigo, que sabe de tus problemas, de tus alegrías, de tus sueños, de tus esperanzas, el que sabe compartir en tu casa.

Y sorpresa fue cuando llegó a casa un pequeño aparato que traía imágenes, sonidos, noticias, entretenimiento, el televisor Antu, era un nuevo miembro en casa, allí un pequeño payasito acompañado de las notas musicales del tío Valentín nos llevaba a imaginar y aprender de la naturaleza, de higiene, de cuentos y leyendas.

Un simpático perrito giraba y hacia contorsiones como chinchinero mientras “Charagua”, de Víctor Jara, daba melodías que hablaban de nuestros sonidos ancestrales.

Contentos estábamos cuando por fin el cobre fue chileno, cuando los trabajadores del salitre aumentaron la producción, cuando los obreros del carbón tuvieron dignidad en su trabajo. Cuando las mujeres trabajadoras pudieron colocar a sus hijos en jardines infantiles.

El compañero Presidente, con voz profunda y con sólidos argumentos, desafiaba a los estudiantes universitarios a servir a los pobres, al proletario, a volcar sus conocimientos al servicio del bien común, a unirse a trabajos voluntarios para apoyar a las familias en sus necesidades.

Y así he ido girando mi caleidoscopio del tiempo, esos fragmentos que trato de ir hilando en estas líneas que tienes oportunidad de leer, multiplican las formas y como espejos en los que miramos nuestros actos, nuestras vivencias, nuestros seres queridos, vamos en una espiral, recordando y rememorando hechos que de pronto nublan nuestra vista o dejan caer lágrimas por las mejillas.

Sí, porque de pronto trataron de arrebatar-me ese caleidoscopio, se resquebrajaron esos cristales, una nube gris opacó la mirada y no hubo forma de repararlo por muchos años.

Solo las últimas palabras de despedida del Presidente me dieron esperanzas: *“sigan sabiendo que, mucho más temprano que tarde se abrirán de nuevo las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”*.

Escribo estas líneas con mi caleidoscopio en la mano, aunque tiene marcas del pasado, he logrado repararlo y lo acerco para mirar cómo se construyen nuevos ideales, sueños y esperanzas en ese suspiro que está lleno de desafiantes propósitos y metas para un nuevo Chile.

**Mi paso por las cárceles de la dictadura.
En los años oscuros**

José Gallegos Sepúlveda

Mi nombre es José Gallegos Sepúlveda. Nací el 3 de enero de 1952 en la ciudad de Mulchén, Biobío, Octava región. Por razones de estudio, me vine a la ciudad de Curicó. Me acogieron cariñosamente, mi hermana Norka y Hugo, su esposo. Estudiaba Pedagogía en la Universidad Católica, Campus Curicó, cuando se produjo el golpe de estado. El 11 de septiembre de 1973 yo era dirigente estudiantil y militante de las Juventudes Comunistas. Además, paralelamente a mis estudios, trabajaba en la Radio Regional, que tenía línea editorial afín con el gobierno del Presidente Allende y la Unidad Popular. Con mi sueldo de la Radio, costeara mis estudios y mis gastos básicos. Fui despedido el mismo 11 de septiembre. Siempre he actuado en mi vida a rostro descubierto y con mis manos limpias, pero mi militancia política fue suficiente currículum subversivo.

Fui detenido violentamente, en mi casa, el 13 de septiembre de 1975, por agentes de la DINA, la Dirección de Inteligencia Nacional, que comandaba Manuel Contreras. Los Recursos de Amparo en mi nombre, interpuestos por mi hermano Eduardo, nunca fueron acogidos. La justicia fue absolutamente obsecuente con el régimen de facto.

Me condujeron por recintos secretos de tortura y prisión política: Cuatro Álamos, Tres Álamos y la cárcel Terranova, más conocida como Villa Grimaldi, en Santiago. La Villa Grimaldi registra

241 detenidos(as) desaparecidos(as) de las 4.500 personas (aproximadamente) que pasamos por esta cárcel clandestina de tortura y exterminio.

Campo de Concentración Melinka, Puchuncaví

Posteriormente, fui trasladado a la cárcel abierta de Melinka, en Puchuncaví, Región de Valparaíso, campo de concentración rodeado de dobles alambradas y de garitas en altura con personal armado y vigilante. Melinka estaba a cargo de la Marina. Hugo Salinas, un rancagüino de aproximadamente sesenta años, profundamente angustiado, me confidenció que un día cualquiera se lanzaría contra las alambradas, con el único fin de acabar con su vida. Me invitó a su casa, en el supuesto de que ambos recuperaríamos la libertad. *(Amigo, no fue posible, partiste antes; el encuentro de sincera amistad, nunca pudo ser).*

Corría el mes de noviembre de 1975. Los centenares de presos políticos de Melinka permanecíamos atentos a la Reunión de la Asamblea General de Las Naciones Unidas, que votaría una resolución respecto del gobierno de facto chileno. Al atardecer, una pequeña radio a pila, nos entregó la esperada información:

“... Por segundo año consecutivo la O.N.U., condena a la dictadura militar chilena, por violaciones sistemáticas de los Derechos Humanos”.

Conocida la noticia, frente a las garitas de vigilancia, vociferamos con el alma:

“¡La justicia triunfará... la justicia llegará... libertad, libertad!”.

Fue nuestro desquite ante los perplejos y petrificados carceleros.

"La voz de los sin voz"

Las iglesias de Chile se erigieron en la "*Voz de los sin Voz*". Quizá la más visible –entre otras– fue la representada por la iglesia católica y el Cardenal Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez. En 1973 crearon el "Comité de Cooperación para la Paz en Chile", conocido también como "Comité Pro Paz", con el objetivo de proteger la vida e integridad física de las personas perseguidas y encarceladas por la dictadura cívico militar en Chile. Por exigencias del dictador, el Comité Pro Paz debió cerrar sus puertas en 1975. Tras su disolución, el 1 de enero de 1976, el Cardenal Raúl Silva Henríquez creó la "Vicaría de la Solidaridad", institución ligada a la iglesia católica. Gratitud a todas las iglesias e instituciones que desplegaron su generosidad para defender y amparar a los perseguidos y a sus familias.

Amnistía, mi abrazo de libertad

Los primeros días de diciembre, en el campo de prisioneros de Melinka, empezaron a circular rumores de que habría una amnistía. La amnistía es un "perdón y olvido de delitos políticos que otorga la ley".

A media mañana del día 20 de diciembre de 1975 se produjo en Melinka una gran confusión. La radio había difundido el listado con los nombres de los presos políticos que quedarían en libertad. ¡La amnistía era una realidad! Así, repentinamente, carreras y abrazos se diseminaron por todo el campo. En un momento, observo que se me acercan tres compañeros. Gritaban:... "Amnistía... Amnistía". Me preguntaron: "¿tú eres José Gallegos?... ¡compañero, estás en la "lista", quedaste en libertad... en libertad!...", y me abrazaron efusivamente.

(Fue un sentimiento grande de alegría por mi propia libertad, pero de pena, al mismo tiempo, por las compañeras y compañeros que se quedaban presos en las cárceles de la dictadura, con un destino incierto de vida o de muerte).

Estuve en la incertidumbre hasta las dos de la tarde, hora en que la Radio Minería informó: “... *En atención a los cientos de llamados telefónicos recibidos desde todos los rincones del país, repetiremos el listado de los ciento sesenta presos políticos que serán liberados en las próximas horas, en virtud de la Ley de Amnistía*”.

(Escuché mi nombre, en el número 5, en completo silencio, junto a un grupo de compañeros en una celda, a escondidas, y ocultando la pequeña radio a pila).

Atrás quedaban los días de cárcel, cuando creía que mis familiares no me visitaban porque, supuse, estarían molestos por mis convicciones políticas. Después entendí el contexto real. Nadie sabía dónde me encontraba. Para la verdad oficial estaba desaparecido. En estas circunstancias, volver a la Libertad era igual que volver a la vida. Me preguntaba... ¿se habrán enterado en mi casa, en Mulchén? ¿Habrá alguien esperándome a la salida?

(Estuve a punto de partir al exilio. El CIME, Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas, me invitó a irme a Suecia. No lo hice. No me arrepiento. En mi decisión primó el cariño por Lidia Ximena, Lily).

Mi libertad

El 23 de diciembre de 1975, a las once de la mañana, arribaron al campo de concentración de Melinka cinco buses de Carabineros. Rápidamente nos formamos frente a las puertas con todas nuestras pertenencias, mientras avanzábamos hacia la libertad. Al otro lado de las alambradas, resonaba emocionado el coro de despedida: “Se va, se va y no volverá...”

(Siempre me he preguntado si en ese coro inolvidable habrá estado la voz melancólica de mi amigo Hugo Salinas).

En los buses, nos trasladaron a Tres Álamos en Santiago, al último chequeo de datos. Finalmente, a las cuatro de la tarde, salíamos caminando, libres, traspasando los amplios portones metálicos.

Sí... ahí estaba Elena Sepúlveda, mi madre, aguardando para abrazar a su hijo. En cuanto me divisó corrió hacia mí y me abrazó, con un abrazo largo... largo.

Por mi libertad levantaste muchas voces. Apelaste a tribunales de justicia y de militares. La respuesta fue siempre la indolencia. Entonces, recurriste a las altas esferas de la iglesia católica, a través de la monjita Dolores Sepúlveda, mi “tía Corazón”. Me visitaste allí mismo, en Tres Álamos, y estuviste conmigo en Puchuncaví. A 48 años de los hechos y cuando ya no estás, mi eterna gratitud... mamá.

(Jamás entenderán los dictadores y violadores de Derechos Humanos, que la prisión y la tortura consolidan los ideales).

Ahora, en libertad, con el ímpetu de mis 23 años, vuelvo a retomar los estudios de Pedagogía en Curicó y emprendo el viaje a mi reencuentro definitivo con Lily.

Curicó, 1 de septiembre de 2023

Gritos desde las murallas

Myriam García

11 de septiembre de nuevo, columnas de gente entrando en los centros de detención y tortura con la mirada mansa y el corazón inquieto, otro año más, desafiando el tiempo y la paciencia, otro año recordando el dolor de la juventud, de la niñez, quizás incluso prenatal. ¿Para qué hacemos fila para volver a sentir el vómito? El dolor en carne ajena que nos cuentan, en susurros de cucarachas, la cal y cemento de las murallas.

Me agacho al pasar por el portón presionado por una fuerza invisible que me hace mirar al suelo y sentir los culatazos de otros tiempos y otros cuerpos.

Dentro siento que los camarines se convierten en plastilina, en barro moldeable de Pomaire, igual de negros, formando con las murallas, caras deformadas de bocas desgarradas, desdentadas a base de golpes secos, patadas y puños.

Las imágenes de hace cincuenta años se hacen carne y tapan mi horizonte con su sangre y despojos. Pronto ya no puedo respirar, no puedo gritar, no puedo pedir ayuda.

Las almas emparedadas entre esos muros infinitos, encarcelados en el yeso y hormigón de esas construcciones, se convierten así en esponjas construidas con el espíritu vital de aquellas almas sacrificadas para que una parte del país creyera que ganaba haciendo desaparecer al que enojaba su existencia.

Almas todas frágiles y simples, que sintieron que su existencia dependía de lo que otros decían que era la vida real, mientras la suya se deshacía en la violencia inútil de sus torturadores.

Ni la pintura ni la cal y canto con los que remozaron esos espacios han podido limpiar el dolor que las hizo crecer. Ese sigue ahí, agazapado, esperando cada aniversario para gritar desde su materialidad para pedir una justicia sin bandos ni banderas.

Santiago, 12 de septiembre de 2023

Gente como uno

Juan Carlos González

La última que vez que lo vi estaba postrado en el hospital. Le habían cortado una pierna y el médico dijo que ya no existía la posibilidad de una recuperación. Mi mamá se pasó casi todo ese mes al lado de su cama esperando el desenlace que no llegaba. A mí me había costado viajar. Me encontraba trabajando en el norte y estaba como siempre metido hasta los ojos en el trabajo. Las cosas verdaderamente importantes a veces nos rozan la piel y ni siquiera nos percatamos. Ya había sucedido una vez y no le dimos importancia. Estábamos, como se dice, curados de espanto. Es que tantas veces lo mismo. Que era la última vez, que ahora sí que iba a cambiar, y de vuelta a lo mismo, la maldita bebida con la que intentaba acallar demonios y fantasmas que lo atormentaban a diario, la bebida maldita que nos arrebató la infancia, haciéndome crecer antes de tiempo para hacerme cargo de mis hermanos, porque mamá estaba ausente trabajando hasta muy tarde porque él ya no se encontraba, o si por casualidad andaba por ahí, su corazón y su mente estaban tan lejos y tan perdidos que ya casi no nos reconocía. Las terribles consecuencias de la memoria salvaje que lo atormentaba.

Cuando llegamos del colegio con mi mamá lo vimos llenar una vieja maleta con ropa y otras pequeñas cosas. Nos dijo que se iba a internar, que era un tratamiento en Santiago y que no sabía cuándo

volvería. Había tomado la decisión drástica de curarse de su adicción al trago y no había vuelta atrás. Después supimos que era el Open Door, sí, el que en esos años estaba solo para encerrar a locos rematados y que solían andar desnudos en pleno invierno por los patios del recinto. Una de las pocas cosas que nos contó papá más adelante. Pocas, tan pocas cosas. Lo mismo de su paso por Tejas Verdes y ese terror inhumano que nos recorre el espinazo cada vez que nos acordamos. Porque vivíamos cerquita, a unas pocas cuadras. La Avenida Arrayán, que llevaba al regimiento, era nuestra calle, al frente había un pasaje angosto que llevaba el estero San Pedro, al bosque, a la desembocadura del Maipo y la playa de Llolleo. Esos eran los límites de mis aventuras de niño.

Papá se fue esa misma tarde y nos dejó en la más absoluta de las miserias. Corría el año 1977 y mi hermana, que me sigue en edad, tenía solo cinco años. Yo a la fecha ya estaba en mis doce, pero pronto me convertí en un viejo por las responsabilidades que tuve que asumir por el vacío que él dejó, y porque mamá casi no descansaba de tanto trabajar en lo que viniera para poder sostenernos. Fueron tiempos difíciles, tiempos de miedo y de muerte también. Me acuerdo que papá escondió a alguien después del golpe. Era un cocinero de la marina mercante. Un enorme hombre que siempre llevaba un abrigo negro y ostentaba una frondosa barba gris que estaba algo amarillenta por su adicción descontrolada de fumar pipa. Se pasaba el día entero con la pipa en la boca. Era el que le cocinaba huevos de pescado a mi mamá embarazada de mi segunda hermana en esos años. A veces me lo topaba en el patio algo silente, porque solo hablaba a ratos y lo necesario. Mi papá le pasó unas pocas cosas y le adecuó un cuarto que usaba de bodega donde estuvo por meses sin salir. Hasta que un día lo hizo y nunca más lo volvimos a ver. Mi papá esa noche llegó con esa pistola plateada de cachá de hueso que escondió en uno de los cajones de la cómoda y que me prohibió terminantemente tomar. ¿Cuál fue la causa? No lo sé. Él no militaba

en ningún partido, no era miembro de ninguna agrupación de apoyo o guerrilla o qué sé yo. Nada de eso. Solo había sido dirigente de un sindicato de la Química S.A. de Llolleo alto y nada más. No como mis tíos que fueron más vivos, creo yo. Eran dirigentes de otra empresa y se asilaron luego de estar un tiempo encarcelados. Se fueron a Suecia y hasta el día de hoy, nadie de la familia ha regresado. Mi viejo nunca tuvo esos contactos.

Lo vinieron a buscar un sábado en la tarde. Era principios de mayo y el frío ya se hacía sentir. Había llovido algunos días atrás y la tierra desprendía ese olor pegajoso a humedad que se impregnaba en la ropa y en los poros de la piel. Era una camioneta Chevrolet C10, con pintura de camuflaje y una ametralladora punto 30 sobre el techo montada. Causaba espanto para un niño de doce años que entraran a tu casa milicos furiosos y lo arrastraran hasta la camioneta y se lo llevaran. Mamá solo lloraba, yo abrazaba a mis hermanas y temblaba de miedo y de rabia creo yo.

No lo vimos por meses, años quizá. En un momento que no logro determinar, perdí la noción del paso del tiempo. Era como si lo hubiésemos olvidado, como que nunca existió. Al menos eran las impresiones que tenían los mayores, en las pláticas después de almuerzo, como a escondidas y siempre en voz baja. “No va a volver Sylvia, no lo esperes”. Y yo corría al patio y pateaba esa pelota de plástico con rabia porque a ese que no volvía yo lo quería como padre, aunque no me hubiera engendrado.

Pronto llegó el verano y acabadas las clases me lanzaba a recorrer todos esos lugares recónditos que sólo yo conocía. Teníamos un grupo, la pandilla decía mi mamá. Solíamos explorar el bosque buscando casquillos de balas que había por doquier. En esos años el Ejército hacía ejercicios militares todos los meses en el bosque frente a nuestra casa y las explosiones y disparos en la noche nos sacudían y asustaban en la soledad de nuestras camas. Después entendí que eran una manera de ocultar tantas atrocidades que cometían.

El suboficial Arriaza vivía frente a nuestra casa. Tenía muchos hijos, algo así como siete u ocho, no recuerdo muy bien, pero de lo que sí me acuerdo era de su locura y el maltrato que le daba a su familia. Yo me hice amigo del “Billetera”, que era un par de años mayor que yo y que en el futuro, junto a su hermano, serían reconocidos lanzas internacionales. El Bille me contaba con lujo de detalles las barbaridades que los hacía pasar. A veces los dejaba en el patio en pleno invierno, luego de haberlos golpeados sin contemplación, y sin ningún motivo a veces. ¿Por qué me preguntaba entonces, a qué se debe tanta brutalidad? Arriaza cumplía labores especiales en Tejas Verdes. Torturaba y mataba de ocho a cinco me decía mi papá y luego se iba a su casa. ¿Cómo era posible tamaña aberración?

Era amigo del paco Medel al que yo le temía con ese miedo paralizante y frío que te impide pensar y hablar claramente. Nunca andaba con uniforme y siempre lucía una barba de días. Se perdía por meses y cuando volvía iba a ver al Arriaza y se pasaban el día bebiendo. A veces venía a mi casa. Siempre con ese abrigo largo espantoso y con un cigarro eterno en la boca. Le venía a pedir “ayuda” a mi papá para reparar cualquier cosa en su casa, cosa que a mi viejo le cargaba. Tenía los ojos hundidos y la piel amarillenta y su familia lo había abandonado por motivos que los mayores balbuceaban a escondidas y que acallaban ante cualquier mirada preguntona como la mía.

El Arriaza tenía una hija que me saludaba cada vez que iba al colegio. Habíamos conversado un par de veces y a veces nos íbamos juntos en la micro que nos acercaba a estudiar, aunque nunca sonreía. El “Billetera” la encontró colgada del árbol del patio de su casa. Tenía quince años y el horror me tuvo con fiebre y en cama por semanas.

Un día papá volvió. Flaco, como perro apaleado. Los ojos hundidos en las cuencas, la piel cetrina, magullada, como con costuras de sangre. Caminaba lento, arrastrando los pies y con las manos

en los bolsillos de su abrigo. No me acuerdo bien si ya había dejado de fumar antes, pero esa vez lo vi con un cigarrillo tembloroso entre los dedos y solo la demanda urgente de un lugar en donde recostarse. Creo que durmió una semana entera, al menos era lo que parecía, pues mamá solo lo atendía en el dormitorio y nosotros no podíamos entrar.

El tiempo pasó y la vida se fue llenando de otras penas, inquietudes y olvidos nuevos que afrontar. Pero cuando el dictador hablaba en televisión papá despotricaba como un enajenado pronunciando mil garabatos, muchos de ellos inventados por él mismo. Pero nunca, jamás contó lo que le habían hecho en ese cuartel maldito de Tejas Verdes.

Y una mañana fría que llegó de improviso, entre toques de queda y paros nacionales, me pilló estudiando en la universidad con la precariedad endémica de la pobreza aferrada a la piel. La primavera de 1984 en Santiago lucía dantesca. No había tiempo de apreciar belleza, pues la muerte y la lucha rondaba por doquier. Me vi envuelto en toda esa vorágine y el relato se torna amargo cuando te acuerdas de quienes ya no están. ¿Cómo se podía seguir estudiando en esas condiciones? Contarle a papá no fue fácil, pero creo que él entendía mucho mejor de lo que yo lo hacía en ese momento. Nunca es fácil y nadie dijo que lo sería me dijo aquel día.

Lo fui a ver al hospital y me dejaron entrar porque mamá estaba, como siempre, a su lado.

Estaba tendido en su cama, el rostro vuelto hacia la pared y los ojos cerrados. Augusto, te vienen a ver, le dijo mamá y entonces me miró y sonrió. Llegaste, me dijo, y acercó su mano a la mía, y yo pensando que nunca lo había visto tan débil. Él, que siempre había sido un hombre fuerte, el que para mí era un héroe de películas vaqueras, que sufrió barbaridades que nunca contó, que tenía el brillo de la vida por doquier, ahora se apagaba y me dolía el alma. Es entonces que me dice, creo yo ahora a modo de despedida, que nunca, nunca olvides me pide un poco agitado. Nunca, papá, le digo, nunca.

Conversación en un bar

Rubén González Lefno

Y en esta esquina, la que usted ve ahí, fue donde los acribillamos –había sido la explicación que ponía fin a una de las tantas anécdotas.

Habían pasado años, muchos años, desde que se hubieran visto codo a codo registrando viviendas o cerros en las inmediaciones de la ciudad, cuando la mística de la patria a socorrer era un golpe de vitamina que los empujaba a no descansar, a no despegar los ojos de cuanto civil fuese puesto bajo observación.

No habían sido amigos al comienzo. Solamente los turnos compartidos y tantos patrullajes los había venido acercando hasta compartir algo de sus vidas al inicio, muchos de sus pensamientos después y sus acciones más personales en el secreto de cada misión, más tarde.

–Usted llegó cuando habíamos tenido varios encontrones con ellos– afirmó el más joven –pero rápidamente nos dimos cuenta que había andado en muchas más que todos los que estábamos allá– remató– como dejando una puerta entreabierta al pasado que hacía tiempo ya no le producía el entusiasmo de antaño.

El de más edad lo escrutó en silencio, como calculando cuánto sabía y cuánto había sabido por intervención de él mismo. Mientras el humo del cigarrillo invadía el bar y el mozo iba de una mesa a otra, sintió que se desplazaba hacia algún lugar que había parecido enterrado para siempre. Y cuando el más joven observaba con

disimulo esa afectación en la boca ante cada pitada, fue dejándose llevar –a pesar de su voluntad– entre los caminos polvorientos que los ensuciaban, invistiéndolos de cierto perfil de veteranos en esa guerra que llegó una mañana, transformando sus rutinas.

Iban por las cercanías del paraje agreste y aislado, transpiración y polvo pegados a las ropas de combate y las miradas resueltas. Debían llegar antes de mediodía y operar de inmediato, porque el antiguo asentamiento era un nido de extremistas –les habían dicho–.

–Porque era cierto mi sargento– verdad. De otra forma no hubiesen hecho todo lo de ese día.

Tenía fama de loco, aunque en el lenguaje común esa palabra significaba muchas cosas diferentes y no siempre apropiadas a quienes eran tildados así. Tal vez eso ayudó a tender el manto que posteriormente pasó a convertirse en la única verdad acerca de aquella operación.

–¿Otra cerveza?– Sí, otra– respondió en voz baja.

Sabíamos que era guerra, así es que cada paso podía ser el último.

Como conocían los nombres fueron buscando de rancho en rancho. Y las reacciones resultaban idénticas (chillidos de mujeres y niños, miradas de pavor y palidez en los hombres). Había que actuar con rapidez y dejar claro que estos pasaban a ser tiempos de autocracia, disciplina y obediencia. Por ello es que debían rastrear cada centímetro de los pastizales y arrearlos– porque era como cualquier arreo– hasta dejarlos suficientemente aislados de cualquier intruso.

Habían transcurrido más de quince años de todo eso.

–Y usted, ¿disparó como decían?

–Porque– se respondió– para todos resultó una sorpresa su baja anticipada y, en realidad no sabía si continuar, quienes lo conocimos más sabíamos que usted no tenía ninguna enfermedad que le afectara la razón– completó.

–Eso fue lo más curioso. Jamás disparé.

Aunque su arma estaba bien mantenida, aunque destacaba por su habilidad para acertar incluso corriendo, esa tarde no había logrado jalar del disparador.

–Todos ellos ni siquiera lo pensaron– continuó– no tuvieron ninguna duda.

Habían finalizado esta alegre exploración buscando diferentes plantas y hojas de árboles. Había anotado cada especie para los herbarios que el día anterior pudieron terminar con ayuda de la maestra. Tal vez, lo único extraño fue que la habían divisado sollozando con disimulo en el rincón de la sala. No podían saber de las angustias que la acorralaban desde que –la semana anterior– su casa había sido allanada mientras el hermano lograba perderse entre los campos vecinos.

Caminaban saltando y gritándose a pesar de los mandatos de orden que ella reiteraba, mientras bajaban una de las últimas inclinaciones del terreno, persiguiéndose entre bromas.

–Lo que ocurrió es que alguien entregó el dato de que estaría por allí todavía. Que por las noches se acercaba a alguna rancho a buscar víveres.

–Por eso todos íbamos nerviosos y con ganas– detalló.

–Otra cervecita para que no se le seque la garganta– dijo a modo de intermedio.

–El sol estaba como fuego y todos íbamos ardiendo de calor y de excitación ante el operativo a desarrollar. Todos queríamos ser el que le diera alcance. Cada uno soportaba la sed, el tierral y los obstáculos del campo– continuó recordando.

–El de más adelante hizo señas ordenando silencio, cada uno adivinó que algo se presentaba y queríamos que fuese él. No había quién no quisiera ser el que lo detuviera o, más bien, quien lo eliminara. Por eso llevábamos el índice en el disparador y bala pasada. Ah! Y en automático.

Había pequeñas subidas y bajadas por las que tantas veces jugaban durante las tardes de la rifa de fines de año, que cada vez

reunía a todos los lugareños y podían conseguir algunas utilidades para pintar las paredes o reparar el mobiliario, porque la escuela era modesta y todo resultaba difícil. Ellos lo sabían porque lo habían escuchado de sus padres en más de una ocasión.

Estaban ahora en las inmediaciones de la última cerca que les permitiría finalizar la caminata y ordenar en la sala de clases todo lo reunido.

—Éramos un círculo esperando que saltara la cerca y con todo a punto para que no tuviera ninguna escapatoria. Todos apuntábamos hacia donde vimos el cabello enrulado y negro apenas visible por encima del pastizal.

Decidió escalar antes que ellos para ayudarles con sus pequeños trofeos y vigilar que ninguno fuera a accidentarse en las púas.

—Comenzaba a elevarse sujetándose de la alambrada cuando alguien disparó la primera ráfaga. Cayó mientras los demás continuaban con las descargas y yo pensaba por qué no le dieron la orden de alto, por qué. Y nunca pude saber quién ordenó que continuaran las descargas. Tal vez el sol los encegueció a todos, tal vez yo mismo ayudé con mis alaridos, porque dicen que durante horas estuve gritando a los niños no, a los niños no.

—¿Y eran muchos mi sargento?— preguntó el más joven.

—En el parte pusieron tres, pero al contarlos eran por lo menos el doble— dijo— apurando el sorbo.

A 50 años del golpe

Luis Guajardo

*Si la memoria no me traiciona,
desgraciadamente casi nada es ficticio en esta historia.*

Hoy, martes 11 de septiembre de 1973, en Santiago de Chile, tenemos clases de Literatura Hispanoamericana con el profesor Santander. La clase es temprano en la mañana, creo que a las 9:00, no recuerdo exactamente a qué hora, pero era temprano en la mañana. Como siempre, vengo en el bus amarillo Las Condes; me bajo en Pedro de Valdivia para tomar ahora locomoción en dirección a Irarrázaval y luego a Macul para llegar al Instituto Pedagógico. Nuestra clase es en una de las salas de la casona en avenida Macul donde se apostaba el Departamento de Español de la Universidad de Chile.

Como generalmente me gusta llegar a la hora o un poco antes de la hora para revisar por última vez detalles de la clase, en un principio no me extraña que hoy hubiera pocos estudiantes; pero luego me doy cuenta de que los pocos que habían llegado se veían un tanto agitados y como moviéndose torpemente e intercambiando apresuradas conversaciones entre ellos. –¿No has escuchado lo que está pasando? –me preguntan al verme llegar –No, no tengo idea –les respondo. Ahí entonces me informan de que se han escuchado rumores de un levantamiento militar y que estaría siendo liderado por la Fuerza Naval desde Valparaíso.

Como en ese tiempo vivíamos en un clima de agitación, paños, manifestaciones y contra manifestaciones, al principio como que no di mucha credibilidad a estos rumores. Pero el hecho de que la hora pasaba y no había indicios de la llegada del profesor solo hizo aumentar las alarmas. Ahora el rumor de un golpe de Estado empezaba a extenderse tan rápido como pólvora explosiva a través de todo el campus de Macul. Recuerdo que nos sugirieron irnos a la cafetería para conseguir más información. En la cafetería, entre los pocos estudiantes que allí había, reinaba la confusión y no había ningún dirigente estudiantil o autoridad dando informaciones o instrucciones acerca de qué hacer. Lo que sí ocurrió es que en algún momento empezó a escucharse fue una radio que a través de los alto parlantes de la cafetería informaba sobre el pronunciamiento militar en curso y se leían los primeros bandos, al mismo tiempo que se instaba a la población a regresar a sus casas y estar atentos a las instrucciones, incluyendo las restricciones de un posible toque de queda.

Así las cosas, no hubo más remedio que regresar a casa. Sería alrededor de las once de la mañana cuando salí del Pedagógico buscando los medios de transporte para el regreso. En las calles se notaba la agitación de la gente buscando sus medios de movilización. Los autos privados, buses y taxis se desplazaban rápido y ruidosamente en distintas direcciones de las calles mientras la gente, especialmente los estudiantes, buscaban apresuradamente sus distintos medios de transporte. Sería alrededor del mediodía cuando finalmente llegué a casa. En ese tiempo vivía con mi hermana Olga y mi cuñado Albertino, en una casa anexa al campamento de la Dirección de Vialidad, ubicado justo al final donde la Avenida Vitacura se curva y se transforma en Avenida Tabancura. No vivíamos en el barrio alto por estatus (se supone que en el barrio alto viven mayoritariamente los ricos o gente acomodada), sino porque esa casa se le adjudicaba a mi cuñado por ser funcionario de Vialidad.

Al llegar a casa pudimos ser testigos de los primeros indicios de lo que sería la represión que se veía venir. Efectivamente, a una

distancia de un par de cuadras de casa, había un campamento de pobladores (obviamente, no se suponía que hubiera campamentos de gente pobre en el barrio alto) que en ese momento estaba siendo allanado por fuerzas del orden y desde donde se escucharon algunos disparos, gritos y ruidos tumultuosos. Luego en casa nos aferramos a la radio y la televisión para seguir informándonos, aunque todos los medios ya estaban bajo control militar y proveían todos las mismas transmisiones, destacando las justificaciones de la intervención militar, la misión histórica de las fuerzas armadas y de orden en tomar la decisión patriótica de salvar a Chile del marxismo comunista, y más bandos e instrucciones para la población civil mientras se intercalaban breves cortinas musicales de marchas e himnos militares.

Hoy es miércoles 12 de septiembre. Al igual que el día anterior, pasamos casi todo el día en casa; de hecho, se ha declarado toque de queda con limitadas horas para movilizarse. En la televisión no hay más que ver o escuchar los bandos militares, muestras del bombardeo a La Moneda, la muerte del presidente Allende, las justificaciones, los allanamientos de supuestos sitios clandestinos, mostrando armas de los extremistas y explicando los planes conspirativos comunistas de los cuales habíamos sido salvados por la intervención militar. Hay rumores de resistencia armada, de enfrentamientos, de represión y detenciones arbitrarias. Hay mucha incertidumbre y una sensación de impotencia y temor generalizados.

Hoy es jueves 13 de septiembre, tercer día después del golpe. Un día que siempre he recordado y del cual siempre había querido escribir, pero por una u otra razón nunca había podido hacerlo hasta el día de hoy, a casi cincuenta años desde aquella fatídica fecha. Seguramente, una de las razones por no haberlo hecho antes fue debido al trauma que me dejó el hecho de que ese día, a mis 21 años, sentí por primera vez tan cercana la presencia de la muerte. Ese día todo había transcurrido de manera muy parecida al día anterior; entre bandos, noticias y rumores; en realidad, no había mucho que se pudiera hacer.

Así, después de almorzar y sintiéndome un tanto fastidiado de tanto estar encerrado en casa y sabiendo que había permiso para movilizarse (creo que ese día el toque de queda empezaba a partir de las seis de la tarde), me pareció una buena idea salir de casa. Como nadie sabía entonces cuán larga sería la extensión del golpe, se me ocurrió que, como en algún momento habría que volver a la universidad, sería bueno no olvidarse de las clases y entonces tomé dos libros para llevarme conmigo: uno era *El Quijote de la Mancha* y el otro, *Pablo Neruda, obras escogidas I*, libros que aún conservo conmigo en mi residencia en California. Estos dos libros los tenía a mano porque justamente los estábamos estudiando en clase. En realidad, no era esa la única razón para leer a Neruda, sino que también porque todo lo que estaba sucediendo en Chile en ese momento no podía dejar de recordarme las atrocidades descritas en versos de *España en el corazón*, obra que el poeta dedicara entonces a las víctimas de la Guerra Civil Española de 1936.

El hecho es que con estos dos libros bajo el brazo salgo a caminar hacia la parte posterior de la casa y en dirección hacia la ribera del río Mapocho, que quedaba a pasos del patio trasero. Este era un lugar que yo frecuentaba por la tranquilidad que ofrecía, un lugar silencioso, solo interrumpido por la música que traía el rumor del río, mientras serpenteaba entre montoneras de arena y camas de hierbas. Era un lugar ideal para leer o para escaparse del bullicio de la ciudad y del entorno. No recuerdo cuánto tiempo habría transcurrido desde el instante que llegué a ese sitio y el momento en que mi lectura fue abruptamente interrumpida cuando sentí que una patrulla de uniformados corría hacia mí apuntando sus armas amenazadoramente y profiriendo palabras de grueso calibre.

—¡Aquí hay otro hijo de puta; estos son los huevones comunistas que estamos buscando!— gritó uno de los uniformados. Debo decir que, como era de moda entonces ya por ser jóvenes progresistas o influenciados por el jipismo o jóvenes rebeldes o seguidores de Serrat, yo también llevaba barba y pelo largo en esos tiempos.

En medio de las circunstancias, este aspecto físico pudo gatillar el instantáneo calificativo de “comunista” de parte del oficial. Luego, otro uniformado se anticipó preguntándome –¿Y qué estabas haciendo aquí, huevón de mierda?–, fueron algunas de las interrogantes que exclamaron y a las cuales yo me limité a contestarles –Como ven, estaba leyendo, estoy a una cuadra de mi casa y me gusta venir a leer aquí. –¿Y qué huevadas estás leyendo?– dice el oficial mirando las cubiertas de mis libros; y luego exclama –Leyendo a Neruda ¡ah! otro comunista igual que tú, hijo de puta–. Y luego agrega –¡Arriba, ponte de pie y con tus libros en la cabeza, empieza a caminar, ya!

En cuanto me puse de pie y llevé los libros sobre mi cabeza, un oficial me golpea por la espalda con la culata de su fusil y me dice –Camina al centro, hijo de puta–. Y mirando a sus subordinados les ordena: –A rodearlo en un círculo porque a este lo vamos a liquidar aquí mismo–. Veo que los carabineros me rodean apuntándome con sus armas a solo metros de distancia. Yo estaba como aturdido, como sin comprender ni poder procesar lo que estaba ocurriendo, aunque creo que sí temblaba de pies a cabeza ante tan terrorífico momento. Entonces escucho al mismo oficial que ordena –A ver, a ver, mejor llévenlo al camión con los otros huevones terroristas.

Entonces, nuevamente, a empujones e insultos empiezan a conducirme hasta donde estaba estacionado el camión. Me llevan caminando mientras voy sosteniendo los libros sobre mi cabeza. Luego de caminar por algunos minutos, desde la distancia miré hacia la casa y pude ver a mi hermana Olga y a mi cuñado Albertino quienes ya se habían percatado de lo que estaba ocurriendo y miraban desde cierta distancia cómo yo era conducido por los carabineros. Al acortarse la distancia, recuerdo, hubo una mirada silenciosa que nos cruzamos con mi hermana en medio de la mayor impotencia, de mirarse y no poder decirse ni hacer nada. Ese fugaz momento me dolió mucho y me sentí tan culpable de haberlos expuesto también a ellos a sentir similar impotencia. Seguimos de paso luego de esta breve y silenciosa estación de vía crucis frente a mi hermana hasta

que finalmente llegamos al camión militar que estaba estacionado a metros del patio de la casa.

Cuando me hacen subir al camión, me doy cuenta de que el piso del camión estaba lleno de libros requisados formando un colchón sobre el cual había unos hombres tirados boca abajo y manos en la nuca. Allí, siguiendo órdenes, mi cuerpo se sumó al de aquellos hombres tendidos sobre tantos libros que a partir desde ese entonces serían prohibidos por bando superior. Así, mi Neruda y mi Cervantes allí estaban entre muchos otros títulos como los de Marx, de Nicanor Parra, de Ana Frank, de Baldomero Lillo y de muchas otras publicaciones populares de la editorial Quimantú—editorial que en ese tiempo puso al alcance popular una vasta serie de títulos literarios y del pensamiento general.

Entonces uno de los oficiales que dirigía al grupo da la orden de partir. Un par de uniformados suben a la cabina del camión y el resto lo hace a la carrocería dejando al centro del vehículo a los detenidos que estábamos tendidos boca abajo. Algunos carabineros se encaraman luego en las barandas del camión y desde allí van blandiendo sus armas y mirando vigilantes el camino mientras el pesado vehículo se desplaza por Vitacura en dirección oeste. Una vez en el camión como que se me volvió el alma al cuerpo, pero me daba cuenta de que mi situación parecía complicarse cada vez más. Porque, me preguntaba yo ¿cómo ellos, los dirigentes de estas operaciones represivas, van a saber o recordar las circunstancias específicas de cada uno de los que allí íbamos detenidos? A diferencia de que yo estaba allí junto al río simplemente leyendo, posiblemente algunos de estos compañeros pusieron resistencia o fueron sorprendidos con armas, lo que seguramente haría una gran diferencia en los cargos imputables.

Sin embargo, en medio de la gran confusión que todavía reinaba durante los primeros días del golpe, como que cualquier cosa podía pasar, máxime aun cuando el destino de muchos de los detenidos era llegar a recintos de detención masiva, como lo fue el

Estadio Nacional y muchos otros lugares que se usaron con ese propósito. (Justamente, uno de mis hermanos, Eduardo, llegaría tiempo después en calidad de detenido a este Estadio). Peor aún, uno se preguntaba, quién llevaría una cuenta detallada de los casos y circunstancias individuales de tantos detenidos que ingresaban a estos centros de detención, quizás muchos de ellos solo habrían cometido el mismo error mío de haber estado en un mal lugar y a una hora equivocada.

Después de desplazarse el camión por un par de cuadras por Vitacura hacia el poniente, unas señoras salen corriendo y se cruzan frente al camión haciendo señales para que se detuviera. Deteniéndose el camión, las señoras se acercan a la cabina del vehículo y comienzan a reportar que en tal lugar cercano se escuchaban ruidos y movimientos extraños en la noche y que lo más probable era que se trataba de subversivos. Como respuesta a estas denuncias, el oficial a cargo de la patrulla hace un inmediato llamado pidiendo refuerzos para realizar una nueva operación. Esto era lo que yo escuchaba desde mi posición tendido boca abajo en el camión. Fue minutos después de esta espera por refuerzos que siento que, por entre las barandas del camión, alguien me toma la pierna y me habla en un tono diferente a lo que había sido el brusco intercambio con la patrulla. –Oye tú, ¿qué estabas haciendo realmente ahí?–. Volví a darle la misma explicación, de que ahí vivía y como era estudiante de Pedagogía en Español de la Chile con frecuencia solía ir allí a leer mis libros.

Entonces, en un tono mucho más suave, me dice el oficial –Bájate del camión con tus libros y sígueme por un momento–. El oficial esperó que yo bajara del camión y luego con un gesto me indicó que lo siguiera, separándose un tanto del camión y del resto de la patrulla. Entonces, se me acerca y mirándome fijamente me pregunta –¿Qué te parece lo que está pasando? Dime realmente cómo lo ves tú–. El tono y el rostro del oficial fueron ahora tan diferentes al de este mismo oficial que solo minutos antes estuvo a punto de

ordenar mi fusilamiento que yo no sentí temor en darle mis impresiones tal como él me las estaba pidiendo. Solo que antes de que yo dijera nada y como justificándose anticipadamente, el oficial vuelve a preguntarme –¿No te parece que esto no daba para más, que había que hacer algo?; ¿no te parece a ti?–. Entonces yo me atreví a decir que en verdad la situación era insostenible y que tal vez sí era necesario hacer algo frente al clima de crisis y polarización.

Enseguida y en respuesta al oficial, no sé cómo se me ocurrió comparar lo que estaba pasando en el país con un partido de fútbol donde se había perdido el control y los jugadores se estaban dando, sin respetar al árbitro ni las del juego. Entonces, le dije, titubeante, que tal vez sí se necesitaba una intervención, pero una intervención neutral que castigara los excesos de ambos lados y reestableciera el orden y nos protegiera a todos los chilenos, porque las Fuerzas Armadas y de Carabineros están para protegernos a todos, pero eso no es lo que se está viendo en este momento.

Desgraciadamente, proseguí yo, aquí claramente se está tomando partido por solo uno de los bandos en conflicto. El oficial me miró y yo como que leí en su reacción que, grosso modo, él estaba de acuerdo con mi metáfora del fútbol. Rápidamente, el oficial agregó –Las cosas están muy confusas todavía. Toma tus libros y vete inmediatamente a tu casa y no se te ocurra salir de nuevo por las riberas del río, porque han sido declaradas zonas de seguridad–. ¡No podía creerlo! Tomé mis libros y empecé a caminar de regreso a casa, pero no completamente libre del temor de que de un momento a otro igualmente pudiera recibir una descarga por la espalda de parte de algún miembro de la patrulla, quienes parecían confundidos con las órdenes del oficial.

Ahora bien, ¿quién era ese oficial cuyo rostro recordé por muchos años? Muchas veces pensé que en algún momento lo debía buscar y agradecerle por haberme salvado la vida. Pero, por otra parte, también sentía que no había razón para estar agradecido, porque en realidad si él me salvaba la vida, la verdad, me la salvaba de sí

mismo. Porque, antes que nada, él no tenía ningún derecho para apoderarse de mí vida, de tal forma que el salvarme o dejarme ir eran opciones que él mismo arbitrariamente se había arrogado sobre mí. Por otra parte, también era cierto que, aunque él nunca tuvo derecho sobre mí, él también, sentí yo, arriesgaba su propia vida al perdonar la mía. Como que él también estaba atrapado por sus superiores, como que de alguna manera a él también le habían amputado su propio derecho a discernir. Creo que en su decir “Las cosas están muy confusas todavía” estaba la clave del haberme querido escuchar y dejarme ir. La brutalidad del golpe no era completamente compartida o esperada por muchos oficiales, pero tuvieron que demostrar fiereza y subordinación total una vez perfilado el carácter cruel y violento de la dictadura. De todas maneras, no puedo dejar de reconocer que en esas circunstancias yo tuve mucha suerte, suerte que desgraciadamente miles de compatriotas no tuvieron por aquellos días.

Pero todavía de repente me vuelvo a preguntar quién habrá sido ese oficial que me salvó la vida, y si él mismo habrá salvado la suya o si las cosas habrán dejado de estar confusas para él a casi cincuenta años después del golpe, a cincuenta años de este drama chilensis que aún llevamos en el corazón.

María Inés

Carla Hermann Avigliano

*Sobrina nieta de José Rubén Bello Alvarado y María Inés Herrera,
almas gemelas.*

El ocaso europeo caía sobre el tranquilo barrio de Leganés. Habían pasado más de diez años desde la última vez que puse un pie en esa humilde vivienda, refugio de dos almas exiliadas de una tierra agitada por el viento y la historia. Mis tíos abuelos, víctimas y héroes de su propia saga, habían huido de Chile, buscando paz y seguridad en tierras extranjeras. Mi tío abuelo, Pepe Bello, había sido un hombre clave en el norte de Chile en el gobierno de Allende, desempeñándose, entiendo, como una especie de secretario del Ministerio de Tierras y Bienes Nacionales de la época. Mi tío es el que más habla, y me encanta escucharlo. Sin embargo, no es su historia la que deseo compartir, por fascinante que sea. Lo que retumba en mi mente y en mi corazón es parte de los recuerdos de María Inés, mi tía abuela. Con el olor a té caliente envolviendo la estancia, me acomodé frente a ellos. “Por favor”, les pedí con voz temblorosa, “cuéntenmelo todo de nuevo”. Preparada con una grabadora (que ellos no sabían que tenía), quise immortalizar sus palabras. Y me contaron toda la historia una vez más. María Inés, con una mirada lejana y ojos que apenas lograban verme, compartió conmigo un poco de sus recuerdos. “Fui profesora en la Universidad de Chile, en la sede de Antofagasta”, comenzó. “Amaba enseñar

literatura, y era allí, entre las aulas, donde encontré mi refugio". Su voz se quebró al recordar el fatídico día del golpe. "Ese día no salí de casa, y agradezco al universo que no lo hice. Estaba embarazada de seis meses". El tiempo hizo mella en su carrera, siendo despedida en menos de un año. Pero no era su puesto lo que la atormentaba. Sus dedos temblorosos jugaban con el borde de su taza mientras decía: "Lo que más me duele, aun después de todo este tiempo, es recordar a mis estudiantes muertos. Ellos no tenían culpa, no tenían nada que ver". Sentí un nudo en la garganta cuando escuchaba cómo se le iba quebrando su voz. Como profesora, coincidentemente en la misma institución, comprendí la profundidad de su dolor de una manera que nunca antes había percibido. Después de horas de conversación y recuerdos compartidos, me levanté para despedirme. Las siluetas de mis tíos, marcadas por el paso del tiempo, quedaron a contraluz en el umbral. Esa tarde se caía el cielo en Madrid, la peor lluvia en décadas, así que mi tío Pepe me regaló una de sus chaquetas de moto favoritas, y luego de darme un beso en la mejilla, se quedó sentado en su asiento mientras yo me iba. Mi tía, con voz quebrada, me susurró: "Hija, no vengas a los funerales". Esas palabras me desgarraron por dentro, porque sabía que tenía razón y que probablemente no volvería a verlos.

Memoria

Patricio Jorquera Encina

*Todo se hunde en la niebla del olvido
pero cuando la niebla se despeja
el olvido está lleno de memoria.*

Mario Benedetti

Por la verdad y la justicia: una placa en el Hall Sur de la Facultad muestra, recuerda, los nombres de 8 estudiantes, 5 egresados y 4 funcionarios que fueron ejecutados, asesinados, o hechos desaparecer, durante la dictadura.

Placa de recuerdo, de memoria, inaugurada en 1990. Nos recuerda a esos compañeros de curso, de estudio, a esos profesores y funcionarios, pero también nos recuerda la tortura, el asesinato y los lugares de memoria que nos permiten revivir esos horrores.

Surgen aquí lugares diversos, desde esos que leímos en la historia, algunos que recorrimos alguna vez. Recorro uno y otro. Recuerdo casi en el infinito Auschwitz-Birkenau, Treblinka, otros... Recorro Villa Grimaldi, José Domingo Cañas, Londres 38, Borgoño, Colonia Dignidad...

Para no olvidar, para nunca más, se construyen, se rescatan, se muestran los lugares de exterminio, de horror, de crueldad, de inhumanidad.

La tortura daña en el acto, pero ese horror también mata, daña, duele a sobrevivientes, amigos, familiares, conocidos y no co-

nocidos, durante muchísimo tiempo o por siempre. Recordar es vivir de nuevo.

Veo, pienso, en los años setenta, compartiendo con algunos de aquellos que son nombrados en la placa, con aquellos que sufrieron la tortura, el asesinato, la desaparición, ellos ahora están aquí, en la memoria.

Pero, como dice Javier Cercas: “Hoy no basta con contar la verdad, hay que destruir las mentiras”. Y nos recuerda Jean Dominique, “No se puede matar la verdad. No se puede matar la justicia. No se puede matar aquello por lo que luchamos”.

La placa del Hall Sur nombra a estudiantes, egresado y funcionarios, pero ¿quiénes son, que sucedió con ellos?

Un breve recuerdo nos permite conocerlos más, tenerlos aquí presentes, pensarlos.

1. ESTUDIANTES

CARLOS ALBERTO CUEVAS MOYA

Carlos nació en 1952. En 1973 estudiaba Geología en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. Fue detenido por civiles el 20 de diciembre, en casa de su madre, acusado de participar en un llamado “Plan Leopardo”. Junto a otros cuatro jóvenes, fue ejecutado el 21 de diciembre de 1973.

Plan inexistente, solo un montaje como tantos otros.

LUIS JULIO GUAJARDO ZAMORANO

Luis nació el 16 de mayo de 1952 en Santiago. Realizó sus estudios en el Liceo Manuel de Salas y, posteriormente, ingresó a la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile.

El 20 de julio de 1974 fue detenido por agentes de la DINA en el taller de bicicletas de Sergio Daniel Tormen Méndez, en la calle San Dionisio 2554, Santiago, por tres agentes de la DINA. Ambos permanecen desaparecidos.

MARIO FERNANDO PEÑA SOLARI

Fernando nació el 01 de enero de 1953. En 1970 ingresa a la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile y al año siguiente se cambia a la carrera de Arquitectura.

Fernando es detenido el día 9 de diciembre de 1974, y al día siguiente detienen a su hermana Patricia. Ambos fueron llevados al centro de tortura de la DINA conocido como “Venda Sexy”. Al día siguiente, Patricia tuvo que ser hospitalizada en la clínica Santa Lucía, de la DINA, al producirse una hemorragia intrauterina provocada por las torturas. Tanto Fernando como Patricia se encuentran desaparecidos desde esas fechas.

DIEGO MATUS DE LA MAZA

Diego nació en 1944. Egresado de la Escuela de Ingeniería.

Fue detenido el 29 de junio de 1974 por agentes del Comando Conjunto. El 01 de julio de 1976 fue asesinado. El cadáver de Diego fue encontrado ese día, en un barranco cercano al balneario de San Sebastián, con huellas evidentes de tortura.

CLARA CANTEROS TORRES

Clara nació el 25 de julio de 1954, casada, dos hijas. Estudió Ingeniería Química en la Universidad de Chile.

Fue detenida por agentes de la DINA el 23 de julio de 1976, cerca de su domicilio, en la intersección de las calles Panamá con Rojas Magallanes. Se sabe que estuvo recluida en el centro de torturas Villa Grimaldi. Desde esas fechas es detenida-desaparecida.

PATRICIO ENRIQUE MANZANO GONZÁLEZ

Patricio nació en 1954. Estudiante de Ingeniería de la Universidad de Chile.

En febrero de 1985, la FECH realizó trabajos de verano. En la mañana del 8 de febrero, varios buses de Carabineros ingresaron al campamento y fueron detenidos 173 estudiantes. Carabineros

inició golpizas en serie, manoseos, incertidumbre, amenazas, interrogatorios.

Patricio tuvo una crisis respiratoria y luego un ataque cardíaco. Poco antes del amanecer del 9 de febrero, Patricio murió camino a la posta.

FERNANDO NOLBERTO VILLALÓN PÉREZ

Fernando nació en 1965. Estudiante de Ingeniería de la Universidad de Chile.

El 31 de enero de 1988, en el departamento en que se encontraba, en Villa Portales, estalló un artefacto explosivo. Tres jóvenes resultaron muertos, entre ellos Fernando Villalón, y el inmueble quedó completamente destruido.

Días después una radio informa que el Frente Nacionalista de Combate reivindicaba la explosión como venganza por la muerte del mayor de Carabineros Julio Benimelli. El GOPE de Carabineros informó que las víctimas pondrían en ejecución un plan terrorista denominado Operación Resplandor. Plan inexistente, solo un montaje como tantos otros.

ENRIQUE ANTONIO MAZA CARVAJAL

Enrique nació en 1949, en Venezuela. Estudiante universitario de Ingeniería.

El 12 de septiembre de 1973 fue encontrado su cadáver en la vía pública y remitido por Carabineros al Instituto Médico Legal. El informe de autopsia indica que la causa de muerte fue una “herida de bala cérvico raquídeo-medular”. Sus restos fueron repatriados a su país de origen.

2. EGRESADOS

RICARDO HUGO GARCÍA POSADA

Ricardo nació en 1930. Cursa sus humanidades en el Instituto Nacional, egresa en 1947, obteniendo el más alto puntaje en el

bachillerato e ingresa a la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. Egresó y se tituló en 1953, como ingeniero civil hidráulico.

En 1973 era Gerente General de COBRESAL. Ante los anuncios de que era buscado desde el 11 de septiembre, se presenta el 12 y es arrestado, trasladado el 14 al presidio de Copiapó y luego al Regimiento de Copiapó. El 18 de octubre de 1973 fue fusilado.

DAVID SILBERMANN GUROVICH

David nació en 1939. Ingeniero civil de la Universidad de Chile, Gerente General de Cobre Chuqui en 1973. Ante los avisos de búsqueda, se presenta el 15 de septiembre a la comandancia Militar de Calama, y queda arrestado y luego detenido y sometido a proceso por un Tribunal Militar, que lo condena a la pena de 13 años de prisión. En octubre de 1974 fue trasladado a la Penitenciaría de Santiago. El 4 de octubre es trasladado a la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea y, posteriormente, a fines de octubre vuelve a la Penitenciaría. Ese día, agentes de la DINA lo trasladan al recinto de José Domingo Cañas y luego a Cuatro Álamos, desde donde desaparece los primeros días de noviembre.

JORGE ONOFRE MUÑOZ POUTAYS

Jorge nació el 16 de diciembre de 1933. Ingeniero civil de la Universidad de Chile.

Fue detenido el 4 de mayo de 1976, en calle Conferencia 1587, en un operativo de la DINA en el que fueron arrestados otras cuatro personas. Desde esa fecha son detenidos-desaparecidos.

MARIANO LEÓN TURIEL PALOMERA

Mariano nació el 7 de noviembre de 1945. Ingeniero hidráulico de la Universidad de Chile.

En el mes de junio de 1975 es detenido y trasladado a Villa Grimaldi. Meses después es dejado libre y el 15 de julio de 1976

es detenido en la vía pública por agentes del Comando Conjunto. Es detenido-desaparecido desde esa fecha.

EDGARDO ENRÍQUEZ ESPINOSA

Edgardo nació el 12 de mayo de 1941. Ingeniero civil de la Universidad de Chile.

El 10 de abril de 1976, en Argentina, fue detenido por la Policía Federal Argentina, en colaboración directa con agentes del Departamento Exterior de la DINA. Edgardo Enríquez fue trasladado a varios campos de concentración.

El Informe Rettig consigna que, posteriormente a su detención, habría pasado por varios centros de tortura antes de ser traído a Chile, donde habría pasado por Villa Grimaldi y Colonia Dignidad. Desde ese año 1976, se encuentra en calidad de detenido-desaparecido.

3. FUNCIONARIOS

EDUARDO MANUEL OJEDA DISSELKOEN

Eduardo nació en 1943, ingeniero mecánico de la UTE, funcionario de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile en 1973.

Eduardo fue herido por carabineros el 11 de septiembre de 1973, en la Industria INDUMET, siendo sometido a torturas y, posteriormente, asesinado. Días después sus familiares pudieron reconocerlo en la morgue tras buscarlo por múltiples lugares.

JOSÉ DEL CARMEN SAGREDO PACHECO

José nació el 16 de julio de 1911. Viudo, dos hijos, maestro carpintero. Trabajaba en el Instituto de Investigación y Ensayos de Materiales, IDIEM, de la Facultad.

Detenido el 3 de noviembre de 1975, por civiles armados, que no se identificaron y que ingresaron violentamente al inmueble.

ble, después de golpear con fuerza su puerta de entrada. Según testimonios posteriores, habría sido detenido por el Comando Conjunto y trasladado a la Base Aérea de Colina, donde fue interrogado, torturado y posteriormente hecho desaparecer.

AGUSTÍN ALAMIRO MARTÍNEZ MEZA

Agustín nació el 26 de marzo de 1947, casado, dos hijos, Ingeniero de Ejecución.

Fue detenido el 1° de enero de 1975, en Vivaceta con Gamero, cuando paseaba con su hijo de un año y 7 meses. La acción la realizaron agentes de la DINA, y fue trasladado a Villa Grimaldi. Desde esas fechas es detenido-desaparecido.

ALFREDO ROJAS CASTAÑEDA

Alfredo nació el 22 de septiembre de 1940, casado, 3 hijos, ingeniero civil, exdirector de Ferrocarriles del Estado. Fue detenido por primera vez por agentes de la DINA, a fines de septiembre de 1974, y trasladado a José Domingo Cañas, donde fue interrogado y torturado y liberado 10 días después. Luego, a fines de enero de 1975, nuevamente fue detenido por agentes de la DINA, siendo trasladado a Villa Grimaldi y luego dejado en libertad. Finalmente, el 4 de marzo de 1975, fue nuevamente detenido por la DINA, trasladado a Villa Grimaldi, donde fue interrogado y sometido a torturas. Desde esas fechas es detenido-desaparecido.

Además, en eventos de memoria de la Universidad de Chile, figuran otros tres estudiantes de Ingeniería, que nombramos a continuación.

OSVALDO RADRIGÁN PLAZA

Oswaldo nació el 2 de marzo de 1949, casado, 1 hijo. Estudiante de Ingeniería en la Universidad de Chile, congela sus estudios a partir del Golpe, en 1973. Posteriormente, inicia estudios de

programador IBM. Fue detenido el 12 de diciembre de 1974, en la calle, por agentes de la DINA y conducido a Villa Grimaldi, centro secreto de detención y tortura de la DINA, desde donde desapareció.

EDUARDO DEL CARMEN NÚÑEZ VERGARA

Eduardo nació en 1952. Estudiante de Ingeniería de la Universidad de Chile.

El día 13 de septiembre de 1973, Eduardo se encontraba en el departamento que habitaba junto con una hermana, en calle Bandera. Sus familiares señalaron que mientras observaba por la ventana hacia la calle Puente, recibió un impacto de bala de origen desconocido, falleciendo en el lugar.

SERGIO FERNANDO ÓRDENES ALBORNOZ

Sergio nació en 1952, estudiante de Ingeniería civil.

Fue detenido por agentes de la DINA, en enero de 1975. Un compañero de prisión fue testigo de su reclusión, interrogatorios y torturas en Villa Grimaldi. Alrededor del 20 de enero desaparece.

Así, como estos tres estudiantes de Ingeniería, que no aparecen en la placa, posiblemente, también haya algunos otros egresados y funcionarios, que hemos olvidado.

La lista y reseña mencionada, son los estudiantes, profesores y funcionarios de nuestra Facultad. Corresponden a una muestra de lo que pasó en Chile desde esos cincuenta años que recordamos. Se puede observar que hay ejecutados, asesinados y detenidos-desaparecidos. Los aprehensores y torturadores son miembros de la DINA, Comando Conjunto, Ejército, Fuerza Aérea y Carabineros.

De acuerdo con los datos recopilados por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Informe Rettig), la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) y la Comisión

Nacional sobre Prisión Política y Tortura (informe Valech), hay 2130 casos de personas muertas (asesinadas y ejecutadas) y 1102 detenidos-desaparecidos.

Recordamos a aquellos que por pensar y luchar por la libertad fueron ejecutados o luego de ser torturados, los ocultaron, los asesinaron, escondieron sus cuerpos. Aquellos que están con nosotros, en nuestros pensamientos y en nuestras luchas, pero seguimos buscando sus cuerpos.

Como dice Bertolt Brecht “¡Contra la injusticia y la impunidad! Ni perdón ni olvido”.

El martes nos devolvimos del colegio

María Soledad Madariaga Cuneo

El martes nos devolvimos del colegio. Estuvimos cerca de La Moneda. Vimos tanques, aviones de guerra, metralletas. Armas.

Fue como un extraño día domingo: todos volvíamos a casa, pero en la mañana.

Había mucho ruido y movimiento, sin embargo, Santiago estaba silencioso, no había una palabra que definiera lo que estaba pasando.

En la casa seguimos las noticias por radio y televisión, era lo mismo, ya estaban uniformadas.

Después de almuerzo estaba dormitando en la galería, sintiendo el sol, y escuché el bando que anunció la muerte del presidente Salvador Allende. Me quedé paralizada, sin entender nada, descubriendo que lo que está ocurriendo es tan nuevo, tan ignorado hasta este momento. Es una imposición sorpresiva y avasalladora.

Es como cuando estoy en la luna... rumiando muy lejos... y mi hermana me tira el pelo, por un instante no sé quién soy ni dónde estoy... ella se ríe de mi sorpresa y yo por ser descubierta... reímos con complicidad.

Ahora tengo miedo.

Recuerdo el Tren Fantasma del parque de diversiones, para sentir miedo nos subimos a un carro que nos conduce por un túnel oscuro, jugamos a ser asustados por la muerte. Cada vez que entro

en ese túnel lo hago con los ojos cerrados y salgo sin haber visto nada, aunque sintiendo mucho miedo.

Mi miedo no tiene rostro, nunca he querido mirarlo porque así mi juego es más emocionante, le puedo dibujar muchas caras y nombres.

Ahora es diferente. Mi miedo de ahora no es un juego, aunque tampoco tiene rostro.

Lo siento en la noche cuando escucho balazos, silencio y otra ráfaga de disparos, ruido de motores y un silencio desconocido que no me deja dormir.

Exactos aniversarios con sus días y sus noches exactas

María Soledad Madariaga Cuneo

Solía salirme del juego cada vez que tus ojos se detenían en mis pies. ¿Adivinabas que ellos eran tus manos que acariciaban mis piernas en las noches de verano? A los 16 años mis noches dejaron de ser sueño para convertirse en iniciación.

Ahora me resulta fácil decirlo, tu llamado de ayer me hizo recordar ese dormitorio y esa ventana. A solas con las multitudes nocturnas buscaba tus manos y tu boca en las sombras de la luna, que me hacía tumbarme hacia el lado incómodo alrededor de las 3, cuando ya las sábanas estaban espesas y cargadas por los insomnes fantasmas.

A las 5 se iban tus manos y tu boca de mi ventana y lloraba pidiéndole perdón a la luna por mi húmeda soledad.

En ese tiempo mis palabras estaban preparándose con esos juegos que me traían la reconciliación. Te acercabas y me dejaba acercar, me ofreciste la ilusión de la calma, la traerías desde tus olores hacia mis olfatos.

No hubo necesidad de excusas porque teníamos los libros y los sueños que nos hacían compartir el mismo mundo. Nos sentíamos dueños de los destinos y del Destino. Creo que no pudimos tener mejor escenario para la edad de los intentos.

Una noche te dejé entrar y la luna nos protegió. Dejamos de existir ahorizando el infinito.

Lo tuve todo, la herencia de conquistas y esperanzas la llenaste de eternidad.

¿Cuántos años han pasado? Hubo exactos aniversarios con sus días y sus noches exactas.

Tú te fuiste y pasaste a formar parte de las patrióticas obsesiones de ellos y de los dolores apatriados de nosotros.

Nunca más mis noches fueron completamente mías. Eran vigiladas por déspotas oscuridades que me enseñaron el miedo y me impusieron una pregunta que nunca será respondida.

La ciudad se llenó de muros, separando los espacios de ellos de los de nosotros. Su venganza fue hacerse invisibles y obligarnos a fronterizarnos mutuamente.

Fue agotador. Cada día tuvimos que reconocernos y reconstruirnos. Inventábamos pequeñas rebeldías: día y noche escuchábamos a Silvio Rodríguez y yo me complacía con cierta tristeza al saber que tú asistías a su recital en París.

Todo se hizo presente. Había que sobrevivir desde la clase de biología a la de metafísica.

Nuestras energías se hicieron cautelosas y vigilantes, creando radares que esquivaran los riesgos, aprendimos a vivir en mundos simultáneos. De a poco y dolorosamente esculpimos el nuestro, igual como el artista busca la forma escondida en la piedra.

Con el tiempo también fui descubriendo nuevos sentidos y esperanzas, a pesar de ello aún me pesa esa pregunta sin respuesta.

A los 15 años creí que viviría mis 32 en un país donde la felicidad sería una posibilidad casi popular, hoy, a los 32 vivo en un país donde lo popular es la imposibilidad.

En algún lugar hay un cincel olvidado.

Ahora siento como tus manos y mi cuerpo han cambiado y reconozco sensaciones que me acercan a esos recuerdos que ellos no pudieron exiliar.

La realidad partida en dos

Dilcia Mendoza Videla

Chile sufrió un trauma sistemático, múltiple y complejo durante la dictadura civil militar.

Así de categórica es esta frase que no permite otros sinónimos. A Chile, siendo un territorio que contiene a sus habitantes, le destrozaron los límites que tenía y que iba diseñando de mejor forma para su pueblo; con un proyecto político social, económico y cultural en el que todos cabían. Se desbarató feroz y sanguinariamente dicho propósito y con él, fueron fusiladas miles de personas que pertenecían a diferentes partidos políticos de ese tiempo como el Partido Comunista (PC), Partido Socialista (PS), Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), MAPU OBRERO, y toda la franja de izquierda que respaldó al presidente Allende, incluidas personas que no tenían ninguna militancia. Otros miles fueron torturados, desaparecidos en diferentes puntos del país, muchos no han sido encontrados hasta la fecha (2023), en que, aun pasados cincuenta años, los responsables no señalan sus paraderos. Esta felonía que se cometió en contra del país, ha implicado múltiples traumas en distintas generaciones.

A las familias que les asesinaron a sus hijos, esposos, padres, hermanos y familiares, sufrieron el dolor de este hecho, pero supieron el final de ellos, que es un tremendo dolor, más aún, la pérdida bajo estas circunstancias, pero está de manifiesto el trauma. Aquellas familias que hasta la fecha no han podido encontrar a sus

familiares, porque no se ha querido revelar por parte de los perpetradores, su ubicación, no han podido cerrar el ciclo y han vivido en constante revictimización y trauma, porque primero está la herida del golpe de Estado; un estado de espanto e intimidación diaria, persecución, encierros y toque de queda, que implicó un cambio radical para la gente que fue de esa izquierda. Luego, están las reiteradas detenciones de sus familiares, en que no se sabía si volverían vivos, o no, aterrados frente a los ruidos de motores nocturnos, por no querer que se detuviesen en sus puertas. El seguimiento en las calles por meses y hasta años con tal de mantener el estado de espanto. La tortura y vejaciones sufridas al interior de los recintos y que han significado la destrucción de la familia, la desintegración de los vínculos naturales entre seres humanos ocurridas en los lugares que hoy se denominan sitios de memoria, para no olvidar lo que allí ocurrió y que no se vuelva a repetir.

Uno de los traumas más feroces es el de la búsqueda incesante de los restos de los seres queridos por sus familiares. Frente a esta situación se han vivido varias historias que parecieran sin sentido muchas veces, pero si se piensan bien, actuarían como calmantes de conciencia y facilitarían un final para ver si se logra avanzar en la vida de dichas familias. Historias como las que a continuación se cuentan pueden ayudar en este sentido.

Se avisa a los familiares de detenidos desaparecidos que se encontraron restos en algún lugar, se da la alerta y acuden todos los implicados, más las entidades correspondientes, policía, PDI, fiscales, SML, etc. Todo el equipo dispuesto para estos eventos. Se llega al lugar, se remueven los restos, se intenta identificar alguna prenda, accesorio u otra cosa, por ínfima que sea, que pueda determinar quién está enterrado, a quién o quiénes corresponden los restos encontrados; algunas personas han logrado reconocer de esta manera a sus seres amados, pero ha sucedido también que se ha dado sepultura, pero pasados los años, con el avance de la ciencia y el desarrollo de nuevas tecnologías y técnicas de identificación en algunos casos

se han obtenido resultados diferentes y contradictorios en relación con las primeras identificaciones, lo que implicó que algunas familias que habían recibido restos, supuestamente de su ser querido, se enteraran de que estos correspondían a otra persona. De esa forma el pesar y la agonía vuelve a comenzar y se torna a la búsqueda nuevamente. Aunque el trauma es potente, pues va a significar reabrir todas las heridas que pudieron comenzar a cicatrizar, aun así, es relevante continuar.

Luego, está el trauma de las personas que fueron detenidas y torturadas sistemáticamente, que son los presos políticos, que sufrieron torturas de las formas más cruentas y sanguinarias que podían haber sido utilizadas, innovando en muchas ocasiones al respecto. Las vidas de las personas sometidas a tortura cambió radicalmente.

En estas torturas está presente la violación tanto de hombres como de mujeres, cometidas por soldados delante de sus esposos, padres, esposas, etc., como obligados a violar a su hija, a su hijo, Estos actos fueron realizados por soldados y por animales entrenados para este fin.

Al salir de la cárcel, muchas de las personas que eran parejas, no pudieron continuar juntas, familias desintegradas por el dolor, la ira y la impotencia, además del pudor, la vergüenza, por las humillaciones sufridas sin razón más que pensar diferente.

Por otro lado, existe el trauma de aquellos que tuvieron que huir del país porque fueron perseguidos y sabían cuál sería su fin si los atrapaban. Escaparon a otros países que los acogieron, dejando todo, todo. Pero era otro país, otra cultura, donde tuvieron que adaptarse o perecerían de igual forma. Este es otro trauma y que tiene que ver con la separación del espacio al que se pertenece, de donde eran, el lugar de las raíces que fueron abruptamente arrancadas sin ninguna piedad.

En su mayoría eran jóvenes de dieciséis a veintinueve años, aunque también hubo personas mayores y menores. No se escapó nadie.

Hay personas que hasta el día de hoy no pueden entrar al Estadio Nacional, al Estadio Víctor Jara, o pasar por la calle donde fueron detenidos. Otras personas no pueden hablar de lo sucedido y piensan que aún hay peligro de hablar. Hay personas a las que se les ha solicitado narrar sus historias y se niegan rotundamente, porque el miedo y terror de ese periodo las atrapó para siempre.

Luego, está el trauma de la generación que en esa época tenía entre nueve a quince años, adolescentes que participaron junto a sus familias de las concentraciones de la Unidad Popular (UP), de las juventudes comunistas, jóvenes que se reunían para colaborar con la gente, para tener algún producto que escaseaba como, por ejemplo, la parafina para la calefacción del invierno.

Personas que vislumbraron una vida diferente durante el gobierno popular y que el 11 de septiembre de 1973, vieron truncados sus sueños de manera violenta, cambiando radicalmente las condiciones del país y las normas, haciendo desaparecer todo el proyecto de vida que se estaba conformando. Para ellas, también es un trauma, pero que se puede o no revelar, quizás años más tarde, porque pasaron tantas cosas violentas en ese tiempo de las que no se hablaba por miedo y desconfianza, además de que no se tenían las herramientas para poder resolverlo. Cómo se iban a dar cuenta las familias que niños y niñas de diez a quince años iban a sufrir de alguna manera si el país estaba atravesando por vejaciones de forma periódica. Es un trauma subterráneo, no se ve, no se siente, pero está. Chile sufrió un trauma sistemático, múltiple y complejo, quedando, finalmente, con unos límites estrechos, difusos, caóticos y estancados en el dolor, el espanto y la perversidad impuestos por los asesinos que tomaron el poder.

El gran trauma llamado Chile se convierte en varios traumas causados a su pueblo. Chile como territorio sufre dicho trauma porque lo dividen y subdividen en pequeños territorios de control, como las comunas que fueron divididas. Otro orden que comienza a regir, se introducen nuevas formas que modifican todo comportamiento

de las personas, por ejemplo, la disociación y negación de la realidad, la alienación, el distanciamiento entre las gentes basados en el temor y la desconfianza por la traición que significaba la muerte.

A lo anterior, se suma el silencio en que se convirtió Chile en los años noventa, lo oscuro de este paisaje territorial, basado en grises, subiendo de tono en lo obscuro y pornográfico, dando pie a todo descontrol para olvidar el pasado de las personas, y con razón o sin ella, había que hacer algo para borrar de la memoria lo sucedido. Entonces la pregunta que cabría formular en este momento sería ¿cómo se recompone un país de un trauma de esa naturaleza, si aún hoy, no se cierran las heridas de las personas que perdieron a su familia y que todavía no la encuentran?

¿Cómo se recompone un territorio con esta fragmentación, si las condiciones para que se vuelva a imponer una dictadura, están a la orden del día? ¿Cómo se recompone un país dolido, fragmentado, quebradizo y enajenado?

¿Cómo se recompone un territorio destrozado y lleno de cadáveres en sus calles, sin que nadie pueda reconocerlos, porque serían masacrados de igual manera?

La generación de esta época, la que supuestamente no tiene miedo a morir, está viviendo la muerte en vida.

Realismo surrealista

Reinaldo Mendoza Videla

El 23 de septiembre de 1973 fue el día en que se allanó La Legua Vieja, con aviones Hawker Hunter aterrizando a la población con vuelo rasante sobre los techos de las casas, lo cual ya lo habíamos vivido la semana anterior, cuando allanaron la Legua Nueva. Igualmente utilizaron helicópteros, tanquetas, camiones, militares del Ejército y de la Fach, y carabineros. Con el acordonamiento total de la población, esta se convirtió en tierra conquistada.

En este allanamiento caímos como “prisioneros de guerra” Roberto y yo, producto de la delación del mismo “sapo”, al cual llamaban “el pelao”.

Fui llevado a una maestranza donde había un contingente de militares, los cuales nos recibieron con “callejón oscuro”, que consistía en que los milicos hacían una calle de hombres, estrecha, por donde teníamos que pasar y nos repartían patadas, combos, y culatazos. Había que tratar de no caer, pues el que caía lo pasaba muy mal. Permanecí junto a otros pobladores hasta las cinco o seis de la tarde, tirado en el suelo sembrado de fierros, cuyas puntas se enterraban en el tórax, con la amenaza de que no nos podíamos mover, la mejilla contra el suelo y las manos en la nuca. A la hora señalada nos subieron a un bus a través de otro callejón oscuro. Cuando el vehículo se detuvo supimos de que el destino era el Estadio Nacional y con mucha tristeza me di cuenta que también Roberto había caído. Nos

miramos, nos sonreímos, con esa sonrisa que lo único que quiere decir es "mala suerte aquí estamos". A él lo subieron al bus cuando este ya estaba partiendo.

Éramos alrededor de noventa pobladores. Algunos, alrededor de quince, fueron "presos de guerra" por tener de sobrenombre "conejo", otros más «peligrosos» fueron apresados por tener en su billetera billetes de cien pesos; otros, que caían casi en la clasificación de terroristas, tenían una cajetilla de cigarrillos Monza en sus bolsillos, y otros eran inclasificables, pues ni siquiera eran de la UP. En realidad, muchos de los detenidos no eran "ni chicha ni limoná", tales como los pintores de brocha gorda, "el viejo del mote", el que quiso ser militar, etc.

Cuando arribamos al estadio ya veníamos averiados, con nuestras respectivas dosis de culatazos, golpes y patadas. Nos entregaron a los militares del recinto deportivo, previo aviso de que éramos de La Legua. Después del recibimiento, de acuerdo con nuestro pedigrí, con el triple de patadas, culatazos y combos, nos metieron a un camarín que ya estaba lleno. Nadie sabía de quién era el pie o la mano contigua, de tan grande que era la aglomeración. El ambiente era irrespirable. Éramos doscientos, trescientos, quinientos o más, nadie sabe, el hacinamiento era horroroso.

Creo necesario contar que antes de ingresar al camarín, nos hacían bajar los pantalones y calzoncillos y con un fuelle para fumigación de jardines, nos espolvoreaban los genitales con azufre, para desinfectarnos. Nunca he entendido esta delicadeza surrealista, si después te hacían mierda a golpes, o a través de corriente, lo que a muchos les significó su muerte.

Después de varios días y muchas vicisitudes empezaron a interrogar a los "presos de guerra" en el velódromo. A pesar de que sabíamos en qué consistían los interrogatorios, ser llamados era lo que más deseábamos, para saber por qué estábamos allí, cuánto sabían, cuál era nuestro futuro o si simplemente no lo teníamos.

Cualquier cosa era mejor que estar en esa especie de limbo con vista solo al infierno de gritos, sufrimiento y sangre.

Después de diez días llevaron a Roberto al velódromo, lugar donde había unas ocho o diez salas de tortura.

Todos ya sabíamos qué decir y la misión era ir de huevón. Lo que no sabíamos era el detalle de lo que acontecía en el interior del cuarto, dónde estaban los inquisidores.

Cuando nos llevaban al interrogatorio en grupos a la sala que correspondía, el número de cada grupo y el tipo de sala dependía de la “peligrosidad” del o de los que iban a ser interrogados. A veces era uno solo el que iba a una de estas salas, y allí los torturadores tenían más experiencia.

Íbamos con la cabeza cubierta con una frazada. Al enfrentar la entrada del lugar del interrogatorio, te empujaban, chocabas con un muro, te sacaban la frazada y con mucha rapidez te vendaban los ojos con una tela y ponían sobre ella un cordel muy apretado.

Con lo acaecido en el interrogatorio de Roberto, trataré de ser lo más fidedigno a lo que él me narró, ya que es una aberración de todo punto de vista, es la sinrazón misma, es como si la locura se hubiera apoderado de un sector de los chilenos. Sabemos que no había tal locura; en este relato que es digno de una obra surrealista se refleja la barbarie de los interrogadores.

A mi amigo Roberto le dieron algunos golpes. ¿Por qué estás acá? No sé, peleé con un vecino y él dijo a los carabineros que yo era comunista. ¡Vos eres comunista, huevón! No, señor, era allendista, pero no comunista. Ya, entrega a algún comunista conchadetumadre. Cada pregunta iba acompañada de golpes. Uno no sabía de dónde le podía llegar el trallazo, pues en cada sala había varios interrogadores. No, señor, yo tengo una tienda de zapatos, salgo temprano y llego tarde a mi casa, no me meto con nadie en la población.

Después de varias preguntas y golpes de todo tipo, un interrogador le dice: mira, “cabezón”, si abres la puerta de la reja con tres cabezazos te vas libre, si no, sigues preso, así que ponle empeño.

Era una puerta de rejas de fierro pesada. Había dos de ese tipo en el velódromo. A continuación empezaron a girar a Roberto sobre sí mismo. Mi compañero de sufrimientos pensó, "ojalá le pegue al lado de la chapa". Sospechó que no lo habían dejado hacia la puerta, así que giró en 90 grados, agachó la cabeza y se lanzó como toro, rogando que hubiera adivinado la dirección y le diera a la reja. Le dio el chancacazo y sintió que la reja cedía y que la cabeza le estallaba. Atontado, se devolvió entre las risas de los interrogadores. ¡Casi la abre este huevón!

De nuevo lo giraron sobre sí mismo. Era tal la desesperación de permanecer en el Estadio, que darle más cabezazos y morir en el intento era el mal menor. Roberto iba contando los giros. Sabiendo que el otro golpe tenía que ser un poco más a la izquierda de donde había dado el primero, se volvió en 180 grados, dio un paso a la izquierda, agachó la cabeza y partió, ahora, como toro enfurecido hacia la reja. Sintió que esta se abría y cayó de bruces. Aturdido en el piso se decía, "tengo que pararme, tengo que pararme". Logró ponerse de pie, sin saber cuánto rato estuvo tirado en el suelo con la conciencia perdida.

Todo esto sucedía mientras los interrogadores hacían bromas y se reían a carcajadas de la situación. Habían hecho apuestas entre ellos, algunos que no abriría la puerta, otros que al segundo cabezazo y otros al tercero. Al parecer el jefe había ganado la apuesta por los comentarios que Roberto logró escuchar.

¿Se ganó la libertad este huevón, muchachos? Sí, dijeron, el "cabezón" se ganó la libertad. Ya, «cabezón», te vas a tu casa. Si vuelves a encontrarte con nosotros no saldrás vivo.

Lo hicieron firmar el famoso papel que decía que él no había sufrido maltratos físicos ni psicológicos. A los pocos días mi amigo salió del Estadio, previo a pasarme diez "lucas" que se habían salvado en el bolsillo de "perro", junto a otros dos billetes.

Con toda seguridad ninguno de los torturadores recuerda esta diversión. Roberto tuvo secuelas hasta su muerte, acaecida hace unos pocos años.

Para cerrar los círculos: “los conejos” fueron todos liberados después de pasar por golpizas y corriente aplicada en distintas partes. Doy fe de que ninguno tenía militancia política.

Los más “peligrosos”, los del billete de cien pesos y cajetillas Monza, también fueron liberados, con un poco más de corriente eléctrica y más golpes y también doy fe de que a lo más había algunos que habían sido allendistas.

Al “pelao” la vida lo trató muy mal, al poco tiempo perdió a su mujer y a su único hijo. Un día se acercó a Roberto y le dice, vecino quiero conversar con usted, a mí la vida me ha castigado demasiado, y quiero confesarle que yo lo delaté y también al joven de más abajo, y le pido por favor que me perdone. Roberto lo miró y le respondió, que lo perdone dios, yo no soy quien para perdonar.

Mi existencia en 1976

Marcela Molina

Algo pasa, veo que todos comentan con cara de preocupación, mis vecinos, que siempre veía sonriendo, he notado en estos días que están muy serios, ¿qué pasará? Mi mamá también anda como enojada, yo tengo 6 años, no entiendo muchas cosas y hace poco empecé a observar y a ser útil para los mandados. Vivo en las condiciones que mi mamá puede darme, mi papá nos dejó ya hace unos años, somos tres hermanos siendo yo la mayor. Mi mamá lava ropa ajena casi todos los días, mientras tomaba vino para el frío, paso mucho tiempo en las calles haciendo mandados o parando la oreja, todo lo que sé lo veo en las calles y lo que escucho de los vecinos cuando se reúnen a cahuinear o se encuentran en el almacén. Vivíamos en una toma que quedaba en Colón Oriente, todas las casas eran diferentes, nosotros vivíamos en una mediagua de tres por seis, la mitad era nuestro dormitorio y la otra parte era el comedor, cocina y un closet grande para la ropa.

Yo pasaba el tiempo haciendo mandados para todos y me pagaban un peso o los más tacaños cincuenta centavos, me compraba un tarrito de leche condensada o una sustancia y a veces mi mamá me pedía cuando le faltaba para alguna cosa. Por ser la mayor tenía que ayudar en todo a mi mamá, cuando le pagaban me hacía una lista de cosas para comprar en el almacén, medio de azúcar, que daban en papel Kraft en forma de dulce, cuatros bolsitas de té, un cuarto de aceite, que te daban en una bolsita si no llevabas envase,

media margarina y cuatro panes. Un día me mandó a comprar una bolsita de ají en salsa roja y como era chiquitita y entretenida me puse a jugar con ella tirándola para arriba y atajándola para que no se cayera al suelo, como malabarista y en una de esas la apreté más de la cuenta y se me reventó y llegue con el ají desparramado en mis manos. Mi mamá al verme se preocupó de que lo dejara en un plato y de paso me sacó la mugre, me mechoneó bien mechoneada, me fui a llorar al patio mientras con un estropajo limpiaba mis manos. Dejé de hacerlo al tiro porque había vecinos conversando al lado de la reja. Ahí me enteré de que el vecino que vivía al lado de mi casa y que era pinche de mi mamá, se tenía que ir, decían, a otro país, porque en cualquier momento lo pillaban, ¿de qué? y ¿por qué? No sé.

Pasaba la mayor parte jugando al luche sola, no era de tener amigos y mis hermanos jugaban entre ellos. Mi mamá fue a una reunión de vecinos donde decidieron que van hacer un comedor comunitario, donde se organizaron en grupos, porque hay muchos vecinos sin trabajo y cuesta parar la olla. Una semana le toca a mi mamá ir a ayudar a la cocina y yo me quedo cuidando a mis hermanos para luego llevarlos al comedor. Lo disfrutaba mucho porque la comida era rica y mejor que la de mi casa, habían muchos niños y los domingos no se asistía y se extrañaba, era el día más pobre de nuestro hogar, a veces no había plata para pan y con mis hermanos salíamos a pedir fuera de la población o nos ofrecíamos a barrer las veredas, de esas casas con patios gigantes de Colón hacia abajo, quedábamos pasmados con algunas que tenían muchas ventanas, eso quería decir que cada ventana era de un cuarto. Si nos iba mal caminábamos hasta encontrar una iglesia donde el curita era muy buena gente, él nos convidaba un vaso de leche con chocolate y un pan, además de darnos lentejas, porotos, arroz, harina y nos íbamos recontentos y apurados, porque ya era tarde.

Están todos los vecinos, casi todos hombres, juntos en la esquina, me acerco y hablan de un nuevo trabajo que hará el gobierno PEM (programa de empleo mínimo), lo repetían mucho, unos

estaban muy enojados y otros decían que irían a la municipalidad a anotarse, luego se fueron y yo también, porque empezaba el toque de queda. Mi mamá estaba preocupada, porque uno de mis hermanos tenía fiebre y no sabía cómo salir de la casa para llevarlo al consultorio a urgencia; y se hizo de fuerza y se acercó a una patrulla de milicos y habló con uno de ellos y me llevó también a mí y nos subieron y nos llevaron. Cuando nos bajamos estaba lleno de milicos el hospital, muy serios y con sus armas a cuestras, daba miedo mirarlos. Yo me senté en una silla con la cartera y unos chales esperando que atendieran a mi hermano, luego salió mi mamá y tuvimos que esperar un rato y los mismos que nos trajeron nos llevaron de vuelta, ellos se quedaron donde siempre, a la entrada de la población. Mi hermano se mejoró rapidito. Yo no podré ir al colegio porque se me hicieron tira mis zapatos y tengo el pie grande y mi mamá me reta por eso, porque le dieron unos pares de zapatos usados y ninguno me quedaba, así que hasta que mi mamá se consiga uno estaré en casa. Vino la vecina a copuchar un rato con mi mami y le contaba que iban a inaugurar un metro, no entendí mucho lo que decían sobre eso, también le contaba que los milicos allanaron la casa de la señora María Suazo, porque el esposo estaba metido en un sindicato y que le rompieron la puerta y se lo llevaron al cuartel, lloraba y le decía en forma de pregunta ¿y si lo matan y no lo vemos más? Es tan buen vecino, decía, luego empezaron a pelar a otra vecina y se entusiasmaron; estaban tomando vino y se les acabó y mi mamá se atrevió a salir para ir a comprar a un clandestino y fue sola y nos dejó con la vecina, porque no volvió en toda la noche. Su amiga preocupada, nosotros nos dormimos y ella no podía salir, por el toque de queda, luego también se durmió. Llegó la mañana y apareció mi mamá con unas ojeras terribles contando que la habían detenido los milicos y que estuvo sentada toda la noche en la comisaria, mi mamá nos mandó al colegio y ella se acostó para recuperarse.

Me encontré un cordel súper largo, lo enrollé y lo llevé a la escuela para jugar en el recreo; me sentí muy bien porque muchos

compañeros querían jugar conmigo a saltar, fue un buen día y la semana completa, hasta que se me perdió el cordel y todo volvió a la normalidad, a no juntarse conmigo, creo que desconfiaban de mí, de mi aspecto de pobre, a lo mejor creían que les robaría alguna de sus lindas cosas, bueno, pensé que era normal. Cuando volví a casa estaba mi mamá lavando ropa, pero me llamó la atención que estuviera cantando, luego, ya casi de noche nos mandó a acostarnos temprano y ella salió, esto empezó a pasar muy seguido, pero una tarde escuché cuando le estaba contando a su amiga que había conocido a un hombre que hace poco había llegado de Talca y que vivía de allegado en la casa de su hermana. Y cuando tuve la oportunidad de contarles a mis hermanos les dije que mi mamá ahora tiene pololo, no les importó nada, así que yo tampoco me preocupé y un día domingo mi mamá empezó a ordenar y hacer almuerzo y nos lavó a todos la cara y nos peinó. Luego llegó él, que nos llamó mucho la atención, porque su pelo era naranjo, tenía muchas pecas y una sonrisa que parecía de caballo, con unos grandes dientes, nos preguntó nuestros nombres y se puso a conversar con mi mamá como si no estuviéramos ahí y desde ese día pasaba metido en nuestra casa. Mi mamá se veía feliz, incluso ya nos pegaba menos y un día nos llevaron a los juegos, yo estaba emocionada, mucho tiempo esperando subirme a las sillas voladoras, pero después de ese día se vino a vivir a la casa y ya no era tan entretenido ni para nosotros ni para mi mamá, porque se adueñó de todo y mandaba como patrón de fundo y un día fueron a un asado con mi mamá solo ellos y volvieron un poco tarde escabulléndose de los milicos y llegaron peleando e insultándose. Yo desperté de los gritos y miré por la puerta justo cuando él le iba a pegar, yo salí, le agarré el brazo y me dio una mirada dándose vuelta y cuando me iba a mandar un mangazo, mi mamá lo ataja y yo salí a pie pelado corriendo donde la señora Ana, hermana de este caballero, para que viniera a rescatar a mi mamá. Llegamos y en eso aparecen los milicos y lo agarran, poniéndole los brazos atrás de su espalda y se lo llevaron, me mandaron a acostar y se quedó conversando mi mamá

con su cuñada. Pasó una semana y volvió a estar en casa, pero a mí ya ni me miraba, solo cuando quería que le fuera a comprar y a jugar la polla gol, pero me hablaba bien enojado.

Un día mi mamá me bañó y me puso ropa muy bonita, un vestido azul, de manga largas y unas rayitas tricolores en los bordes y tomamos una micro roja que me dio la impresión de que cruzamos todo Santiago. Mi mamá muy concentrada no me decía nada de nada y nos bajamos en una calle que se llamaba General Velásquez, caminamos unas cuadras y llegamos a un lugar muy grande donde salió una señorita a atendernos y nos hizo pasar a una oficina gigante donde nos esperaba una señora muy seria que nos dijo ¡bienvenida!, yo solo miraba todo a mi alrededor, con frío, estaba como aturdida, no sabía qué pasaba y no entendía nada, hasta que vi que mi mamá se paraba, después de hablar con la señora y se acercó a mí y me dijo chao, pórtate bien, y la señora me dijo bienvenida a la casa de acogida...

Mampato en la hoguera

Sergio Moya Herrera

I

Estábamos paralizados como estatuas de mármol en la gigante biblioteca de mi casa –desde la mirada de un niño de nueve años–, que abarcaba las paredes en forma de ele; parecíamos los hermanos Darling de la novela “Peter Pan”, de James Matthew Barrie, con batas mi padre y yo; con pijamas blancos y largos mi madre y mis tres hermanas. No sé dónde estaban los hermanos mayores. Una familia numerosa que mis progenitores trajeron a este mundo como cachorritos dálmatas: nueve en total (uno de mis hermanos falleció a los tres años y medio; nunca lo conocí). Pudimos haber sido diez los vivos.

Ahí permanecemos de pie, contenidos, frente a tres hombres camuflados con trajes de color caqui, cantimploras, cascos de combate y fusiles en las respectivas manos. Yo me sumergí en una de esas películas bélicas imaginando el rescate, la salvación de una invasión nazi o japonesa que ensalzaban las películas yankis, como los malos de las películas. Yo sabía que los verdaderamente infames eran los hitlerianos.

Los seis estábamos en una especie de patíbulo, veíamos las maniobras amedrentadoras de los tres militares. Recuerdo, con mi visión a la distancia del tiempo, lejanos momentos con colores grises y ambiente indefinido, que ellos no sobrepasaban los treinta años de

edad. Quizás el mayor de los soldados frisaba los treinta. Era macizo y de mirada adusta. Los otros dos no pasaban de los veinticinco. Sus cascos de acero brillaban por la opaca luz de unas bombillas. Se veían caricaturescos, porque sus cascos se movían como lámparas destornilladas. Eran muy delgados, ojos hundidos y oscuros. Se notaban nerviosos. Se movían en zigzagues por la sala. Algo balbuceaban con mi papá: le pidieron documentos, si conocía a tal personaje político, o si mis hermanos mayores practicaban algún proselitismo ideológico. Las mujeres de mi familia estaban aterradas. Eran personajes de Peter a punto de pedir que yo abriera el ventanal para salir volando y hacer un giro por el aire para devolvernos a buscar al papá.

Mi madre me atrajo suavemente hacia su cuerpo con su blando brazo, para protegerme de alguna eventual agresión. Yo miraba desde mis "alturas" si las jinetas de los soldados llevaban las siglas "SS", o la esvástica o cualquier inscripción nazi. No lo eran. Lucían al inferior de los hombros la bandera chilena, cuadrada y pequeñita. No estaba viviendo ni disfrutando ninguna de mis aventuras que la imaginación infantil permite, a veces, distorsionada de la realidad, a un niño. Hasta que vi los movimientos de manos de retirar de los estantes todos los libros que allí habían. Uno apuntó su fusil metálico con culata café hacia nosotros, especialmente hacia mi padre. Mis hermanas refunfuñaron cabizbajas y mi mamá nos hizo retroceder bajo el estupor de lo que sería otro de los crímenes más viles cuando asume un régimen de facto (tiempo después entendí que mi adolescencia sería acompañada bajo ese tipo de sistema).

Los libros morirían, se extinguirían, se convertirían como esos textos judíos prohibidos, apilados y desnudos como una pirámide de papel, o en forma de cuncuna, mil de ellas, como la gente haciendo fila en cada manzana de una población para esperar por un pan, un té, una leche, un arroz, que maquinó el régimen soberbio para hacer sucumbir a otro más colectivo.

Los libros comenzaron a caer sobre unos sacos de arpiller, fueron arrastrados hacia el patio. Dos pisos de gruesos tablones contrachapados eran vaciados poco a poco. Ya amanecía. Mis ojos se abrieron tremendos y mi voz interpretó uno de los gritos más dolorosos que jamás había emitido. Un “no” larguísimo, miles de oes frenéticos estremecieron la sala, a mis padres y hermanas. Tan largo y delirante fue mi grito que uno de los militares pidió a mi papá que me hiciera callar. Todo porque esos hombres se llevaban las historietas más preciadas de mi vida, y que mi papá mandó a empastar, dos tomos con tapas gruesas brillantes y frescas, color verduzco. Desde la revista número uno.

En eso fue que mi papá apretó mis flacuchentos bracitos para que no me acercara a esos soldados de plomo. Y me contuvo. Me abrazó y vi lágrimas impotentes en todos los rostros de los míos. Yo no tenía idea del peligro, de la maldad ni menos de cómo sería la muerte. Entonces contemplaría pasmado lo que vendría después.

II

El 30 de octubre de 1968 yo tenía cuatro años, cuando se lanzó al mercado una de las revistas más didácticas que marcaron la infancia de miles de niños chilenos. Yo no leía ni escribía. Hacía puros rayones por ahí y por acullá.

Hojeear aquella revista era un deleite. Oler la tinta y sentir la textura de las hojas –como de muchas enciclopedias que cubrían las repisas de los hogares del país–, hacían cerrar los ojos. Los colores y personajes, tiras cómicas, historia universal, datos, fotos y *hobbies*, inundaban la imaginación y la realidad. Mixtura de texto literario y no literario.

Pero años después, en 1971, con siete años de vida, yo ya podía deletrear y entender conceptos, imágenes y redacciones. Mi papá se encargaba de proporcionar esa historieta las veces que se colgaban coloridas en los quioscos.

En los tés de la semana, con el televisor blanco de *Antú* en la cocina, veíamos los dibujos animados de Hanna-Barbera y el infaltable Pin Pon. Mis hermanas corrían a ver el programa juvenil Música Libre al *Westinghouse* del living. Los jóvenes bailarines, al ritmo de las canciones más pegajosas que se escuchaban en esa época, me causaban risa, y yo imitaba sus excéntricas coreografías. Mi infancia era mágica, colmada de imaginación y pletórica de felicidad. La *Tribu Brady* era una alpargata al lado de la nuestra.

El clima de mi ciudad era agradable, su aire salino rozaba nuestros rostros en verano. Sin embargo, en horas de la madrugada de un septiembre turbulento, entraron los soldados. Hizo frío, o su presencia alteró el termostato. Previo a ese evento castrense, en mi comuna todo el mundo se conocía. Hasta en el Centro la gente se saludaba. Veía a mi madre cómo hacía reverencias a las personas que pasaban por su lado. Denotaba esos gestos amables y educados. Se respiraba un ambiente ideal, en medio de otro más enrarecido, para los adultos.

Se respiraba una atmósfera para un cuento con otro final.

“¡No los queme, hombre! ¡No!”, gritó mi papá, exaltado, a uno de los uniformados que sudaba por el calor de la hoguera. Corrió y expuso sus manos entre las brasas para sacar el empastado. El Tomo 1 (donde figuraba la primera edición) estuvo a segundos de llevárselo una lengua de fuego. El otro empastado, el Tomo 2, descansaba en las manos de otro militar que, contrito y mirando hacia lugares perdidos, lo lanzó al suelo. Ahí corrí yo, detrás mi mamá, mi papá me lo entregó y yo lo apreté contra el pecho. Retrocedimos y nos abrazamos todos. La casa pudo haberse quemado. Nosotros incinerados ante la barbarie que no ama el humanismo, sintiéndonos frustrados y llorosos, al no avanzar hacia una sociedad moderna.

No hubo detención. No hubo represión física. Pero sí persecución hacia mi viejo, que tardó años en establecerse en un trabajo, al haber sido agregado su nombre a la “lista negra”. La vida psicológica es frágil. Marca. Te acompaña entre las experiencias satisfac-

torias y en la memoria de un niño que ve una pequeña luz, porque mientras más transcurren los años, más lejos ves los hechos; como el túnel El Melón, por donde solía pasar el *Pullman* las veces que viajábamos a la capital, es el desafío más fascinador atravesarlo, ya que siempre, al final de un gélido y oscuro túnel... te espera la libertad.

El tiempo del ogro

Diego Muñoz Valenzuela

A todos aquellos que nos extraviarnos en la neblina densa y terrible del tiempo del ogro, en especial a Remigio y Héctor, que permanecerán en este texto un tiempo más y ojalá –no pierdo la esperanza– para siempre.

Se encontraron a unos escasos metros del fragor de la Avenida Irarrázaval a fines de aquel año tan intenso en tristezas y terrores. De ese modo, constituía una inmensa alegría cruzarse con alguien conocido allí, constatar que la vida seguía irradiándolo con su milagro. Remigio le dejó caer sus ojos achinados y pícaros, destilando la felicidad de verlo y Héctor le devolvió la mirada desesperanzada de un muerto en vida. Aquello puso en alerta a Remigio: algo no andaba bien. Venían caminando en sentido opuesto y por mero instinto aminoraron el paso imperceptiblemente, como si quisieran despistar a un observador invisible.

A partir de ese momento, todo transcurrió en cámara lenta y comenzó a grabarse de manera indeleble en la memoria de Remigio. Imágenes que iban a acompañarlo durante su vida, a insertarse en sus sueños, regresar súbitamente a su rutina en los momentos felices, como para resquebrajarlos.

Héctor dio un paso y le ofreció sus grandes y cansados ojos de borrego triste. Estaba exhausto de sufrir: eso le dijeron aquellos ojos a Remigio y no fue necesario que describiera los espantos a los que había sido sometido. Aquella mirada tenía la elocuencia de un

relato extenso y vigoroso. Héctor denegó con el rostro varias veces mientras elaboraba un nuevo paso, levantando una pierna que pesaba media tonelada.

Le cuesta caminar, pensó Remigio, como si transportara el mundo completo sobre sus espaldas. Tan afligido, tan exhausto, tan vencido, eso concluyó Remigio. Sin embargo, aún se da maña para advertirme. Para salvar mi vida. Aquello meditó Remigio mientras daba su propio paso hacia Héctor, uno que acortaba aquella enorme distancia entre ambos, aunque quedaban apenas unos metros para que se cruzaran por última vez.

Héctor movía los labios y emitía mensajes inaudibles que Remigio tuvo que descifrar o imaginar, combinando ambas habilidades. Aquellos movimientos le revelaron el horror oculto detrás de los parabrisas reflectantes, las ventanas cerradas a machote, los sótanos inaccesibles donde reinaba la noche eterna.

Ambos dieron sendos pasos para acercarse, aunque la distancia entre ellos se tornara imposible de transitar. Remigio recordó que Héctor había cumplido dieciocho años unos días atrás; se llevaban apenas unos meses. No era una edad para vivir esta clase de cosas –esa idea le vino a la mente–, pero ¿qué más podían hacer? Ellos no habían escogido el camino a seguir. Y cada vez que la vida les ofreció una disyuntiva nueva en aquellos tres acelerados años, escogieron en conciencia.

Solo les quedaba seguir caminando. Eso lo sabían ambos. Lo tenían perfectamente claro. No había alternativa. Y aspiraron el aire de aquella mañana fresca para inflar sus pulmones con oxígeno y seguir viviendo la clase de vida que les correspondió. De modo que avanzaron; ahora estaban apenas a un par de metros. Podían verse muy bien.

Héctor no se había afeitado en varios días y las ojeras delataban sus padecimientos. No obstante, le sonrió. Era una sonrisa amarga y tierna, cargada de amor, pero sobre todo de coraje. A

Remigio el corazón le saltó dentro del pecho: una emoción sorda, ciega y violenta comenzó a nacer en su interior. No podía ser que las cosas fueran así. Era inaceptable: era preciso hacer algo.

Sin borrar aquella sonrisa de su rostro, Héctor volvió a denegar mientras daba otro paso, uno que lo dejó a escasos centímetros. A Remigio le pareció que podía sentir la respiración acezante de su amigo; entonces, vinieron las palabras susurradas.

“Me siguen, me tienen, me usan como cebo. Salen a pasearme, pero van de cacería. Vete del país en cuanto puedas. Mañana mismo”. Eso escuchó Remigio, alorado, con la piel de gallina, mientras daba el paso final, aquel que terminaba ese encuentro fortuito.

No osó darse vuelta para observar a su amigo alejarse camino de la muerte. No fue capaz, porque una suma de miedos se apoderó de él: que Héctor fuera a correr y lo mataran en ese mismo instante, que de la camioneta de vidrios oscuros que avanzaba a vuelta de rueda se bajaran los agentes para apresarlos, que a él le diera por ponerse a gritar que alguien los salvara, a gritar sus nombres para que se supiera qué había pasado. Pero nada podía cambiar la condena que pesaba sobre Héctor. Y lloró mientras caminaba alejándose de su amigo. Sus lágrimas caían en gruesos chorros mientras se aproximaba a la avenida, los ojos se le iban poniendo muy rojos y el sollozo le convulsionaba el tórax. Por suerte, los hombres del furgón de inteligencia no percibieron su estado, ocupados como estaban de no perder de vista a Héctor.

Remigio caminó y caminó y caminó, hasta que salió del país, huyendo de aquella muerte implacable, hasta que llegó a París y luego a Marsella, donde se estableció y formó una familia. De allí vino de regreso a Chile un día caluroso de febrero, cuando nos contó esta historia terrible una larga noche, mientras esperábamos el auto que iba a llevarlo al aeropuerto de vuelta a Marsella.

Dijo que no reconocía el país que abandonó hacía tantos años atrás. Le respondimos que nosotros tampoco, aunque viviéramos

mos aquí, mientras bebíamos un vino rojo y espeso. Fue como si el tiempo no hubiese transcurrido jamás y fuéramos los mismos adolescentes plenos de sueños y largas cabelleras desplegadas al viento.

Un día alguien contó que, tras vivir un tiempo solo en París, Remigio se había suicidado, sin dejar explicaciones. Nos quedamos helados. O más bien congelados por el dolor, súbito, intenso, desesperado. Sin embargo, seguimos caminando. Dando pasos, adonde sea. No sé si huyendo o avanzando. Quisiera creer que alejándome del sufrimiento o de la fatalidad o de la muerte. También quisiera creer que acercándome a ellos: a Héctor y Remigio. Pero no lo sé. Solo seguimos, sigo, caminando.

El hombre de las gafas enormes

Diego Muñoz Valenzuela

La primera vez que vi en persona a Salvador Allende fue en un mitin para las elecciones presidenciales de 1964, como candidato del FRAP (Frente de Acción Popular). Yo estaba feliz, instalado sobre los hombros de mi padre, observando a ese señor de lentes con marcos tan gruesos hablando desde una improvisada tribuna en los alrededores del Parque Forestal. Su discurso estaba lleno de pasión y, aunque miraba de vez en cuando unas cuartillas invisibles, parecía que las palabras brotaban de su corazón y no desde una reflexión cuidadosamente fabricada. Yo era un niño, incapaz de vislumbrar el significado completo de su discurso, pero sí pude advertir la contagiosa emoción que emanaba ese hombre entrañable. Describía un mundo nuevo, esbozado en sus sueños, mientras flameaban estandartes azules desde donde sonreía un sol pleno de ilusión.

Como yo era un niño, no sospechaba la importancia que el hombre de profusos anteojos iba a tener en mi vida, así como en la de millones de chilenos en los años venideros. Menos todavía podía adivinar los sentimientos que ahora me embargan ante la sola mención de su nombre, emociones que van intensificándose con el transcurso del tiempo. ¡Cuántas veces evité pensar en su apellido, aunque lo hubiese gritado mil veces, transmutado en consigna poderosa, aunque lo hubiese pintado en los muros de la ciudad, trasminado de lágrimas y risas! Para evitar el dolor, para enterrar

ciertos sufrimientos, para vadear un terreno cenagoso, donde aguardan ciertas reflexiones con sabores amargos. Una sensación difusa, extraña, inasible; un sabor a hiel que visita la garganta. De alguna forma comprendo hoy, cuando escribo estas líneas, que he tratado de exorcizar su nombre, aunque parezca lo contrario. Y no ha sido por cobardía, ni por vergüenza, ni por neutralidad, ni oportunismo, ni conveniencia, sino porque intuyo que entraña una reflexión pendiente para mí, para todos nosotros. No estuvimos a la altura, no lo estamos ahora, mucho menos...

En 1969 lo vi muy de cerca por primera vez, cuando aún no se convertía en el abanderado de la Unidad Popular. Fue en una magna fiesta organizada en su honor por el empresario Marcos Smirnow (dueño de los talleres gráficos homónimos). Smirnow, un hombre rico, comprometido, grandote, gozador de la vida y divertido, vivía en una enorme casa en el barrio Gran Avenida, en la época en que Santiago no estaba segregado por situación económica, como ahora. Allí mantenía fudres gigantescos donde se maceraban los vinos de fabricación propia, rotulados como “Viña Conchetuma”, un chiste de poca monta.

En esa mansión organizó un almuerzo al que invitó a unas trescientas personas muy influyentes: intelectuales, artistas, empresarios, políticos y a mí, que por entonces tenía la friolera de trece años. Fui con mis padres y descubrimos –con cierto horror– que mi nombre estaba asignado a una mesa diferente a la de ellos. Los tranquilicé diciéndoles que no se preocuparan por mí, que me las arreglaría de alguna forma.

Las mesas –había más de cien– tenían escritos los nombres de los comensales. El mío aparecía junto otros tres: Jorge Inostroza (autor de “Adiós al séptimo de línea”, que yo había leído recientemente con entusiasmo, auténtico *best seller* de la época sobre la guerra de 1879 contra la confederación peruano- boliviana; de otra parte un reaccionario de tomo y lomo que nada tenía que hacer allí). El

segundo era Donato Román Heitman, músico y compositor de temas para cine, autor de un clásico suficientemente potente para pasar a la historia: *"Mi banderita chilena"*. El tercero, Germán Becker, un hombre de las comunicaciones –hoy se diría *marketing* político– director de la arrasadora campaña presidencial de Eduardo Frei Montalva, hombre de voz imponente y carcajada tremebunda. ¿Qué hacía yo allí? A pesar de las evidentes dificultades, logré barajarme bien y participar en la conversación, con mucho apoyo de estos tres personajes.

Salvador Allende apareció cuando estábamos terminando de almorzar, muy bien acompañado por una dama que no era su esposa. Fue ovacionado por los presentes, almorzó en la mesa del anfitrión y luego desapareció discretamente para "dormir la siesta". De hipócrita ni mojigato nada tenía el futuro, compañero presidente.

En la campaña presidencial de 1970 escribí decenas de veces su apellido en las calles de Santiago, vestido con un mameluco impregnado de pintura de todos los colores del arco iris. Escribía Allende, pero en verdad pensaba en solidaridad, en amor, en libertad, en esperanzas, en justicia; poco en mí mismo, mucho en los demás. Yo trazaba enormes letras en el estilo del *pop-art* y mis camaradas, delirantes chascones adolescentes, las iban rellenando con las brochas que sumergían en los tarros de pintura amarilla, verde, roja. Nuestra alma se quedaba allí, adherida a las paredes de Santiago. Pintábamos sueños, no consignas.

La segunda que lo vi fue cuando los escritores y artistas lo proclamaron su candidato a la presidencia. Mi padre oficiaba de presidente del comando y pronunció un bello discurso digno de la ocasión. Existe una fotografía donde Salvador Allende está estrechándole la mano a Diego Muñoz Espinoza y con la otra le está extrayendo el discurso del bolsillo de la chaqueta. Ahí pude saludarlo, él me miro con la severidad de sus gafas enormes, y luego sonrió para decirme: "esperamos mucho de los jóvenes como tú, compañero Diego".

El día en que Salvador Allende ganó las elecciones, el 4 de septiembre de 1970, la increíble noticia recorrió el país de punta a punta. El sueño hecho realidad, al cuarto intento, contra todas las probabilidades, las estadísticas y las encuestas; contra los poderes omnímodos, los internos y los foráneos. Derribado por una gripe brutal, estuve condenado a escuchar las noticias en la vieja radio a tubos que reposaba sobre el velador de mi padre. El corazón iba dándonos vuelcos con cada cómputo. Ocurría lo imposible. Aquello que demandaban los estudiantes en el París de *mayo del 68*, estaba convirtiéndose en palpable materialidad: seamos realistas, exijamos lo imposible. Lloré de alegría junto a esa bendita radio que me traía las noticias de mis compañeros felices, diseminados por el país, por el mundo. Con cierta sensación culposa, alentados por mi pujanza, mis padres salieron a celebrar, y aunque estuve solo esa noche, mientras los demás celebraban en las calles, jamás –en el resto de mi vida– he vuelto a sentirme tan acompañado.

Creo que no comprendimos, no entendimos sus sueños. Ninguno de nosotros. Todavía no lo hacemos. Quizás entendimos otra cosa, algo que se asemejaba al mundo que narraba en sus palabras, pero que no era. Lo aplaudíamos y las palmas celebraban otra idea distinta, una que estaba al otro lado, *más allá de*, inalcanzable. La formidable distancia que a veces se da entre la racionalidad y las emociones. Tan lejos, tan cerca, Salvador Allende.

He escuchado a muchas personas referirse en términos condenatorios al suicidio de Allende: que habría podido organizarse un gobierno en el exilio, menos represión, dictadura más corta, en fin, críticas miopes e injustas. Su suicidio fue el último acto de lucidez histórica, de entrega, de sacrificio por los demás. No tuvo sentido para él vivir la derrota de su proyecto político, porque no estaba derrotado, solo interrumpido. La vía democrática al socialismo es posible, nos quiso transmitir; ahora es imposible, pero otras personas lo lograrán en el futuro.

Éramos demasiado débiles, crueles, mezquinos, desunidos, flojos, ingenuos, siniestros, serviles, egoístas, estúpidos para que fuera posible aquel sueño. Podemos aplicar esta misma frase en presente: somos... Eso es lo que me dolió ese día, lo que me sigue doliendo, cuando recuerdo el rostro del hombre con las gafas grandes, el hombre que tantos años encarnó las esperanzas más altas del ser humano. Y que lo sigue haciendo, más allá de la muerte, con esa voz tan querida que sigue sugiriéndome sueños maravillosos.

Antes y después del 11 de septiembre de 1973

Josefina Muñoz Valenzuela

Recuerdo vagamente algunos actos clandestinos en el periodo de Gabriel González Videla, cuando mis padres, como tantos comunistas, debieron refugiarse para evitar ser apresados al ser promulgada la *"Ley de defensa permanente de la democracia"* en 1948. Sería más conocida como la *"Ley maldita"*, que proscribió al Partido Comunista y dio inicio a la persecución y delación de sus militantes, muchos de los cuales debieron exiliarse, entre ellos, Pablo Neruda.

Para las elecciones presidenciales de 1958 ya habíamos dejado Constitución y vivíamos en Santiago. Tenía doce años y después de unos días infernales en el Liceo 5, llegué al Liceo experimental Darío Salas, felizmente mixto, con notables e inolvidables profesores que nos enseñaron a pensar y a consolidar un valorado pensamiento crítico y una consciente solidaridad, en tiempos en que se luchaba por alcanzar un mundo mejor para todos.

La radio y los diarios eran indispensables en esos años para conocer más y mejor el mundo cercano y lejano, y construir caminos para alcanzar aquello que deseábamos. El día de las elecciones presidenciales se enfrentaban Jorge Alessandri Rodríguez y Salvador Allende Gossens. Habíamos participado en actos y marchas y estaba segura de que el elegido sería Allende. Estábamos literalmente pegados a la radio, pero llegó un momento en que el sueño me venció, pensando que despertaría con mis deseos cumplidos.

Pero eso no sucedió. Fue la primera gran desilusión de mi vida, porque apenas 30.000 votos habían destruido nuestros sueños. Sin embargo, continuamos con las luchas, marchas, reuniones, conversaciones permanentes, lecturas compartidas y comentadas con mis pares en el liceo y amigos; luego en la universidad, con mis padres y sus amigos, entre los que siempre me sentí una más.

Y así saltamos a septiembre de 1970. Con Jaime nos casamos en 1969 y nuestro primer hijo, Jimmy, nació en enero de 1970. El 4 de septiembre fue un momento de felicidad plena, con el inicio de una utopía que caminaba hacia su realización. Sin duda, gran parte de la sociedad conocería un mundo mejor, más igualitario. Como miles fui apoderada de mesa, porque además de la gigantesca campaña del terror planificada con mucho tiempo y recursos para llevarla a cabo, corría todo tipo de rumores y la prioridad era defender cada voto.

El 9 de septiembre nos cambiamos a la casa que recién habíamos comprado y que comenzó a ser el nuevo punto de encuentro de familia y amigos queridos y entrañables. Continúa desempeñando ese rol, aunque ahora que Jaime no está, siempre recuerdo unas frases del poema que escribió Neruda cuando murió su gran amigo Rubén Azócar, en 1965: "Tengo el as, tengo el dos, tengo el tres, pero faltas, hermano. Falta el rey que se fue para siempre con la risa y la rosa en la mano".

Increíblemente, había ganado Allende con el 36,6% de los votos, sin la mayoría absoluta, por lo que se realizaron numerosas concentraciones y actividades públicas para que el Congreso ratificara el triunfo y, finalmente, así fue, a pesar del intento del asesinato del Comandante en Jefe del Ejército René Schneider, realizado para impedir la aprobación del Congreso. Sin duda, y así lo confirman los documentos desclasificados últimamente, los planes para impedir que un gobierno de izquierda llegara al poder por la vía democrática habían sido cuidadosamente pensados desde hacía muchos años; y si llegaba a producirse, la respuesta debía ser ejemplarizadora.

No debe haber ningún golpe militar o civil militar en nuestro continente donde no haya estado la mano de Estados Unidos. y la Escuela de las Américas: Brasil (1964), Argentina (1966 y 1976), Bolivia (1971), nosotros... Y desde esas circunstancias fueron arribando al país muchos exiliados, varios de los cuales llegaron a ser grandes amigos, especialmente psicólogos y escritores argentinos, que debieron iniciar un nuevo exilio en 1973 y nunca volvimos a verlos.

Uno de los mayores agentes desestabilizadores del gobierno fue el desabastecimiento, cuidadosamente planificado, más allá de los errores que hubieran podido cometerse. Cuando comenzaron a escasear los alimentos básicos, la propaganda de los ALMAC de la época decía algo como: “venga a nuestros locales, porque encontrará de todo”. Esta declaración duró poco, porque otros empresarios y grupos abiertamente partidarios del golpe deben haberlos llamado a terreno. Cerca de nuestra casa vendían pollos en una tienda de zapatos, sábanas en una verdulería, a precios elevados desde luego y así se armó un gran mercado negro con altísimas ganancias.

Estuve a cargo de una JAP que abarcaba algunas manzanas de mi barrio; cuando llegaban los alimentos básicos a almacenes previamente comprometidos para vender al precio real, íbamos casa por casa entregando lo que correspondía. Muchos no hicimos “cola” jamás y aprendimos a cocinar con lo que teníamos.

En marzo de 1973 se celebraron las elecciones parlamentarias, ya en un ambiente muy enrarecido; contra todo lo esperado, el porcentaje superó ampliamente al de las elecciones del presidente Allende, llegando al 43,3 %, un inesperado y gran triunfo.

Jaime trabajaba como profesor de jornada completa en la escuela de Psicología de la Universidad de Chile; yo estaba en Arqueología y era presidenta del centro de alumnos. Y el 11 de septiembre llegó el golpe con la violencia extrema que todos conocimos, tanto desde quienes apoyábamos el gobierno de la UP –esos mil días que permanecerán siempre en mi corazón– como desde quienes lo pla-

nificaron y ejecutaron, quebrando y transformando nuestra sociedad de manera profunda. Sin embargo, esos mil días permanecerán siempre en mi corazón y en el de muchos de nosotros, como un pilar central de la vida y de las utopías y sueños siempre necesarios.

Recuerdo ese martes, nublado, con llovizna, las radios informando todo lo que podían, los estruendos del bombardeo, el discurso de Salvador Allende que aún me hace llorar, increíbles palabras, como lo fueron todos sus discursos, pero ahora dichas muy cerca de la muerte y sabiendo que eso sucedería. Demuestra su estatura como ser humano y como político, con sus fortalezas y debilidades, pero fiel a sus ideas y a la defensa de la lucha por un mundo que acogiera a todos, donde cada ser humano tuviera un espacio digno en ese mundo. También, como persona y como presidente de Chile, Salvador Allende fue auténticamente defensor de la democracia, algo en lo que también creo más profundamente año a año.

En el plano familiar no nos pasó nada irreparable, pero fue una generación cuyo proyecto de vida debió cambiar de manera radical. Sin embargo, como tantos, tenemos amigos asesinados, desaparecidos hasta hoy, torturados, sin justicia hasta hoy en muchísimos casos, y eso es una realidad para un gran número de nuestros compatriotas. La mayoría de nuestros queridos e inolvidables amigas y amigos se fueron al exilio: Helga Krebs y Julio Montané, Letty Martínez, Carlos Böker... Óscar Stuardo fue despedido muchas veces y se quedaba con nosotros hasta encontrar otro trabajo. Juvencio Concha, mi amigo de infancia, estuvo preso en varios centros hasta llegar a Chacabuco.

La mayoría nunca pudo regresar, queriendo hacerlo, porque no tenían posibilidades de un espacio laboral; los más afortunados pudieron venir algunas veces... Nuestra casa fue un espacio de acogida para quienes habían perdido su mundo, sus proyectos de vida, seres queridos; obligados al exilio, golpeados profunda y vitalmente. Ahí Jaime tuvo siempre un rol fundamental como amigo y psicólogo.

Los fiscales a cargo del Instituto Pedagógico exoneraron a cientos de sus académicos, Jaime entre ellos. Tuvo la gran suerte de retomar un cargo en el Servicio de Medicina Psicosomática y Salud Mental del Hospital Salvador, gracias a la valentía y generosidad del doctor Víctor Jadresic, actitud poco frecuente en esos tiempos. Reabrió su consulta, atendiendo a la mayoría gratuitamente, y apoyó a muchos para que pudieran continuar con sus vidas, a pesar de haber sufrido las violencias e injusticias de esa dictadura que duró 17 años, y continúa incrustada en nuestra sociedad y perpetuada por el modelo aplicado a sangre y fuego.

Habíamos decidido quedarnos y nunca nos arrepentimos; acá estaban seres profundamente queridos. Nuestra hija Sybila nació en noviembre de 1974, en medio de esta situación terrible. El toque de queda era riguroso y en las noches se escuchaban balaceras cercanas. Tuvimos que pedir una ambulancia y un recuerdo imborrable es el trayecto desde la casa a la clínica, por una ciudad vacía, abandonada, con patrullas militares, con semáforos funcionando para nadie, un mundo del que había desaparecido para siempre nuestro proyecto de una sociedad mejor para todos.

Conservamos algunos de nuestros amigos, hicimos otros nuevos, reiniciamos muy de a poco los encuentros semanales, a pesar de las restricciones de todo tipo. Para nuestros amigos exiliados siempre fue un consuelo saber que seguíamos allí, a pesar de que nuestro mundo se había transformado de manera tan profunda que no podíamos sentirnos parte de él.

Al comienzo hablé de Constitución, el real país de mi infancia, donde crecí y me formé de manera importante con mi abuela materna y sus amistades, la mayoría con mentalidades sorprendentemente desprejuiciadas en temas que aún hoy continúan siendo tabúes. A dos casas de la nuestra vivía un amigo de mi abuela, Luis Castillo, profesor universitario e investigador. Llegó una tarde con un regalo para mi abuela, la revista *Anales de la Universidad de Chi-*

le N°85-86 de 1952, cuando yo tenía menos de 5 años. Me lo mostró y me preguntó si podía leer el título; yo sabía leer desde antes de los 4 y era mi principal interés. Leí perfecto, “Mutualismo y simbiosis en la naturaleza”, lo que nos asombró a ambos por razones distintas: en mi caso, porque de las tres palabras principales solo entendí una.

Lo releí entendiendo muy poco, pero intuyendo que allí había algo fundamental. Tengo la revista desde esos años y, ya en cuarto o quinto básico de esos años, releí un pasaje que sí entendí, porque fue importante en mi propia vida y mis relaciones cercanas: “También se vence en la vida por la alianza entre dos o más seres que se complementan. En la que cada cual aporta al otro y le hace falta”. Yo era hija única, faltaban años para que naciera mi hermano Diego, me costaba tener amigas y debo haber sido egocéntrica y autosuficiente. Pero de este profesor aprendí bellamente que el chagual vivía en mutualismo con el tordo, y las abejas con las flores. Por ende, así debía ser la sociedad humana, un espacio donde cada uno es necesario y siempre requeriremos de otras personas para alcanzar, si podemos, nuestro verdadero ser, y acompañar y ser acompañados.

Tengo una sola nieta, Michelle, que hoy está en su primer año universitario en Psicología, siguiendo los pasos de su abuelo. Ya en el colegio comenzó a despertar a una adolescencia política y social, porque allí, cada año hacían un acto para recordar el medio litro de leche, la medida N°15 de las 40 iniciales del gobierno de la Unidad Popular. Me emocionó mucho cuando me lo contó, porque ya varias generaciones no vivieron ni han tenido información de lo que fue la dictadura ni lo que significó el gobierno de Salvador Allende y la Unidad Popular. Tengo el convencimiento de que solo podremos ser mejores seres humanos conociendo lo que hemos hecho bien y mal, conservando una memoria de los acontecimientos vividos, porque solo así podemos analizar, pensar, criticar, llegar a acuerdos, sin convertir a quienes piensan distinto a nosotros en enemigos que deben ser eliminados de ese mundo que compartimos.

Hoy no creo en los partidos políticos que tenemos, porque, en general, sus integrantes están más preocupados de sí mismos que de los problemas, las desigualdades y carencias que afectan a un alto porcentaje de la ciudadanía. Tenemos un bienestar de objetos, de cosas que es posible comprar, de viajes que décadas atrás era imposible hacer, pero el modelo genera y profundiza problemas mayores en las áreas vitales impidiendo el acceso digno a salud, educación, trabajo, vivienda digna. Asistimos a una crisis mayor, en tanto tiene características planetarias que requerirá de transformaciones estructurales.

En nuestro caso particular, desde el 11 de septiembre de 1973 el Estado de Chile, con pleno conocimiento y consentimiento, amparó y promovió crímenes tremendos que se han definido desde la segunda guerra mundial como “crímenes de lesa humanidad”.

Todavía hoy no tenemos un listado definitivo que incluya a todas las personas afectadas por la dictadura, pero las cifras son estremecedoras por sí solas: 150 niñas, niños y adolescentes fueron ejecutados y 40 de ellos víctimas de desaparición forzada; 150 mujeres embarazadas fueron ejecutadas o desaparecidas; 700 niñas, niños y adolescentes quedaron huérfanos; 1193 personas adultas desaparecidas y, de ellas, solo cerca de 300 han sido identificadas. La cifra más o menos oficial señala que 40.175 personas fueron víctimas: ejecutados políticos, detenidos desaparecidos, presos, torturados; también, hubo personas asesinadas fuera del país... la gran mayoría solo por pensar distinto o apoyar el gobierno de la Unidad Popular.

Lo irreparable que puede provocar una suma de acciones irracionales, agresivas, criminales, no se puede reparar, pero la justicia puede y debe entregar las sanciones correspondientes a quienes estén concernidos. Entregar también respuesta a las numerosas familias afectadas, a la sociedad y también a la humanidad, porque desde allí podrá ser posible aprender, algún día, a no repetir las mismas conductas ni a sentirse amparados por una impunidad irresponsable.

Haber vivido la dictadura y estar vivos hoy impide dar ‘vuelta la página’, como se ha pedido estos últimos años con la liviandad y despreocupación que solo puede nacer de quienes no sufrieron nada de lo descrito. El perdón es necesario, pero aun más perentorio es saber la verdad, que las personas afectadas sientan que hubo una justicia real y que toda sociedad requiere tener memoria de los hechos sucedidos, porque solo así es posible avanzar en el respeto por la vida de cada ser humano, y su derecho a pensar de un modo diferente al de otros, sin ser ejecutado por ello.

Terror verdadero

Cecilia Ostornol Almarza

Mamá había ido a visitarme a Managua, después de una larga separación.

Había transcurrido demasiado tiempo después del Golpe; quizás no tanto, pero sí, tiempos determinantes, al menos para mí.

Nos habíamos separado cuando Pablito, todavía en pañales, balbuceaba sus primeras sílabas, y yo aún me resistía al extraño oficio de ser madre.

Expulsados a Europa, la dejamos en su propio exilio interior, en aquel Santiago de Chile que ya nunca sería el suyo.

Aprendí de los rigores de la maternidad, como todas; con la naturalidad de una leona, mérito de la corteza cerebral animal que felizmente poseemos, creo yo.

Cada vez que salíamos airoso de alguna “peste” o accidente, la imagen de mamá ascendía en el “ranking” de honor mientras yo presurosa, le rebajaba avergonzada, las condenas que tan dramáticamente le había impuesto durante mi intensa adolescencia.

Ella me ponía al día con detalle de todos los acontecimientos familiares. En menos de dos horas tuve que procesar tres duelos, dos matrimonios, cuatro nacimientos, algunos con “fórceps” y “eclampsia” incluidos.

Me costaba seguirla. Sus ojos azules intensos de un brillo que competían con su sonrisa espléndida me distraían impidiéndome seguir las historias que se sucedían una tras otra.

Su histrionismo natural evidenciaba con antelación alguna sabrosura que relataría en medio de generosas carcajadas a las que yo me sumaba con el desparpajo asimilado en el Caribe.

De pronto ese concierto hilarante me llevó a otro similar en mi niñez.

Me vi pequeña, tal vez de unos cinco o seis años, acompañada de mis hermanos, tratando de entrar a la habitación donde jugábamos durante las largas convalecencias de invierno.

Mamá, aferrada al marco de la puerta nos impedía el ingreso, mientras daba alaridos; sus ojos reflejaban el pavor que le producía el "monstruo" escondido bajo el librero.

Nosotros nos peleábamos por obtener la prueba y enrostrarle el error, pero la Lola, bautizada así por el primer nieto, era más fuerte y nos sacaba.

La Juanita, que escuchó el escándalo desde la cocina, con su sabiduría y paciencia ancestral, la calmó, nos mantuvo a raya y ágilmente se agachó a recoger el resto de pluma de avestruz que había perdido el plumero.

Comparé ese rostro lívido de mis recuerdos de infancia, con esa risa en cascada que nuevamente me regalaba y yo atesoraba.

La cálida noche tropical se dejó caer rápida y prendí la luz de la lámpara de vitral hecha por ella, único recuerdo del hogar que algún día compartimos felices.

Molesta por la luz incandescente al parecer, una arañita se deslizó alegre hacia la superficie de la mesa del comedor, como si hubiera llegado tarde al festín de mangos rosa, de cuya existencia daban fe sus semillas planas diseminados sobre la fuente aún perfumada.

Vi que ella desvió su mirada hacia el pequeño animalito e intenté un ademán para sacarlo antes de que se desencadenara la escena a la que ella nos tenía acostumbrados desde niños.

Pero ocurrió otra cosa: su bella mano izquierda, de cuidadas uñas rojas, me detuvo suavemente, mientras, con la otra, tomó deli-

cadamente el hilo del cual pendía la arañita y con dulzura la depositó en el suelo.

Asombradísima, no pude evitar el comentario:

–Mamá, no lo puedo creer, ¿aprendiste a no tenerle miedo a las arañas?

Por escasos segundos su mirada se opacó, su rostro apenas se contrajo e intuí que hacía esfuerzos por mantener su sonrisa que ya mudaba a mueca... hizo un silencio que percibí con el alma, en seguida respiró profundo alzando sus ojos y descubrí en ellos el brillo de una determinación que no le conocía, mientras me confesaba:

“Aprendí con la dictadura que hay que temerle a lo que hay que temerle”

Santiago, junio de 2023

Un regalo muy especial

Cecilia Ostornol Almarza

Nunca lo había hecho, pero ese año, al leer en el periódico el llamado de Correos de Chile para celebrar la Navidad, tomé la decisión de retirar una carta en sus oficinas y comprar el regalo, que ilusionado, pedía algún niño.

Había miles. Las revolví, cerré los ojos y tomé una al azar.

A diferencia de las que mencionaban como ejemplo en el diario, esta me sorprendió porque no pedía juguetes, ni comida.

Al leerla, me estremecí y consideré necesario acudir a la Comisión de Derechos Humanos.

—Por eso se la entrego— le dije a la funcionaria que me atendió.

Ahora la comparto y, claro, le hice algunos retoques de ortografía, porque costaba entenderla.

“Querido Viejito:

Ahí en el Correos de Chile dice que si te escribo me puedes traer un regalo de Pascua.

No quiero que me compres nada. Solo quiero que me devuelvas lo que se llevaron cuando tú estabas allí.

No puedo recordar bien. Ahora tengo los pelos blancos y me estoy pareciendo a ti.

Los chiquillos de la caleta⁵ dicen que hablo como cabro chico, que me quedé en el pasado, aunque debo tener como cincuenta, porque ya estoy muy viejo.

¿Tú te acuerdas de mí? Porque yo sí me acuerdo de ti. Es el único recuerdo que tengo de esa noche.

Solo te voy a pedir dos regalos. Dicen que no se puede pedir más de uno, pero como no son de comprar, creo que cumplirás.

Quiero que hagas memoria y me cuentes qué pasó después.

Te voy a ayudar con la fecha: era Navidad, estábamos en mi casa. Era feliz. Esa noche me comí todo rápido para jugar con el camioncito de plástico que me trajiste.

Sé más cosas, aunque me da susto recordar. Pero ahora no tengo miedo. O sea, no tengo temor de ti.

Es que a veces vuelvo a ver lo que les hicieron. Mi mamá alcanzó a esconderme debajo del sofá, por eso no me vieron. Desde ahí vi cuando los tiraron al suelo. Vi que los pateaban. Después se los llevaron arrastrándolos. Escondiéndome, salí para ver qué hacían. Los metieron en la parte de atrás de un auto negro. Y se perdieron en la noche. Los seguí porque quería saber adónde los llevaban. Caminé mucho rato. Y me escondía detrás de los árboles cuando pasaban los militares, que eran iguales a los que habían estado ahí. Divisé a un viejito de barba blanca y pensé que eras tú, entonces corrí para alcanzarte. Me desperté a orillas del río. Allí había otros niños más grandes que me preguntaban cosas. No podía responderles. Ya no me resultaba hablar. Parecía que las palabras se las habían llevado ellos también.

—¡Ah! Y quiero saber mi nombre, porque también se lo llevaron. Eso quiero.

⁵ Lugar al lado de la rivera o playa. En Chile, uso de los vagabundos que viven en el Río Mapocho.

—Y dos cosas más:

Quiero que me devuelvas la memoria y me digas dónde están.

Santiago, agosto de 2023

**Exilio forzado y pérdida de 20 años de enseñanza de geología,
contribuciones científicas e investigación:
el caso del profesor Luis Aguirre Le Bert,
el Edmundo Dantés de la Geología**

Edmundo Polanco Valenzuela

*“...No hay historia muda. Por mucho que la quemem,
por mucho que la rompan, por mucho que la mientan,
la historia humana se niega a callarse la boca....”*
Eduardo Galeano.

A continuación, se relatan hechos reales y cualquier semejanza con la realidad no es mera coincidencia.

La Universidad de Chile fue inmediatamente intervenida producto del golpe de Estado del día 11 de septiembre de 1973, al igual que la mayoría de las instituciones del Estado y varias empresas privadas. Las nuevas autoridades universitarias impuestas por la junta militar realizaron una política sistemática para extirpar el cáncer marxista de las aulas, expulsando a militantes y simpatizantes de la derrotada Unidad Popular. Se instalaron fiscales civiles al interior de las facultades, quienes se dedicaron a recopilar acusaciones contra todos aquellos que significaran un peligro potencial para el nuevo régimen. Hay numerosos casos documentados de académicos y estudiantes que fueron expulsados a lo largo de los años. Hoy se dispone de un importante acervo documental de una serie de sumarios administrativos al interior de nuestra casa de estudio ocurridos entre 1973 y 1985. Una fotografía de parte de esta historia aparece en el libro “La dictadura de los sumarios (1974-1985)”. También existe

un impactante documental de lo ocurrido al interior de la carrera de Geografía, “A los Pies de Andrés Bello”, donde mujeres y hombres estudiantes militantes de izquierda fueron sumariados bajo distintos cargos denunciados por sus propios compañeros de carrera. En este contexto, es relevante rememorar en un documento escrito algunos de los hechos injustos y arbitrarios que ocurrieron. Hechos que obligaron a varios académicos e investigadores a salir al exilio de manera forzosa, perdiendo nuestra casa de estudios y, el país, un tremendo potencial científico académico, como ocurrió unos años antes en Argentina con la dictadura de Onganía, posterior a la tristemente célebre noche de los “bastones largos”. En el caso del Departamento de Geología hubo varios episodios vergonzosos y de persecución que ocurrieron post golpe cívico militar, pero tal vez, uno de los más emblemáticos, fue el que vivió el profesor Luis Aguirre Le Bert, quien fuera Director del Departamento de Geología durante el gobierno del presidente Salvador Allende. El profesor Aguirre, junto a los colegas del departamento Reynaldo Charrier, Enrique Tidy y Estanislao Godoy (Pirzio) y el geólogo francés visitante Jean Claude Vicente (fallecido en diciembre de 2022), estaban participando de una transecta de los Andes entre las ciudades de Santiago y Mendoza, en el marco de un proyecto del Programa Internacional de Correlación Geológica (IGCP) auspiciado por UNESCO. Ocurrido el golpe de Estado, se cerró la frontera obligando a finalizar anticipadamente la transecta. Recién el día 21 de septiembre pudieron ingresar a Chile, donde los militares detuvieron a Luis Aguirre y Reynaldo Charrier quienes fueron trasladados a Río Blanco y, luego, a Los Andes, donde compartieron una noche en el calabozo de la comisaría. Al día siguiente fueron liberados, regresando a Santiago. A su regreso a la capital el profesor Aguirre presentó su renuncia al cargo de director de departamento al nuevo decano designado de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. A partir de ese momento, se inició una canalla campaña de menoscabo hacia el profesor Aguirre. Se le trasladó a una pequeña oficina sin luz natural y teléfono que existía en el subterrá-

neo del departamento. Cada vez que recibía una llamada telefónica o él debía realizar una, tenía que utilizar un teléfono que estaba en un pasillo bajo la supervisión de un estudiante. Todo este trato irrespetuoso fue con conocimiento y, al menos, con la aceptación tácita del nuevo director. No obstante, hay un momento de inflexión o punto de quiebre en esta historia, cuando fue citado a la oficina del fiscal. En dicha reunión el fiscal le explicó que era objeto de indagación, pues había una carta acusatoria firmada por académicos y estudiantes del departamento. Durante la conversación le informó de qué se le acusaba. Había dos hechos que eran absolutamente imposibles y fácilmente desmentibles. Uno de ellos fue que había conspirado para que se hiciera una manifestación de los estudiantes de Geología contraria al golpe militar, cosa no posible dado que él se encontraba en Argentina junto a los otros profesores del departamento que habían participado en la transecta. El otro fue que se le acusaba de haber colgado un inmenso lienzo en el frontis del edificio del departamento que daba al Cuartel Blanco Encalada, con una consigna parecida a "Soldado no dispares, tú también eres pueblo". Esto último era bastante difícil de sostener, dado la contextura que tenía y aún tiene el profesor Aguirre. Pero lo más brutal no fue de qué se le acusaba, a todas luces mentiras e inventos sin ningún fundamento que eran fácilmente rebatibles, sino que entre quienes firmaban la carta acusatoria había un Mondego de Edmundo Dantés personajes del Conde de Montecristo, de Dumas. Ese amigo, con cuya familia se juntaban a compartir en más de algún fin de semana, era uno de los firmantes y acusadores. Este hecho gatilló el autoexilio, que en el fondo fue un exilio forzoso. El profesor Aguirre en ese entonces era una eminencia en las ciencias geológicas de nuestro humilde y pobre país. Muchas son las contribuciones científicas y de cartografía geológica que se conservan del Instituto de Investigaciones Geológicas (IIG, hoy Sernageomin), fundado a la semejanza del Servicio Geológico de Estados Unidos (USGS). Ante la urgencia de partir al exterior

y escapar de una terrible y asfixiante realidad personal, pero también para su familia, es que el Dr. Nishimura, Jefe de la Agencia de Cooperación Internacional de Japón en Chile (JICA) realizó una serie de gestiones para financiar la estancia y el viaje al profesor Aguirre y su familia a Japón, donde en la Universidad de Hokkaido creó un proyecto de investigación que le permitió obtener su grado de doctor. Después de allí, el Dr. Aguirre tuvo la oportunidad de instalarse y dar clases en universidades en Liverpool y Marsella. El año 1994 tuve la oportunidad de presenciar una charla del Dr. Luis Aguirre Le Bert sobre metamorfismo de muy bajo grado en el Congreso Geológico Chileno organizado por la Universidad de Concepción. Al año siguiente tuve clases de Petrología en la carrera de Geología de nuestra facultad. Habían pasado más de 20 años y nuestro Edmundo Dantés había vuelto del castillo de If, pero a diferencia del Dantés de la novela, no regresó a buscar venganza, sino a continuar enseñando a las nuevas generaciones de geólogos y a contribuir al conocimiento geológico de nuestro país.

Ahí, detrás de los barrotes

Ronnie Ramírez García

*A Zita Cabello-Barrueto,
incansable luchadora por la justicia y la verdad*

El viaje apresurado del que nos traían de vuelta había sido desde la comisaría de El Salvador hasta la Cárcel de Copiapó, directo a las celdas de aislamiento. Nos condujeron por los pasillos de la cárcel, rápido, sin contemplaciones, cinco prisioneros atados de manos y pies, de regreso. Días antes nos habían sacado de improviso, sin ninguna explicación, y mantenido en secreto, fondeados, sin pan, agua, nada, en una celda de tres por cinco metros, con hambre, el rincón por baño. Por la ventana veíamos a unos pelados acuartelados, algunos muchachos se apiadaron y nos dieron pan y agua por entre los barrotes. No sabíamos quién había dado la orden de ese brusco traslado, pero en esa época hasta preguntar era peligroso. Ese confinamiento duró hasta que el comandante del Regimiento de Copiapó notó nuestra ausencia, quiso saber que había pasado con nosotros, preguntó por qué estuvimos ausentes al paso de la comitiva, habían faltado algunos presos, esos éramos nosotros. Por lo tanto, sin más, nos mandó a buscar, airado. Al ver llegar el vehículo desde El Salvador y en la puerta del regimiento, el comandante se asomó al furgón para vernos, distinguió a sus ocupantes a través de los vidrios todavía empañados por la camanchaca de la noche. A pesar de su

ira, cayó en cuenta que ya no era el momento, no se podía continuar con la masacre de detenidos acaecida el día anterior. Ese horrible hecho había sido un golpe fulminante a su autoestima, su honor militar, tuvo que permitirlo, quiso oponerse, pero no pudo, cobardía o la debida disciplina, como usted quiera, apenas pudo soportarlo, a esta altura la comitiva encargada del sucio asunto había partido, abandonado la localidad. Así que, sin dudar, dio la orden.

—¡Llévenlos de vuelta a la cárcel!

A su lado, dos oficiales jóvenes intervinieron, reclamando.

—¡Pero comandante! Déjenlos con nosotros y terminamos la tarea, tenemos corvo y balas.

A penas los miró e hizo caso omiso. Estaba hastiado, algo pesaba en su consciencia. Nuestro grupo, de cinco detenidos había sido sacado intempestivamente de la cárcel y llevado a la comisaría de El Salvador justo antes de que pasara la Caravana de la muerte. Esta había llegado en helicóptero proveniente de La Serena, con el general, sus oficiales y sus instrucciones enviados desde lo más alto. Un golpe ágil e inteligente, planeado por un oficial antigolpista, tuvo por efecto sustraer otras posibles víctimas en un momento tan decisivo. Transcurrido lo peor, para el comandante ya era tarde, las cosas se habían echado a perder. Ya el día anterior los familiares de los detenidos, al constatar sus ausencias y sin obtener explicación alguna, realizaron una valiente manifestación frente al regimiento, clamando por sus prisioneros; temían lo peor. Ignoraban que sus seres queridos habían sido arrancados de la cárcel en plena noche, después de leer una fatídica lista, arrastrados a un camión, fuertemente custodiados. El viaje había durado veinte minutos hasta que el camión se detuvo en un despoblado, los bajaron a golpes de culata y patadas, luego los masacraron, uno a uno, sin ninguna compasión. A continuación, y en secreto, con los cuerpos todavía tibios, sangrantes, sus ojos abiertos, habían sido sepultados, en el mismo desierto, mientras la luna y los faros de los vehículos

alumbraban a los soldados que cavaban presurosos, muertos de miedo, llorosos, conmocionados, porque una matanza así, a corvo limpio y tiro de gracia, era su primera vez.

Nosotros los cinco de regreso de El Salvador, no lo sabíamos. Creíamos que volveríamos a los dormitorios colectivos, pero no, fue directo a las celdas de aislamiento, uno en cada una, el guatón que todavía me acompañaba, al lado. Ya, más tarde, empezamos a preguntarnos qué pasaba. Algo sospechábamos, estaba en el ambiente, en el silencio incómodo de los guardias, en lo presuroso de sus gestos, pero sobre todo teníamos esos testigos mudos, depositados frente a nuestras celdas, una larga fila de bolsos, ropa y enseres. Esos bultos nos interpelaban con su lenguaje triste y desgarrador.

Al día siguiente en la mañana un guardia nos trajo una taza de café y un pan. Me atreví, curioso, a preguntar. El hombre murmuró entre dientes:

—Son las cosas de los que sacaron el otro día. Ya no las necesitan.

Fue toda su respuesta. Así, de a poco, la verdad iba apareciendo. Pero ¿a cuántos sacaron?, ¿a nuestros compañeros?, ¿los mataron?, ¿por qué y cómo? La muerte ya estaba ahí, a nuestro lado, luego sabríamos que ese monstruo infame se adueñó del país, por mucho tiempo. Por más que nos pesara. La misión del helicóptero con su comitiva traía una orden desde lo más alto, de Pinochet. Revisar las sentencias de los consejos de guerra. Al parecer las autoridades militares locales habían sido muy blandas. El dictador quería poner las cosas en orden. Trece hombres fueron sacados el 16 de octubre de 1975 desde la cárcel de Copiapó. Todos muertos, se dijo en el periódico local, mintiendo, como ya era costumbre, se aplicó ley de fuga. La verdad es que los habían asesinado fríamente, a la mitad del camino, con corvos y un tiro de remate. Uno de los detenidos le gritó a su asesino. “Si eres tan valiente márame tú mismo, con tus

propias manos". Después ocultaron sus cuerpos en algún lugar del descampado. Solo el viento y la arena del desierto alisaron con amor las anónimas tumbas perdidas por muchos años.

Esa misma noche, la primera de nuestro aislamiento encontré en el rellano de la puerta unos cigarrillos y una caja de fósforos. Le pasé uno al guatón en la celda del lado, fumamos en silencio, mientras el humo ascendía lento y la vida se nos iba en esa nube gris que traspasaba los barrotes, alejándose irremediabilmente. Estábamos solos, muy solos con nuestros pensamientos. ¿Qué será de mi mujer? ¿De mis hijos? ¿De mis padres? Creo que al quinto día nos sacaron de ahí, volvimos al dormitorio colectivo. La cárcel de Copiapó había retomado su trajín habitual, con visitas a los presos, el rancho, las carretas y el devenir en medio de esos días terribles, cargados de incertidumbre y una pena profunda.

Un buen día el alcaide nos llamó. Nos dijo.

—Ustedes están rematados, lo mejor es que pidan el traslado a Santiago, cerca de sus familiares, aquí corren peligro.

Así lo hicimos, al mes nos comunicaron que el traslado se haría con paradas en cada una de las cárceles hacia el sur, la primera sería Chañaral. Llegó el día, a mí y al guatón nos subieron a un carro de gendarmería con otros presos comunes. Ese viaje no lo olvidaría jamás, tampoco los rostros, el recuerdo de nuestros amigos y entrañables compañeros asesinados, perdidos para siempre por sus familias. Dejábamos la fraternidad entre hombres dignos, valiosos, cuya vida les fue arrebatada tan violentamente. Su historia había surgido de los campamentos mineros, crecido con el sueño que constituía el cobre para Chile, esa patria que se levantaba con el empuje y entusiasmo de los trabajadores, esa sufrida tierra del norte del país. A ella pertenecían mis hermanos; Benito Tapia, presidente de los mineros, Magindo Castillo, presidente de los trabajadores de la fundición, Ricardo García, gerente general de COBRESAL y Winston Cabello, compañero de universidad, jefe de la oficina de Planificación en Copiapó.

Ahí cerca, a solo kilómetros al este de este fértil valle, en esa época del año, en octubre, las montañas aún se cubren de nieve. Arroyos se desprenden de las alturas y bajan ruidosos, con su música juguetona, grillos que cantan, pájaros y flores que hacen de ese lugar su paraíso. El agua alimenta una naturaleza sedienta, verde, generosa, la vida nace y renace, una y otra vez. A partir de ahí, mi vida fue un lugar de cárceles, exilio, partidas y regresos. Sin embargo, ellos siguen estando presentes. A pesar de los años, y a pesar de que toda el agua de la tierra, la nieve y las montañas, no podrán borrar tanta ignominia, nada, nada me arrebatará este recuerdo.

El último combate

Ronnie Ramírez García

Afuera, vehículos militares pasaban raudos, ventanas de las casas cerradas, calles vacías, salvo algunas personas que apuraban el paso buscando refugio en sus domicilios. Valparaíso amaneciendo a un gris nuevo día, sin futuro, que empezaba hoy.

Víctor se pegó a la radio. La Junta Militar daba a conocer la declaración de Estado de sitio. La marina había ocupado el puerto temprano en la madrugada. Una súbita sensación de frío intenso lo invadía, de pronto todo lo que temían se hacía realidad. Trataba de dimensionar lo que estaba en juego, temía lo peor, los presagios abundaron y fuertes signos habían anunciado lo que venía, las salidas eran pocas. Pero un golpe que se imponía así, sin resistencia, no estaba previsto.

Necesitaba salir a ver lo que pasaba. Los marinos armados hasta los dientes copaban los edificios oficiales, cerraban las avenidas principales, allanaban casas. Observó los primeros camiones con prisioneros, rodeados de soldados y marinos, bayonetas en ristre. Reconoció algunos rostros, pero nadie de su grupo; algo se podía hacer, no todo estaba perdido. Decidió ir, aunque era peligroso, a chequear el local del Partido y la sede de la UP, pasar por la universidad, las fábricas en manos de los trabajadores, la radio. No necesitó llegar más lejos, el panorama era desolador, todos los locales tomados,

el puerto y las poblaciones en silencio, helicópteros de guerra en el cielo. Desde lejos, los cerros despedían extrañas fumarolas y columnas de humo.

Inquieto, retornó a su cuarto, la noche se hizo interminable. Al día siguiente, desafiando el toque de queda se asomó a casa del encargado, no alcanzó a llegar, al frente un camión con militares vigilaba. Estaba claro, había que sumergirse. Desde Santiago, la radio informaba: La Moneda bombardeada, Allende muerto, miles de detenidos, los primeros fusilados. Pensó, todo lo avanzado estará perdido definitivamente. Pero si al menos el grupo estuviera intacto daríamos la última pelea. No podemos quedarnos con las manos cruzadas. ¡Eso no! Decidió volver a su refugio antes del toque de queda, ahí al menos estaría seguro por un tiempo más. Trataría de dormir, tenía que estar alerta, retomaría los contactos el día siguiente.

Despertó temprano con los primeros pasos de transeúntes apresurados. Se levantó, fue al teléfono público, llamó al José, este contestó de inmediato:

–Aló, se escuchó una voz al otro extremo.

–¡El cumpleaños será mañana!, dijo el Víctor, contento de escuchar la voz del José.

–¡De acuerdo viejito! ¡Ahí nos vemos! Antes de que este cortara, Víctor recobró la serenidad y respiró profundamente.

Con paso seguro caminó hasta el siguiente teléfono público, en la esquina de la placita más abajo. Hacía frío, pero igual el sol iluminaba el magnífico escenario del puerto. Marcó el número de Pedrito. Este era el menor del grupo, siempre de buen humor, acostumbraba a cerrar los trabajos con su famosa frase: ¡Ni Pancho Villa lo hizo mejor!

Como si hubiera estado esperando toda la noche al lado del teléfono, Pedrito descolgó el teléfono.

Atento escuchó la invitación. Solo agregó:

–¡Al cumpleaños llevo mis botellas! ¡A la hora de siempre!

Este plan acordado, lo habían ensayado varias veces, incluso llegaron a pensar que era una fantasía, pero hoy lo ponían en práctica, de pie frente a ellos, en toda su realidad. Hasta el momento nunca nadie había fallado. Víctor encargó a Pedrito de contactar al Nico y al Pocho, este último jefe de un equipo vecino, con los cuales ya habían jugado juntos. Si todo iba bien, estarían completos para el partido de mañana.

De vuelta, se detuvo frente al negocio del gringo, notó que como por milagro habían aparecido todos los productos racionados. Compró algunas cosas para comer, con eso tendría hasta el día siguiente. Canceló poniendo los billetes sobre el mostrador, el gringo tenía una mirada desconfiada. A pesar de esta súbita abundancia, los consumidores no eran tantos a esa hora. Al irse, Víctor le dijo de pasada: ¡Ahora estará contento, don Walter! El gringo no respondió, fingió estar muy ocupado, entró a la bodega y desapareció en la pieza de atrás.

Se despertó en él un hambre de semanas, preparó un desayuno abundante y después se dedicó a ordenar la pieza. Eliminó todo papel comprometedor, rió frente a lo magro de sus pertenencias: un bolso deportivo donde cabía su ropa, algunos libros, casetes, la radio chica y el paquete de cartas. Se preguntó si valía la pena seguir guardando las misivas de Laura, ahora ni siquiera sabía dónde estaba, ni con quién. Con un gesto de rabia las tiró dentro del bolso. La radio seguía soltando a los cuatro vientos su bandada de cuervos negros. La muerte estaba en todas partes. Pensamientos negros lo rondaban. ¿Cuál sería la suerte de tanta gente? ¿En qué momento le tocaría a él? Cerró los ojos y apretó los puños.

La noche con sus sombras cubrió los cerros, y con ello volvieron de nuevo los ruidos de helicópteros, camiones, disparos, en el cielo una gran luna se imponía, bañaba el puerto con su luz fría. El encuentro del grupo fue a la hora acostumbrada. Sin golpear, cada uno entró a la pieza, en algunos el abrigo ocultaba un fusil, otro

una metralleta, una escopeta recortada, el morral con tiros. Era todo lo que tenían, no faltaba nadie. Había inquietud, pocas palabras. Solo Pedrito acotó: “se llevaron a mi viejo y a mi hermano, no pude hacer nada”.

Dejaron pasar una hora, lo negro de la noche les advirtió que había llegado el momento, se miraron a la cara, se dieron las manos, no había miedo, sabían lo que se estaban jugando. Salieron uno a uno, siguiendo los pasos del anterior.

El grupo avanzó rápidamente con una energía desconocida, eléctrica, sigilosos se dirigieron hacia el puerto, la aduana y la cárcel, edificios custodiados por marinos, a esta hora ya un poco confiados. Protegidos por la oscuridad y en silencio se fueron ubicando cada uno en el lugar indicado, la respiración entrecortada y el corazón palpitando fuerte. Víctor con su primer tiro daría la señal de partida, las armas preparadas, todo estaba listo.

El disparo sonó seco y claro, la súbita fusilada causó estragos entre los despreocupados marinos, algunos cayeron al suelo heridos, otros parecían inmóviles. Del recinto militar disparaban sin saber a quién, la confusión era total. Un golpe totalmente inesperado, solo alcanzaban a ver desde distintas partes desde lo alto del cerro, ráfagas y tiros que los buscaban sin piedad. Gritos de triunfo salían del grupo bien distribuido en las guaridas improvisadas. Por un momento el combate arreció de ambas partes, la batalla no podía durar mucho, las balas se terminaban, poco a poco los cañones se fueron callando hasta humear inútiles en sus manos. Buscaron un rincón para depositarlas, y el ruido metálico al caer fue como un fin de fiesta.

Los atacantes volvieron a la realidad. Víctor puso sus dedos en la boca y el silbido atravesó el aire, uno a uno el grupo se fue reuniendo en la esquina. Angustiado, Víctor los contaba en silencio, un alivio, estaban todos. Pedrito apoyado por el Pocho avanzaba sangrando de un hombro, lo examinaron con atención, no

parecía muy grave. Antes de dar la señal de retiro, Víctor le ordenó al Pocho –Sabes donde llevarlo, ahí lo curarán– el otro asintió y el grupo empezó a retirarse, en el mayor silencio. Con las manos en los bolsillos, en medio de la noche, por el camino que cada uno conocía, emprendían la marcha de regreso. Por mucho tiempo no volverían a verse, llevaban los dedos quemados de pólvora, el corazón más liviano y una sonrisa larga, esa, la del último combate.

Memorias de infancia de la mano de una dictadura

Lorena Riquelme Pino

En aquellos años de mi infancia, la dictadura gobernaba y los sueños se mezclaban, con mi mundo ideal y ese mundo impuesto, donde los privilegios eran solo para unos pocos, y no eran para nosotros.

Mis padres hacían lo posible por darnos una buena vida, vivíamos en una hermosa villa, terrenos que pertenecieron a los Cousiño de Macul, donde la discriminación se hacía presente, día a día.

Se sabía de vecinos que habían llegado a vivir a sus casas y solo duraron unos días después del golpe y desaparecieron.

Recuerdo en una ocasión pasar en una micro llena, en brazos de mi padre, por la Alameda, frente al edificio Diego Portales. En mi inocencia de niña pregunté a mi padre si en ese lugar estaba el zoológico, mi padre se sorprendió e incluso le dio risa, pero la gente que me escuchó, no aguantó y rió con ganas.

Desde muy pequeña me di cuenta de que no había libertad, lo veía en los ojos de mi madre, cada vez que nos cruzábamos con algún uniformado, su rostro se desencajaba del terror que le provocaba, sin querer fue replicando su opresión en sus hijos, hoy comprendo que aquello fue su modo de protección, su modo de sobrevivencia.

Recuerdo un día que se nos hizo tarde, el toque de queda nos sorprendió en la esquina de El Líbano con Purránque, pasaban las tanquetas a toda velocidad hacia el sitio eriazado que se encontraba

detrás de mi casa; yo, como niña, vi la preocupación de mis padres, dos adultos con cinco niños. Corrí para llegar más pronto y mi madre me tomó del pelo largo, evitando que fuera una muerta más en dictadura.

En alguna ocasión escuché a mi padre, un demócrata de lomo y toro, contar de aquellos lamentos agónicos que se escuchaban en las calles, vertederos, e incluso en el sitio eriazo detrás de mi casa.

El sufrimiento se caló en mi cuerpo y mi corazón, empatizando con el dolor de mi país y toda su destrucción.

Mi tío Toño, un sindicalista luchador de los trabajadores, fue golpeado en un hospital público, llevándolo finalmente a su muerte con menos de 40 años, y mi tía, una mujer luchadora, valiente y resiliente, fue una viuda y mis primos pequeños de 7 y 8 años fueron huérfanos de la dictadura.

Los siete y ocho años marcan la vida de muchas personas, en mi caso los 12 años, ahí quede huérfana de mi padre, el sostenedor de la familia y la dictadura se hizo más intensa después de su partida.

Tenía sueños, médico veterinaria, soñaba con ser Miss Chile, creía que podía lograr algo con mi belleza interior. Pero ahí me di cuenta de que no pertenecía a la casta que lograba esos sueños.

Cuando salí del colegio mi madre me aterrizó, al decirme "tienes que trabajar, yo no puedo pagar estudios" y esa es la realidad de muchos de mi edad, todos los sueños se perdieron en un pozo oscuro por el beneficio de unos pocos.

No pasó mucho tiempo para darme cuenta de que mi encanto interior solo podía servir para un grupo de pudientes aprovechando sus cargos con insinuaciones, y la realidad era simple, no importa la inteligencia, las oportunidades eran para otros, no para personas como yo... yo solo era una más en un millón.

¡Habla, conchetumadre!

Igor Rosenmann Becerra

Abrió la primera carpeta de una de las pilas y tomó, lo más delicadamente que le permitían sus torpes dedos gordos, uno de los grupos de papeles unidos con un fino alambre que perforaba las hojas y las apretaba evitando su separación. El papel era suave, muy liso y se podía inferir que originalmente fue muy blanco.

Esto evidentemente generaba una unidad temática, pensó Greg Grey, y se dispuso a leer con fruición, sentado en su antiguo y cómodo sofá rojo:

“...En la tarde, ya cuando el ramaje de los árboles se recorta detalladamente negro contra el cielo apenas celeste de uno de los últimos días del mes de julio de 1976, estábamos con mi hermano en plena actuación de la obra de teatro “Día”, que había ganado el Primer Premio en el Festival de Teatro del año 1974 en el Liceo Darío Salas, donde yo estudié la enseñanza media y donde se hacía mucho teatro (prácticamente todos los cursos tenían un grupo).

En ese momento, entró violentamente al auditorio de la Escuela de Artes y Oficios de la Universidad Técnica del Estado un grupo grande de carabineros fuertemente armados. La sala era de color amarillo cuando el iluminador encendía las luces. Como él no estaba, no supimos quién las encendió en ese instante, ni tampoco supimos más de él, pero esta vez, la sala se alumbró gris. Íntegramente gris.

Con un miedo que recorrió todo nuestro cuerpo, detuvimos inmediatamente la actuación, junto a un escalofriante murmullo del público presente. Cuando el comandante con su robusta corporalidad y una brutal voz ronca gritó que estábamos todos detenidos, me percaté de que entre los uniformados estaba Mario Díaz, un exalumno del Liceo, militante de Patria y Libertad y que fuera inspector ese primer año de la Dictadura.

... Él sabía de mi militancia comunista y que yo era miembro de la Brigada Ramona Parra, que llenaba de color los muros de la ciudad con propaganda política y murales del Mono González, del “Cura” y el “Angela Davis” (estos dos últimos, eran unos incógnitos estudiantes de arquitectura). Desesperado, traté de encontrar alguna forma de escapar por alguna puerta que estuviera en el muro trasero del escenario y que yo suponía daba a un patio interior de la Universidad. Fue infructuoso. No di con nada. ¡No pude!

Nos subieron a todos a unos destartalados buses que estaban dispuestos en la calle Ecuador. Éramos unas 150 personas o más. Nos llevaron a una comisaría cercana. No viajamos mucho tiempo en esos buses o el tiempo pasó muy rápido mirando la noche brumosa. No sabría decir si esa extraña bruma era por la suciedad de las ventanillas o por mi angustia.

Recuerdo una casa antigua y un patio grande... una multicancha podría ser, con un pavimento duro gris azulado y reflejos de una luz artificial que caía de muy alto. No recuerdo haber visto la fuente de esa luz, pero sí oí mi nombre, después de estar horas formados en una fila que coincidía casi perfectamente con el eje de la cancha. Enfrentábamos directo al arco.

Me separaron de la fila y me trasladaron a empujones, junto a otros nombres, a un estrecho recinto que no era completamente un interior, era un porche y hacía frío, mucho frío. Éramos cuatro nombres seleccionados.

Después me hicieron entrar sin violencia a un recinto grande, con un escritorio grande y apareció un hombre grande, de civil, imponentemente alto, rubio peinado, ojos verdes inquisidores. Su rostro blanco transmitía violencia y odio.

Y así fue el primer interrogatorio:

*¡Habla, conchetumadre!
¡Dime el nombre!
¡Qué hacía este mierda contigo!
¡Qué hacía contigo!
¡Dónde militabas, conchetumadre!
¡Habla, conchetumadre!
¡Qué hacías en el local de República!
¡Habla, conchetumadre!
¡Habla, conchetumadre!
¡Habla, conchetumadre!
¡Habla, conchetumadre!*

Los potentes puños de este Hombre Grande, Blanco y Rubio, penetraban en mi rostro, en mi estómago, en mis testículos, de nuevo en mi rostro, de nuevo en mi estómago, de nuevo en mis testículos, y así sucesivamente, hasta no poder más.

Yo no contestaba, no sabía qué decir.

Tenía 18 años, era un militante cualquiera, no tenía información y ellos no sabían mi chapa.

Este hombre grande, blanco y rubio, no me preguntó por mis compañeros de la Brigada, ni por nadie de los que conocía de la Juventud Comunista. Estaba obsesionado por otros nombres que repetía incansablemente con cada golpe.

No podría afirmar con seguridad de que el hombre grande blanco y rubio, se aburrió de interrogarme, pero algo parecido le pasó. Hizo una fugaz seña a uno de sus asistentes, que siempre es-

tuvieron allí presentes como fantasmas negros. Inmediatamente, el aludido asistente me vendó fuertemente los ojos (¿por qué no me los vendaron antes? ¡El hombre grande, blanco y rubio querría que no lo olvidara jamás!) ⁽⁶⁾...

Greg Grey interrumpió un momento su lectura. Estaba embelesado, confundido y conmocionado a la vez. Se acomodó como pudo en el sofá rojo y prosiguió:

... Por los chirridos de las bisagras de la puerta y la vista hacia los pies que queda entre la tensada venda y el inabordable tabique nasal, me di cuenta de que me estaban subiendo sin violencia a un furgón blanco con un piso de metal diamantado, todo hermético y oscuro. Sentí a mi lado otro cuerpo. Levanté levemente mi cara hacia el cielo para mirarlo. Tenía barba, lo veía negro. Se quejaba mucho, jadeaba, con mucho dolor gimió su nombre...

Lo bajaron en un lugar donde abrieron un gran portón metálico, solo para ingresarlo a él. Mucho tiempo después supe que era Villa Grimaldi. No entró el furgón.

Partió rápido solo conmigo. Nos dirigíamos a Cuatro Álamos. Pude percatarme por la conversación, con la cara hacia el cielo y la vista hacia adelante, de que había dos personas al lado del chofer...

Con un clip corroído, estaba adjunto un documento de cuatro hojas.

⁶ () Gabriel nunca lo olvidó. A principio del año 2000, 24 años después de lo ocurrido, lo citó la Policía dedicada a la investigación de las violaciones de derechos humanos durante la dictadura cívico militar en los años 74-76. Querían saber si recordaba haber estado con alguien en el furgón que lo trasladó a Cuatro Álamos. Le mostraron una foto: era Juan Héctor Moraga Garcés, detenido desaparecido. Gabriel recordó sus vendados balbuceos al lado de él, pero no podía recordar su rostro, era imposible hacerlo en esas condiciones, como se explicará en el relato de Gabriel que Greg Grey lee extasiado.

Pero ahí también supo que el hombre grande, blanco y rubio era Rolf Wenderoth Pozo, oficial de Carabineros. Un policía había sacado de una robusta estantería un enorme libraco con miles de escritos y cientos de fotos, recorrió rápidamente las hojas con sus ágiles y sabios dedos hasta llegar a una imagen. ¡Ahí está, señor! Él fue quien lo interrogó ese día. Gabriel miró por muchos minutos la pequeña imagen en blanco y negro del hombre grande, blanco y rubio que lo había torturado inútilmente.

En la esquina superior derecha, apenas perceptible, se veía un logo: Poder Judicial.

El escrito comenzaba con una fecha con letras: diecisiete de octubre del año dos mil tres. Greg Grey notó que Gabriel había destacado con un lápiz azul, presumiblemente un bolígrafo, la siguiente descripción que escribo textual aquí:

“Debo hacer presente a S.S. que para mí todos esos instantes siempre me parecieron eternos, tal vez mi apreciación del tiempo en ese instante no era real, pues pude haber viajado unos diez minutos realmente y no media hora. La situación angustiosa por la que pasamos nos hizo perder la noción del tiempo...”

Junto con lamentar no tener a mano en ese momento un destacador más potente, de esos de colores indelebles pero transparentes, que usaba su padre y que él tenía celosamente guardado en un cajón de un antiguo escritorio, Greg Grey se preguntó:

¿Cuatro Álamos? ¿Villa Grimaldi? ¿Qué lugares serán estos? ¿Por qué hablaba en plural en ese escrito del año 2003 y en su relato decía que estaba solo?

Tenía mucho que indagar sobre esa época para entender más. Al darse cuenta de la hora y con esa tarea en su mente, decidió suspender su lectura.

El arroz con huevo más exquisito de mi vida

Igor Rosenmann Becerra

Greg Grey se levantó sobresaltado. Caminó al lugar de la oficina que había destinado a esta inusual investigación. De un estante de plástico reciclado especialmente habilitado para ello, extrajo una caja de plástico no reciclado. Con sus dedos gordos, soltó delicadamente los broches a presión y sacó los papeles. Se sentó cómodamente en su sofá rojo y leyó:

... Muchas puertas metálicas se abrieron después, pero ya no de furgón.

Eran las típicas puertas de edificaciones comerciales o industriales, hechos con perfiles metálicos en L, que soportaban planchas de acero, que otorgaban, a pesar de su liviandad, una apariencia de fría y brillante seguridad.

Ese brillo que reflejaba una luz azul, era la que yo percibía, mirando como se mira cuando uno está con los ojos fuertemente vendados, como ya he explicado. Esa luz producía más terror al ambiente de circulación, que el que ya tenía incorporado en mi cuerpo desde que me subieron al furgón ese.

Finalmente, entramos con aquellos agentes, a un pasillo café, lúgubre. Se iluminaba con una sola ampolleta incandescente, que, con su fuente de color amarillento, otorgaba al espacio una sensación algo más cálida e ilusoriamente aliviadora. Se veían varias puertas en el lado derecho del pasillo. Uno de ellos, sin violencia, me

tenía tomado del brazo y me hizo señas para que entrara a una de las piezas que daban al pasillo ese. Me soltó el brazo y entré.

A boca'e jarro me encontré frente al oscuro rostro espantado de Nelson. Un poco más atrás, divisé la blanca y tersa cara de Omar. Este, más sereno que Patricio, que estaba al fondo, tembloroso, sentado en una de las camas de abajo de los dos camarotes de estructura metálica del tipo regimiento, que constreñían aún más el ya reducido recinto. No recordaba haber estado antes en una celda.

Éramos los mismos cuatro nombres seleccionados que estábamos con mucho frío en el porche ese. Solo nos miramos aterrados, nuevamente no hablamos nada. Tampoco dormimos. Sentí siempre mis ojos abiertos al unísono con los de ellos.

Fue la noche más tétrica de mi vida, sin saber lo que vendría...

A Greg Grey se le había dormido una pierna. Ese típico hormigueo que le recorría desde la ingle hasta sus pies, transformó la comodidad inicial en lo contrario. Una tensión corporal invadió su ser.

Detuvo la lectura.

Después de caminar un poco, se mitigó el hormigueo y también el temblor de las manos. Se acomodó de nuevo en el sofá rojo y prosiguió:

... los 5 días que estuve en el Centro de Detención y Tortura Cuatro Álamos, que dirigía la Dirección de Inteligencia Nacional, me pasaron muchas cosas:

– Inventé un juego parecido al solitario, con unas monedas de 10 pesos (que nunca entendí por qué no me las quitaron), usando las diferentes trazas de líneas y franjas del desteñido diseño, tipo escocés, de las frazadas. Los cuatro jugamos mucho con ellas.

– Me interrogaron tres o cuatro veces, no recuerdo bien. Me preguntaban siempre por los mismos personajes y yo, como siempre, no sabía qué responder.

– *Sostuve interesantísimas y profundas conversaciones íntimas con mis tres obligados amigos.*

– *En uno de los interrogatorios, me acostaron en una cama del mismo tipo de las que dormíamos, pero sin colchón. Balbuceaba que era estudiante de arquitectura al sentir las frías cintas metálicas en mi espalda y una corriente eléctrica que invadía mi cuerpo desde el dedo gordo de mi pie hasta la coronilla....*

– *Supimos que Patricio era sobrino de la secretaria general del partido y nos explicamos por qué, con su corta edad, estaba con nosotros.*

– *Uno de los interrogatorios fue extrañamente tranquilo, el interrogador era pausado y aparentaba ser una buena persona, que me quería ayudar, que era mejor que diera nombres, que confesara, que todo iba a pasar, que todo acabaría bien. Era psicólogo y me hizo un test. Fue un bálsamo...*

– *Otro día, nos fue a “inspeccionar” Manuel Contreras, el director de la DINA. Por el revuelo de los guardias que hubo antes de que llegara, percibí que era alguien importante. Como 20 años después supe que era él... Recuerdo que entró a nuestra celda, me miró fijamente a los ojos con odio. Lo vi grande y macizo, ojos duros y penetrantes, sentí pavor solo con su mirada. Nunca olvidaré su rostro.*

– *Unos de esos días estuve en el pasillo, formando una fila. Creo que, esperando mi turno de ingreso a las duchas, estaba vendado... ¿o fue cuando llegué? La cosa es que sentí el sonido del paso de la bala de un arma y un delicado golpecillo en mi columna con el cañón de esa misma arma. Cuando él gritó “¡ya!, ¡me cabré!, matemos a este comunista culiao”,*

me imaginé el dedo índice de él, presto en el percutor para disparar. Solo recuerdo el incontrolable temblor de mis piernas, no paraban de agitarse, me imaginaba muriendo allí, atravesado por las balas de una metralleta. Pero el horroroso miedo a morir así, y tan luego, mágica y repentinamente se transformó en una temeraria valentía y aceptación. Claro, no disparó, era un simulacro y yo aprendí a vivir con el miedo para siempre.

Greg Grey detuvo nuevamente la lectura... nuevamente se paró y caminó, pero ya no le hormigueaba nada ni tenía temblor alguno.

La rabia y la tristeza que se apoderó de su cuerpo al leer esa impactante lista de acontecimientos de Gabriel, se cristalizó en el espacio con una luz blanca y homogénea que penetraba por la ventana sur junto al sofá rojo. Greg Grey se había quedado detenido, erecto, mirando desde una distancia de dos metros el lugar del sofá rojo y vio cómo esa luz blanca y homogénea enfriaba el ambiente.

A pesar de esta onírica visión, nuestro amigo Greg no se intimidó y siguió leyendo.

... Cuando salí de Cuatro Álamos, pasé a Tres Álamos, campo oficial de detenidos políticos de la Dictadura. Fue un recorrido corto por otras puertas metálicas iguales a las que pasé hace 5 días. Pero esta vez, me sentí a salvo.

Con Nelson fuimos declarados, oficialmente, Presos Políticos. Al poco rato supimos que Omar y Patricio quedaron libres. No recuerdo la despedida.

Tres Álamos y Cuatro Álamos estaban colindantes, éramos vecinos, pero la diferencia era majestuosa.

A pesar de la noche sin luna, sentí que algo o alguien me iluminaba, estaba vivo. Cruz Roja y Amnistía Internacional lo confirmaban, examinando exhaustivamente mis ojos, mi corazón, mis pulmones, mi estómago, mis manos y mis pies.

Sí, ¡estaba vivo!

Me hicieron entrar por otra puerta metálica, pero esta vez era verde y no brillaba, el pasadizo estaba oscuro, muy oscuro. La puerta se abrió lentamente sin ningún chirrido. Me encontré con más de ochenta abrazos abrazados, de personas que yo no conocía, pero ellos sí a mí.

Así lo sentí, porque me apretaban fuerte con sus brazos grandes que me envolvían, cantando al unísono el “Negro José”.

Bienvenido compañero, bienvenido compañero, bienvenido compañero, bienvenido compañero. ¡Bienvenido compañero!

Yo no pude dejar de llorar en esa noche iluminada, hasta que me senté en una cálida mesa de madera, a comer el arroz con huevo más exquisito de mi vida.

El verdugo

Alexander Santander Olate

Esta herida sangrante que se aloja en mi pecho
No me deja tranquilo, me rehúso al perdón
Incubando en mis tripas una sed de venganza
Pido al diablo templanza y al santo resignación.

Si pudiera cazarte en esta noche intranquila
Te arrancaría los ojos sin ningún resquemor,
Pues mi vida cambiaste un domingo de mayo
Por más que pasen los años mi vida atrás se quedó.

Tú seguiste tu curso cual nada hubiese pasado
Mas el daño causado el odio en mí despertó
Quisiera este recuerdo de mi mente haber borrado,
Pero el zarpazo del puma despertó mi aflicción.

Con su risa destemplada muy campante por la vida
Amparado en la cortina de mal parida impunidad
Va marchando hacia el abismo con su corona de espinas
Ignorando que su suerte está a punto de cambiar.

Finalmente puedo verte frente a frente la cara
Y en tu cuerpo como perro el miedo puedo olfatear
Si es que hay algo en lo que crees es la hora de rezarle
El verdugo está impaciente por ver tu cabeza rodar.

Punta Arenas

Fin del verano

Paula Santibáñez Viani

Las hormigas le molestan cuando se pasean por sus pies, le gusta mirarlas hacer filas.

Papá le explicó que tienen sus casas debajo de la tierra y que en verano buscan comida.

Las sandalias café son sus favoritas, a mamá no le gustan tanto porque dice que le quedan chicas.

El tercer peldaño de la entrada de la casa es su lugar favorito para sentarse, alcanza a ver la calle, los vecinos del frente y si se para puede mirar si vienen autos o camionetas que se llevan a las personas. Sacude las hormigas que quieren trepar por sus tobillos. Mira los matorrales, las flores, más allá, la vereda del frente. Ahí vivía su amigo, mamá le explicó que se fue a vivir lejos. Por qué, le preguntó. Y la respuesta de mamá fue algo así como va a estar mejor en la nueva casa.

Almuerza arroz, zanahoria y pollo cocido. Estás algo enfermo, le explicó mamá, y es verdad, le duele la guata a ratos y no se siente tan bien, pero tiene ánimo de jugar y no fue a la escuela.

En la mañana puso un poco de azúcar en un rincón de la cocina y rápidamente, no sabe cómo, se ennegreció y se llenó de movimiento y apuro. Mamá no lo vio, estaba distraída. Está así desde que papá se fue. –A dónde fue papá– le preguntó y mamá le dijo que

a un lugar mejor, que ya vamos a estar con él. –¿Está con Raúl?– su amigo de la casa del frente–, preguntó. Y mamá le dijo que algo así.

Terminaron de almorzar, mamá recoge los platos. El niño la sigue a la cocina, ella abre la llave del lavaplatos y comienza con movimientos rápidos a fregarlos, la ve absorta en el ruido del agua. La mira, está concentrada, toma la pelota y comienza a jugar con el pie, controlándola pegada al piso, va al comedor y da botes suaves contra la pared, total ya no le dice nada.

Deja de chutear, los golpes a la puerta de entrada interrumpen el juego. Mamá sale de la cocina secándose las manos y mira hacia el lugar de donde proviene el ruido.

–¿Abro?– Pregunta Mati, los golpes eran muy persistentes.

–No, no... déjame a mí–. Ahora la puerta parecía que se iba a salir del quicio.

–Sale, que sabemos que estás ahí.– Mati abre los ojos y mira a su mamá. –Vieja comunista...– siguen gritando y pateando la puerta.

–Anda a la cocina, quédate ahí... No te asustes– le dice mamá. Se agacha a su altura, le pone la mano en el pecho y le da un beso.

–Abre la puerta vieja de mierda, te llegó la hora...

–Te dejé comida. Yo me voy con ellos. No hagas ruidos, viene la abue Margarita.

Escucha que su mamá dice fuerte: “¿a dónde me llevan?”. Y unas voces de hombre responden: “cállate vieja” y muchas palabras que no se dicen.

Se sienta en un rincón de la cocina, el piso helado, las rodillas pegadas al pecho, los dientes apretados y las manos tapando los oídos. La puerta se cierra fuerte y el sonido queda rebotando, hasta que el silencio se apodera de la casa. Con los ojos entrecerrados mira a las hormigas que se llevan el azúcar que dejó en la mañana, son miles.

Toma las llaves de la casa y las pone en el bolsillo del pantalón. El peldaño de la entrada de la casa es un buen lugar para esperar a la abue.

Las hormigas van en filas, recorren lugares enormes. Son tan chicas, entonces un paso de nosotros es tan lejos como la casa de la abue Margarita. Eso le dijo papá que se fue con su amigo de bigote que ya no tenía bigote. Salió de la casa con una bolsa de ropa, se despidió de mamá y a él lo abrazó.

Mamá me dijo que iba a venir a buscarme la abue Margarita, se dice para sí mismo bajito. Y se saca las hormigas que quieren subir por sus tobillos.

–Ahora mamá no está– susurra.

Desde la altura que le dan los tres peldaños de la entrada a la casa, mira a las pocas personas que pasan, la calle está silenciosa, por la vereda viene la vecina, esa que mamá saluda de lejos.

–¿Y tu mamá?– pregunta.

–Está en la cocina–. A ella no se le dice lo que pasa en casa. La vecina hace un gesto de saludo y él le responde moviendo la mano y con la otra sacude las hormigas de su sandalia café.

La abue Margarita no llega. La puerta está abierta, mamá siempre dice que cuide que no se cierre, pero tiene llaves y toca el bolsillo.

Las hormigas van en fila por el borde de la casa, las sigue con la mirada, desaparecen por la rendija del muro. Toma una piedra y les interrumpe el trayecto. –Soy el hombre malo que no te deja volver a casa–, dice en un susurro entrecerrando los ojos.

–Las hormigas pican– le dijo a mamá hace unos días. Y ella lo miró y dejó la tarea de cortar las hojas secas de las hortensias–. Sí, Matías, las hormigas pican–. Se acercó y lo ayudó a sacudirse las que estaban en sus pies.

–Parece que este invierno va a llover mucho, las hormigas están como locas buscando comida–, le comentó mientras le ponía las sandalias.

–Y papá va a volver antes de que llueva– le preguntó el niño.
Y mamá los abrazó.

–Tal vez nosotros nos vamos donde papá.

Se queda mucho rato mirando las filas de hormigas.

–Mamá– dice fuerte. Entra, cierra la puerta.

–Mamá, mamá, dame leche–. No hay pasos ni ajetreo en la casa, silencio. Está solo. Va directo a la cocina. Pone una silla pegada al mesón, se encarama y alcanza la leche, llena la taza. Mueve la silla para tomar el tarro de café instantáneo. Le pone una cucharada a su tazón y revuelve. Ni mamá ni papá se enterarán de que toma café.

Tose, algo duro se le atasca en la garganta. Se tapa con la mano la boca y mira el muro amarillo de la cocina marcado con líneas negras.

Deja el tazón que queda a medio tomar en el mesón de la cocina. Toma la pelota. Comienza a chutearla y dar tiros bajos contra la pared. Solo escucha el ruido acompasado de los golpes al muro. Una y otra vez. En la pared se marca la pelota. No pueden retarme, dice para sí mismo.

Las hormigas en la cocina siguen en fila en una sola línea, ya nadie las detiene.

Dudú

Mariana Schkolnik

De pronto me di cuenta de que Dudú no se había despegado de mi lado, él era alto y de un rubio ceniza, el pelo largo muy fino, con indicios de calvicie prematura, usaba anteojos con cristales gruesos que disimulaban el celeste de sus ojos. Su pésima vista lo hacía moverse de forma insegura e inestable, llegó a mi casa huyendo de la dictadura en Brasil, perseguido no por ser un gran luchador, sino un poeta un poco subversivo. Nada de eso me cautivaba. Yo andaba buscando a un príncipe –guerrillero–, pero príncipe al fin. Tenerlo pegado a mí toda la tarde redujo el goce de aquel momento épico. Debo haberme puesto pesada, no me acuerdo. Ese día los dos buscábamos a mis padres que se nos habían perdido entre la multitud, misión imposible con más de un millón de personas en la Alameda. La exaltación y la alegría me embargaban, era una vorágine de gritos, vítores, risas, saltos. Mujeres, hombres, niños, obreros, sobre todo gente pobre, muchos pobladores de ropas ajadas, habían sacado sus mejores trajes raídos y brillantes, tenidas de domingo, para celebrar el triunfo. Gritaban: “Allende, Allende el pueblo te defiende”. Yo quería moverme más, encontrarme con los conocidos, pero sabía que no podía abandonar a Dudú.

–Llegamos al poder– decía la muchedumbre.

Serían años de locura colectiva, de amor libre, de sensación de plenitud. Coreábamos a Los Jaivas y a los Beatles, a la vez que

repetíamos el mantra “el pueblo unido jamás será vencido”. Para nosotros los jóvenes, la fiesta no tenía fin, las peñas, las cervezas por metro cuadrado. Las mujeres vivíamos la libertad con frenesí, lo corto de las minifaldas era inimaginable y, los obreros, gritándonos piropos, nos causaban risas y confraternidad, no era acoso, era socialismo.

El magnífico edificio de la UNCTAD, construido de la noche a la mañana, después de realizada la convención fue abierto al público. Obreros, estudiantes y profesionales almorzábamos muy bien por poca plata. Ahí surgieron romances inconcebibles. Nuestra compañera Gabriela desapareció una semana con un obrero metalúrgico, su padre la buscó por cielo, mar y tierra, ella tan campante volvió a su casa feliz, aunque muda.

Los libros populares de Quimantú inundaban los quioscos callejeros, la gente iba leyendo en las micros: los niños, revistas populares como *Cabro Chico*, los mayores, literatura clásica, *El Quijote* y otros tantos. La vida transcurría excesiva y loca, aunque por muy poco tiempo, un trozo demasiado breve de nuestras vidas.

En los buses se armaban discusiones entre los que vivían en la algarabía, rostros sin dientes iluminados de los trabajadores, pregonando “ahora mandamos nosotros, tenemos el poder” y señoras recelosas persignándose ante tanta barbaridad.

Dudú insistía en acompañarme a cualquier parte, a las peñas, a la UNCTAD y a la escuela. Y lo peor, me declamaba cursis poemas de amor. Yo no encontraba la forma de deshacerme de él, sentía que limitaba mi libertad y mi goce en aquellos momentos memorables. Por fin, ya harta, le pedí a mis padres que lo reubicaran en otra casa, solo para huir de él. Me sentía dueña del mundo, tal vez demasiado soberbia y quería sentirlo todo, vivirlo todo, seguir militando, participar en las JAP, en el centro de alumnos de la universidad. Le faltaban horas a mis días, como a otras tantas chicas que me rodeaban.

Dudú siguió llamándome algunos meses más y parándose fuera de mi escuela, desde donde yo salía muerta de risa escondida atrás de mis compañeros. Nunca le devolví un llamado.

A pesar de que una vez desde la otra vereda sentí que me gritaban:

–¡Y ni una llamada!

Me di vuelta y vi que era él, pero hice como que no lo había escuchado.

Poco tiempo después empecé a ver a mis padres más inquietos. Conversaciones en voz baja, reuniones semi secretas en nuestra casa. Gente importante que iba y que venía. Yo trataba de mantenerme inocente y ocupada en esta construcción de un mundo nuevo, no quería que nada me alejara de este nuevo país, más justo. Lo único oscuro en mi vida eran los exiliados de otros países que circulaban días y semanas por la casa. Ya en el gobierno de Frei llegaron uruguayos, también brasileños, como Dudú, que desembarcaban buscando libertad y asilo, huyendo de las dictaduras o salidos de las cárceles. Mi padre los dejaba compartir la vida con sus hijas, absortas ante ese horror. En mi pieza durante semanas alojaron dos uruguayas; preciosas y menudas, en sus sacos de dormir susurraban las horribles torturas vividas en las mazmorras. Yo me tapaba los oídos con cojines y frazadas, fue inútil. En el living tomaban mate todos juntos, sentados en los sofás y en el suelo, relataban historias de su encarcelamiento, de las torturas a sus familias, de los niños robados, de los encierros. Se reencontraban parejas, llegaban viudas con maridos asesinados. Vivíamos una orgía de dolores, penas, de desgarros y sanación. Mi madre, médica, curaba heridas reales e imaginarias, dolores del alma o del cuerpo. Mi padre repartía licores y sándwiches al por mayor, la señora que trabajaba en la casa corría buscando sábanas, reponiendo toallas. Nosotras, las hijas, desaparecíamos en este desbarajuste de las vidas. Me era imposible compaginar estos mundos; mis alegrías cotidianas con las terribles conversaciones en las noches.

Empecé a soñar con golpes de Estado, mucho antes de que algo así se nos pasara por la cabeza, incluso antes de asumir el nuevo presidente. Eran catástrofes distópicas, fin del mundo, holocaustos. Se parecían a la destrucción de Hiroshima, gente arrastrándose con hambre por tierras infértiles.

Dos semanas antes del golpe, llevaron a mi casa a la nieta pequeña de un ministro. Llegó rodeada de un montón de cubanos en el auto de su embajada, con una niñera chilena rolliza y mandona, herencia de familia. Algo grave se venía, eso era obvio. Yo trataba de vivir al máximo sin pensar, total tenía diecisiete años, la vida se veía fascinante, el futuro me intrigaba. Me dejaba arrastrar por las consignas, las marchas, la militancia, las asambleas y los amores.

Una mañana escuché el repiqueteo de la radio Corporación. Mis padres ya no estaban en casa. Mi madre, en su vocación de médica del pueblo, había ido a su consultorio en la población "La Nueva La Habana". Apresada allí, pasaría un año aterrador en el Estadio Nacional. Mi padre fue a la universidad donde hacía clases y la encontró cercada de tanques, volvió a la casa. Días más tarde, cuando logró saber dónde estaba mi madre, permaneció en silencio por más de un año. Ellos nunca más fueron capaces de comunicarse. Después de que ella salió en libertad, resiliente como era, no contó nada, no comentó nada, pero sus miradas nunca más se encontraron.

Mi casa fue allanada muchas veces con tanquetas y tropas militares. El día siguiente del golpe llegaron escoltando al embajador cubano para que se llevara a la pequeña al aeropuerto, desde donde su familia cubano chilena abandonó el país. En parte, por los antecedentes de mis padres, así como, según se supo, por la denuncia de varios vecinos, alertados por los grupos de extranjeros que pasaron por ahí. En uno de esos allanamientos encerraron a mis hermanas chicas en una pieza, mientras quemaban en el patio montones de libros de la inmensa biblioteca de mi padre, filósofo marxista declarado. Incluyendo el ejemplar de *Rojo y negro*, de Stendhal, único epi-

sodio cómico en ese momento de terror. Ellos, los hombres armados, llevaron a las niñas a mi pieza, y mostrándole mis textos también marxistas, según ellos, Galeano entre otros, así como mis poleras y afiches del Che, las hicieron prometer que ellas jamás seguirían ese camino, las dejaron llorando y hechas un atado de nervios.

Ese 11 de septiembre salí impulsada por una fuerza extraña desde mi casa hacia el centro de Santiago, quería encontrarme con mis compañeros, era mi única obsesión. Por todas partes veía gente expectante, en los paraderos los trabajadores andaban con diminutas radios a pila sobre los hombros, pendientes de las noticias. Luego accidentes, choques, un auto dado vuelta en plena Avenida Matta, se veía avanzar tanques a lo lejos. Más tarde, humo, balazos desde algunos edificios, tanquetas y bandos militares.

Después de pasar frente a mi escuela en la universidad y verla desde la micro rodeada de militares, logré por fin encontrarme con un grupo de compañeros del partido, cerca de la radio Corporación, un par de horas antes de que fuera allanada y silenciada. Aún no entiendo por qué, pero, tal vez por mi cara de niña buena, me pasaron un Fiat 600. Había tenido una sola clase de manejo, en la que choqué contra una zarzamora y dejé totalmente abollado el auto de un compañero del partido. Ese día ocurrió el milagro, solo manejé. Logramos salir del centro cruzando el puente de la Escuela de Derecho, sin ser controlados por los militares. Todo esto antes del bombardeo a La Moneda. Dejamos a un compañero cerca de la costanera, a nivel de la calle Concepción. Llegamos los dos al departamento de una pareja desconocida por mí, y desde ahí, en la diminuta radio escuchamos el final del último discurso de Allende. Habían comenzado los bandos militares en la televisión. Desde donde estábamos pudimos ver el humo emergiendo de La Moneda, a la vez que los aviones pasaban inclementes en el cielo.

El matrimonio que nos alojaba partió a la casa de uno de sus suegros en Vitacura, nosotros seguimos ahí, en las Torres de

Tajamar. Veía aterrada, en el pequeño televisor, a los cuatro generales de anteojos negros y recibía las noticias espeluznantes, pues Alonso, mi compañero de convivencia, me relataba quién había desaparecido, muerto, o caído en alguna redada.

Esas torres fueron allanadas día tras día, pues en las noches desde algunos departamentos les disparaban a los militares y a los tanques, cuando patrullaban las calles de Santiago. Hasta que un día llegaron al nuestro, Alfonso y yo, simulamos ser pareja y nos metimos a la cama, medio desnudos. Ni él ni yo éramos buscados y teníamos nuestros documentos en orden; después de revisar el departamento, la situación les pareció razonable a los militares y, guiñándole un ojo a mi conviviente, se retiraron. Alfonso salía la mayor parte del día a cumplir misiones que no me explicaba. Hasta que me dijo que se cambiaría a otro lugar más seguro. Nunca llegué a conocerlo, ni siquiera a saber cuál fue su destino, no eran tiempos de hacer amigos.

En eso días, el partido me autorizó para volver al hogar familiar, con el Fiat 600, puesto a mi disposición siempre y cuando yo lo destinara a asilar a algunos compañeros que aparecían en las listas de los más buscados.

Con mi casa en un caos, mi padre mudo, mis hermanas viviendo en el terror y la universidad clausurada, solo me movilizó la idea de ayudar a cuantos pudiera. Me desgarraba pensar que alguno de mis conocidos fuera torturado o asesinado. El golpe removió algo en mi cerebro, como si hubiera sido una gran cachetada, mi vida juvenil había acabado. Empecé a actuar como adulta, por sobre el peligro, solo por ser mujer, joven, del barrio alto, y andar bien vestida, quiz as me sent  inmune. Entonces, me dediqué a asilar a dirigentes y ministros de mi partido. No todos lo consiguieron, uno fue fusilado en un sitio de detención, otro delatado por sus vecinos. Un querido gran abogado, creyente en la justicia, fue a entregarse de forma voluntaria; nos vimos por última vez desde un Fiat 600 a otro, un nublado día a mediados de septiembre en Santiago.

Fue el fin de los tiempos de las poesías de Ernesto Cardenal y de la revolución. Mi mente y mi cuerpo quedaron en blanco, me endurecí. Partía en las mañanas en el Fiat 600 a contactarme con embajadores y a trasladar de casa en casa a mis compañeros de partido. Aprendí a negociar con los diplomáticos, como quien negocia exportaciones delicadas. Recuerdo perfectamente cómo en la embajada X estuve a punto de perder los estribos mientras el embajador hablaba con el de Y de sus últimos partidos de tenis, el té que tomarían juntos, la invitación a comer de su señora. Cortó y me dijo:

—El martes a las cuatro de la tarde te esperan en la puerta.

Comprendí que tenían claves entre ellos. Así fue siempre, me daban cita en las cercanías de las embajadas; casas de embajadores y consulados, a una hora acordada. Solo se abrían las puertas, mientras mi acompañante entraba, nervioso e incrédulo, mirando para todos lados.

Me percaté de que en las pequeñas embajadas los guardianes, carabineros en su mayoría, eran jóvenes, casi niños, traídos desde otras regiones, y no entendían muy bien su misión. En la pequeña embajada de S, donde asilaría a una cantidad importante de correligionarios, los carabineros me contaban sus penas, echaban de menos a sus madres. Muchos de ellos venían llegando del Sur, temerosos en Santiago, una ciudad inmensa y en guerra, yo les llevaba chocolates, galletas o una Coca Cola.

Mi vida continuó con la misma rutina hasta fines de octubre, cuando fui a la casa del embajador de M donde ya estaban asilados importantes personeros de la UP, yo llevaba a un abogado, ex senador de la república, que había estado escondido en una casucha. Como acordado, la puerta se abrió a las tres de la tarde, los guardias no estaban, él entró. Cuando yo me alejé para subirme al auto, vi cruzar desde la vereda del frente a un hombre alto, con un poco de pelo rubio aun en la nuca, que usaba anteojos oscuros. Le gritó algo, en un castellano confuso, a alguien que no vi. Y, mientras

él me miraba auscultándome, creí percibir una leve sonrisa, se sacó los anteojos, mostrando su mirada fría y celeste. Sin alcanzar a decir nada, sentí una fuerte patada en la espalda que me quebró en dos, alguien me agarró del pelo, me pusieron una capucha en la cabeza y me metieron a un auto. Solo recuerdo insultos y golpes, no tenían necesidad de preguntarme nada, sabían todo de mí. El hambre, la sed y los traumatismos hicieron lo suyo, me convertí en una piltrafa humana, hasta recibir un amoroso disparo final.

Aún hoy, aunque ellos no me perciban, sigo visitando a mis padres y la casa, en la que no volvió a haber alegrías, ni conversaciones, ni abrazos.

La compañera

Mariana Schkolnik

Don José Aparicio Fuentes Robles habló fuerte en la asamblea, y eso que no había abierto la boca en toda la tarde. Estábamos en un débil galpón de tablas, techo de fonolita, piso de tierra, al fondo se veían algunas pocas herramientas y sacos apilados. Las sillas y banquetas eran hechizas, había un pequeño proscenio donde había hablado uno de los señores de la Corporación de la Reforma Agraria. Ellos intentaron explicar en qué consistía el proceso de expropiación, iniciado por el gobierno, para formar un Centro de Reforma Agraria.

Convocar a esa reunión no había sido fácil, los inquilinos que vivían en esos fundos, situados desde Linares hacia la costa, eran un poco más de una veintena. Lito había estado todo el día convenciéndolos junto con Francisca; ella sentada arriba de un vetusto camión con barandas de tablas de donde se sujetaba precariamente. Francisca miraba el inmenso campo de girasoles, masticando las semillas e imaginándose en un cuadro de Van Gogh, o en su familia y hermanos veraneando en Concón, alegando por las aglomeraciones. Pero sus ensoñaciones no duraban mucho. Ese día ordenaban los sacos arriba del camión, mientras otros sacaban las semillas de las maravillas erguidas al sol. Todos tenían el pelo y la ropa llenas de espigas, sentía el fuerte olor de los ponchos hediondos a tiempo y humedad de los campesinos. El polvillo que salía al sacudir las flores le provocaba a ella estornudos interminables y los huasos coreaban;

—“Salud, dinero y amor, jajá”, quizás qué más—, señorita Francisca.

Esa era su primera estadía en el campo, y esos fundos le parecieron bastante pobres y abandonados, se veían unos pocos animales, cada campesino tenía sus huertas, y el único cultivo era la maravilla para hacer aceite en Santiago. En ese momento los patrones ya habían abandonado el lugar, algunos desde el día mismo del triunfo de Allende, otros más adelante, luego de pegar escopetazos por doquier, romper casas y muebles, así como maquinarias. Entonces los campesinos se apresuraron a tomar esas tierras, solos o azuzados por algunos militantes de Linares.

Manuel, moreno de piel curtida y hondas grietas en su rostro, se mostraba orgulloso, además de confrontacional frente a la venida de los expertos de la Cora.

—¡Qué nos van a venir a enseñar esos señores a nosotros, ellos nunca han tocado la tierra, gente de ciudad, son jutres, igual a los patrones! No tenemos na’ que ir a escuchar tonteras a esa reunión.

Francisca había llegado a principios del verano, justo después del año nuevo de fiestas familiares y jolgorio con los compañeros de la universidad. Ella había tomado el tren en la Estación Central, hacia Linares, en un día caluroso de enero, donde sería recibida por otros militantes, universitarios y campesinos. Ahora, apoyada por unos jóvenes, se había ido ganando la confianza de los hombres de esos fundos. En especial, cuando salía a trabajar junto a ellos, surgían algunas conversaciones. Mientras Manuel estrilaba, otros hablaban mal de él por atrás:

—Ese huaso es muy ignorante, no le haga caso señorita, así nunca vamos a avanzar a ni’ un lado.

Los programas de radio locales dedicados a los campesinos, los discursos del presidente siempre carismático y cariñoso con su pueblo, habían empezado a influir; se hablaba de justicia, de que la

tierra es para el que la trabaja. Algunos de los jóvenes, se mostraban interesados en todas esas ideas, sin embargo, tan lejanas. Francisca no olvidaría jamás, a lo largo de toda su vida, que al ir todos juntos a una marcha a la ciudad ellos gritaban “Casiano Vergara el pueblo se prepara”, en lugar de las consignas de los que iban adelante, la vanguardia que gritaba “Luciano, Guevara el pueblo se prepara”. Nada sabían ellos de la revolución cubana, o de Luciano, o Miguel.

Al cabo de unas semanas, algunos inquilinos la autorizaron para conversar con sus esposas, aún con cierto recelo. “Una mujer de la ciudad debe ser peligrosa hablando con nuestras mujeres”, pensaba Francisca que decían, al verlos susurrar entre ellos.

Ella, militante obediente y aplicada, se había instalado a vivir en la casa de uno de ellos ubicada cerca de la carretera. La vivienda donde la habían ubicado era de vulcanita, más nueva y cómoda que las que vería más adelante, y cosa rara, tenía suficientes piezas para todos. Como todas las casas en el campo, vería unos inmensos muebles tal vez regalados por los patrones, o comprados en muchas cuotas o hechizos, como era el caso de su propia cama. Cuando entró en su nuevo hogar, quedó impresionada por un cuadro con marco brillante, con una foto del día del matrimonio de los dueños de casa, ambos fotografiados desde el torso hacia arriba, con intensos ojos azules, ropas celestes; terno y vestido celeste. No tardó en entender que ese cuadro que se encontraba presidiendo prácticamente todas las casas, era una maqueta tras la cual posaba el matrimonio, además el fotógrafo se daba el trabajo de colorear los ojos de un azul intenso.

La pieza que le dieron le acomodó tenía una amplia ventana, estaba pintada blanca, pero por la noche entraban por algunos intersticios unos gusanos rosados alados que se posaban por todas partes, que se especializaban en entrar en los oídos, la habían prevenido, y ella aterrada dormía con gorro, debajo de las sábanas. Otro de sus temores era salir a la letrina en las noches, y era caerse en el

camino de tierra barrida hasta el cansancio, pero llena de trastos, tiestos para la comida de gatos, perros, maceteros y canastos.

El desayuno era una leche densa y tibia, recién salida de la vaca, donde se formaba una nata espesa al minuto siguiente de servirse. Eso le daba un asco horrible y unas ganas de vomitar que debía contener. Aunque nunca en su estadía se atrevió a rechazar, hubiera sido el mayor agravio para esas familias. El desayuno se acompañada con un gran pan amasado con mortadela o huevos.

Luego, se iba caminando con su ridícula ropa de guerrillera, muerta de calor, amortajada por sus pantalones, reglamentarios bototos, por las largas y polvorientas avenidas de álamos, luego, visitaba otras casas, hablaba con otras mujeres para explicarles los cambios que habría con la reforma agraria. Ellas volvían a ofrecerle otro desayuno idéntico al anterior, luego, cerca de las doce una cazuela contundente, que debía repetirse en cuanta casa visitaba a lo largo de la tarde.

Todas las casas, algunas semi derruidas, como las de adobe, o casuchas de madera, olían a leña y a ropas azumagadas. Las paredes enhollinadas, los muebles reliquias de otros tiempos o tal vez regalos del patrón, pero la tetera o más bien la pava siempre sobre la cocina metálica alimentada a leña. Algunas solo tenían un fogón sobre el cual cocinaban dentro de la casa. Los hombres partían temprano, las mujeres hacían todo el trabajo del hogar; cuidar a los niños moquillentos, sus huertas o gallinas. La mayor parte ni siquiera tenía una pieza y se veía que dormían todos juntos en diferentes camastros, tal vez también heredados. Hubo intentos de conversación, pero las mujeres solo reían al verla, miraban al suelo, hablando apenas, se esmeraban en atenderla, pero, no seguían su conversación, ni respondían a sus preguntas. Todo lo poco conversado durante un día con ellas sobre el proceso de reforma agraria desaparecía por las noches, al día siguiente estaban igual de temerosas, tratando de entenderse de los cambios incipientes.

Un día encontró a Margarita, una de las vecinas más cercanas –casada con Manuel–, escondida entre las moras, era linda, fuerte, pecosa y de nariz respingada, podría decirse que tenía los ojos verdes si hubiera sonreído, pero se veían grises ese día. Cuando ella llegó, la vio, estaba toda moreteada, rasguñada por las moras, saliendo a hurtadillas, preguntando si Manuel ya se había ido a trabajar. Entonces Margarita solo se dedicó a ordenar su casa, los muebles botados, la comida en el suelo; –pobre–, decía –pobre, ayer llegó tan mal, el vino lo vuelve loco, no sabe quién es. De ella no dijo nada, por más que Francisca le preguntara si estaba bien, diligente ofreció un té mientras se limpiaba las manos, la cara y las piernas moreteadas con un paño mojado. Francisca se fue con la convicción de que su trabajo tomaría tiempo, había descubierto un nuevo tema, lo plantearía en la reunión del partido.

A la asamblea convocada por la Cora, habían venido a desgranar muchos de los mayores, y con mayor entusiasmo los jóvenes. Empezó después de las siete de la tarde, luego de la jornada laboral, los más viejos estaban cansados, malhumorados.

Los funcionarios de la Cora se habían esmerado, traían cartillas de educación popular, habían colgado un cartel que decía “la tierra es para el que la trabaja”. Desplegaron los papelógrafos con planos marcados con muchos colores que mostraban la población de bungalows que se construiría para todos ellos, de manera que pudieran tener luz eléctrica, alcantarillado, agua potable y hasta alumbrado público.

Luego de un breve discurso motivacional, explicaron que debido a la dispersión de las viviendas actuales era imposible modernizar su modo de vida. Se escucharon murmullos de desaprobación.

–¿Qué es eso de modernizar? Susurraban entre ellos.

El Lito, más joven y espabilado, apoyó la propuesta de la Cora, celebró que los jóvenes podrían reunirse por las noches, más murmullos de desaprobación. La gente de la Cora preguntaba qué ocurría, silencio sepulcral.

Para romper el hielo, los funcionarios empezaron a desplegar planos de las casas que se proponía construir, pensando ahí, impactar a la audiencia. Eran bungalows nuevecitos, con terrenos privados para sus huertas y animales, dijeron.

El plano mostraba casas de tres dormitorios, el matrimonial, el de los hijos hombres, el de las hijas mujeres, además un living-comedor, una cocina, un baño completo; ducha, wc, lavatorio. Los señores de la Cora no alcanzaron a terminar cuando los mayores empezaron a retirarse mudos y taciturnos. Poniéndose los sombreros que habían mantenido en sus manos durante toda la reunión, alejándose en medio de la oscuridad, manta al hombro.

Francisca, sintiendo que todo iba mal, pues ella era incapaz de cumplir con su deber, se apresuró a acercarse a los de la Cora para sugerirles que se retiraran y volvieran otro día. Cuando se montaron en su camioneta doble cabina, el Lito apurado por Francisca empezó a gritarle a los inquilinos que volvieran, algunos seguían mascullando mientras caminaban cabeza gacha, pero volvieron al galpón.

Ahí ocurrió un milagro breve, el de la conversación, a la cual ellos no eran muy asiduos. En medio de la cháchara desordenada, don José Aparicio Fuentes Robles, de rasgos finos, cejas espesas y de profundas arrugas que sugerían que podía tener más de sesenta años –pero que tal vez sólo tenía cincuenta–, se levantó con su sombrero en las manos, pidió la palabra.

–Compañera, usted será compañera, pero también es señorita, usted nos podrá comprender.

Esa frase, que mostraba entre cariño y respeto, jamás sería olvidada por Francisca, ella recordaría por siempre a ese hombre tímido, hosco endurecido y caballeroso al fin.

Don José prosiguió:

–Porque ninguna señorita querrá vivir cerca de todos estos otros huasos brutos, ninguna señorita querrá que la madre se pase el día dale que dale cotorreando con las vecinas y menos lo quiere el marido, porque hablarán de todo, de nosotros, ese cotorreo no para-

rá nunca. No harán la comida, ni ordenarán la casa, ni verán a los niños, no, eso no puede ser.

–Imagínese, señorita, que uno de estos patanes se quede en su casa un día, ahí todas las señoritas, nuestras hijas, estarán en peligro. Porque los huasos son brutos y frescos– espetó, como si él fuera de otra raza–. Nadie sabrá de quiénes son los huachos de su propia mujer, menos los de las hijas, porque se embarazarán todas–. Se escucharon risas nerviosas y conversaciones entre ellos.

Francisca sudaba frío y sintió que el fracaso era total, trató de calmarlo, pero fue imposible, él continuó:

–No, señorita, esto es inaceptable. Todavía menos ese mono con dibujos de casas que mostró al final ese caballero, cómo se le ocurre que nos vamos a ir a sentar a una sala, mientras la cocina, el calor, el fogón y todo lo demás estará en otra pieza. Si nosotros vivimos todos en la cocina, imagínese en el invierno–. Murmullos de aprobación de la asamblea.

–¿Ese hombre no entiende nada, no tiene casa acaso ese señor? ¿Dónde viven ellos? Además, quiere que hagamos nuestras necesidades ahí dentro de la casa, cerca de nuestros hijos, todos apiñados sin privacidad, que todos escuchen cuando estamos en el baño. Ahora la letrina la tenemos bien lejos, gracias a Dios. Por favor, señorita, explíqueles que no queremos ni una de esas cosas, que estamos bien así como estamos.

A esas alturas, varios hombres se tomaban la cabeza y reían.

Luego de que don José hubo terminado se sentó y no volvió a abrir la boca. La reunión no duró mucho más. Francisca solo se comprometió a plantearle todo eso a la gente de la Cora en Linares, el Lito siguió hablando solo, pero los viejos empezaron a retirarse de nuevo.

Francisca partió aún esperanzada a Linares y trató de explicarles a los de la Cora lo que había oído, ellos no dieron crédito, mal que mal ellos eran los especialistas en economía agraria.

Entonces, se fue dando cuenta de que eso no era lo suyo, nunca lo había sido, quería volver con urgencia a la universidad, y a su casa. A principios de febrero volvió a Santiago a la casa familiar, ni se asomó por Concón porque estaba blanca, había engordado, tenía el cuerpo y la cara llenos de picaduras de mosquitos, quería recuperarse antes del inicio de clases. Renunció al partido sin dar muchas explicaciones, pues ni siquiera ella entendía bien, ni por qué había ingresado, ni por qué se estaba saliendo, solo sentía que no era lo suyo. A la larga, ese paso casi inconsciente, la salvaría en los días aciagos.

Ya mayor, aún rememora esos tiempos extraños en que una chica de ciudad trató de intervenir en la historia de unos campesinos, sintiendo que todo ello fue como un sueño. En su casa, con sus hijos y nietos, rememora con nostalgia ese olor a humo al interior de esas viviendas mínimas, ese pan caliente con rastros de cenizas, y esa leche espesa que no podía tragar. Sonríe al acordarse de que le dijeron con cariño que era una compañera, pero señorita al fin.

Pero, por sobre todo, piensa con una puntada en el corazón, en don José Aparicio, en el Lito y en Manuel y tantos otros cuyos huesos aún no aparecen ni aparecerán, pues fueron arrasados por un vendaval de odio y yacen probablemente en Colonia Dignidad.

Santiago, 1986

Remembranzas a medio siglo del golpe

Rodolfo Schmal Simón

Soy de la generación que ingresó a la Escuela en 1966 para estudiar Ingeniería luego de haber rendido el bachillerato. Por la inicial de mi apellido paterno me correspondió el grupo E. Como compañeros de primer año recuerdo a Carlos Soto, con quien estudiaba y que en tercer año optó por Ingeniería Civil Química. También recuerdo a Ítalo Tapia, Ricardo Ziede, Erich Woywood, los hermanos Silbermann, Isabel Undurraga, Miriam Sotz. Mis primeras clases fueron en calle Tupper, donde está, o estaba, IDIEM. Eran tiempos del gobierno de Frei Montalva y cuando el centro de alumnos estuvo encabezado por Eugenio Yunis, de la Democracia Cristiana (DC). Al año siguiente fue liderado por Felipe Tomic.

En los primeros años tuve como compañeros a no pocos líderes políticos y con fuerte incidencia en la vida nacional hasta nuestros días: Juan Carlos Latorre, alias Kako; Manuel Riesco, alias Maño, a quienes recuerdo como candidatos a delegados en aceras opuestas, iniciando con ello una intensa vida estudiantil, profesional y política que perdura hasta nuestros días. También estaba Francisco Prat, hijo de Jorge Prat, político nacionalista de esos tiempos. Entonces, Francisco no mostraba mayor interés político, más bien lo contrario, de allí mi extrañeza al verlo como candidato al senado con las primeras elecciones parlamentarias post dictadura en representación de una de las regiones sureñas por Renovación Nacional (RN), de

la mano de Sergio Onofre Jarpa. También me tocó compartir cursos con Hernán Büchi, entonces en formato hippie, siempre en yunta con Rolf Behnke. Hernán, de excepcional inteligencia, lograba las mejores calificaciones sin pestañear siquiera. Por esos años parecía ser más de izquierda que de derecha. No dejó de sorprenderme verle en tiempos del innombrable, desde los primeros años de la dictadura, en altos cargos de sucesivos organismos públicos antes de acceder a ministro y, en las postrimerías de la dictadura, como candidato presidencial. Era el clásico anti candidato, poco dado a someterse al escrutinio popular.

Los pasillos de la Escuela amplios, imponentes, en cuyas paredes estaban los paneles donde se publicaban horarios, calificaciones y noticias de interés estudiantil, eran los vehículos de comunicación en tiempos de las tablas Larsen, de las reglas de cálculo, de los tableros de dibujo, de las máquinas ditto o roneo, de las primeras calculadoras Texas Instruments. Tiempos sin celulares ni fotocopiadoras, sin internet.

En estos pasillos las conversaciones, las discusiones, las rencillas políticas, eran el espacio natural, donde unos se detenían para ver, escuchar e intervenir, mientras otros seguían indiferentes su camino. Algunos, en tiempos electorales, portaban banderas partidarias. No pocas veces, embrujado por las discusiones que tenían lugar, me sumaba a ellas, llegando atrasado a clases, si es que llegaba. Lo mismo me ocurría cuando en algún espacio de tiempo entre clases, me incorporaba a jugar unas pichangas de fútbol o baloncesto en la cancha que asumo persiste hasta el día de hoy, la cancha flanqueada por los edificios de Física, que daba a Blanco Encalada, y de Química hacia el lado del entonces parque Cousiño, que posteriormente pasó a denominarse parque O´Higgins.

Luego del ciclo común de los dos primeros años, debía escoger la especialidad a seguir. Opté por Ingeniería en matemáticas sin sospechar siquiera en la abstracción en que me sumergiría. Perdí un

año. Resolví cambiarme a Ingeniería civil industrial, carrera que veía a medio camino entre lo abstracto y lo concreto.

El tenso clima político que se vivió por esos años a nivel nacional se reprodujo en la Escuela. El único profesor cuya identidad política logré identificar claramente fue Efraín Friedmann, a quien tuve como profesor de mecánica racional. De gran personalidad, muy buen profesor, solía llegar atrasado, pero se le esperaba porque sus clases eran muy prácticas, llenas de anécdotas y verdaderas cajas de sorpresa. No olvido una de sus clases en la que pone como un caso a desarrollar por parte nuestra calcular la fuerza y el ángulo con que debe dispararse un cohete desde Nueva York para que dé en su blanco, el Kremlin, en Moscú. Este ejemplo delataba claramente su postura política. Tenía una ironía muy fina.

A estas alturas, ya era ayudante de algunas asignaturas de los primeros años, esencialmente por motivos económicos, dinero para el bolsillo, particularmente cigarrillos. Posteriormente, alcancé a ser profesor auxiliar de la asignatura de Estadística y, estando en el último año, profesor de cátedra, en 1973.

Otro excelente profesor que recuerdo muy bien fue Jorge Cauas, vicepresidente del Banco Central en tiempos de Frei Montalva. Cauas me hizo clases de Economía y por más ocupado que estuviera, no dejaba de impartir puntualmente sus clases, siempre acompañado de una libreta en la que al final de cada clase anotaba lo visto y lo pendiente. Con él aprendí que el libre mercado exige competencia perfecta y disponibilidad de información completa por parte de todos los productores y consumidores. Nunca imaginé que posteriormente sería el llamado por el innombrable a implementar una política de shock a los pocos meses de iniciada la dictadura, en el primer semestre de 1974.

No sin dificultades logré sortear mis primeros años en la Escuela, particularmente, el primer año que es de “vida o muerte” porque, al menos en esos años, tan solo uno de cada dos lograba

sortearlo. Había asignaturas que me gustaban y otras que no. Estas últimas me resistía a estudiarlas, pero estaba condenado a estudiarlas, al menos para poder aprobarlas.

Eran tiempos bravos, bullentes, de amplia participación política, con una derecha replegada y que miraba con desconfianza el gobierno de Frei Montalva, a pesar de haber contribuido con sus votos a su triunfo en 1964 para evitar que el candidato del entonces Frente de Acción Popular (FRAP), Salvador Allende, se alzara con la victoria. Acercándonos a la elección presidencial de 1970, que sería a tres bandas –la izquierda representada por Salvador Allende con el respaldo de la Unidad Popular (UP); la Democracia Cristiana (DC) representada por Radomiro Tomic; y la derecha cuyo candidato era Jorge Alessandri– los debates entre los distintos grupos políticos existentes al interior de la Escuela se intensificaron. La Escuela tiene el privilegio de recibir y escuchar a los candidatos en su hall central. Eran tiempos de Enrique D’Etigny y Joaquín Cordua, como decano de Facultad y director de Escuela, respectivamente.

En 1967 fue la reforma universitaria, nuestro bautizo en materia de participación estudiantil y cuyos frutos más visibles fueron la flexibilidad curricular, la transformación de programas de estudios anuales en semestrales, y la elección de autoridades en la Facultad, tanto unipersonales como colegiadas. Esto representó un significativo avance en términos de flexibilización curricular y de participación, que persiste hasta el día de hoy. Consecuencias que persisten hasta nuestros días con excepción del período de la dictadura, en el que se clausuró toda elección y donde las universidades fueron intervenidas vía rectores delegados militares y sus cómplices civiles pasivos.

En el verano de 1969 realzo mi primera práctica en la empresa Fanaloza, localizada en Penco y para las fiestas patrias del mismo año fui a Coquimbo invitado por uno de mis mejores amigos de esos años, Carlos Barceló, oriundo de allá, y quien vivía en Santiago

en un departamento junto con dos de sus hermanos. En este departamento estudiaba con frecuencia, feliz de la vida bajo la guía de Carlos, quien era muy estructurado y organizado. Fue un gran apoyo.

En Coquimbo las fiestas patrias se extendían más allá del 19 de septiembre, y se celebraban en la Pampilla, un sector despojado que por esos días se engalanaba por sobre su tierra pedregosa, donde se instalaba una carpa gigante rodeada de ramadas. Mientras caminaba junto con Carlos y sus amigos en medio de la gente, por esas casualidades de la vida, me encuentro con Kako Latorre, quien también andaba por esos lados, acompañando a niñas de un curso proveniente de un liceo de Viña del Mar en gira de estudios. Entre ellas venía Cielo Cruzat, de quien me enamoré a primera vista.

Para la elección de 1970 mi candidato natural fue Tomic. Las dos primeras mayorías fueron alcanzadas por Allende y Alessandri, con ventaja para el primero, quedando Tomic relegado al tercer lugar. En esos años no existía la segunda vuelta, y de no obtener mayoría absoluta ningún candidato, el Congreso Nacional estaba llamado a optar por una de las dos primeras mayorías. La tradición señalaba que el Congreso siempre escogía a quien había obtenido la primera mayoría. Sin embargo, en esta oportunidad la derecha que había respaldado a quien saliera segundo, se movilizó fuertemente, presionando a la bancada demócratacristiana por la vía de tentarla con un cambalache: Alessandri renunciaría una vez asumida la presidencia para llamar a nuevas elecciones a las cuales podía presentarse el presidente saliente, Frei Montalva. Todo esto, para impedir que se escogiera a quien había obtenido la primera mayoría: Salvador Allende, desconociendo sus credenciales democráticas en virtud de sus fuertes convicciones marxistas.

En los días previos a la trascendental decisión que debía adoptar el Congreso Nacional, un comando de ultraderecha, con participación de civiles y militares, resuelve secuestrar al general Schneider, comandante en jefe del Ejército, quien había explicitado que las FF.AA respetarían lo que resolvieran las instancias políticas

en el marco del itinerario institucional existente. Secuestro que tenía por objetivo generar un estado de conmoción pública que impidiera el pronunciamiento del Congreso Nacional. Secuestro fallido que culmina con la muerte del general Schneider, con consecuencias opuestas a las esperadas por quienes lo fraguaron: el Congreso confirma el triunfo de Allende, quien pasa a tener la calidad de presidente electo desde fines de octubre de 1970.

Días después, el 4 de noviembre, Allende asume la primera magistratura en medio de la conmoción por los hechos vividos. De aquí para adelante los días se sucedieron vertiginosos. Costaba conciliar los estudios con los desafíos que la nueva realidad estaba planteando, una realidad marcada por un incremento en la participación. En el verano de 1971 me corresponde hacer la práctica profesional, la que realizo en la Bolsa de Subcontratación del Servicio de Cooperación Técnica (SERCOTEC), gracias a gestiones del Kako Latorre, quien conocía al director del servicio en esos años. Allí se me asignó la tarea de cubicar materiales para la construcción de viviendas. Realizada mi práctica, logro que me contraten media jornada mientras prosigo mis estudios, ya en los últimos años.

Estaba en mis últimos años de estudios. 1971 fue un año de explosión popular ante las primeras medidas del programa de la Unidad Popular, con un importante aumento de la capacidad adquisitiva de obreros y empleados merced a una política económica expansiva, aprovechando la capacidad productiva ociosa existente. Ese mismo año, un 11 de septiembre de 1971, contraigo matrimonio con Cielo Cruzat en la parroquia de Los Andes, donde ella residía entonces. Nunca imaginé que dos años después sería la fecha señalada por las FF.AA. para torcer el rumbo que el país se había fijado electoralmente.

En 1972, un compañero de la Escuela, Claudio González, me informa que en la Secretaría de Relaciones Económicas Externas (SEREX), del Banco Central, estaban buscando un profesional con mi perfil. Postulo, voy a la entrevista con quien estaba a cargo de

SEREX, Fernando Fajnzylber. Renuncio a SERCOTEC y me embarco en el departamento de planificación de SEREX.

El 11 de septiembre de 1973, como todos los días, me fui temprano a trabajar a mi oficina de la Secretaría de Relaciones Económicas Externas (SEREX) del Banco Central que estaba localizada en calle Huérfanos, a una cuadra del Banco Central propiamente tal, que estaba en Agustinas. El aire político que se respiraba estaba espeso, se cortaba con cuchillo, hacía días que los rumores de golpe estaban en boca de todos. Ese día los movimientos eran frenéticos. Desde la oficina, nos enteramos de que el golpe venía en camino. Se nos ordenó salir de la oficina, irnos a nuestras casas. Vivía en Domeyko 2195, entre Club Hípico y Esmeralda. Podía irme caminando por la Alameda hasta Club Hípico y de ahí seguir hasta Domeyko, no serían más de quince cuadras. Pero todo alrededor de La Moneda, la casa de gobierno, estaba cercado por militares. Me conminaron a caminar hacia la dirección contraria, hacia Mapocho, no tenía alternativa. De allí, junto a una muchedumbre, bordeando el Mapocho y el Parque Forestal hacia Plaza Italia, caminaba sin rumbo. Toda esa área estaba cercada por fuerzas militares y de Carabineros. Seguí caminando por Vicuña Mackenna hasta Avenida Matta. De allí enfilé hacia Blanco Encalada hasta llegar exhausto a casa, que estaba a tan solo dos cuadras de la Facultad. Escuchamos el postrer discurso de Allende, en que denunciaba al general rastrero, Mendoza, y que no se rendiría, que pagaría con su vida su lealtad al pueblo, que no nos dejáramos acribillar, que más temprano que tarde se abrirían las grandes alamedas por donde pase el hombre libre. Un discurso de ultratumba que dejaba entrever la oscura noche que sobrevendría.

Se pone término a mi contrato con el Banco Central el 31 de septiembre, obligándoseme a firmar un documento por el cual aceptaba la rescisión del contrato y que no tenía objeción alguna que formular. La unidad completa, SEREX, fue eliminada. De una

economía planificada, se pasó, de un día para otro, a una economía libre, sin planificación alguna. La crónica escasez de divisas que se vivía y el desabastecimiento de bienes de primera necesidad, de la noche a la mañana, se revirtió. Los dólares reaparecieron como por arte de magia, al igual que los artículos que solo se encontraban en el mercado negro. De Plaza Italia para arriba todo era algarabía, de Plaza Italia para abajo, todo era desazón.

De un día para otro, quedé sin trabajo, tan solo un curso de Estadística que impartía en la Universidad de Chile por el cual recibía honorarios simbólicos. Era una actividad que desempeñaba por el honor que significaba hacer clases en la Universidad de Chile. De un día para otro quedé sin proyecto de tesis, el cual estaba desarrollando bajo la guía de Sergio Bitar y Fernando Fajnzylber, ambos profesores del departamento de Industrias de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, que estaban desempeñando tareas de gobierno: el primero como ministro de minería y el segundo como gerente de una de las oficinas del Banco Central. Bitar fue relegado a la isla Dawson, en tanto que Fajnzylber se asiló en la embajada de México. Quedé sin mis profesores guías y la razón de ser de mi tesis, titulada *El proceso de planificación de la línea blanca*, se fue al garete. Mi tesis había perdido todo sentido, porque su razón de ser residía en la necesidad de que las empresas se especializaran en la producción de determinados productos en función de su capacidad de generación de empleo y de minimizar los requerimientos de divisas. Razón de ser que desapareció con el golpe y su política de apertura, de *laissez faire*. Justo el 11 de septiembre celebraba mi segundo aniversario de matrimonio. Quedamos, de un día para otro, con una mano adelante y otra atrás. Todo se vino al suelo.

Tras el golpe, casado, sin trabajo, sin tesis, sin terminar mis estudios, con tan solo 25 años, había que sobrevivir. Tan solo conservaba el curso de Estadística que impartía en mi Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. Como consecuencia del golpe, miles de trabajadores y profesionales quedaron en la calle, se liberó el control

de precios existente, trayendo como consecuencia que se recrudeciera la inflación, el término del desabastecimiento, del mercado negro consiguiente, y de las colas en búsqueda de los bienes de primera necesidad.

La dictadura tenía para largo. Las FF.AA. habían tomado el control de la situación en forma absoluta desde el primer minuto. El pueblo estaba desarmado, las FF.AA. tenían el monopolio de las armas y las cuatro ramas se lanzaron al unísono. No hubo plan Zeta alguno, como se inventó en su momento. El control era total. La Universidad de Chile, al igual que todas las universidades, estaban intervenidas con rectores militares. La dictadura se fijó metas, no plazos: extirpar el cáncer marxista, hacer de Chile una gran nación.

Todos mis esfuerzos por encontrar trabajo resultaban infructuosos. Del envío de mi currículum a las ofertas laborales que aparecían en la prensa, no obtenía respuesta alguna. No tenía título alguno, tan solo el grado de Bachiller en Ciencias de la Ingeniería. Ya estaba convencido de que me encontraba en alguna lista negra. Empiezo a postular a los llamados a concurso procedentes de universidades que buscaban profesores, dado que habían estado expulsando a todos los académicos que eventualmente tendrían algún tufo marxista o humanoide, como gustaba decir al almirante Merino. Es así como postulé a un cargo docente para impartir cursos de estadística en la Universidad Austral de Valdivia y a otro cargo similar en la sede Arica de la Universidad del Norte. En ambos casos superé exitosamente la entrevista. De un día para otro, tenía a mano dos posibilidades: irme a Valdivia o a Arica. Me atraía más Valdivia, todo verde, a diferencia de Arica, todo árido, excepto su valle de Azapa. Pero ya tenía el síndrome del perseguido. En Valdivia me veía acorralado, sin escape, a diferencia de Arica, donde ante cualquier apremio podría arrancar hacia Perú. Es así como primó la opción Arica y un 20 de agosto de 1974, con Cielo, embarcamos en avión a Arica para aterrizar en Chacalluta a iniciar al día siguiente mis actividades académicas en la sede Arica de la Universidad del Norte.

Desde entonces me dediqué al trabajo académico, evitando incurrir en deslices políticos. Mi temor a perder el trabajo era fuerte. Recién a partir de la segunda mitad de los 80 vengo a resucitar políticamente, acompañando los esfuerzos por recuperar la democracia perdida.

Iniciada la transición democrática, la Facultad abre una oportunidad de regularización a todos sus estudiantes que estando ad portas de terminar sus estudios y/o sus actividades de titulación, no pudieron hacerlo por los dramáticos tiempos vividos. Me inscribo en este espacio, asignándoseme como profesor guía a Antonio Holgado, para desarrollar el trabajo de tesis *Automatización de la transformación de una base de datos expresada en un modelo entidad-relación al modelo relacional*. En 1994, después de más de dos décadas de egresar, con dos hijos a punto de ingresar a la universidad, logro titularme como Ingeniero civil industrial de la Universidad de Chile ante la comisión designada para estos efectos.

El jueves 13 en el pensionado de ingeniería

Ricardo Serrano Muñoz

A media mañana del jueves 13 de septiembre de 1973 yo dormitaba en la pieza del pensionado universitario que compartía con Fernando Geister, mi amigo y compañero de Ingeniería de la Chile, cuando escuchamos los gritos de otro residente que corría y advertía a viva voz por los pasillos de la casa: “¡Vienen los milicos!...”.

A esa hora de la mañana la ciudad de Santiago seguía con toque de queda impuesto el martes en la tarde y se rumoreaba que esta restricción podría ser levantada en pocas horas más. Los dieciséis estudiantes que en ese momento estábamos en el pensionado llevábamos casi dos días sin salir a la calle, al igual que toda la población de la capital, y estábamos ansiosos de que llegara ese momento.

Dos días atrás, a mediodía del martes 11, la Aviación había bombardeado La Moneda y horas después era evidente que las Fuerzas Armadas habían tomado el control del país. Y la Junta Militar recién asumida, con cuatro generales cuyos nombres pocos conocían, había emitido ese primer bando que nos obligaba a mantenernos encerrados en nuestro hogar universitario.

El pensionado de Ingeniería era una casona grande, típica de la calle República en su tramo más alejado de la Alameda y más cercano al Club Hípico, en la Avenida Blanco Encalada. La casa principal había sido construida a comienzos de siglo como residencia para

una familia de la aristocracia santiaguina y el terreno ocupaba gran parte de la cuadra donde se emplazaba.

Limitaba con tres calles: con República, donde había un antejardín, una escalera con aspecto señorial y la entrada principal; con Gay, una calle lateral; y con Echaurren, calle de atrás donde había un acceso secundario poco utilizado. Y la Escuela de Ingeniería de Beaucheff, donde estudiábamos los cincuenta residentes habituales, estaba a solo tres cuadras de distancia.

El inmueble, de propiedad de la Universidad de Chile, incluía la gran casa señorial de tres pisos, con el frontis muy visible desde la calle República, más otras edificaciones internas construidas con posterioridad para incrementar la capacidad de alojamiento.

La pieza, que era compartida con mi amigo Fernando, quedaba en una de esas ampliaciones, justamente en el extremo opuesto a la entrada principal, y se accedía a ella por una serie de patios y pasillos interiores. Nuestra habitación, que tenía una ventana hacia la calle Echaurren, era la más alejada desde la entrada por República.

En esos días el ambiente del pensionado era politizado, como en todo Chile, pero no en exceso. Los estudiantes de ingeniería éramos los “pernos” de la universidad, los “cuadrados”, preocupados principalmente de rendir en las materias abstractas propias de nuestra carrera, como cálculo, física y otros ramos similares, lo que en cierto sentido nos enorgullecía porque nos permitía autodefinirnos como cerebritos.

Nos preocupaba la situación del país y unos pocos se involucraban en algunas actividades políticas, pero la gran mayoría de los residentes no militaba en ningún partido ni tenía una opinión radical y definida respecto de los grandes temas que tenían convulsionada a la sociedad chilena. Estábamos muy lejos del compromiso político que se observaba en otras universidades, especialmente en la Universidad Técnica del Estado, e incluso en otras facultades y escuelas de nuestra propia universidad, como las de economía, sociología y todas las carreras de la educación.

Cuando en la universidad había huelgas y paros, muy pocos residentes del pensionado asistíamos a las actividades políticas relacionadas con esos movimientos. La mayoría aprovechábamos de jugar baby-fútbol en una cancha cercana, nos dedicábamos a ver televisión o simplemente al ocio. Tampoco nos esforzábamos demasiado con el abastecimiento de alimentos y bienes esenciales para nuestra comunidad, que siempre escaseaban en esa época, porque la universidad nos apoyaba y nos aseguraba ciertas cuotas mínimas de lo más crítico. Solo algunos fumadores se dedicaban esos días a “perseguir” camiones de cigarrillos hasta los negocios donde estos se detenían, para ponerse en la cola que rápidamente se formaba.

A primera hora de la mañana del martes 11 la situación era muy confusa. Había noticias alarmantes en todas las radios que daban a entender que esta vez la intervención militar era una posibilidad muy real y seria. Durante el desayuno todos estábamos inquietos y especulábamos sobre lo que debíamos hacer en las próximas horas o días. Obviamente, nadie sabía muy bien lo que significaba un golpe de Estado ni sus implicancias para nuestras vidas cotidianas, y discutíamos acerca de las posibilidades y consecuencias para el futuro inmediato.

Muchos estaban muy preocupados y decididos a salir de Santiago lo antes posible ese mismo día, viajando en tren o bus hasta sus respectivas ciudades de origen. Pero unos pocos creíamos que la cosa no iría demasiado lejos y que deberíamos seguir asistiendo normalmente a la escuela. Yo mismo prefería quedarme, porque pensaba que las clases se reanudarían pronto, quizás en un par de días, y no veía motivos para viajar a la casa de mis padres en Parral. Lo mismo pensaba mi amigo Fernando, de ascendencia alemana, que vivía en un pueblo cercano a Temuco.

Y es así como a media mañana del 11 solo dieciséis estudiantes, partidarios y opositores de gobierno más o menos en iguales proporciones, decidimos quedarnos en Santiago y permanecer en el pensionado.

Antes del mediodía de ese martes nos enteramos por la televisión que la Junta de Gobierno había decidido bombardear La Moneda y rápidamente todos subimos al techo de la casona por la posibilidad de poder ver algo. Afortunadamente para nuestras pretensiones, teníamos visión directa de la casa de gobierno, aproximadamente a un kilómetro de distancia en línea recta, sin que la obstruyera ninguno de los edificios altos del centro de Santiago.

Aviones de guerra empezaron a sobrevolar el centro de Santiago como un acto de intimidación o de puesta en escena de lo que vendría. Continuaron un tiempo volando en círculos y luego se dirigieron al norte, posiblemente a sectores de Independencia o Recoleta.

Desde allí uno de los aviones inició un movimiento recto y en picada hacia el centro de Santiago, acelerando con los motores rugiendo a toda potencia y a los pocos segundos, aun desde una distancia considerable, soltó algo de su vientre que a la distancia nosotros apreciamos como una leve alteración de la atmósfera, del aire cercano al aparato, seguido de un cambio brusco de dirección del avión, hacia arriba, alejándose de su objetivo.

Después vimos una gran columna de polvo elevándose desde La Moneda, hecho que al comienzo me produjo cierta confusión porque parecía totalmente desconectado de la secuencia anterior. Y a los pocos segundos escuchamos el sonido atronador de la explosión.

Durante media hora otros aviones repitieron la misma rutina hasta que La Moneda terminó envuelta en una gran nube de polvo y humo, con destellos de llamas apenas visibles desde nuestra distancia. Y luego el ataque cesó.

Era sobrecogedor, impactante, una escena no imaginada, como estar soñando o viendo una película de guerra. Nadie hablaba y solo se escuchaban expresiones de asombro y perplejidad de los que observábamos desde esa terraza como testigos privilegiados de la tragedia y del fin de una era. Los estudiantes simpatizantes del go-

bierno estaban muy afectados, con la cara desencajada, angustiados, a punto de llorar. Y los que nos considerábamos opositores intentábamos solidarizar con nuestros amigos, manteniendo un silencio respetuoso.

El resto de la tarde nos encerramos en nuestra residencia, como exigía el decreto de toque de queda que se había emitido, y dedicamos muchas horas a ver las noticias por televisión en un ambiente de tensa tranquilidad. En la noche la situación empeoró bastante, porque durante casi todas las horas de oscuridad se escucharon frecuentes disparos y explosiones en lugares que imaginábamos cercanos, pero cuya ubicación exacta no lográbamos precisar, y que suponían enfrentamientos entre militares y focos de resistencia de partidarios del gobierno.

Al día siguiente volvió un poco la calma, con calles de aspecto fantasmal, vacías de vehículos y de peatones, sin ruido alguno.

Pese a lo vivido en la jornada anterior, creo que ninguno de nosotros tenía excesivas preocupaciones o temores en el plano personal, excepto que pronto se hizo evidente que íbamos a tener problemas con la comida. No sabíamos de lo que disponíamos y obviamente el personal externo de la cocina tampoco iba a llegar. Nos organizamos para realizar las tareas domésticas más básicas y encontramos unos pocos víveres para uno o dos días. Alguien descubrió un saco de legumbres en una bodega, lo que nos alegró y tranquilizó enormemente, porque no había certeza de cuánto podía durar el encierro. Gracias a eso en los días siguientes comimos legumbres al almuerzo y a la cena.

En la noche de ese miércoles 12 de septiembre sorpresivamente recibimos la visita de Manuel Riesco, destacado líder estudiantil de Ingeniería y vice presidente de la Fech, que venía solo. En la actualidad es un conocido economista, miembro del Partido Comunista y esposo de la diputada Carmen Hertz, también comunista.

¿Cómo llegó hasta nuestra residencia en pleno toque de queda? Fue un misterio y causó enorme conmoción en todos. Manuel Riesco era un personaje de gran figuración a nivel universitario y se jugaba el pellejo por un grupo de dieciséis estudiantes, solo preocupados de la comida de la noche.

Nos arengó y nos conminó a la resistencia, esbozando un plan de acción que incluía colaborar con ciertos cordones industriales del sector sur de Santiago. No nos preguntó por nuestra posición política y supongo que asumió que éramos un grupo cohesionado dispuesto a defender al gobierno saliente. Lo escuchamos con respeto y con cierta admiración por su valentía, pero nadie dijo nada y creo que en nuestro fuero interno todos queríamos que se fuera pronto. Prometiendo un próximo encuentro, se fue después de una hora, en plena noche, sin que de nuevo supiéramos cómo.

Con esta visita sí nos dio un poco de miedo, porque en la televisión se escuchaba cada vez con más frecuencia que las Fuerzas Armadas allanaban hogares universitarios y escuelas universitarias donde habían ocurrido actos terroristas con resultado de militares fallecidos. De nuevo la Universidad Técnica era la más nombrada y algunas escuelas de la Chile del sector de Macul.

En el lado sur de nuestro pensionado, entre las calles Gay y Blanco Encalada, había un conjunto habitacional con dos grandes edificios de departamentos que ocupaban un espacio de casi dos cuadras. Este complejo, con una fachada de color blanco, era parte de nuestro paisaje habitual, por su cercanía, por sus dimensiones mayores al promedio del barrio y porque era posible verlo desde varias partes de nuestra residencia.

En nuestro recorrido hasta Beaucheff muchos acortábamos camino por entre estos edificios, por calles y veredas semi privadas del conjunto.

Incluía también un pequeño centro comercial separado de los dos edificios residenciales, emplazado en la parte más cercana

a nuestro pensionado, donde había un par de almacenes pequeños a los que acudíamos con frecuencia para realizar compras para la comunidad o compras personales.

Creo que las familias del complejo nos miraban con simpatía, como jóvenes universitarios que se comportaban adecuadamente, sin conductas reprochables que motivaran quejas de los vecinos del barrio. Y en esos años hubo varios pololeos de compañeros nuestros con niñas de allí, lo que generó aun más cercanía entre ellos y nuestra comunidad.

Los gritos de nuestro compañero de pensionado nos despertaron y nos pusieron en alerta de inmediato. No habíamos sentido ningún ruido ni advertido movimientos en la calle principal porque nuestra pieza era la más alejada de la entrada por República, pero una vez despiertos nos dispusimos a levantarnos sin tardanza. Eran aproximadamente las 10 y media de la mañana del jueves 13.

Luego de la inquietud inicial, le propuse a Fernando que nos vistiéramos con calma y que nos pusiéramos chaqueta. Recuerdo especialmente ese detalle de la chaqueta porque en mi imaginación esa prenda, la única que yo tenía y que usaba muy poco, marcaba la diferencia con la vestimenta de la gente de izquierda de la época, lo que nos diferenciaría favorablemente a ojos de los militares que nos visitaban.

Después de un rato salimos correctamente vestidos, recorriendo los patios y pasillos interiores que en ese momento estaban desiertos y silenciosos, acercándonos a la entrada principal. Llegamos hasta el hall de la casona y nos sorprendió no encontrar a ninguno de nuestros conocidos, sino a un contingente considerable de uniformados fuertemente armados que subían y bajaban escaleras, entrando y saliendo de piezas y portando, muchos de ellos, cajas y bolsas con objetos supuestamente recogidos en su recorrido.

Aunque nuestra presencia en la sala era muy evidente, ninguno de los uniformados allí presentes se dirigió a nosotros, sin em-

bargo, nos miraban al pasar. Con Fernando nos quedamos varios minutos incómodamente de pie observando la escena, preguntándonos qué sería del resto de nuestra gente.

Muy cerca nuestro había un militar de más rango, posiblemente un suboficial, con una pistola siempre empuñada en su mano derecha, que al parecer era el responsable de ese allanamiento. Por supuesto, él también era consciente de nuestra presencia, pero tampoco nos había interpelado y seguía principalmente ocupado de los movimientos de sus dirigidos. En un momento me acerqué a él y le pregunté si era mejor que saliéramos a la calle. “Sí, es mejor que salgan”, me respondió, sin ningún atisbo de urgencia.

Salimos al exterior y enseguida nos golpeó muy fuertemente la imagen de descubrir a nuestros catorce compañeros sentados en la calle en una fila paralela a la vereda, con ambas manos en la nuca, las piernas extendidas en nuestra dirección y separados uno o dos metros entre sí. Casi todos estaban vestidos con normalidad, pero unos pocos estaban con pijama y recuerdo a otro con una toalla en el cuello. Un hombre mayor con aspecto de vagabundo, con igual postura que el resto, completaba la fila en el extremo sur más cercano a los edificios.

Cuando empezábamos a bajar las escaleras hacia la vereda un militar nos gritó: “¡Manos a la nuca conch...!” y al pasar por su lado le pegó una fuerte patada en el trasero a Fernando. Yo esquivé otro zapatazo de un segundo uniformado y rápidamente nos dirigimos a sentarnos en el extremo de la fila, a continuación del hombre mayor.

Como pude me puse a observar la escena y me asombró el impresionante despliegue de recursos, de equipos y de personal militar, exageradamente desproporcionado para la maniobra de allanamiento. En ambos extremos de la cuadra habían apostado camionetas con ametralladoras montadas en los pick-up, cerrando así el tramo de calle. También se veían jeeps, un par de camiones, uno o dos buses y muchos militares fuertemente armados por todas partes.

Mentalmente calculaba que el número de efectivos fácilmente nos superaba en cuatro o cinco veces.

En un momento miré hacia los edificios vecinos. No se veía a nadie en los balcones y todas las persianas de las ventanas estaban cerradas. Pero en una segunda mirada aprecié pequeñas aberturas entre las persianas, lo que indicaba que todas las familias estaban a escondidas observando lo que ocurría. Me sentí un poco ridículo, porque yo era el último de la fila y el más expuesto, ya que el resto de mis compañeros estaban parcialmente cubiertos de las miradas por los árboles de la calle. Me imaginaba que un par de niñas que conocía estaban observando la escena, y ese sentimiento de ridículo fue por momentos mi mayor preocupación.

Un oficial de mayor graduación, posiblemente comandante o coronel, se paró adelante y nos habló por un rato con voz muy enérgica y marcial, mencionando atentados contra uniformados en otros recintos universitarios y justificando así la intervención en nuestro pensionado.

En un momento dado preguntó quiénes de nosotros éramos partidarios de la Unidad Popular y tres alzaron la mano, entre ellos Ricardo Belmar, militante de un partido de izquierda y presidente de nuestra comunidad. A partir de ese momento se produjo un diálogo muy surrealista, con el oficial preguntando por las motivaciones del interpelado y Ricardo respondiendo respetuosamente, sentado en la calle con las manos en la nuca. “Pero cabro, ¿cómo es posible que defiendas a un gobierno que nos ha llevado a tal descalabro?”, “Sí, sí, es verdad, pero lo que nosotros pretendíamos era”, y así.

Sentí mucha admiración por él y por los otros dos que se atrevieron a levantar la mano, y justifiqué a los que no lo hicieron. Ricardo tenía mucho liderazgo, era muy simpático, se relacionaba bien con todo el mundo y era bien conocido en la escuela porque en las semanas mechonas siempre ganaba la competencia de velocidad al beber dos cervezas simultáneas en menos de seis segundos, un récord imposible siquiera de amenazar por ninguno de los otros

competidores en los años que me acuerdo. Con el tiempo se convirtió en un empresario muy exitoso en el área de los grandes proyectos eléctricos y después de unos pocos años vendió su empresa a una conocida transnacional noruega en una cifra muy importante.

Poco antes del mediodía se escucharon disparos que parecían provenir del techo del edificio más cercano, lo que generó una respuesta inmediata de los militares con la ametralladora sobre pick-up que estaba detrás nuestro, que emitía ráfagas ensordecedoras y continuas. Otros uniformados se unieron a la reacción disparando desde atrás de los árboles con sus propias ametralladoras de mano.

Mientras tanto nosotros nos arrastrábamos desesperadamente por el suelo intentando alejarnos del fuego cruzado para llegar hasta el bordillo de la vereda con el que pretendíamos protegernos. Después de unos instantes que parecían eternos, un oficial nos permitió subir a la vereda y reptar para arrimarnos al murete del antejardín de nuestro pensionado.

El enfrentamiento se mantuvo por un rato prolongado y luego disminuyó su intensidad, hasta que finalmente se detuvo. Por los gritos de los uniformados no estaba claro de dónde habían provenido los primeros disparos ni si la acción de esos francotiradores había seguido en forma continua durante toda la refriega. Pero era evidente que por la reacción de los militares muchos de los pisos altos del edificio habían sido parcialmente acribillados.

Después de unos instantes volvió la calma, lo que tranquilizó los ánimos de los militares y nosotros habíamos logrado una posición mucho más confortable, siempre sentados en el suelo con las manos en la nuca, pero con la espalda apoyada contra el murete de nuestro pensionado. Era un gran cambio.

Tal como se había anunciado, el toque de queda fue levantado a mediodía y la gente salió en masa a la calle para acercarse a los límites del sector aún controlado por los militares. Desde mi posición, sentado en el suelo, veía muchas caras conocidas que nos

miraban con simpatía y preocupación. También observaba a la distancia el movimiento de algunos autos, gente que entraba a comprar en los negocios cercanos recién abiertos y cómo la vida parecía que retomaba su ritmo habitual.

Luego de un rato y sin que mediara ninguna advertencia, los militares se retiraron y nos dejaron sentados en la vereda sin más.

Entonces la gente se acercó a nosotros para conversar y entender lo que había ocurrido, para ofrecernos su solidaridad y varios de ellos para invitarnos a comer en sus casas. Fue muy gratificante, emocionante y nos sentíamos como héroes, protagonistas de una experiencia singular que afortunadamente había terminado bien.

Nos mantuvimos mucho rato conversando allí en la calle, contestando preguntas y relatando nuestras vivencias en un ambiente relajado, con algunas bromas, risas y cariñosos palmoteos de parte de estas personas. Esa convivencia espontánea y la generosidad de esos vecinos que apenas conocíamos configuró un hermoso final para un día que no olvidaremos.

En la tarde de ese jueves decidí que al día siguiente viajaría por un tiempo a la casa de mis padres en Parral.

Columpios (una historia real)

Cecilia Soto López

El día se presentaba con un sol radiante iluminando por sobre la cordillera cubierta de nieve. Había llovido el día anterior y el frío de la mañana era tan grande que las pozas estaban todas escarchadas, lo que hacía la delicia de los niños que salían temprano y las pisaban rompiendo el hielo, todo esto junto a los árboles que ya estaban cubiertos de flores rosadas y blancas formaban un espectáculo maravilloso que anunciaba la evidente llegada de la primavera.

El grupo de niños se dirigía a la escuela, niños y niñas que cada mañana compartían el mismo camino conversando y riendo; a ellos les gustaba ese camino en especial porque en medio de este había una plaza que tenía columpios, habían tres columpios en esa plaza que por las tardes se llenaba de niños queriendo subirse a ellos, por lo que hacían largas filas esperando su turno para columpiarse.

Esa mañana cruzaron la plaza mirando los columpios desocupados, todos con un claro gesto de desilusión en sus rostros pues pasar a disfrutar de ellos en ese momento era imposible, no había tiempo.

Mañana vamos a salir más temprano, dijo uno de los niños, y así nos columpiamos ante de ir a la escuela, todos los demás asintieron sellando el acuerdo con un gran aplauso y tomadas de mano, era una promesa solemne que nadie iba a romper, fue justo en ese instante que vieron los helicópteros.

Los helicópteros volaban a poca altura con sus puertas abiertas, por lo que se podía ver claramente en su interior varios soldados con sus ametralladoras en sus manos, los niños los miraron y saludaron con sus manos a los cual los soldados, desde el helicóptero, les respondieron de la misma forma, provocando en ellos mucha alegría que se convirtió en risas y saltos ¡Hola! ¡Holaaaa!, le gritaban hacia arriba, esto hizo que se les pasara la hora y corrieron hacia a la escuela.

Llegaron contentos comentando unos con otros la experiencia recién vivida, por lo que se hizo un murmullo general en el patio hasta que sonó la campana.

Comenzaron a formar filas cada uno frente a su curso, primero el octavo con los niños más grandes y al último el kínder, los niños más pequeños ayudados por su maestra; y se hizo el silencio. Ese día la directora iba a hablar algo importante; como no era lunes, el día que normalmente lo hacía, los niños se miraron unos a otros con evidente gesto de curiosidad en sus rostros.

Hoy no hay clases, por favor váyanse rápido y directo a sus casas; los niños a los que los vienen a buscar sus padres deben esperar un rato en el salón principal sin hacer desorden, esas fueron todas las palabras que la directora dirigió a los alumnos tras lo cual se acercó a cada profesor dando algunas instrucciones y luego desapareció tras el pasillo que conducía a su oficina privada.

Cuando la directora terminó de hablar se hizo un breve silencio que se rompió con vítores y hurras, bolsones lanzados al viento y un sinfín de abrazos; al parecer ninguno esperaba semejante sorpresa, sus caras solo reflejaban alegría.

Salieron corriendo y tropezándose unos con otros sin reparar que afuera la ciudad ya no era lo misma de cuando habían entrado a la escuela.

En ese rato se había generado un gran cambio en el cual ellos no repararon.

En la calle no había ninguna micro circulando, muchas personas adultas corrían de un lado a otro con aparente nerviosismo y temor en sus caras, en todas las esquinas habían militares apostados con sus armas de fuego listas para disparar en cualquier momento, en el cielo volaban muchos aviones quién sabe para dónde, en algunas parte salía gran cantidad de humo negro; era evidente que algo muy grave estaba sucediendo, pero los niños no veían nada de eso y al parecer tampoco sentían el ulular de muchas sirenas y las ráfagas de metralleta que sonaban por aquí y allá, ellos solo corrían a la plaza a ver quién llegaba primero a los columpios.

Los columpios estaban desocupados tal y cual habían pensado y todos corrieron al mismo tiempo, eran solo tres columpios, ellos más de veinte, así que definitivamente había que organizar aquello:

"Propongo que cada uno se juegue su puesto", dijo el más alto y corpulento de todos, lo que le garantizaba un cierto poder jerárquico por sobre el resto, al cachipún, así los que van perdiendo se quedan a un lado, los que van ganando competirán entre ellos y así sucesivamente.

"No", dijo otro de los niños, "eso es muy largo, nos tomará toda la mañana, mejor lo hacemos con una moneda, ¿alguien tiene una moneda preguntó?" Varios revisaron en sus bolsillos pero no hubo suerte, ninguno tenía una moneda ese día; después de un breve silencio, se decidió por la primera opción, "entonces, será al cachipún nomás la forma de organizar el orden de los columpios", dijo el niño más fuerte y comenzó la competencia con los dos primeros voluntarios, el resto animaba a uno u otro gritando y saltando de un lado a otro.

La competencia fue avanzando un poco lenta y los niños estaban expectantes y concentradísimos esperando que terminara y empezaran a columpiarse en el estricto orden que dejaba esta, mientras que a un lado de cada columpio estaban los niños más grandes cuidando que ninguno se quisiera pasar de listo.

Evidentemente, no escucharon los gritos de sus madres que corrían hacia ellos y solo las vieron cuando ya estaban a su lado, abrazándolos y tomándolos de las manos; en los rostros de ellas se reflejaba angustia, nerviosismo y temor.

Las madres les tomaron las manos, pero los niños no se querían ir y se resistían tratando de soltarse, ellos solo querían columpiarse, para eso ya habían esperado casi media mañana.

La fuerza de las madres terminó venciendo, estas los sujetaron fuerte y fue imposible librarse.

Primero, los arrastraron con tanta fuerza que se vieron obligados a ponerse de pie gritando a todo pulmón.

"No me quiero ir a la casa", chillaban unos, "me quiero columpiar", gritaban otros, "hoy no hay clases", protestaban todos. Se veía que sus madres ya no escuchaban, solo los asían hacia sí para seguir corriendo con gesto desesperado hacia sus casas y así se fueron perdiendo lejos de la plaza, cada uno a su pasaje junto a sus madres que los llevaban a viva fuerza, mientras ellos seguían protestando a gritos.

Los columpios siguieron ahí, solos por mucho tiempo.

La dictadura en los ojos y el sentido de un niño

Marcelo Soto Barba

Vivía en Coronel, al lado de una familia comunista, en una población del llamado sector rojo de la zona carbonífera.

Corría 1964 cuando Allende se postulaba por tercera vez a la presidencia, compitiendo con Eduardo Frei Montalva.

Según me contaba mi madre, con poco más de 3 años, tomaba un palo de escoba y daba vueltas en torno al patio de la casa, gritando ¡Allende, Allende! Como no había televisión y mis padres eran más bien conservadores, nadie entendía el porqué de mi inclinación popular. Pero mis vecinos aplaudían a rabiar y me tomaron cariño.

El patriarca de la casa contigua, de familia numerosa, años más tarde se acercó a mí. Ya había ocurrido el golpe, sus hijos mayores estaban exiliados y él, incluso, había recibido un balazo en una nalga, en los primeros días posterior al golpe, cuando los milicos se sentían todopoderosos, sin importarles tener la misma condición social que la víctima herida, aprovechando un irracional poder para violar sistemáticamente los DD.HH. Nunca logré entender cómo los pelaos rasos se involucraron en crímenes de lesa humanidad contra sus propias familias o cercanos sin defender un gobierno que, según la historia conocida gota a gota, benefició a los más desposeídos.

Mi vecino recibió el balazo solo porque trató de defender a una persona que los milicos golpeaban; al involucrarse no intuyó que

quienes ostentan armas pueden llegar a utilizarlas con descriterio y crueldad.

Cuando este vecino se acercó a mí, no fue para inculcarme las “perversas ideas del comunismo”, sino simplemente para enseñarme ajedrez y, de paso, recuerdo que me facilitó un libro que aún tengo en la memoria, escrito por un hindú sobre las matemáticas, “El hombre que calculaba”, de Malba Tahan.

Poco tiempo después, nos cambiamos de casa, por lo que lo veía muy esporádicamente, y luego nos trasladamos hacia San Pedro. Dejé, entonces, de tener contacto con él y con sus hijos. Cuando falleció, supe que una multitud coronelina se congregó para despedirlo.

El acto constituyó un sentido homenaje a un hombre cuya consecuencia y lealtad con su pueblo fue innegable, no solo a través de una ejemplar militancia partidaria en toda su vida, sino que con el barrio que nunca abandonó, pudiendo hacerlo, porque sus hijos mejoraron en forma importante su nivel de vida.

Una de sus nietas manifestó, no sin razón, que era uno “de los imprescindibles” y, en este relato/recuerdo/homenaje, yo agregó que “murió como vivió”. Jamás se le vio aprovechar algún beneficio, nunca tuvo pretensión por lo suntuoso, y siempre apoyó las causas nobles y desinteresadas.

En mi caso, no supe valorar de mejor modo y oportunamente su amistad, y tampoco la mantuve, de lo cual me arrepiento enormemente.

¡Cuánto me pudo haber enseñado! ¡Cuántas historias me pudo haber contado, de primera fuente, de mi localidad!, aquel pueblo en donde nací y crecí, que era y sigue siendo una zona de pobreza descarnada, forjada al alero de las luchas de clase tras un sueño que aún está pendiente.

Él pudo ser el carpintero anarquista Juan Demarchi, quien dio sus primeras lecciones a Salvador Allende cuando este era solo

un adolescente, lecciones que encaminaron a don Chicho hacia sus convicciones, que cimentaron la consecuencia irrenunciable de un presidente que se sacrificó por los mismos ideales que también pude distinguir en el ejemplo y en la figura de don Raúl Gutiérrez Bustos.

Tal vez, ello me hubiese servido cuando la dictadura cayó sobre mí en forma cruenta, provocándome un trauma cuya marca indeleble jamás superé. Pero este dolor es otra historia, de las tantas que de modo lacerante continúan escribiéndose.

Resabios de la dictadura

Marcelo Soto Barba

Corría el año 1985, un año perversamente cruel en que la dictadura de Pinochet, con todo su poder, demostraba su maldad y vileza, periodo en el que sufrimos uno de los actos más delezna- bles de la tiranía, como lo fue el secuestro y posterior degollamiento de tres profesionales comunistas por el comando DICOMCAR de Carabineros, cobarde acción que trajo como consecuencia la renun- cia del General Director de esta institución, general rastrero y trai- dor, como lo catalogó Allende en su memorable último discurso.

Yo estudiaba en la Universidad del Norte con sede en Coquimbo, casa de estudios que tenía como rector delegado a un mi- litar, como la mayoría de las universidades. Regresaba a mi casa lue- go de completar mi tercer semestre y estando en el terminal de buses en Santiago, haciendo tiempo para trasladarme o hacer trasbordo en otro bus con destino a Concepción, me llamó la atención una noticia en un diario que era de oposición, llamado *Fortín Mapocho*. Se trataba de una toma de un liceo emblemático por parte de los secundarios, quienes protestaban contra las nefastas políticas de la dictadura. Sin pensarlo mucho, compré el diario para interiorizarme. De inmediato, comienzo a sentir silbidos y personas en diferentes puntos observándome. Era la maquinaria de la delación puesta en marcha y que se encontraba en todos los puntos del país como pro- cedimiento preferido para acallar la voluntad popular clamando por el fin de la tiranía. Desde ese momento, comienza una persecución

implacable que me mantuvo en constante tensión, provocándome tanto miedo que, en la ciudad de Talca, en su terminal, no subí al bus que me trasladaba a mi ciudad de residencia cuando descendimos en un receso de 15 minutos. Me quedé en el terminal y el personal persecutor me cercó, me agredió y prácticamente me secuestró, llevándome al hospital de la ciudad, en donde pasé 5 días de terror psicológico, porque me hacían ver que estaba en constante peligro y que no iba a salir con vida de allí. Algo sucedió, probablemente, el aparataje de informaciones averiguó que no era ni peligroso ni pertenecía a movimiento terrorista alguno, ni siquiera a algún partido político, así que me dejaron libre. Antes me advirtieron tácitamente que no me inmiscuiera en situaciones político-partidistas y que ni me atreviera a divulgar lo que había visto y sufrido.

Para superar la situación, una vez en casa con mi familia, lo tratamos como un problema psicológico que fue gatillado por un alcoholismo incipiente. Acudí, entonces a médicos psiquiatras contando mi historia, pues no lograba recuperarme. Posteriormente, comencé a tratarme contando la verdad; sin embargo, ningún profesional de la salud creyó mi historia y, en ese largo tratamiento, pasando por distintos médicos y medicamentos, finalmente, asumí ante los médicos, mi familia y amigos que fue producto de mi imaginación, es decir, me rendí. En el 2011, se me presentó la oportunidad de divulgar mi experiencia, se abrió un segundo proceso para testimoniar respecto a prisión, política y tortura que sufrieron los desafortunados perseguidos por la dictadura, una segunda fase que efectuaría la Comisión Valech para evaluar a aquellos que, en su primera etapa, por los más diversos motivos, no presentaron testimonio, personas que, a su vez, lograron sobrevivir. Presenté entonces mi caso ante una comisión, dejando el testimonio descrito en 28 carillas. Sin embargo, tampoco me creyeron y desestimaron mi versión; no la consideraron como válida y ni siquiera me comunicaron, como lo prometieron, para indicarme que mi denuncia había sido aceptada o rechazada.

Cuando reparo en que fue en el primer período presidencial de Piñera, cuando me percaté de que nos jugaron una broma, dándole a los delatores traidores el premio de una indemnización, a pesar de que se convirtieron en torturadores de sus camaradas –como Luz Arce, Alejandra Merino o Miguel Estay–, entonces comprendo por qué fui desdeñado.

A 50 años del golpe, un relato sincrónico

Max Valdés Avilés

Puñetito Martínez

Verano del 73. Imposible no anhelar aquellas calurosas tardes en Curanilahue. Son muchas las anécdotas que recuerdo y, a pesar del tiempo, continúan vívidas en mi cabeza atolondrada. Las colinas no estaban muy lejos y podía ver sus cumbres nevadas; en el campo, las majadas pajizas y el camino que llevaba a un valle polvoriento: hacia el sendero de los pirquineros. Veo a mi padre llevándome al mar y engatusándome, hablándome del trabajo de sus abuelos. De cómo decidió hacerse noqueador. De la bondad de Dios al poner los guantes en sus manos. Simultáneamente, las olas encrestadas reventaban de azul en sus orillas. Me sentía orgulloso de estar a su lado, de poder entender sus sueños y no juzgar sus peleas, como lo hacían los diarios regionales. *El pago de Chile* siempre consistió en lo mismo: ensalzarlo cuando pegaba bien y basurearlo cuando era incapaz de vencer al contrincante.

Me gustaba estar a su lado y sentir su macizo cuerpo como malla de protección o las inmensas manos que apretaban las mías dándome seguridad. Ahora sé que nada de eso era tal, sino que la mirada de niño siempre agiganta las cosas. Mi padre era peso mosca, no más de sesenta kilos, y en las fotografías que hoy consulto se le ve menudo y enjuto, como si su alimentación nunca hubiese sido la adecuada.

Esas fotografías de prensa corresponden a días después de la pelea en que papá obtuvo el título de Campeón Regional del Maule.

También repaso el día de la felonía. Por una parte, los peces gordos traicionaban a un jefe de Estado y por otra yo hacía lo mismo. Los golpes que he recibido en mi carrera están bien puestos en mi rostro. Mi padre nunca lo habría hecho. Había sido un buen peleador y en el caserío se le reconocía como hijo ilustre luego de aquella vez en que noqueó a Eloy Rojas, un puertorriqueño con la cara manchada de lunares. En ese tiempo yo era un enano. Recuerdo cómo el gimnasio municipal se llenó de espectadores. Cómo llegó la radio a transmitir en directo el match. Todos los mineros estaban esperanzados en la pelea. Al hacer de local, la mala negra estaría de nuestra parte y toda la gente del pueblo, incluido el poblado de Villa Soberano, agitaría sus palmas en favor de "Mendocita Cuéllar", como era apodado mi padre.

La noche de la pelea mi madre me dejó en casa de mi madrina. Pensaba que me dormiría temprano, y así hasta el otro día sin tener noticias de papá. Lo cierto es que con mi madrina nos arrancamos al gimnasio y pude ver el vestuario desde el cual saldría Eloy Rojas. Era un toro de espaldas anchas, quizá como nunca las vería en mi vida, parecía pesar más que papá y me dio mucho miedo cuando ya en el ringside levantó sus manos para saludar al público que no cesó de pifiarlo hasta que anunciaron a Mendocita Cuéllar. Allí todo cambió. Oí rugir al público que, alborotado, gritaba "¡Mendoza-maulino-campeón!".

Mi padre no era un buen "masajeador" y lo que Rojas hacía con él era pasearlo de una esquina del ring a otra para marearlo y hacerlo perder la paciencia. De pronto se le venía encima y mi padre no se protegía bien con los guantes. Hubo momentos en los cuales cerré los ojos pues veía cómo Eloy Rojas le daba con la izquierda. No supe cómo mi padre dio vuelta la pelea y lo terminó en las cuerdas. Lo último que vi fue cuando el vencido abrió la boca y dejó caer la mandíbula.

Por muchas semanas el vecindario estuvo de fiesta. Con papá fuimos a la playa y estaba feliz de haberle dado un triunfo a su tierra. Aún hoy lo recuerdo con su camiseta, un viejo par de pantalones y sus zapatos de boxeador, haciendo ejercicios con la bolsa de arena, corriendo por la playa levantando las rodillas o ascender las colinas en su acostumbrado trote.

Ahora tengo 23 años y ya van quince desde que papá falleció.

Llevó diez años haciendo entrenamiento y quisiera volver a sentir la alegría que sentí aquella vez cuando él arrastró a las cuerdas al puertorriqueño.

Y como en los pueblos de mineros los hijos de mineros continuaban siendo mineros, yo decidí seguir siendo boxeador.

Mi entrenador es Luis “Martillito” Briones, un entrenador con músculos por doquier que acostumbra a usar la sudadera con la imagen del Che Guevara. Mi rutina de trote es la misma que hacía papá por las mañanas y por las tardes, tres horas de sala. La única que no entiende nada es mamá. Ella pensó que mi viaje a Santiago fue para buscar trabajo, pero nunca fue esa mi intención. Llegué a la Estación Central y la única dirección que tenía era la del club México y una antigua carta que mi papá recibió de algún director de acá. Profité de esa información y creo que fue útil. Martillito me tomó las pruebas y le agradé. Las marcas no eran las mejores, pero tenía la edad y el físico. Incluso me cedió una pieza en la parte trasera de su casa para que viviera allí hasta que pudiera buscar algo mejor. La casa siempre se llenaba de gente. Martillito pertenecía a la Unidad Popular y creía que el boxeo debía ser como en Cuba: una profesión valorada por los gobiernos y por el pueblo. A mí me interesaba solo entrenar y pelear. No quería perder el tiempo en reuniones ni en manifestaciones. Pero vivir en Santiago era vivir en el ojo del volcán y, ya que vivía en su casa, no podía evitarlo.

Comencé a mejorar en mis entrenamientos y poco a poco fui llegando a lo que mañana me espera: mi primera pelea por el título peso pluma.

Por la mañana con mi entrenador nos fuimos a comer liviano a la Vega Central. Me llamaba la atención que aquí todo llevaba el apellido central. Nos concentramos en un antiguo hotel de calle Rosas. Se llamaba *Hotel Central*; siguen los nombres centrales. La federación nos reservó un par de piezas y el empleado nos subió un plato vegetariano para mí y mariscos para él. Casi no conversamos en la cena. Yo tenía un poco de temor en que quizá no podría dormir bien. Una de las cosas más terribles para un peleador es no poder dormir la noche anterior. A papá siempre le ocurría eso y debía de caminar para así, cansado, poder conciliar el sueño. Aquí en la ciudad es muy difícil caminar en paz. Siempre existe multitud de gente y por eso preferí quedarme en el hotel escribiendo una carta para mamá. Sería interesante poder leer días después del asalto mi propia letra y reconocer lo que creía respecto a la pelea y las cosas que se les dice a las madres cuando se trata de subir al ring. Mamá recibió muchas cartas de papá cuando este peleaba fuera de casa. Creo que ella aún las conserva. Ha tenido que acostumbrarse a esa forma especial que tenemos los Mendoza de decirnos lo que nos pasa.

Martillito me dijo que debía salir urgente. Me contó que había problemas. Salió. No supe qué tipo de problemas hasta que me asomé por la ventana que daba a calle San Pablo. Eran las seis de la tarde y mi entrenador no regresaba y en la calle había una turba de carabineros enfrentándose con varias personas. Temí que mi pelea que estaba programada para las diez de la noche siguiente en el Estadio Chile se suspendiera.

Pasaban tres horas.

Mi entrenador regresó.

—¿Qué pasa?

—Nada. No pierdas la concentración. No será difícil de tumbar— agregó.

—Los mexicanos tienen buena fama— dije.

Me sentía bien en mi peso. En dos semanas había alcanzado los 56 kilos reglamentarios.

–Les voy a dar un buen espectáculo– agregué.

–Dicen que puede ser la última pelea.

–¿Qué?

–No te canses por nada.

–¿Qué edad tiene, entrenador?

–Treinta y cuatro.

–¿Y cuántas por nocaut?

–36 de 48.

–Mi padre derrotó a Rojas siendo invicto.

Nuevamente vi a mi padre con el albornoz y la toalla despidiéndose de mi madre antes de una pelea. A él no le gustaba que ella fuera al ring. Decía que en el cuadrilátero se veía obeso. "Verás cómo le voy a hacer lamer el suelo". «Calla, no digas eso– replicaba ella–, solo Dios sabe si te va a dar la pelea».

Alrededor de las nueve me bajó una suerte de angustia. Faltaban pocas horas para enfrentarme al mexicano. Mi entrenador me llevó a la cama.

–Descansa un poco.

–Usted está nervioso– dije.

–Nunca digas que me conociste.

–¿Qué?

–Tu no tienes nada que ver con esto...

Le pedí un favor: no cierre la ventana, necesito tener las narices bien abiertas.

Había comenzado a llover. A través de la ventana podía ver la polución de las gotas de lluvia resbalando por el vidrio. Me gustó oír la lluvia del mes de septiembre. En el sur las lluvias son hermosas y traen bienaventuranzas a los lugareños. Me fui quedando dormido.

Al otro día me despertó la lluvia que aún caía sobre la ciudad. Desayunamos y al rato estaba un radio-taxi aguardándonos afuera.

–¿Dónde van?– dijo un hombre calvo que hacía de guardia.

–Al gimnasio– dijo mi entrenador–. El muchacho tiene que estar en forma.

–La cosa está mala allá afuera...

Bajamos las escaleras del hotel y partimos rumbo al gimnasio. Una patrulla de militares nos detuvo en la intersección de Moneda con Bandera. Le exigieron documentos al chofer del auto. Mi entrenador se puso nervioso.

–¿Quiénes son esos?– preguntó el militar a cargo de la inspección.

–Tienen la preliminar con el mexicano.

El hombre se rió con la boca abierta. Le faltaba una muela a cada lado de la boca.

Todas las localidades estaban vendidas. Entramos por una puerta lateral. Pude ver a la multitud cómo forcejeaba para entrar. Ya en el vestuario mi entrenador me dijo que el mexicano estaba por ingresar al ring. El público lo pifiaba. Recordé la noche del puertorriqueño. Cuando pasó por entre las cuerdas, juntó los puños al aire y sonrió. Luego saludó a la multitud levantando un brazo y caminó a lo ancho del cuadrilátero hasta ir a su rincón. Seguramente el mexicano estaba haciendo lo mismo.

Era mi turno. Cruzamos por un pasillo semi oscuro y el público gritó mi nombre y comenzó a aplaudir. Ya estaba sobre el ring e hice lo que mi padre siempre hacía, saludar a mi contrincante antes que al público. Las banderas de Chile estaban por todos lados. No veía rostros, pero quise imaginarme el de mi madre, asustada, pegada al cuerpo de mi madrina, a mis amigos de la infancia, a las decenas de pirquineros que viajaron desde el sur a hacerme barra y, por supuesto, quise imaginarme el rostro de mi padre de pie gritando por su hijo y empuñando sus manos al vacío con ira, con pasión, con vehemencia.

Mi entrenador comenzó a vendar me las manos. Estaba nervioso, nunca lo había visto así. No era por la pelea, estaba seguro de eso.

Puse el pulgar en la hendidura de la venda y terminó de envolverme los puños con todo cuidado. La pasó por la muñeca y por sobre mis nudillos.

Ya no había nada más que hacer sino noquear. El árbitro nos llamó al centro del cuadrilátero y luego regresamos a nuestro rincón. Mi entrenador me quitó el albornoz, me incliné sobre las cuerdas, flexioné las rodillas un par de veces y escuché el pitazo inicial.

Tocamos los guantes.

El mexicano se veía muy rudo.

Me colocó dos golpes sobre la cara.

Tenía buena guardia y yo intentaba calcular cuándo poner mi izquierda. Tres o cuatro veces tiré unos golpes que no llegaron a alcanzarlo. Intenté el cuerpo a cuerpo para ver si le colocaba la izquierda en su cara. Pero él los esquivaba o pasaban sobre su cabeza.

A la misma hora el número de patrullas que comenzaban a aparecer había aumentado. En cada una de las calles de entrada y salida al centro de Santiago instalaron una de ellas. La gente se veía nerviosa. Mi pelea era solo una preliminar, pero para mí era muy importante. Mi padre también tuvo que viajar muchas veces a ganarse la posición. Nunca consiguió la pensión mínima de sobrevivencia que mi madre lloró muchas veces frente al edificio de la Intendencia. No les importó que le hubiese dado un triunfo a Chile. Mi madre decía que los gobiernos de Alessandri y Frei eran para los futres y no para la gente. Lo único que consiguió antes de morir fue una medalla y una canasta familiar que el alcalde de Concepción le entregó en nombre del gobierno popular.

Después de tres asaltos sentía que me había lastimado. Me dolían las costillas. Cada vez que se acercaba le trababa los brazos, soltaba la mano e intentaba un uppercut. Pero en cuanto conseguía alejarme observaba su rostro babeante protegido tras sus inmensos bigotes negros.

Mientras tanto los empleados y trabajadores tuvieron que abandonar sus trabajos. El número de soldados era tremendo e iban hacia La Moneda.

Lo intenté trabar, subir mi derecha y volver al uppercut. Lo logré. Alcancé su nariz con el revés del guante. El mexicano comenzó a sangrar y apoyó su cara en mi hombro para descansar un poco.

Él arbitro lo separó de mi lado.

Al terminar el cuarto round sentía mi izquierda pesada.

Mi padre nunca quiso que me metiera en líos.

Fue a partir del quinto cuando comenzó mi castigo. Ya no podía mantenerlo alejado de mi cuerpo, las piernas no me respondían y empezaba a sentir verdaderamente los impactos del mexicano sobre mi rostro. Los músculos me temblaban y me sentía muy mal.

Después sabría que los tanques rodearon todo el edificio apuntando directamente a la casa del presidente. En el hotel había un televisor marca Motorola que según el hombre calvo de la portería transmitía en directo todo lo que ocurriría en horas de esa mañana. Un par de horas después regresaría al hotel. Solo. Mi entrenador no me acompañaría.

Al sonar por sexta vez la campana sentí que me empujaban al ring. El mexicano me alcanzó con un soberbio directo de derecha y con mis manos y mis rodillas caía al suelo. Los gritos de la multitud me hacían creer que estaba en otro sitio. Sacudí la cabeza. Me levanté. El arbitro dejó de contar los segundos. Luego de algunas fintas volví a ser arrinconado por el mexicano y me lanzó un terrible golpe de derecha.

Algunos francotiradores se subieron en la terraza de La Moneda y comenzaron a defenderse. Jamás pensaría que sería testigo de algo así. En Curanilahue la vida era una taza de leche y las noticias venidas de Santiago apenas intranquilizaban.

Las personas aullaban de tal manera que apenas oí a mi entrenador cuando me solicitaba el retiro.

—¡Estoy bien!— le decía—, puedo continuar.

¿Dónde estará mi madre? ¿Sospechará todo lo que estoy haciendo? ¿Creería cuando le contara quién era mi entrenador?

Volví al centro. Lo último que vi fue la cara de mi noqueador. Su mirada espantosa. Algunos días más tarde este mismo Estadio sería utilizado como cárcel. Al dolor de los golpes recibidos y el deterioro de la musculatura por el cansancio y la fatiga, se uniría después el dolor de la tortura y el salvajismo. No podría creerlo si me lo hubiesen contado.

Toda una energía maligna se vino sobre mí y tras un violento swing comenzó a golpearme de arriba a abajo y no supe de nada, salvo de la mano de mi entrenador que me recogió en las cuerdas.

Creí ver súbitamente a mi padre amordazado sentado en galería. ¿Cómo era posible si él jamás se metió en política ni en este ni en anteriores gobiernos? ¿Me creerán los soldados cuando le responda si conocieron a Cacho Mendoza, campeón del sesenta y tres?

Algo sucedió que me transportó en el tiempo. Fue como esos viajes que hace la mente al pasado o cuando en la agonía se despiertan nuestros demonios.

Alguien toma del cuello a mi padre y lo lanza tribuna abajo. El cuerpo se golpea contra el suelo y los escaños de cemento. Pero al verlo detenidamente no es mi padre, sino otro hombre que usa un bigote grueso y que parece a punto de desfallecer.

Vi acercarse a mi padre y despertarme. Aún estaba noqueado y él vino a mí a pedirme perdón por haberme llevado a ese fin.

Pronto se va a acabar esta pelea. Entrarán los carabineros y los soldados y con toda la fuerza que produce el exceso vendrán sobre nosotros.

Nunca quise hacerlo, me decía, estoy reventado por dentro, le explicaba. Me siento culpable hijo —insistía—, debes recuperarte e ir a ver a tu madre; lo supo todo por el radio.

¿Dónde está mi entrenador? ¿Alguien ha visto a Martillito Sanhuesa?

Estaba fatigado. Eran las primeras alucinaciones de la derrota. Los aviones están sobre el edificio y este comienza a incendiarse rápidamente. No hay nada que hacer. La historia finaliza de esa manera. Una fotografía en blanco y negro con una decena de hombres abandonando el palacio presidencial con las manos arriba, arrestados camino al cadalso. No está el presidente por ninguna parte. Ojalá salga en el próximo grupo de detenidos. Eso quiere la gente. La gente que huye desesperadamente.

Mi entrenador ya no estaba conmigo.

—Pronto llegará el médico—, oí decir. Lo hiciste bien muchacho.

Me preguntaron por mi entrenador, Luis Martillito, ¿dónde estaba? Estaba oculto en la muchedumbre. Me levanté y les indiqué quién era. Ese es, les dije. Lo arrestaron inmediatamente. No volvería a verlo nunca más. Inmediatamente imaginé a mi padre entre la multitud y entre los soldados que habían ingresado al gimnasio. Me dijo que él jamás habría hecho así: denunciar a un entrenador. Bajé la cabeza. Al levantarla no lo volví a ver. Recorrí con mi mirada todo el lugar. El desorden y la batahola eran terribles. Pensé refugiarme en el hotel, pero no podía salir. Afuera estaba todo el mundo agolpado viendo cómo los soldados se llevaban a los vencidos. Uno por uno los subían a un camión militar. Martillito estaba entre los perdedores, a pesar de que había hecho todo lo posible para evitar que yo cayese ante el mexicano.

Yo me imaginaba en la playa. Caminando por la bahía junto a mi padre. Me llevaba tomado de la mano y veíamos las olas del mar reventando en azul y espumas. Una mancha blanca fue cubriendo todo el horizonte y no me dejó ver un par de gaviotas que se elevaban hacia el cielo, sino un sol quemante que me revienta la cabeza para no volver a ver nada más.

¿Y qué será de Turides?

Tomás Vargas

–Hola, viejito, taanto tiempo, ¿cómo estás?

Esta pregunta, que cada uno de los compañeros me formula cuando llego a nuestra reunión anual de camaradería y que luego cada uno de nosotros formula a los que siguen llegando, mientras se atacan los primeros pisco sours y canapés, da inicio a una conversación cuyo barullo crece entre risotadas y sonoras palmadas recibidas sobre espaldas cada vez menos fuertes, como pretendiendo que aquí no ha pasado el tiempo.

Entre novedades y bromas intercaladas intempestivamente se comienza, desordenada pero inexorablemente, a hacer una breve actualización de la vida de cada uno de los miembros ausentes y presentes del grupo de los egresados del 75, ¡gloriosa promoción!: ... Manuel fue promovido, Carlos ha quedado cesante, ¿alguien sabe de alguna peguita para él?, Fernando se separó, es que esa mina era muy cabrona, Maritza entró al Ministerio ¿y seguirá tan rica? Hasta que, aunque se trate de postergar, se llega al momento en que alguno de nosotros, acorralado por ciertos silencios que misteriosamente se producen hasta en las más animadas reuniones, se siente obligado a formular la pregunta que queremos quizás evitar, pero siempre, tarde o temprano durante el reencuentro, como en un rito, debemos enfrentar:

¿Y qué habrá sido finalmente de Turides? Nunca se le volvió a ver después del golpe.

Luego, como de costumbre, alguno acota el lapidario comentario:

Yo creo que se lo echaron los milicos.

Ahora, hay un silencio nada casual. Algunos comienzan a mirar con extraña fijeza su respectivo pisco sour, como tratando de rescatar de allí las memorias de aquellos tiempos y reconstituir las escenas de universidad en que Turides era uno de los nuestros. Otros rellenan su copa como si en su fondo vacío quisieran ahogar la inquietud creada por la pregunta.

Sí, a Turides, efectivamente, nunca lo volvimos a ver después del golpe. Aunque, hay que reconocer, tampoco era muy visible antes del golpe. Aparecía muy de cuando en cuando para algunas clases, aunque principalmente para los controles, y no se sabía muy claro de dónde salía, ni para dónde volvía. Él era como 6 o 7 años mayor que nosotros, y se notaba que sabía de la vida, de la vida dura, quizás de las poblaciones o de la lucha callejera, no como nosotros, “corderitos aburguesados”, como nos llamaba él burlándose del débil compromiso revolucionario de algunos. Las cosas en el 73 se estaban poniendo álgidas y él desaparecía algunas semanas, aparecía otras, y volvía a veces con algunas contusiones, aunque se reservaba de hablar sobre el tema.

Turides, si bien participaba en alguna de las fechorías estudiantiles del grupo, siempre guardaba alguna distancia, pero por algún motivo insospechado, se acercó más a mí y nos hicimos amigos, quizás le pareció que yo era uno más como él, que también aparecía como de debajo de las piedras. Conversábamos de ciencia, de filosofía, pero sobre todo de política: aquí hay mucha injusticia, decía, hay mucho que cambiar y necesitamos mucho de tu aporte, compañero, me decía con ojos brillantes por la emoción. Me invitó a reuniones con sus amigos, en casas humildes situadas en calles lejanas y pedregosas, compartí allí con sus camaradas “del partido”, quienes me recibieron acogedores, allí conocí a su compañera, una morena de

ojos profundos y tristes. Una bella camarada “del partido”, flechó mi corazón, pero mi timidez hizo que, traicionando las enseñanzas de Lenin, en vez de dar un paso adelante solo diera dos pasos atrás.

Pero ahora golpeo la mesa para sacarlos del ensimismamiento y les digo:

—¿Saben?, tengo novedades: finalmente he logrado averiguar qué pasó con Turides.

Todos se muestran sorprendidos por el anuncio, enrasan los niveles de sus copas y me miran expectantes, ansiosos por escucharme. Yo, con calma, me reacomodo en mi silla y los miro en silencio, no sin cierto desdén. Pienso que tenía razón Turides al llamarlos “corderitos aburguesados”. Después del golpe, apenas se soltó la furia del lobo, cada uno volvió rápidamente a su redil y, con el paso de los años, el pasto de la economía de mercado no les supo tan amargo después de todo. Muchos de ellos, al no ver regresar a Turides, lo sumaron inmediatamente a la lista de desaparecidos. Pero yo no pensaba así, sabía que él era muy gallo y no creía que se lo hubieran echado los milicos. Traté de ubicarlo después del golpe, pero me di cuenta de que, en realidad, nunca había sabido su domicilio, y de sus camaradas, ni huellas. Me propuse buscarlo hasta encontrarlo, con trabajo lento pero sistemático, cada cierto tiempo comenzaba con ímpetu, pero luego me desanimaba, ya que no encontraba la hebra que me conectara con él.

Pero pasaron los años y gracias a la aldea global interconectada logré, finalmente, ubicar las coordenadas electrónicas de una amistad común quien, eventualmente, me dio la alegre y emocionante noticia: “Turides está vivo y reside actualmente en Suecia”. No pasó mucho tiempo hasta que alguien me envió su número de teléfono y así, finalmente, un día logré hablar con él. Yo estaba nervioso por la emoción: me identifiqué, le hablé con entusiasmo de los tiempos en la universidad, de nuestros reencuentros periódicos del curso, de cómo nos preguntábamos sobre su paradero, de lo contento

que estarían al saber la noticia de que estaba vivo. Su voz me llegó sin emoción, con tono frío y distante, como si no me recordara. Me dijo que hacía más de cuarenta años que había salido exiliado a Suecia, allí nacieron, crecieron y se educaron sus hijos, allí tenía seguridad económica y tranquilidad. Nunca había vuelto a Chile y nunca tuvo una razón fuerte como para retornar. Sentí que hablaba como desde el fondo de un túnel, profundo como la distancia física que nos separaba, frío como esos parajes nórdicos donde habitaba, oscuro como el velo que el largo tiempo transcurrido ha puesto en los corazones. No insistí, me sentí un poco ridículo con mi entusiasmo de colegial organizando reencuentros, le di mi número de teléfono y correo electrónico y le dije que me gustaría mucho que me contactara. Nunca más supe de él.

Los compañeros me miran impacientes por mi largo y silencioso preámbulo. Entonces, acerco mi silla al grupo, tomo fuerzas apurando mi pisco sour de un solo sorbo y comienzo mi relato:

—Tenían razón, cabros: al Turides se lo echaron los milicos.

La luna no se bañó aquella noche en el río Calle Calle

Ramón Vergara Gallegos

Me desperté a las seis de la mañana, me vestí, tomé mi desayuno y encendí la radio. La noticia cayó como un balde de agua fría sobre mi cabeza aún dormida, “el golpe de Estado militar encabezado por Pinochet estaba en curso”, miré por la ventana que daba a la calle Cochrane, el día parecía fresco y silencioso, como ocurre en el mes de septiembre aquí en el Sur. Me di ánimo como pude, enfilé mis pasos acelerados en dirección de mi trabajo en la empresa Acosta, en el sector del barrio Las Ánimas, con la impresión que la gente que encontraba en la ruta no quería ni siquiera saludarme, se veía mucha preocupación en sus rostros, como si todos hubieran comprendido la gravedad del golpe de Estado y que el futuro del país se tornaría gris y amargo para la población. Al cruzar el río tuve la impresión que aquella noche la luna no se había bañado en sus placenteras aguas y había logrado fondearse detrás de las grises nubes enlutadas para no ver el drama que galopaba a toda velocidad por nuestra angosta faja de tierra. Por una razón inexplicable veía las aguas del río enrojecidas con la sangre del pueblo trabajador, mi intuición se confirmaría días más tarde en que miles de ellos estaban siendo torturados y asesinados por la dictadura militar sin ninguna consideración, el retroceso social se estaba imponiendo a sangre y fuego, como en los tiempos primitivos medievales. El puente Calle Calle estaba bajo control de los milicos traidores vestidos en tenida verde-olivo en posición de

amedrentamiento, a pesar de su omnipresencia logré cruzarlo hasta llegar al lugar de mi trabajo habitual. Varios trabajadores salieron a advertirme que “hay golpe de Estado”, parecían muy preocupados, pero con el ánimo altivo para luchar contra la gran hazaña traidora a la patria. El sindicato encabezado por el viejo Gallardo convocó a una asamblea general. La mayoría de los trabajadores lanzó su voz obrera al viento con encendidos discursos en defensa del gobierno popular y revolucionario del presidente Allende que garantizaba derechos sociales, económicos y políticos a la clase trabajadora. Se tomó la decisión de continuar trabajando con normalidad en nuestra empresa intervenida fabricando los paneles de madera para la construcción de casas de 45 m², esperando instrucciones de la CUT y de los partidos de la Unidad Popular. Nos quedamos en la fábrica día y noche, presintiendo que los perros guardianes de los poderosos se dejarían caer en cualquier momento sin ninguna compasión sobre nosotros. El trabajo cumplido durante largo tiempo con fervor y compromiso revolucionario no lo podrían detener los cobardes traidores a la patria así nomás, no aceptaríamos que las ventajas sociales se volvieran ceniza y polvareda, tampoco aceptaríamos que la historia se repitiera una vez más como siempre lo ha hecho, aplastando al pueblo trabajador indefenso, que gana su vida con el sudor de su frente y sus limpias manos. Se podía leer la amargura y la tristeza que embargaba a cada trabajador en su rostro. Las máquinas siguieron trabajando a todo motor, el aserradero instalado en la entrada principal siguió trizando madera hasta convertirla en tablas aptas para la construcción de casas y otros trabajadores elaborando puertas y ventanas. La radio nos informaba que la caza de brujas arrojaba sus primeras víctimas asesinando en total impunidad a dirigentes sociales, políticos y sindicales por el solo hecho de llevar en sus venas la ideología de la izquierda. Los trabajadores asalariados fueron la columna vertebral del gobierno del presidente Allende que siempre los tuvo presentes en sus discursos buscando soluciones

reales para su mejor calidad de vida e impulsando la participación en las empresas intervenidas, como era nuestro caso, sin participación capitalista ni burocrática, orientado por un sistema socioeconómico capaz de convertir las masas trabajadoras en un verdadero pueblo, o en otras palabras, en un conjunto de hombres libres dotados de un espíritu crítico que tenía como misión emprender el proyecto histórico nacional que correspondía a las aspiraciones profundas de la clase trabajadora en perfecta armonía con su idiosincrasia, lo que se concretizaba en los Consejos de Administración con representantes elegidos en las asambleas generales convocadas por los sindicatos de los trabajadores en el sector del área social de la economía. En estos términos, el objetivo de la revolución social no solo era cambiar las relaciones de propiedad, sino la calidad de las relaciones sociales y así el hombre productor se transformaría en un hombre ciudadano en sociedad en el curso del proceso de aprendizaje del socialismo, que se perfeccionaría en su aplicación en el transcurso del tiempo, pudiendo ser este un camino largo con obstáculos e imprevistos. Cada individuo es diferente, pero busca caminos comunes a través del diálogo y la solidaridad, cuyo sendero a recorrer es la búsqueda de la justicia social.

El día 13 de septiembre, poco después de la ocho de la mañana, divisamos varios camiones cargados de milicos con fusil en mano, frente al portón principal de la fábrica se detuvieron, descendieron rápidamente, ingresaron a nuestro espacio vital gritando "¡manos arriba!" y "¡entreguen las armas, terroristas de mierda!". Una vez dentro recibimos culatazos y golpes sin ninguna consideración humana, nos trataron peor que a los animales. Un milico imbécil gritó que estábamos detenidos y fuimos embarcados en sus camiones sucios, llevados al regimiento de Valdivia. No encontraron ni una sola arma. La empresa volvía a manos del antiguo propietario, un señor de apellido Acosta, quien se encontraba allí junto a ellos. Al día siguiente fue publicada una nota en "Correo de Valdivia" que

hablaba pestes de nosotros, diciendo que “la empresa había sido devuelta a su antiguo propietario, en conformidad a una resolución de la Jefatura de Plaza militar y a un dictamen de Contraloría. El operativo militar había concluido con el retorno de la industria al Señor Acosta..., en este centro operaba el Cordón industrial Las Ánimas, sirviendo de local permanente de reuniones de elementos extremistas”, agregando de su cosecha “la destrucción masiva de la maquinaria y que el dueño se sentía perseguido y robado”. Todo era mentira, incluso aparecía un montaje con fotografías para mentirle a la opinión pública. La verdad era que nada de eso había ocurrido, pero como nosotros los trabajadores no teníamos derecho a respuesta en ese periódico bien valdiviano, nada se podía hacer para desmentir tal burda canallada. El periodista no dijo absolutamente nada sobre el asalto militar perpetrado en total impunidad y violencia gratuita en contra de los humildes trabajadores indefensos.

Perdimos otra batalla fundamental contra las injusticias al no contar con ninguna protección de carácter humanitario o judicial. Quedamos los 33 trabajadores a la deriva, en la calle de la noche a la mañana, como verdaderos animales desprotegidos, sin pagarnos ni siquiera los sueldos, ni ningún otro derecho adquirido por años de servicio, para llevar algo de dinero a las familias. Para los milicos éramos simples objetos manipulables y despreciables, porque a partir de aquel momento se impuso el odio como poder supremo a toda la sociedad chilena. Es una historia triste y dramática que causó daños irreparables en alguno de los nuestros que no soportó tanta maldad, humillación y desprecio. Con el correr del tiempo tomamos conocimiento de que algunos de ellos muy enfermos habían desaparecido del mapa para siempre.

La luna no ha vuelto a bañarse nunca más en el río Calle Calle, sigue esperando que se haga justicia en este país por los detenidos injustamente, los torturados, las personas violadas, los exiliados y los detenidos-desaparecidos por la dictadura civil y militar.

Su luz apenas difusa trae este mensaje "Ni olvido, ni perdón contra los criminales pinochetistas". El negacionismo de la derecha es el clamor de complicidad con la crueldad de la peor especie que haya conocido la historia chilena, debe ser condenada sin ninguna ambigüedad por su perversidad, para que nunca más vuelva a caminar por los senderos oscuros del territorio nacional.

**A 50 años del golpe:
Agradecimientos y homenaje al coraje**

Carlos Vignolo Friz

Fui muy afortunado. No estuve preso, no fui torturado ni fui exiliado durante esos aciagos años de la dictadura. Ello no obstante que, de vuelta de mis estudios de postgrado en Inglaterra el año 1978, dediqué parte importante de mi tiempo a la cruzada por la recuperación de la democracia, la plena vigencia de los derechos humanos, la defensa de la autonomía universitaria y el intento de impedir la instalación en Chile del nefasto mal llamado “modelo neoliberal”.

Escribo estas líneas para agradecer a personas que me ayudaron a lograr eso. Especialmente, al decano de la gloriosa Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas (“La escuela” para sus egresados más antiguos). Claudio Anguita, que lo fue entre 1976 y 1984. “Te salvó literalmente la vida”, me dijo tiempo después una persona bien informada sobre lo que pasaba en esos días (1979), en que la represión y violación de los derechos humanos experimentaba una nueva alza.

Lo escribo también para agradecer a destacadas/os académicos que me apoyaron en mi opción de seguir un camino como investigador muy diferente del prevaleciente en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile y en la gran mayoría de facultades similares en el mundo.

Escribo este texto desde una visión constructivista radical, a la Maturana (Premio Nacional de Ciencias). Adopté este paradigma filosófico y científico en parte gracias a él, en los años 80.

Desde esa forma de entender el conocer, no sé cómo las cosas fueron. Solo sé cómo las vi. Cómo las viví. Cómo las “construí”.

Lo escribo, además, a la Kandel (Premio Nobel de Medicina). Esto es, desde una interpretación de la memoria como un proceso en que construimos y modificamos los recuerdos, a partir de trazas que archivamos de las experiencias que vivimos. Es decir, este texto está escrito sobre la base de una memoria, muchas veces modificada, de aquello que “construí” en aquellos tiempos.

Es desde este constructivismo radical –como construcción humana, individual y social, que se modifica en el tiempo– que formularé los agradecimientos y homenajes que son el objetivo central de este texto. Insinuaré también una invitación a atrevernos a hacer un ejercicio de reconstrucción constructivista de ese trágico período de la historia de Chile. Imprescindible, a mi juicio, para co-diseñar caminos de salida al atolladero con visos de encrucijada eventualmente terminal en que nos encontramos. En un contexto mundial con similares perspectivas.

Esa es una de las posibilidades que abre el constructivismo radical. En cuanto introduce la utilidad de las propuestas interpretativas como elemento a tener en consideración al momento de elegir entre diferentes interpretaciones, expande las posibilidades de entendimiento y co-diseño de futuro, para cualquier comunidad humana que enfrenta encrucijadas que amenazan seriamente la posibilidad de una convivencia civilizada.

Difícil es aceptar aquello de que hay varias verdades. Suena a relativismo. Ello no obstante la creciente argumentación filosófica y evidencia científica al respecto, así como la sabiduría popular, expresada en el refrán: “Nada es verdad. Nada es mentira. Todo depende del color del cristal con que se mira”. Es particularmente difícil –y

comprensible— cuando se trata de interpretar atrocidades como las cometidas durante la dictadura, muy en especial para quienes sufrieron en carne propia o la de sus seres queridos esas atrocidades.

Fui afortunado por contar con el apoyo de las personas a quienes agradezco. Fui afortunado también porque hice mi oposición a la dictadura desde un lugar muy especial. Un centro académico de excelencia, no solo por la calidad de su docencia, investigación y extensión, sino también por la valoración, defensa y promoción de los grandes principios y valores de la humanidad: los derechos humanos, la democracia, la justicia, la libertad, la igualdad, la diversidad y la solidaridad. Ello hizo una enorme diferencia en lo que refiere a la capacidad de los miembros de los tres estamentos académicos que estaban por hacerlo —que fueron muchas y muchos— para trabajar unidos contra la dictadura. Académicos, administrativos y estudiantes de todos los colores políticos se unían para ello, en particular, cuando se intentaba vulnerar el derecho a disenter y manifestarse públicamente contra el régimen. Me atrevo a sostener que la dictadura nunca se instaló sino muy feblemente y por períodos breves en la rebelde Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile.

Ayudaba a ello, me explicó el decano Anguita, en aquella ocasión y en conversaciones posteriores, que destacados académicos de la Facultad habían sido y eran profesores muy valorados de la Academia Politécnica Militar. El respeto militar por la autoridad y el reconocimiento a sus buenos profesores hacía, según él, que escucharan con especial atención y respetaran las visiones y posiciones del cuerpo académico de la Facultad. Esa fue, estimo yo, la principal razón por la cual pude dedicarme a la política, abierta y públicamente, sin pagar los costos que otras y otros pagaron.

Sí. Fui de los afortunados que no sufrió en carne propia la dictadura. Pero sí tuve miedo. En algunos momentos, mucho miedo.

El miedo fue angustia cuando el entonces decano Anguita me informó de esa muy mala noticia. Me tranquilizó, asegurando-

me que él levantaría esas arteras acusaciones en mi contra. Me dio luego instrucciones de lo que yo debía y no debía hacer hasta que él completara su trabajo.

Había surgido una alarmante acusación en mi contra, presumiblemente de fuentes civiles, eventualmente de estudiantes de la Facultad. ¡Espionaje para Argentina! La situación era muy riesgosa por cuanto estábamos en un periodo de cuasi conflicto bélico con ese país; yo había estado en Magallanes, en terreno y con cartas geográficas –como parte de un trabajo académico en conjunto con investigadores de la Universidad Católica– y luego había viajado a Buenos Aires a un congreso académico.

Por mucho menos que eso habían detenido, torturado y asesinado a muchas personas, algunos con menos “prontuario” que yo. El mío era abundante y aumentaba semestre a semestre con las acusaciones de estudiantes del curso Planificación Económica, que con frecuencia se retiraban indignados de las clases, acusándome de propiciar el comunismo estatista. Que ese curso sobreviviera como obligatorio de la carrera de Ingeniería Civil Industrial es otra muestra del poder y autonomía de “La escuela” en aquellos tiempos.

Contribuía a que mi situación fuera compleja el que esto ocurría en momentos en que los economistas que controlaban la dictadura económica se vanagloriaban del éxito rotundo y rápido del modelo que habían impuesto. Incluso uno de ellos propuso eliminar nuestro Magister en Ingeniería Económica –el primero en su género en Chile, del cual yo había egresado en su primera promoción y que en aquellos momentos dirigía– dado que, según él... “en lo esencial, el debate sobre alternativas para el desarrollo económico se ha terminado, dado lo que ya hemos logrado y demostrado al mundo”. Una suerte de adelanto del “Fin de la Historia” que Fukuyama argumentara con mucha pompa y resonancia diez años después. Y que también resultara una argumentación falaz y de desastrosas consecuencias.

El decano Anguita cumplió su palabra y los cargos fueron desechados.

Ese fue el primer acto de coraje que asigno al decano Anguita. “No me agradezca solo a mí, Carlos”, me dijo. “Agradézcales también a los oficiales que hicieron su defensa. No es fácil ir contra la corriente en una organización tan jerárquica como el ejército. Menos aún en momentos como este. No pocos han perdido su cargo por menos que lo que ellos hicieron por usted.”

Corajudo él. Corajudos ellos. Mis agradecimientos, mi reconocimiento y mi admiración. Mi homenaje.

Fue más lejos el decano Anguita. Mostró también su coraje al proponerme intentar una conversación sobre el modelo económico que los “Chicago Boys” estaban instalando, amparados en la dictadura, entre economistas de oposición y oficiales de ejército. A estos últimos preocupaba en particular la privatización de las empresas públicas...

Esto no prosperó. Yo no fui capaz de generar nombres para ocupar las plazas de los de mi lado. Daba susto, lo admito. Más aún para quienes no habían tenido la experiencia directa –de cuerpo presente– que yo había tenido con el decano Anguita. No culpo a nadie. No fui convincente. Daba miedo. A mí también.

Hay más. El decano Anguita fue clave en evitar la muerte de nuestro Magister en Ingeniería Económica, cuando el exitismo de los economistas privatizadores tocó nuestras puertas. Me apoyó en mis gestiones con CIEPLAN, quienes también pusieron su cuota de coraje y generosidad al aceptar la petición de apoyo académico a nuestro Magister.

Hasta aquí mis experiencias directas y mis agradecimientos personales al decano Anguita.

Me atrevo a postular –y aquí el constructivismo juega un rol más importante que en mi historia personal– que el decano Anguita fue un actor importante también en impedir que la dictadura reinara en “La escuela”.

Postulo esto para conversar, reconocer y aprender.

Postulo que aquel enfrentamiento con el Rector de la época hubiera significado la expulsión de varios de nosotros, “la Mano Negra” al menos, de no ser por la intermediación del decano Anguita. No he olvidado su sonrisa orgullosa durante la reprimenda del Rector a esos sesenta académicos “rebeldes”, en el vetusto Salón Domeyko de la Casa Central de la Universidad de Chile. Diría que su sonrisa y orgullo se incrementó, en la conversación del Rector con los integrantes de la “Mano Negra” después, en su despacho. Así se refirió ese Rector al grupo organizador de aquella iniciativa en que bregábamos por la reincorporación a la Universidad del Profesor Luis Izquierdo, académico de la Facultad de Ciencias. No solo defendíamos a los nuestros. También a académicos de facultades menos poderosas que la nuestra.

Ninguno de los rebeldes fue exonerado. Y yo sospecho que mi prontuario fue depurado como resultado de ese evento.

Postulo también que la dictadura no pudo nunca reinar en la Facultad debido, en buena medida, a la inteligencia, pragmatismo y sagacidad del decano Anguita. Pudo mantenerse como decano por ocho años, a pesar de la presión externa e interna, especialmente, de parte de los alumnos que más apoyaron las directrices represivas de la dictadura. Postulo que era hábil políticamente y tenía gran capital social personal, dentro y fuera de la Facultad. Que operaba de manera silenciosa, prudente y tras bambalinas.

Expando mis agradecimientos –por su ejemplo– y el homenaje –por su coraje– a un alto oficial de ejército, que dejó de serlo por haberse atrevido a desafiar el modelo económico que imponían los economistas dictatoriales. No me cabe duda de que muchos más uniformados perdieron sus trabajos por la misma razón. (Tengo alguna evidencia de que ello ocurrió con un General, que objetó el sistema de tributación a las empresas mineras extranjeras). Sabemos también que muchos uniformados perdieron su condición de tales,

y no pocos sus vidas, por oponerse a las prácticas inhumanas que imponían los jerarcas, militares y civiles, de la dictadura.

El coronel Muñoz fue un valiente y consistente oficial que perdió su alto cargo y condición de militar por no ir mansamente por el camino trazado por los “Chicago Boys”. Tuvo él un muy buen desempeño en un Curso de Extensión de la Universidad de Chile, denominado “Desarrollo Económico”, que me correspondió organizar y co-impartir. Ya el nombre lo indica: era un curso claramente contrario a los postulados impuestos por la dictadura de los economistas.

Dada la buena evaluación que él hizo del curso, el coronel Muñoz nos solicitó una propuesta para realizar un curso similar en una institución de formación de altos oficiales de las fuerzas armadas. Recuerdo las caras de los académicos que lo recibimos y escuchamos su petición, allí, en la oficina del director del Departamento de Ingeniería Industrial en República 701. El también registró nuestras caras de sorpresa y temor. Y dijo: “Tengo claro que la probabilidad de que nuestro Comité Académico apruebe este curso es baja. Me queda claro también que hay algún grado de riesgo en intentarlo”.

Luego de escuchar sus palabras, con un dejo de vergüenza por el cuasi acto de cobardía insinuado en nuestras caras, procedimos a preparar y enviarle la propuesta. Algunos meses después recibí la visita del coronel Muñoz, ahora en retiro. Vestido de civil. “Tengo la conciencia tranquila me dijo”. Gracias, coronel por su ejemplo. Fue alentador para mí.

Creía y creo cada vez con más fuerza que la simplista división entre los “buenos” y los “malos” no ayuda a la convivencia civilizada entre seres humanos. Por el contrario, la impide. Creo que los fenómenos sociales son sistémicos y, no pocas veces, somos todos parte de tragedias. ¿Justifica ello las atrocidades? Obviamente que no. ¿Invita a relajar la búsqueda de la verdad y la justicia? ¡Nunca! ¿Invita a olvidar? Tampoco. Solo ayuda a encontrar caminos para la reconciliación, desde la compasión y el perdón.

Fui muy afortunado. No estuve preso, no fui torturado ni fui exiliado durante esos aciagos años de la dictadura. Tuve la fortuna también de haber tenido estas experiencias y haber conocido e interactuado con nobles, valiosos y valientes seres humanos. ¡En medio de tanta inhumanidad!

Como señalara anteriormente, fui muy afortunado también porque destacados académicos de la Universidad aceptaron y me apoyaron en una carrera muy diferente de la tradicional. Una opción crítica de las bases filosóficas de la ciencia y de los criterios de evaluación del quehacer académico. Una opción que desafiaba también la primacía de la investigación y la profesionalización por sobre la formación de ciudadanos democráticos, solidarios, íntegros, comprometidos férreamente con impactar positivamente en el medio en que les tocaría desenvolverse.

Fueron varios. Pero tres jugaron un rol determinante en haber podido hacer esta opción académica.

Mis agradecimientos a Andrés Weintraub, un académico de prestigio internacional, que solía defender mi postura diciendo “Carlos nos hace volar”.

Mis agradecimientos a Francisco Brieva, decano por tres períodos, que se encargó de defender mi derecho a seguir un camino alternativo, apoyando mis apelaciones a las evaluaciones de primera instancia por parte de los comités académicos a cargo de ellas.

Finalmente, mi homenaje y mis agradecimientos a Rosa Devés, nuestra actual Rectora, a quien conocí y empecé a admirar cuando se desempeñaba como presidenta de la Asociación Universitaria y Cultural Andrés Bello, en los años 80. Evidenciando su irrestricto respeto y valoración de la diversidad en todos los ámbitos, fue determinante en que yo pudiera seguir un camino académico alternativo, en los momentos más complejos del mismo.

Aun en períodos trágicos hay personas abiertas de mente y corazón a la diversidad, intransigentes en la defensa de los principios

y valores que deben regir la convivencia humana, dispuestas a tomar riesgos en función de ello. Mi agradecimiento, respeto y admiración a esas nobles personas.

¡Que distintos hubieran sido esos nefastos 17 años si muchas personas hubieran tenido conductas como las de ellas y ellos!

Fundamental es, a mi juicio, que instalemos rápida y sólida-mente paradigmas societarios, especialmente educacionales y políticos, que aseguren que a futuro no solo sean muchas las personas que tengan esas conductas, sino que, además, pertenezcan a ese grupo quienes gobiernen nuestros países, regiones, municipios, organizaciones de servicio público y establecimientos educacionales.

La Universidad de Chile tiene, a mi juicio, un rol irrenunciable que jugar en ello.

Octubre de 2023

Autores

Patricio Aceituno Gutiérrez. Ingeniero civil electricista de la Universidad de Chile (1974), Ph.D. en Meteorología en la University of Wisconsin – Madison, EE.UU. (1987). Fue académico en el Departamento de Geofísica de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas (FCFM) de la Universidad de Chile entre 1974 y 2018 donde alcanzó la jerarquía de Profesor Titular. Su área de investigación fue el clima de Chile y América del Sur. Ocupó los cargos de Vicedecano y Decano de la FCFM y Vicerrector de Asuntos Académicos de la Universidad de Chile. En 2019, luego de su retiro el año anterior, recibió la distinción de Profesor Emérito de la Universidad de Chile.

Domingo Antonio Aravena Vergara. Nació en la ciudad de Talca en 1935, boxeador hasta 1959, empleado de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado (ETC) hasta el golpe cívico militar de 1973. Casado y padre de seis hijos. Miembro de la Asociación de Jubilados de la ETC hasta su muerte en el mes de junio de 2019. Fue víctima de secuestro y tortura en el mes de enero de 1974 y su caso es parte de Informe Valech.

Gabriela Aguilera Valdivia. Ha publicado 3 libros de cuentos, 3 libros de microcuentos, 2 micronovelas, 2 nanovelas y 1 novela. Sus textos han aparecido en antologías en Chile y el extranjero. Obtuvo la Beca a la Creación Literaria en 2009, 2016, 2018 y 2021. Es miembro fundadora del Colectivo Señoritas Imposibles y miembro fundadora de REM (Red de Escritoras Microficcionalistas). Es una de las creadoras del proyecto literario ¡Basta! (contra la violencia de género).

Alejandra Basualto Pearcy. (Rancagua, Chile, 1944). Poeta y narradora. Licenciada en Literatura. Dirige talleres literarios hace más de 30 años. Obra poética: "Los ecos del sol", "El agua que me cerca", "Las malamadas", "Altovalsol", "Guayacan and other poems (bilingüe)", "Casa de citas", "Antología personal (1970-2010)", "Cuchillos". Cuentos: "La mujer de yeso", "Territorio Exclusivo", "Desacato al bolero". Novela: "Invisible", "viendo caer la nieve". Traducciones: inglés, francés, italiano, danés, rumano, búlgaro, griego y mapudungun.

Juvenio Concha Gálvez. Nació en Santiago en la década de 1940, estudió en el liceo Manuel de Salas, y después en el Pedagógico de la Universidad de Chile, en donde se convirtió en profesor de Historia. Fue funcionario del departamento de Extensión y comunicaciones de la Universidad Técnica del Estado e hizo clases en la universidades de Los Lagos y Tecnológica Metropolitana. Siendo funcionario de la UTE fue detenido junto a toda la comunidad universitaria por agentes de la dictadura, pasando un año en distintos lugares de detención.

Guillermo Andrés Condemarín Bustos. 74 años, hijo de Esmeralda y Guillermo, Casado con Sara desde hace 51 años, Andrea y Mauricio mis hijos. Viajero conocedor de 88 países. Arquitecto de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile en 1977, especializado en Legislación Urbana con postítulo en Medio Ambiente en la Facultad de Ingeniería de la USACH en 1993. Profesional independiente desde el año 1979, consultor del MINVU hasta el año 2000. Consultor de la UNESCO para asesoría en Arabia Saudita en los años 2004 y 2006. Actualmente, Revisor Independiente Primera Categoría-MINVU. Proyectista de más 300.000 m2 en edificación de viviendas y edificios industriales.

Eduardo Contreras Villablanca. Ingeniero civil industrial de la Universidad de Chile, con posgrados en España (MBA por ESADE y Doctorado por la Universidad Autónoma de Madrid). Desde 1996, ha sido profesor de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile. Además ha desarrollado una carrera literaria, participó en el Taller Literario del escritor Poli Délano desde 2007 a 2017. Actualmente, dirige ese taller. Sus obras (ocho libros publicados) incluyen novelas y cuentos, y ha publicado relatos en diversas revistas y antologías. Ha recibido premios y reconocimientos por su obra literaria.

Patricio Cordero Simunovic. Fue profesor en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile desde fines de 1968. Profesor Titular desde 1987. Muchos cargos de responsabilidad, entre ellos director del Programa de Doctorado (Física) en dos períodos. Fue profesor visitante en diversos lugares y fechas. Sus contribuciones no solo se limitaron al ámbito académico: fue un fuerte defensor de la democracia y de la Universidad de Chile durante la dictadura. Más de medio siglo de dedicación a la Universidad de Chile, le valió el 2020 ser investido como Profesor Emérito de esa casa de estudios. Fallece en septiembre de ese año.

Ana María Devaud Oberreuter. Autora chilena. Como guionista, escribe documentales y radioteatros. Tiene a su haber textos de dramaturgia y dos libros de cuentos; el último: "Atardecer de Papas Crujientes". Es coeditora de algunas publicaciones y parte de antologías. Realiza talleres de escritura y memoria. Colabora con *Le Monde Diplomatique* sobre temas feministas. En la actualidad es guionista independiente y tallerista.

Felipe de la Parra Vial. (1951). Poeta, periodista. Últimas publicaciones: "Erótika Quintaescencia" 2024. "50 años en 50 palabras", Barcelona, 2023. Poema "La bandera de las ollas comunes", en representación del idioma español, Journée européenne des langues. Maison de l'International de Grenoble, Francia. 2022. "Poética de las Lágrimas de la Estrella", 2021. "Mi 11 de Septiembre", varios autores. 2023, 2021, 2017. Antología de la poesía chilena reciente, 2020. "69 poemicidios y un te almo", 2017. Director Revista Entrama Cultural desde 2017.

Ana María del Río. Soy escritora chilena. Formo parte a la Generación de los 90. Mi área de escritura es novela y cuento. He escrito para adultos y para niños. Pedagoga de Castellano y Licenciada en Lenguaje de la Universidad Católica, 1985. Máster of Arts en Literatura Hispanoamericana de Rice University, TX. USA, 1991. Mi interés gira pues, alrededor de las áreas de creación literaria y el campo de la educación. He hecho y actualmente realizo asesorías literarias. Mis temas se inscriben dentro de la generación de la nueva narrativa chilena de los 90, post-dictadura. Mi tema dominante es la visión crítica de la sociedad chilena, con hincapié en la figura femenina. Autora de varias novelas y colecciones de cuentos. Mi primer premio lo obtuve en 1980, Premio Municipal de Santiago, en género cuentos, con la colección de cuentos "Entreparéntesis". También he obtenido los Premios Letras de Oro, de la Universidad de Miami por mi novela "Tiempo que Ladra", el Premio Manuel Montt de la Universidad de Chile por mi novela "A Tango Abierto" y he ganado dos veces el Premio Municipal de Santiago en Literatura, una vez en 1986 con la novela "Óxido de Carmen" y en 2005, con la novela juvenil "Lita, la niña del fin del mundo". Mis obras –novelas y cuentos– han sido traducidas al inglés, alemán e italiano. En 1996 obtuve la Beca de la Fundación Andes por el proyecto de mi novela "La Esfera Media Del Aire", llevada a cabo ese mismo año, publicada y finalista del concurso de Editorial Alfaguara-España. Mi última novela es "Jerónima", Ed. Zig-Zag, Colección Viento Joven, 2018. La Editorial Imbunche ha reeditado dos de mis títulos más vendidos: "Siete Días" y "Óxido de Carmen", el 2018. Mi libro más reciente es un volumen de cuentos: "Me he quedado con tu cadáver", Ed. Desastre Natural. 2023.

Lilian Elphick. (Santiago de Chile). Es Licenciada en Literatura por la Universidad de Chile, directora de talleres literarios y editora general de la revista virtual *Brevilla*, dedicada a la minificción.

Publicaciones: "La última canción de Maggie Alcázar" (1990); "El otro afuera" (2002); "Praderas Amarillas" (2019); "Ojo Travieso" (2007); "Bellas de sangre contraria" (2009); "Diálogo de tigres" (2011); "Confesiones de una chica de rojo" (2013); "K" (2014); "El crujido de la seda" (España, 2016); "Capilar" (2018); "Fuera de tiempo" (Edición en papel de Eutópia Ediciones, Chile, 2022. Edición digital de BGR, España, 2022, en Amazon Kindle).

Con el libro "Bellas de sangre contraria" ganó el Premio Mejores Obras Editadas del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, en octubre de 2010, Santiago de Chile. El libro Capilar fue seleccionado por el Programa de Adquisición de Libros del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, Chile, 2019.

Está incluida en más de un centenar de antologías de cuento y minificción. Sus textos han sido traducidos al italiano, francés, rumano, húngaro, griego, portugués, etc.

Martín Faunes Amigo. (Santiago/ La Serena, 1949). Narrador, gestor cultural y guionista. Premio Municipal de Santiago, Gabriela Mistral. Magister en Psicología Social. Ha publicado unos doce libros como autor o coautor en ficción y no ficción. Sus últimas publicaciones son el libro testimonial "El colorín de Paine" y el de investigación "La Serena en sombras". Sus cuentos aparecen en innumerables antologías. Ha sido traducido y publicado al inglés, al italiano, al francés y al ruso.

Gabriel Fierro Cereño. Ingeniero civil industrial de la Universidad de Chile con estudios de post grado en economía. En enero de 1973 inició su carrera profesional en el Comité Metalmeccánico Liviano de la Corfo. Desde 1974 a 1997 fue académico del Departamento de Ingeniería Industrial, donde llegó a ser profesor de economía y evaluación de proyectos. De 1998 a 2000 estuvo a cargo de Asuntos Estudiantiles en la Escuela de Ingeniería. De 2001 a 2006 fue ejecutivo del Grupo Saesa en las áreas de regulación y desarrollo. De 2007 en adelante ejerce como consultor independiente en el mercado eléctrico chileno.

Juan José Flores Cárcamo. Profesor de amplia experiencia en la educación nacional en el ámbito rural, escritor, archivista, gestor cultural, Magister en educación y Magister en patrimonio, se ha especializado en literatura infantil y juvenil, desarrollando investigaciones de carácter etnográfico en la memoria oral de los pueblos originarios y de los territorios aislados. Realiza talleres de fomento lector y creación literaria. Iquiqueño, se ha nutrido de las vivencias del mar, el salitre, la pampa, el desierto y quebradas.

José Gallegos Sepúlveda. Curicó. Desempeñé mi oficio de profesor durante 42 años en la comuna de Quilleco. En dos períodos integré el Directorio Provincial de Profesores de BíoBío. El año 2016, la Municipalidad de Quilleco auspició la publicación de mi libro "Vivencias para contar". Los "Mil días en el corazón", los viví con la rebeldía propia de la juventud. Aquellos, mis sueños de una Sociedad Humanista, siguen vigentes y también, mi militancia política "roja".

Nota: el artículo lo escribí el año 1988, inmediatamente después de fallecida Elena Sepúlveda Barrientos, mi madre. Lo hice con el objetivo de preservar mi gratitud y mi recuerdo eternos hacia ella. Es que fue la protagonista de mi Libertad.

Myriam García. Me hice escritora para expresar aquello que el dolor de la pérdida de la memoria de mi madre no me dejaba expresar. Mientras ella nublaba sus recuerdos yo los materializaba en las letras digitales de mi computador, para poder recordar desde la ficción, lo que quizás la realidad me esquivaría más pronto que tarde.

"Lautaro se viste de chef" fue mi primera obra editada, una novela que recorre miles de millas de una ruta milenaria para volver al inicio y sólo así los personajes son capaces de descubrirse.

Después escribí un conjunto de cuentos donde un confesor transgresor saca lo mejor de sus pecadores en esa búsqueda constante de la verdad relativa.

Más tarde las pequeñas anécdotas de mi niñez me llevaron a historias impensables que, sin embargo, viví en primera persona.

Hasta ahora "El Río Delator" es la obra donde me siento más reflejada; como madre, como ser sufriente, pero, sobre todo, como espectadora de una historia terca que cada tanto se repite.

Rubén González Lefno. Nació en Valdivia (Chile). Su trabajo cultural incluye iniciativas como la Feria del Libro de Valdivia, cuya organización gestionó durante 25 años. Ha participado en las Ferias del Libro de Santo Domingo (República Dominicana) y Guatemala. Además, como escritor ha visitado Argentina y Venezuela.

Ha sido favorecido con la Beca de Creación del Fondo del Libro para escribir "Neltume el Vuelo Quebrado", 2001 (cuentos), "La Montaña Rebelde", 2012 (cuentos) y "Lo demás fueron los árboles y el viento", 2016 (novela).

Luis Guajardo. Nativo de Peralillo, Provincia de Colchagua. Luego de terminar las humanidades en el Liceo de Hombres de San Fernando me titulé de profesor de español en el Pedagógico de la Universidad de Chile. Enseñé en el Manuel de Salas hasta 1978, cuando emigré a Canadá, donde obtuve mi M.A. y Ph.D. El año 1989 nos mudamos a California, donde enseñé en California State University y Bakersfield College hasta mi jubilación. Resido en Bakersfield, pero continúo viajando a Chile periódicamente.

Carla Hermann Avigliano. Es una destacada física chilena especializada en óptica cuántica, tanto experimental como teórica. Desempeña roles académicos e investigativos en la Universidad de Chile e Instituto Milenio para la Investigación en Óptica, MIRO. En 2017, es galardonada con el premio L'Oréal for Women in Science Chile. Carla realizó su doctorado en París en el grupo del Nobel de Física 2012, Serge Haroche, bajo la dirección del profesor Jean-Michel Raimond, y continuó sus estudios postdoctorales en el Joint Quantum Institute - NIST, EEUU, con el profesor Paul Lett. Lidera varios proyectos científicos y participa en varios proyectos de divulgación de ciencias, dirigiendo el programa de radio "Let's get Physical" en TXSPlus, y también haciendo contenido en su Instagram @quantumcarla. En 2023 fue reconocida por la revista Forbes Chile entre las 30 mujeres más poderosas del país.

Es sobrina nieta de Pepe Bello y María Inés Herrera. Este escrito es en honor a ella, a su historia, a sus lágrimas.

Manuel Patricio Jorquera Encina. Ingres a la Escuela de Ingeniería en 1970. En septiembre de 1973, estando al inicio de la especialidad de Ingeniería Química, sucede el Golpe civil-militar.

Perseguido, allanamientos diversos a casa de sus padres, abandona la Escuela. Baleado y detenido en enero de 1975. Más adelante, expulsado del país.

En Francia, en la Universidad de Paris VI, obtiene la Licencia en Física y Química, el Master en Física y Química y el Doctorado en Ciencias, mención Química Aplicada. Trabaja en el Centro Científico y Técnico de la Construcción (CSTB, Paris, Francia), luego en Arobasque y Acome, más adelante en IPAKO-POLISUR (La Plata, Argentina). Desde 1990 a 2010 en IDIEM (Universidad de Chile) a cargo del Área Materiales e Industria y miembro del Comité Operativo. Posteriormente, en el Departamento de Ingeniería Mecánica e Ingeniería Química.

María Soledad Madariaga Cuneo. En agosto del año 1973 cumplí 16 años, tanto en mi familia como en el colegio que estudiaba se conversaba y se creía en la posibilidad de un país y un mundo más igualitario. Ya a esa edad escribía un diario con mis experiencias y reflexiones. He sido mucho más lectora que escritora, sin embargo, participé en esta convocatoria, con relatos escritos muchos años atrás, por su importante significado.

Dilcia Mendoza Videla. Psicóloga de profesión y Gestora Cultural aprendida en el camino de ser dirigente. Poeta y cuentista desde siempre, en ellos expreso diversos temas que muchas veces han sido controversiales como; el patriarcado, la crítica sexual, política, económica y social. Soy feminista desde la raíz aun con todo el machismo familiar encauzado en los huesos. Mis luchas han sido radicales cuando se ha tratado de mí, a pesar del costo que pueda significar.

Reinaldo Mendoza. Nació el año 1948, en La Legua, vivió en ese histórico sector hasta los 30 años. En ese lapso se recibió como Ingeniero civil de minas con mención en metalurgia de la Universidad de Chile. A sus 50 años fueron publicados sus primeros cinco libros de poemas. Hoy día, junto con continuar su trabajo de poeta, forma parte del colectivo Poesía es Memoria. El cuento a continuación se asienta en su vivencia como “prisionero de guerra” en el Estadio Nacional el año 1973.

Marcela Molina. Mi edad es de 54 años, soy madre y abuela lo que me permite tener unas grandes experiencias. Estos últimos años me he interesado en escribir sobre mis vivencias las cuales han sido muchas y muy difíciles, sobre todo de mi infancia.

Sergio Moya Herrera. Es un poeta y escritor antofagastino. Nacido el 9 de abril de 1964. Incursionó en el periodismo en la década del 90 y actualmente imparte la asignatura de Lengua y Literatura, hasta hoy. Ha obtenido importantes premios literarios, entre ellos, Primer Lugar Concurso de Cuentos de la Universidad Católica del Norte, dirigido a escritores de la región de Arica y Parinacota a Coquimbo; y Primer lugar Concurso Internacional de Poesía El Memorioso, Chiloé, entre otros. Promueve la lectura y eventos literarios a nivel escolar, con destacados resultados.

Diego Muñoz Valenzuela. Ha publicado dieciséis libros de cuentos y microcuentos y ocho novelas. Cultor de la ciencia ficción y del microrrelato. Libros suyos han sido publicados en España, Croacia, Italia, México, Argentina, Perú y China. Cuentos traducidos a once idiomas. Premio Mejores Obras Literarias 1994 y 1996.

Josefina Muñoz Valenzuela. Santiago, 1946. Licenciada en Literatura de la Universidad de Chile, ha trabajado en ONG en Educación de Adultos y desde 1997 realiza edición de textos en el Ministerio de Educación. Autora de antologías de prosa y poesía para docentes, estudiantes y familias, artículos sobre educación y crítica literaria. Actual secretaria de la Corporación Letras de Chile.

Cecilia Ostornol Almarza. 73 años. Arquitecta. Se inicia en el Taller “Las Gabrielas”, dirigido por Ana Devaud. Su escrito “Y Managua se cubrió de guardabarrancos” integra el libro de “Crónicas de mujeres en la Revolución Popular Sandinista” (2017). Desde 2021, participa en el Taller Poli Délano y su cuento “El telescopio”, forma parte de la antología “Polinizando”, publicada en 2023. Es miembro de la Corporación Letras de Chile.

Edmundo Polanco Valenzuela. Colocolino, institutano y cuartojotista, expichanguero, zurdista libertario, banderista de infancia, recoletano de toda la vida y navideño de corazón, cosanostrista y geólogo de Beauchef con una maestría y doctorado en Ciencias de la Tierra en la UNAM y la Universidad de Barcelona, respectivamente; segunda y tercera patrias adoptivas. Desde el año 2014 intentando aportar grano a grano a la dupla memoria y geología.

Ronnie Ramírez García. Santiago, 1944. Liceo M. L. Amunátegui y Economía en la Universidad de Chile. Profesor de la UTE y ejecutivo en CODELCO Salvador, durante la Unidad Popular. En 1975 se exilia en Bélgica, retorna en 1989. Participa en talleres literarios, entre otros: Lilian Elphick 2006, Jaime Collyer 2011 y Alejandra Basualto. En Europa publica en diversas revistas y el libro “Poemas de Amberes”. En el 2019 “Toda una vida”, poesía. Editorial La Trastienda, seleccionado en Antología del Nuevo Cuento Chileno, Letras de Chile, 2022.

Lorena Claudia Riquelme Pino. Profesora de Lenguaje, mención en lenguaje y comunicación. Nacida en Santiago en 1969, durante diez años ejerció docencia en escuelas públicas. Tiene a su haber quince años de experiencia aplicada en Santiago, Cajón del Maipo, Iquique, Antofagasta y Coquimbo, hasta la actualidad.

Igor Rosenmann Becerra. Soy arquitecto y actor. Como militante de la Juventud Comunista, fui dirigente estudiantil secundario durante la Unidad Popular. En 1976, cuando tenía 18 años, estuve prisionero en Tres y Cuatro Álamos. Continué en la lucha antidictatorial y, como consecuencia de ello, estuve preso en la 1^o y en la 19^o Comisaría de Carabineros el año 1981 y 1984, respectivamente. En 1985 fui secuestrado por la CNI. Actualmente, escribo una novela autobiográfica.

Alexander Santander. Músico y escritor. Titulado de la Universidad de Magallanes como Profesor de Historia y Ciencias Sociales. Ha publicado hasta la fecha 4 libros: "Hechos luctuosos en el Magallanes del 50", "Cuadernos artístico-culturales de Punta Arenas tomo I año 1950", "Las rayas del tigre" e "Historias inéditas del arte y la cultura en Magallanes", todos en conjunto con Calafate Ediciones. Nacido y malcriado en Punta Arenas, región de Magallanes y Antártica chilena, ciudad en la que reside junto a su familia.

M. Paulina Santibáñez Viani. 1960. Profesora de Educación Básica y Magíster en Educación Emocional. Obtuvo la primera mención honrosa en el V Concurso de Cuento y Poesía Bibliometro. Publicó junto a otros autores el libro *Paredes que hablan, Crónica del estallido gráfico en Chile*, 2021.

Mariana Schkolnik. Nació en 1955, estudió Economía en la Universidad de Chile y trabajó en temas de pobreza, empleo y políticas sociales en ONG, organismos de UN y en diversos gobiernos de la Concertación. Actualmente está jubilada y ha emprendido con entusiasmo la tarea de escribir, para no olvidar. Su pasión desde pequeña ha sido la lectura y la escritura y ha participado en diversos talleres literarios a lo largo de su vida. Escribió *Crónicas Haitianas*, libro publicado en 2022, a partir de su experiencia de trabajo en Haití donde vivió dos años. Además de libros publicados en los años 1987 y 88. "Pobreza y desempleo en Poblaciones: La otra cara del modelo neoliberal", y múltiples publicaciones de su trabajo. Este año, ganó un Fondo de la Cultura para la creación, para terminar un libro de ficción llamado, "Las mujeres que me han habitado". Es madre de dos hijos, y abuela de dos nietos.

Rodolfo Schmal Simón. Ingeniero civil industrial de la Universidad de Chile y Magister en Informática de la Universidad Politécnica de Madrid. Inició su trayectoria laboral en la Secretaría de Relaciones Económicas Externas (SEREX) del Banco Central de Chile y como profesor de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile. Posteriormente, ha sido profesor de la Universidad Católica del Norte, Universidad de Tarapacá y Universidad de Talca; secretario y tesorero de la Asociación de Académicos de la Universidad de Talca (AFAUTAL); socio de las empresas informáticas PRODAT y ALEPH; Director de la Zona Franca de Iquique (ZOFRI); autor del libro Modelamiento de Datos y el Modelo Entidad-Relación; coautor del libro Introducción a la Economía de la Educación: el fenómeno educativo y su connotación económica; coeditor del libro "La Universidad en Chile: presente y futuro, reflexiones desde la provincia"; y autor de artículos en revistas académicas indexadas, nacionales e internacionales, entre otras, "Formación Universitaria, Polis, Cuadernos de Administración, Investigación e Ingeniería, Análisis Político, Información Tecnológica, Ingeniare, Pensamiento Educativo, Palabra y Razón".

Ricardo Serrano Muñoz. Ingeniero civil de minas de la Universidad de Chile, egresado en 1976.

Trabajó en Chuquicamata (Codelco), en Disputada de Las Condes (Exxon, actual AngloAmerican) y luego en la minería del oro de la IV Región. Posteriormente, se desempeñó como consultor asociado en Metálica Consultores y más tarde como consultor independiente colaborando con diversas empresas de la gran minería y algunos bancos de la plaza.

En paralelo a su trabajo como consultor, creó una empresa de importación de partes y repuestos para maquinaria y vehículos livianos, que administró durante 15 años.

Es casado, tiene 3 hijos y actualmente vive entre Estados Unidos y Chile.

Cecilia Soto López. Tiene 62 años, vive en Santiago de Chile en la comuna de Puente Alto. Amante de la literatura, la bicicleta y los deportes al aire libre. Escribe cuentos de narrativa corta basados en hechos reales y la vida de personas, agregando un toque de fantasía en algunas ocasiones.

Algunos de sus autores favoritos son: Isabel Allende, Julia Navarro y Gabriel García Márquez.

Marcelo Alejandro Soto Barba. Oriundo de la zona del carbón, orgulloso de ello; estudioso de todas las ideas que impulsan a tratar de ser mejor, lector empedernido y tardío aprendiz de escritor, dueño de casi nada, aparte de muchos sueños esperanzadores.

Max Valdés Avilés. Novelista, cuentista, antólogo y editor. Vicepresidente de Letras de Chile y consejero de Sadel. Director de talleres de escritura creativa durante 18 años en la UNAB, profesor de escuela rural y director editorial de Simplemente editores y actualmente lo es de Vicio Impune Editorial. Autor de las novelas "Fragmentos de un crimen", "El sonar del murciélago", "El ladrón de cerezas", "El verdugo de Satanás", entre otras.

Tomás Vargas. Es Ingeniero Químico de la Universidad de Chile y Ph.D. en Electrometalurgia de la Universidad de Londres. Actualmente es Académico Jornada Completa en el Departamento de Ingeniería Química, Biotecnología y Materiales de la FCFM. Ha participado en diversos talleres de cuentos, dirigidos por Josefina Muñoz, Ramón Díaz Eterovic, Aída Bezama y Jaime Collyer. Sus cuentos han sido incluidos en dos volúmenes publicados por el taller de Aída Bezama. Durante el golpe se desempeñaba como investigador en el Instituto de Investigaciones Tecnológicas INTEC-CORFO y como profesor part-time en la Escuela de Ingeniería.

Ramon Vergara Gallegos. Escritor valdiviano nacido en 1950 en Los Lagos, hijo de padres campesinos. Vivió un largo exilio de 35 años en Suiza, donde presidió la asociación "Chile en lucha" en la ciudad de Friburgo para denunciar la dictadura y apoyar la resistencia en Chile, luego en la ciudad de Lausanne asumió la presidencia de la Asociación de chilenos, y más tarde el "Comité Chile-cultura". Su compromiso con la lucha por el retorno a la democracia fue la única estrella que lo guio en el largo sendero de la lucha social y política. Ha publicado dos antologías con el grupo literario Poesía y Vida en Valdivia, "Antología en Conmemoración del poeta Pablo Neruda" en Buenos Aires por Centro chileno Bernardo O'Higgins (2020). Títulos publicados "A caballo entre Los Alpes y Los Andes", (2016), "La Mirada verde del monte rompe el silencio" (2021) y "Confidencias embrujadoras a la sombra del potrero" (2023). Premios en dos oportunidades en Fucoa (2017 y 2020), Concurso de la Sech en coorganización con la Chilean Association Canada y University of Calgary (2023), con poema "Un crimen en Valdivia", Consejo de Monumentos Nacionales Los Ríos (2023) concurso Relatos de la memoria y Antología "El tejido de la memoria" organizado por Letras de Chile.

Carlos Alberto Vignolo Friz. Dos matrimonios, dos separaciones y 5 hijos. Profesor Investigador del Departamento de Ingeniería Industrial de la Universidad de Chile desde el año 1972. Concepcionino de nacimiento, aysenino y ñublense por adopción. Nómade, con Santiago como centro de operaciones.

Partí por la ingeniería (Universidad de Chile), seguí con la economía política y los cambios de paradigmas (Universidad de Sussex), me cambié al diseño y gestión de organizaciones y a la política (de vuelta al aciago Chile de la dictadura), Phd. en Sociopatologías chilenas con una quiebre empresarial como tesis). Algo de filosofía aplicada luego. Desde el retorno a la democracia, dedicado, en cuerpo y alma al desarrollo y promoción de la Sociotecnología, disciplina que he propuesto crear para abordar la urgente necesidad de fortalecer el capital social en todo tipo de organizaciones, desde la familia hasta el universo del homo sapiens, como requisito para aumentar la producción social de homo amans, detener la locura y humanizar la humanidad, esa gigante y noble misión que nos legó Gabriela Mistral.



fcfm

FACULTAD DE CIENCIAS
FÍSICAS Y MATEMÁTICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE

Escuela de Ingeniería y Ciencias
Estudios Transversales en
Humanidades para las
Ingenierías y Ciencias (ETHICS)

ETAS
DE
CHILE

2024

De la elección del presidente socialista Salvador Allende Gossens, que llega al poder mediante una votación democrática, pasando por los mil días de la Unidad Popular y el inicio de un proceso cuyo objetivo consistía en crear las condiciones que darían lugar a la igualdad social y a mejorar la calidad de vida de la sociedad chilena, proceso interrumpido por la brutalidad del golpe de Estado, se desprenden las pasiones, las esperanzas y los temores que marcaron la memoria de varias generaciones.

La experiencia histórica surgida de aquella época se vuelve lenguaje, lectura y escritura. Por medio de las palabras hemos querido recordar y homenajear el inevitable sufrimiento que provocó el fin del sueño de una sociedad más justa y solidaria, a la vez que ese momento pletórico de esperanzas que confió en que un mundo mejor es posible, en el que primen la igualdad y la inclusión, donde las ideas diferentes aporten al crecimiento y entendimiento común.

Conviven aquí textos inéditos y publicados, escritos en un tiempo inmediato al golpe civil-militar o en el tiempo brumoso del recuerdo, de estos cincuenta años de historia chilena vivida bajo aquel signo. En ese arco el ahora del relato nos conduce indefectiblemente a situarnos en un ángulo, una esquina desde la cual podemos observar y entender la dictadura de casi veinte años en la que Chile estuvo sumido.

La selección de textos ha sido realizada por un equipo surgido del trabajo colaborativo entre Letras de Chile y ETHICS de la FCFM de la Universidad de Chile.